DE AMÉRICA

VIAJES, TRADICIONES Y NOVELITAS CORTAS

POR

EVA CANÉL

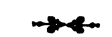
EDICIÓN AUMENTADA

PRIMERA SERIE

MADRID
Establecimiento tipográfico de F. Nozal, Je
1899

Digitized by Google

OBRAS DE LA AUTORA



De América.—Viajes, tradiciones, historias y cuentos sudamericanos. 1.ª y 2.ª serie; 2 volúmenes.

Manolín.—Novela. 2.ª edición.

Trapitos al sol.—Novela. 2.ª edición.

Magosto.—Novela. 2.ª edición.

Oremus.—Novela. 2.ª edición.

La Pola.—Novela.

Album de la Trocha.—Con preciosos fotograbados: Excursión por la línea militar de Júcaro á Morón.—(En colaboración).

Contestación á Sherman.—Discurso leído en el Casino Español de Méjico (1896).

La Mulata.—Drama en tres actos y un prólogo; estrenado con extraordinario éxito en el teatro *Pairet* de la Habana.

El Indiano.—Comedia en tres actos, estrenada con grandísimo aplauso en el teatro *Tacón* de la Habana.

La Cotorra.—Semanario político-satírico, con caricaturas; publicado en la Habana.

Digitized by Google

DE AMÉRICA

VIAJES, TRADICIONES Y NOVELITAS CORTAS

POR

EVA CANÉL

EDICIÓN AUMENTADA

PRIMERA SERIE

MADRID
Establecimiento tipográfico de F. Nozal, Jesús, 3.
1899

Digitized by Google

HARVARD COLLEGE LIBRARY

Es propiedad de la autora.

565405

Digitized by Google

A su querida prima Luisa Lacalle Infanzón, laureada pianista y entusiasta por la tierra Americana, dedica este volumen

La autora

Digitized by Google

Digitized by Google

A BORDO DEL ACONCAGUA

Nos hallábamos en la línea ecuatorial. Quince ó veinte señoras aguardabamos con impaciencia á que el astro rey del firmamento se despidiese hasta el siguiente día, para salir del saloncito en que, jugando, charlando ó leyendo, pasabamos las interminables y deliciosas horas de á bordo. Deliciosas é interminables puedo llamarlas, porque en la monótona vida del viajero marino, los minutos parecen horas y las horas tienen la duración de un día. Reniega uno de las millas, de la pesadez del vapor, de la comida, del vaivén, de todo, en fin; pero al acercarse el momento de abandonar á los compañeros que nos han hecho agradable la

Digitized by Google

navegación; cuando dejamos el estrecho camarote que durante muchos días nos ha servido de tormento, sentimos ganas de llorar, y derramamos lágrimas sinceras al descender por la escala del buque.

Por fin llegó el instante en que por el lado del Poniente se cubría el horizonte de un rojo imposible de copiar.

El mar tomó de súbito color ceniciento, especial, raro, casi triste y el mundo de agua que nos rodeaba, infundía asombro en el atónito europeo que por vez primera contemplaba el grandioso espectáculo que ofrece la puesta del sol en aquella inmensidad.

A la par que con la vista, seguíamos con el pensamiento las mil caprichosas figuras que afectan las nubes después de envolver al sol entre pálidos crespones. Quien se figuraba ver una elegante cabalgata; quien una regia carroza tirada por empenachados caballos: uno aseguraba que aquella era la catedral de Colonia; otro que la basílica de San Pedro; y entre tanto se discutían los parecidos, el *miraje* había dado paso á otro distinto, que promovía nueva discusión.

Así, de sorpresa en asombro y de admiración en entusiasmo, nos sorprendió la noche ocultando los palacios encantados que nuestra imaginación había perfilado en el cristal del cielo, avivada por la melancólica poesía que infunde la mar en los cerebros inquietos.

El monstruo dormía. En el *Aconcagua*, lindo vapor de la Compañía inglesa del Pacífico, no se percibía otro movimiento que el producido por el fuerte impulso de la máquina; de aquella potente víscera cuyos acompasados golpes podrían muy bien compararse á los latidos de un

Digitized by Google

corazón que insensible ó tranquilo funcionase sin alteración alguna.

Alguien propuso que se bailase sobre la cubierta; el proyecto no tuvo un solo voto en contra; todos éramos de la mayoría, y no perdimos el tiempo en inútiles discusiones. Dos marineros tocaron el *acordeón*, dando comienzo el baile entre bullicio y algazara.

Los marineros ingleses tienen gracia especial para tocar ese instrumento: sus valses, sus polcas y sus cuadrillas son suyas, exclusivamente suyas; nadie las ha escuchado en parte alguna, ni tampoco se sabe cual compositor reunió aquel conjunto de notas que producen sonidos embriagadores.

Uno de los pasajeros, que se distinguía por su galante amabilidad, era un joven portugués llamado Arnaldo. Tocaba bien *a viola*, como él llamaba al violín, y con su magnífico *stradivarius* solía hacer las delicias de la población flotante.

Arnaldo, que sin ser hermoso era lo que pudiéramos llamar «una buena figura», tenía corazón entusiasta, apasionado, vehemente, y se enamoró *de veras* de una señorita francesa, bella, inteligente, espiritual y sencilla. Pero ¿quién era ésta? No lo sabíamos. Viajaba sola; su conducta á bordo era irreprochable, y todos sentíamos hacia ella irresistible simpatía.

Habitábamos ambas el saloncito de señoras y pasábamos parte de la noche *cotorreando*, á despecho de una *miss* que se lamentaba de que no la dejábamos dormir, vengándose ella de nosotras en cuanto Dios amanecía.

Marieta me agradaba en extremo: su conversación

Digitized by Google

atraía suavemente, sin dejar el recuerdo de una palabra hipócrita: por el contrario, la sencillez y la franqueza con que revestía sus actos, y la humildad con que trataba cuanto á ella se refería, despertaban en mí alguna curiosidad por conocer el misterio que rodeaba á la interesante francesita.

Una noche me aventuré á preguntarla si viajaba sola por gusto ó por necesidad.

—Por lo segundo me dijo. Vivía en Montevideo con mi madre, viuda prosiguió: unos tíos me llevaron á Francia por vía de paseo, y allí no fueron para mítan cariñosos como habían prometido. En un momento de fatal arrebato huí de su casa, y aquí me tiene usted: voy nuevamente al lado de mi madre, de donde no debí haber salido

Esto era todo lo que yo sabía respecto de mi compañera de camarote.

La noche que pasábamos la línea ecuatorial, y cuando el baile estaba más animado, sentimos cien estruendosas carcajadas que sin cesar se repetían.

La curiosidad nos hizo correr hacia el sitio de donde partía el ruido, ofreciéndose á nuestra vista el cuadro más original.

Arnaldo y otro caballero español, de muy buena sombra y mejor humor, se adelantaban serios, graves, con paso largo y cómico, disfrazado el primero de dios Neptuno y el segundo sosteniendo un caldero con su correspondiente hisopo.

La mayor parte de los viajeros que otras veces habían pasado la línea ecuatorial, comenzarón á gritar diciendo:

Digitized by Google

—¡Yo no! ¡yo no! ¡yo soy cristiano!

Todo aquello constituía para mi una incomprensible novedad, y en vano me afanaba preguntando: nadie respondía á mis preguntas.

Desgraciadamente no gocé mucho tiempo de mi feliz ignorancia, porque impulsados por la alegría de haber encontrado víctima, corrieron todos hacia mí, señalándome y diciendo:

—¡Una mora! ¡una mora!

No me dieron lugar á defenderme de tan terrible acusación entre buenos católicos: ví alzarse un brazo, ví el hisopazo descomunal, y sentí la misma impresión que si recibiese una ducha en el rigor del invierno. El alboroto apagó las sacramentales palabras de «yo te bautizo en el nombre del Padre, etc.», á pesar de haber sido pronunciadas en *alta, clara é inteligible voz*, como ordena el Código civil á los que contraen matrimonio sin permiso del vicario eclesiástico.

Por suerte para mi, el señor del tridente fué con todo su séquito á buscar otra señora, *mora* también, y pude verme libre para bajar al camarote.

Mas tarde supe que aquella escena se repetía en casi todos los vapores, con los pasajeros europeos que por vez primera pasaban la línea ecuatorial.

Decididamente, para mí se había aguado la fiesta. Repuesta apenas del forzoso baño, la camarera me avisó que mi enferma me rogaba que fuese á verla.

Mi enferma, como habían dado en llamarla, era una pobre gallega. pasajera de tercera clase, que gracias á mis ruegos había sido trasladada á un camarote habilitado para hospital. Corrí á verla, acompañada de Marie-

Digitized by Google

ta, que de buen grado compartía conmigo la tarea de cuidar á la doliente.

Éste fué tal vez el motivo principal de nuestra simpatía, y sin duda alguna, el recuerdo de la desgraciada é inculta mujer hace que no nos hayamos olvidado á pesar de los años transcurridos.

La enferma, que sólo padecía mareo y tenía asco invencible al rancho que les daban, volviera á la vida con los cuidados que nosotros la prodigábamos en el hospital: por eso, apenas la vieron un poco animada, la arrojaron de nuevo á las inmundas bodegas de los emigrantes, so pretexto de que ya estaba bien y no le era necesaria una alimentación especial.

Bajamos al compartimiento de tercera clase, pequeño infierno en donde con las ansias del mareo se arrastran seres humanos semejantes á espectros dignos de figurar en una terrorífica novela de Ana Radcliffe.

Encontramos á Farruca, que así se llamaba la enferma, tirada sobre una durísima colchoneta de esparto.

La media manta que apenas tapaba sus descarnados huesos ostentaba el prodigado escudo de la compañía de navegación, haciendo más repulsiva la suciedad y miseria que allí se advertía, cuanto más se alardeaba de superioridad y poderío.

Aquella grandeza, debida á las propias víctimas, tiene mucho parecido con la grandeza de ciertos industriales que anhelan títulos de Castilla para que los jefes de sus talleres les llamen vuecencia.

Farruca era uno de esos seres nacidos para sufrir, luchar y perecer en la demanda. Me contó su historia; la historia de tantas desgraciadas mujeres de Asturias y

Digitized by Google

Galicia condenadas por la costumbre y la rutina á nacer y morir siendo esclavas.

La casaron contra su voluntad. Su corazón había elegido esposo; pero los padres de éste desecharon á Farruca porque en el *ajuste* medió la diferencia de un par de zapatos y dos cobertores.

Esto, que parecerá mentira, es ciertísimo sin embargo, y continuamente se deshacen bodas en estos países por menos interés del que ocasionó la desventura de Farruca. El novio tuvo que sucumbir á la tiranía de sus padres y aceptar la esposa que á estos convino; y la que su alma ambicionaba para compañera se unió también al hombre que la destinaron.

La suegra de Farruca era una mujer perversa: tantos disgustos proporcionaba al nuevo matrimonio, que éste decidió separarse de aquella arpía.

Como el mayorazgo que sale de su casa no puede contar con nada para la subsistencia, marchó el marido de Farruca á Buenos Aires, dejando á ésta y á una niñita de dos años, con intención de llevarlas algún día si Dios le ayudaba.

Farruca tenía horror al mar y se ponía enferma cuando la hablaban de embarcarse. Su marido la llamó á los cuatro años de vivir en el Río de la Plata, y la pobre mujer pudo convencerle de que su miedo era superior al deseo que tenía de verle, por más que éste fuese grande.

Cuando el esposo se había resignado á seguir trabajando algunos años más para regresar tranquilo á formar en Galicia un hogar dichoso, recibió carta de su madre, en la cual le decía que su mujer no quería em-

Digitized by Google

barcarse porque había reanudado criminales relaciones con su antiguo amante. La calumnia surtió efecto, y el esposo, supuestamente ultrajado, quiso probar el cariño de su mujer poniéndóla en la alternativa de marchar ó renunciar á él para siempre

No titubeó la fiel compañera: compró un baulito, metió en él la ropita de sù pequeña, que contaba ocho años á la sazón, y se puso ella su mejor vestido para embarcar en Carril.

—¿Por qué no llevas tus trapos, Farruca?—la preguntaban las vecinas.

—Porque no los necesitaré—contestaba ella;—antes de llegar á Buenos Aires moriré de miedo, y quiero que os los repartáis por mi ánima cuando sepáis que me han tirado al mar.

Tristísimo presentimiento que debía realizarse.

* * *

Pocas horas nos faltaban para llegar á la capital del imperio brasileño.

Se hacían á bordo mil preparativos para bajar á tierra, y tanto los que llegaban felizmente al término de su viaje, como los que debíamos continuar, todos gozábamos con la idea de pisar tierra firme sin vaivenes ni zozobras.

Sonaron dòs campanadas dobles en el reloj marino: eran las diez de la noche, y nos disponíamos á recojer-

Digitized by Google

nos; debíamos levantarnos con el alba para gozar las espléndidas vistas que ofrece la bahía de Río Janeiro.

Arnaldo asediaba á Marieta como nunca; exigía una contestación, un monosílabo que inútilmente suplicaba todo el viaje, y se cogía á los últimos momentos como el desesperado náufrago debe agarrarse al tablón que constituye su última esperanza.

—¡María, Marieta, por Dios!—decía Arnaldo:—ésta es la última noche; dígame la verdad. ¿Puedo esperar que usted me quiera? ¿Me escribirá usted? Yo iré á Montevideo, hablaré con su madre, la diré que soy rico, que amo á su hija y que mi felicidad consiste en su amor: antes de un mes estaré á su lado, nos casaremos y regresaremos para Río. Aquí vivirá usted entre mis caricias y el perfume que despiden los jazmines y diamelas de sus bellísimos jardines. Será usted muy feliz, María, porque yo la adoro con toda mi alma.

—Por favor, amigo mío—contestó Marieta visiblemente conmovida,—no me exija usted una contestación que no puedo darle definitivamente. Mentiría si no le confesase que me conmuevo oyéndole pintar un amor lleno de poesía y encantos. Pero ¿usted me conoce? ¿Sabe quién soy? ¿Podría yo llenar completamente la imaginación de fuego que debe usted á la Divinidad? No se alucine usted, Arnaldo, retirémonos: es tarde ya, y mi compañera de camarote me espera. Piense usted esta noche séria y razonadamente; deje á un lado el corazón y examine usted la cabeza: sacrifique por unas horas la imaginación del soñador al cálculo del egoista, y si después de ser más hombre y menos angel persiste usted

Digitized by Google

todavía, le daré una contestación categórica en el momento de nuestra separación: hasta mañana.

Puedo asegurar que Marieta no durmió en toda la noche; á las cinco estaba vestida, y en sus mejillas conservaba indudables señales de penoso insomnio. Su gran fuerza de voluntad no era suficiente en aquella ocasion para mantener la dulce y peremne sonrisa de sus labios.

* * *

Nada más bello puede concebir el lector que la bahía de Río Janeiro. Los buques entran culebreando por entre peñascos, que dan al puerto el aspecto de un archipiélago de muñecas, y saludando con su bandera de popa á dos pequeños puertos que se alzan sobre coquetonas islitas.

El *Aconcagua* entraba gallardamente, orgulloso de haber hecho con felicidad la travesía directa desde Lisboa, y los pasajeros, alegres, contentísimos, rebosando felicidad, se agolpaban á la proa, ávidos de contemplar la sin igual vegetación de las tierras tropicales.

Un estruendoso cañonazo nos anunció qué habíamos llegado al punto elegido por el piloto para fondear, y al ruido del bronce sucedió el de las cadenas, vertiginosamente arrastradas por las anclas.

En aquellos momentos de alegre confusión, me olvidé de todo. Deseosa de ver el suelo para mí desconocido; entusiasmada con aquellos titanes terriblemente bellos, el «Corcovado» y el «Pan de azúcar», que se alzan del

Digitized by Google

fondo de las aguas cual imponentes centinelas para dar el ¿quién vive? al atónito europeo, no pensé en nada: el mundo que dejaba atrás, Europa, mi España querida, hasta mi madre del alma, todo, todo se borró de la mente por algunos minutos, supeditada al maravilloso influjo, á la irresistible magia del continente americano.

No sé cuánto tiempo hubiera durado mi éxtasis, á no haber sentido una palmadita en el hombro, á la vez que una voz dulce me preguntaba:

—¿No piensa usted bajar á tierra?

—Ciertamente: me había olvidado: voy corriendo á vestirme—dije á Marieta.

Todos mis compañeros de navegación estaban listos, y cuando crucé el salón, cincuenta voces apostrofaron mi pereza.

A los pocos minutos reaparecía dispuesta á marchar; pero con la precipitación dejé caer el abanico, luego los guantes, después la sombrilla, y por último, la bolsa de mano.

Seguía una carcajada general al ruido que producía cada objeto sonando contra el hule del comedor, y me hacían blanco de sus tan cariñosas como inocentes bromas. Una satírica galleguita que de sí propia solía burlarse, excitaba la hilaridad de todos á costa mía.

Nos pusimos en marcha.

Algunas personas ocupaban ya los botes cuando recordé á mi pobre enferma. Corrí á verla, á preguntarle si quería algo; me pidió naranjas para aplacar la sed que la devoraba, y cuando salía del inmundo camarote en donde Farruca ocupaba una litera, me llamó nuevamente para decirme:

Digitized by Google

—En el cielo pediré por usted. Cuídeme á mi niña si me muero.

Estas palabras emocionaron tanto mi corazón, que á no ser las mil impresiones que en el transcurso de veinticuatro horas experimentamos, y la constante ocupación del pensamiento, no hubiera podido apartarlas de la imaginación.

Cuando aparecí en lo alto de la escala, ví una larga fila de botes amarrados los unos á los otros, y todos á un vaporcito remolcador que conducía equipajes. Bajé la escala en medio de infernal algazara; ya no era perezosa: era coqueta, vanidosa y presumida; creían que había regresado al tocador, y no quise confesar el motivo de mi tardanza; tal vez no me hubieran comprendido, y me resigné al ensañamiento y á las burlas.

Entré en el último bote que vacío me aguardaba al costado del «Aconcagua,» y se me hizo saber que estaba castigada á ir sola. Marieta protestaba; pero á una señal se puso en marcha el remolcador y me quedé á la cola.

Arnaldo me alcanzó la bolsa de mano que yo había dejado olvidada en el salón; pregunté por la llave, y me contestaron con las carcajadas que yo les provocaba aquella mañana, bien á pesar mío.

Llegamos al muelle. En la Aduana detuvieron á la comitiva; pero como tan sólo Arnaldo debía quedar en el Janeiro, los que seguíamos al Plata pasamos sin que se nos molestase.

Cuando con gran contentamiento del estómago entramos en un *restaurant* francés para olvidarnos de la cocina inglesa, pareció la llave de mi bolsa.

Digitized by Google

—¿Qué habré metido aquí, que tanto pesa?—dije.

Nuevas carcajadas.

—La caja de los polvos—dijo una.

—Perfumes—replicó otro.

—No; alfileres por si acaso—añadió la mordaz coruñesa.

Abrí por fin el cabás, y cual no sería mi sorpresa al encontrarlo lleno de joyas de caballero.

—¿Qué es esto?—pregunté asombrada.

—Esto es—se apresuró á contestar Marieta—que Arnaldo pensaba presentar esas alhajas en la Aduana; pero la señora—prosiguió dirigiéndose á la burlona gallega—le ha sugerido la idea, que todos aprobaron, de ocultarlas en la bolsa de usted. No sea usted tonto—dijo:—esa descuidada que se ha olvidado el cabás, como nada sabe, las pasará sin ningún recelo y muy naturalmente.

El castigo de haberles hecho esperar me pareció excesivo; pero, como ellos, me reí de la gracia para hacer ver al joven portugués que otorgaba los perdones que me pedía.

Hecho el programa de paseos, y repartidas por Arnaldo, que de buena gana se había ofrecido á servirnos de *cicerone*, las horas hábiles para visitar la capital y sus alrededores, resultó que sólo nos podíamos dedicar al sueño de una á cinco de la mañana.

Recorrimos las principales calles del comercio; la limpieza del centro de la ciudad contrastaba notablemente con la entrada del muelle, que por la proximidad de un gran mercado estaba en aquella época más descuidado de lo que fuera menester, dadas las condiciones de sa-

Digitized by Google

lubridad poco envidiables que concurren en el clima del Janeiro.

Entre las cosas que más llamaron nuestra atención citaré los rótulos de las tiendas; casi todos eran del Emperador; y al ver aquellos letreros, cualquiera podía suponer que don Pedro II era el único y exclusivo comerciante de la población.

Los españoles tenemos la fea costumbre de burlarnos de todo cuando por vez primera salimos de nuestra patria. Pero á la segunda... ¡oh! á la segunda somos más justos y menos imprudentes.

Tomamos un carrito-tranvía muy pequeño y ligero, tirado por dos caballos diminutos, pero tan vivos y corredores, que más volando que corriendo hacen el trayecto que media desde el centro de la ciudad hasta el Jardín Botánico.

El camino que conduce á este delicioso paseo está poblado de bellísimas quintas, cercadas por árboles y plantas tropicales. El embriagador aroma que allí se percibe hace languidecer á la naturaleza más vigorosa, y los pequeños palacios, que recuerdan los fantásticos cuentos de hadas, podrían servir de recreo á un noble babilónico.

Tras la algazara vino la contemplación muda, el éxtasis. Algunas frases de admiración se escapaban de nuestros labios; pero nadie osaba profanar los ensueños que en todos y en cada uno despertaba tanta belleza.

Arnaldo tenía la palabra; se adelantaba á satisfacer nuestra curiosidad diciendo nombres de parajes, y haciendo que nos fijásemos en lo que involuntariamente se escapaba á nuestra investigación.

Digitized by Google

De pronto lancé un grito: había visto una negra vieja que á causa de los grilletes que sujetaban sus piés estaba obligada á permanecer siempre en el mismo sitio. Pretendía deshacer una peña con un pico enorme que apenas podía levantar del suelo, y gruesas gotas de sudor corrían por su descarnado cuerpo, medio desnudo.

—¡Dios mío!—dije.—¿Por qué está así aquella pobre anciana?

—Es una esclava castigada—contestó Arnaldo.

Las señoras pusimos el grito en el cielo, y por algunos minutos no pudimos fijar la atención en otra cosa enfrascándonos en reflexiones sobre la esclavitud y sobre lo monstruoso de tan abominable ley.

El Jardín Botánico nos hizo olvidar á la negra esclava y cortó las discusiones politico-sociales que se habían suscitado.

¡Cuánta belleza, cuanta poesía esparcen aquellas palmeras que se elevan al cielo cimbreándose indolentemente!

Allí se sueña despierto, y el espíritu, cual *colibrí* de pintado plumaje, vuela de rama en rama deleitándose en la esencia divina de *un algo* superior que por todas partes se advierte.

El hombre que cínicamente se declare materialista, sentiría repugnancia de sí propio recorriendo aquellos tortuosos senderos, aquellas interminables calles de copudos árboles, oyendo el armonioso trinar de aves desconocidas al europeo, y sintiendo el suave roce de las palmeras que amantes se besan, impulsadas por ráfagas de fresca brisa que el mar las envía.

Tomamos *lunch* en un *restaurant* próximo al Botá-

Digitized by Google

nico, y regresamos á la población. Sin el motivo que á Montevideo me llevaba, sin el afán incesante de llegar cuanto antes á la perlita del Plata, yo no hubiera partido del Janeiro.

—¡Morir aquí, aquí, Dios mío!—decía arrobada por las maravillas con que la naturaleza dotó al imperio americano.—¡Quiero morir aquí, porque jamás volveré á sentir lo que en estos momentos siente mi alma!

Pero no estaba escrito que terminase allí la peregrinación de mi vida.

Morir á los diez y ocho años—replicaba la razón al sentimiento.—¡Qué locura! La vida te sonríe; amas y te supones amada: sigue, pues, y deja las sensiblerías que este oasis produce en tu corazón impresionable.

Hice un esfuerzo, y sacudí el influjo de las palmeras, de los pájaros y de las flores del Brasil.

* * *

Dspués de comer pasamos á tomar helados á un bosquecillo, desde donde se apreciaba con exactitud la imponente espalda del *Corcovado*. Un pequeño brazo de mar rodea el cerro, llegando el agua hasta dentro de la ciudad.

El aspecto que esta parte de la población presenta de noche es indescriptible. El mar se oculta completamente, y sólo se ve aquella especie de estanque surcado por pequeñas embarcaciones, en donde los marineros guisan y duermen; todas estan provistas de un farolito, y en la

Digitized by Google

oscuridad de la noche hacen el efecto de los gusanillos de luz.

Después de haber asistido al teatro, nos retiramos á descansar.

Marieta y yo ocupábamos la misma habitación, y no conseguimos conciliar el sueño; las camas brasileras resultaban insoportables para nosotras.

Apenas nos habíamos acostado procedimos á vestirnos de nuevo; los huesos protestaban enérgicamente contra tamaña tortura. Además habíamos cogido miedo á las alimañas que con frecuencia se ven en el Brasil, y ya nos figurábamos encontrar una víbora enroscada entre las sábanas, ó sentir la terrible picadura de un alacrán.

Pasamos tres horas charlando, y me aventuré á preguntar á mi compañera el por qué de su tristeza.

—Ama usted al joven Arnaldo, ¿verdad?—le pregunté.

—¡Tal vez!—replicó tímidamente.

—¿Y qué mal hay en ello? El desea hacerla su esposa, y serán ustedes felices: ambos lo merecen.

—¡Es imposible!—respondió María sollozando.

Sin duda alguna la francesita amaba al amable portugués; pero un motivo poderoso le hacía huir de él. ¿Qué causa le imponía tan cruel sacrificio? Traté de consolarla.

—Es usted desgraciada—le dije;—cuénteme sus penas, le prestaré los consuelos que me sugiera el interés que por usted siento, y crea que serán sinceros.

—Gracias—contestó:—le prometo á usted contárselo todo, pero no ahora, cuando hayamos llegado á Monte-

Digitized by Google

video: entonces haré á usted una visita con ese objeto.

No insistí.

Como no habíamos dormido, al rayar el alba estábamos dispuestas, y salimos á la calle antes que se levantasen nuestros compañeros: quisimos ver el aspecto de la población en las primeras horas del día.

Negras, medio desnudas, cruzaban por todas partes con grandes canastas chatas en la cabeza; eran vendedoras de fruta y legumbres, que acudian al mercado, fumando puro, hablando á gritos y haciendo alarde de un cinismo que, en honor de la verdad, no tienen las negras del Río de la Plata ni las del Perú.

Las mujeres de color son en el Brasil corpulentas y varoniles: cubren el cuerpo desde la cintura para arriba con una camisa bastante escotada y muy caída de los hombros, camisa que destapa imprudentemente lo que por respeto al pudor, y casi pudiera añadir que también á la belleza, debiera estar oculto.

Entre las mujeres blancas hay ejemplares hermosísimos; y los hombres, que no son feos, son demasiado lindos para su sexo: no admiten término medio.

Su trato es bastante delicado, sus maneras muy finas, contribuyendo poderosamente la dulce suavidad del idioma.

Díganme lo que me digan, declaro que el portugués me encanta, y que algunas frases tienen tal sublimidad, que no hay lengua capaz de traducirlas en su verdadero significado.

Después de almorzar con nuestros compañeros, nos encaminamos todos al muelle para regresar á bordo. El *Aconcagua* estaba cinco millas fuera, y debíamos apu-

Digitized by Google

rarnos, porque necesitábamos ir en el vaporcito, ó cuando menos á remolque.

En el último instante recordé las naranjas de mi pobre enferma, y corrí á buscarlas; compré una cesta, que desocupé en mi sombrilla abierta y vuelta con el puño hacia arriba, y corrí á embarcarme cuando ya los demás lo habían hecho. Marieta me esperaba al lado de Arnaldo en el último peldaño del embarcadero, y el botero amarraba á la proa de su botecillo el cable que luego había de lanzar al que nos precedía para gozar de la fuerza impulsiva del remolcador.

María lloraba. Ofrecí al portugués mi eterna gratitud, mi amistad sincera y salté en el bote prometiéndole que mi esposo le escribiría.

Arnaldo, en aquel instante, para él supremo, dijo:

—María, la palabra prometida: llegó el instante de que usted hable.

—Olvídeme usted—contestó la joven arrojándose ciega y desesperadamente dentro de la embarcación.

—¿Por qué?—replicó Arnaldo medio loco;—eso es imposible: yo no podré olvidarla.

—Porque soy indigna de usted...

Y con las últimas palabras acabaron las fuerzas morales de aquella desgraciada criatura.

El bote había desatracado, y algunas brazas de agua nos separaban del amigo que, inmóvil y asombrado, nos veía alejarnos sin hacer la menor demostración; de pronto alzó los brazos y comenzó á dar gritos, articulando palabras que no pudimos comprender. Marieta, haciendo el último esfuerzo, le dirigió la postrera mirada; después, ninguna de las dos volvimos la vista: am-

Digitized by Google

bas llorábamos: ella, por su amor perdido para siempre yo, porque la veía sufrir.

Antes de llegar al costado del «Aconcagua» nos repusimos; María tornó á ser la mujer fuerte, la señorita amable y bien educada.

Nuestro primer pensamiento al poner el pie sobre cubierta fué para Farruca: queriamos dar expansión al alma, haciendo feliz á la pobre enferma con las naranjas que tanto habia ansiado; pero Farruca habia muerto al amanecer de aquel día.

Hasta las cuatro de la tarde no salí de mi camarote á causa de la triste impresión recibida: me habia acostumbrado á cuidar á la infeliz gallega, y tenía además el interés de apartar de su imaginación aquel fatal presentimiento que la torturaba.

Cuando subí sobre cubierta, vi su cadáver envuelto en una lona y arrollado á la bandera española.

Estábamos ya muy distantes de Río Janeiro, y apenas se divisaba la tierra.

El comandante subió con la tripulación, y después de rezar los oficios del rito protestante, arrojaron al mar el cuerpo de Farruca produciendo horribles escalofríos en todo mi ser el ruido que hicieron las aguas al separarse para recibirle.

Por algunos minutos vi flotar los vivos colores de la enseña patria que como santo sudario cobijaba el cadáver de una compatriota, y fué necesario que me arrancasen de la popa del buque para alejar de mí el cúmulo de reflexiones que me atormentaban.

Desde aquel momento, y sin que nadie se diera cuenta de ello, no hubo más bailes ni más diversión: á los

Digitized by Google

cuatro días llegamos á Montevideo, sin haber roto el duelo que voluntariamente nos habíamos impuesto.

Farruca habrá sido olvidada por los suyos; tal vez su propia hija no la recuerde.

Yo, en cambio, no he podido olvidarla jamás.

Farruca es una página de mi vida.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL CINTO VENGADOR

Era el año 1818. Repicaban las campanas de la catedral de Buenos Aires llamando á los fieles á misa mayor, y una dama muy principal, á juzgar por su apariencia, levantó la pesada cortina de la puerta, penetrando en el templo cuando todavía no habian cesado las señales con que el campanero daba cita á los cotidianos asistentes.

He dicho que era una mujer, y por cierto que no he dicho la verdad: una diosa era la señora del general Ulzurrún ó Cati Run, como la llamaban sus amigos y conocidos. Su nombre de pila era Catalina y su apellido paterno el de un antiguo magistrado español, fiero en

Digitized by Google

el cumplimiento de hacer justicia, y muy apegado á unos cuantos pergaminos que, cosidos á un título de Castilla, había aportado su esposa al matrimonio como dote única y exclusiva.

Nombraron al magistrado regente de la Audiencia de Buenos Aires, y su conjunta persona, la señora marquesa de Rio Claro, se embarcó con él para las *Indias*, llevando á las orillas del anchuroso Plata el orgullo inconmensurable que fundaba, si no en su riqueza, en lo limpio de su origen y en la virtud jamás desmentida de las damas de su linaje.

Depuraba la señora regenta hasta el grado quinto á las ascendientes de cuantas habían de lograr la honra de pisar sus salones, porque, lo que ella decía, á los hombres nada se les pegaba; siendo ricos, presentables y de buen tono, nadie se metía en averiguaciones sobre la conducta de su madre ni la de su abuela; pero las mujeres, ¡oh! las mujeres cambiaban de aspecto.

Su odio contra las débiles y las desgraciadas se reflejaba cuando alguna mujer caía bajo la acción de la justicia. Entonces era ella la que exhortaba á su marido para que sin piedad se castigase á la culpable; el exterminio de las víboras se hacía necesariamente inevitable por el decoro social y para escarmiento del sexo.

El general Ulzurrún, solterón recalcitrante, viejo gastado en fuerza de merodear por todos aquellos cercados que habían ofrecido facilidades para un escalo, pensó que para fin de su vida había encontrado una joya en Catalina, cuando ésta, hecha una mujeraza de diez y ocho años, salió del poder de unas monjas educacionistas para presentarse en las recepciones de sus padres.

Digitized by Google

Nada más grato para la marquesa que el felicísimo pensamiento del general. Era éste el predilecto de cuantos rendían parias á la soberana de la virtud, de la distinción y del buen tono; que todo esto la llamaba el general sin propósito deliberado de adular á su mamá política.

—Cati—dijo la marquesa á su hija, después de haber concertado la boda con el novio, que podia sin disputa ser abuelo de la joven,—el general Ulzurrún ha pedido tu mano y nosotros se la hemos concedido. Ya ves, el general es muy rico; se ha retirado del servicio, porque en el caso de que triunfen esos infames insurgentes y se lleve el demonio estos países él no piensa regresar á España. Nosotros no tenemos otra hija que tú, aquí has nacido, y aquí te has educado; aquí nos quedaremos, pues, ocurra lo que ocurra, entre tanto viva tu esposo, que seguramente no serán muchos años porque el pobrecillo está bastante cascado. Tu marido hará un testamento á tu favor, y á su muerte volveremos, si quieres, á la Península, en donde puedes elegir otro compañero de menos años; porque ni Dios ni nuestra santísima religión prohiben que se vuelva á casar una viuda tan joven y tan bonita como tú serás. ¿Verdad, hija mía, que te placen los deseos de tus padres?

—Sí, mamá, me casaré; pero te advierto que pongo condición que mi boda sea tan fastuosa como la de Carmela Ordoño; hasta el colegio llegó el estrepito que en la sociedad hizo aquel acontecimiento.

—Ciertamente; ha sido un matrimonio regio, y me alegro de que me lo recuerdes, porque le diré que la unión de Carmela con el señor Ruiz Paz tiene muchos puntos

Digitized by Google

de contacto con la tuya: él también es un hombre viejo, pero mucho más que el general, ya lo creo; y aunque ella te aventaja en cuatro ó seis años, hay entre ellos notabilísima diferencia.

—¿Quedamos, pues, en que no desmerecerá mi boda de la suya?

—Déjalo de mi cuenta: tu futuro es tan rico como el marido de Carmela.

* * *

Nada alteraba la serena felicidad de la marquesa. Todo se había realizado á medida de su deseo, y la casa del general se vió favorecida con un *mueble* más que prestaba á la antes solitaria mansión todo el encanto y toda la radiante felicidad que la juventud, la belleza y la fortuna reunidas esparcen por donde quiera.

La marquesa aconsejó á su marido que se apartase de la escena oficial antes y con antes, de modo que cuando llegó la emancipación, pudieron quedarse en Buenos Aires esperando á que Dios se sirviese llamar á cuentas al feliz esposo de su hija.

Era muy aficionada la ex-regenta á dar bailes y saraos en donde poder lucir sus gustos etiquiteros; pero no se veían sus salones excesivamente concurridos á causa de la exagerada escrupulosidad con que escudriñaba la genealogía femenina de sus amigas.

* * *

Digitized by Google

Magnifica fiesta había tenido lugar en casa de la marquesa cuatro días antes de la mañana en que comienza esta más ó menos verídica historieta. Se celebraba el cumpleaños de Cati, la cual se había hecho, en los ocho años que llevaba de casada, una hermosa mujer en toda la plenitud de sus atractivos.

Si participaba Cati de las ideas de su madre, no había tenido ocasión de manifestarlas, porque las amistades suyas eran las mismas de casa de la marquesa. Su carácter, al parecer frío é inconmovible, como el de su señora mamá, hacía que el mundo la considerase tan rígida para guardar su decoro, como lo habían sido las ilustres matronas sus antepasadas.

Hermosísima estaba Cati la noche del baile. Todos los concurrentes se hacían lenguas de su elegancia, cuando otra mujer, también hermosa, aunque de tipo distinto, hizo su entrada triunfal en el salón.

Era Carmela Ordoño. Todas las miradas se clavaron en la recien llegada, y murmullos de admiración salieron de los grupos, en donde se interrumpieron las conversaciones para exclamar:

—¡Hermosísima, divina, arrebatadora!

—¿Habéis visto á Carmela?—dijo un joven entrando en el saloncillo de fumar.—Está lindísima; ¡vaya una pareja que hacen ella y Cati Run!

—¡Quién! ¿Carmela Ordoño?—preguntó un buen mozo que tirado en un sofá contemplaba las espirales que formaba el humo extraído de su veguero.

—¿Qué otra Carmela puede igualarla en Buenos Aires?—contestó el que había entrado con la noticia.

—Es verdad—replicó sarcásticamente el fumador.

Digitized by Google

—Perdona, querido: he olvidado que has tenido la desgracia de enamorarte de ella, y ella el mal gusto de no haber querido faltar al carcamal de su marido.

—O el mal gusto de haberle faltado con otro y no conmigo.

—Calla, mala lengua; el despecho no te autoriza para tanto; eso lo dices tú, pero nadie lo prueba.

—Eso lo digo yo y lo pruebo el dia que haya alguien á quien le importe.

—Pero ¿qué pruebas?

—Que Carmela está ciegamente enamorada de un general chileno emigrado aquí después de la batalla de Rancagua; por cierto que se trata de un hombre que la merece; ya veis que la pasión no me quita el conocimiento.

—¡Cómo se llama?

—Luis Carrera.

—¡Oh! realmente pudiera suceder, porque el menor de los hermanos Carrera lleva los corazones enganchados en la cruz de su espada.

—¿De qué se trata, caballeros?—dijo entrando el general Ulzurrún.

—De una parejita que formó el amor, á pesar de las cadenas que esclavizan á uno de los enamorados—contestó el buen mozo del sofá.

—Algún mal marido que falta á su mujercita—replicó el cónyuge de Cati con la risita cascada del hombre jubilado por la naturaleza.

—No, ciertamente— interrumpió el amante desdeñado;—es una mujercita que después de algunos años ha caído en la cuenta de que su esposo no es joven ni bello.

Digitized by Google

El general se puso lívido.

Su interlocutor, comprendiendo la imprudencia de las palabras pronunciadas, se apresuró á deshacer el mal efecto, diciendo:

—Perdonad, general; me había olvidado que teneis una esposa bellísima y que la lleváis algunos años.

—¿A quién os referís pues?

—A Carmela Ordoño; y contad con que pronuncio su nombre por haceros un favor y para evitaros enojosas cavilaciones.

—Os agradezco la intención; pero tratándose de una hija de la marquesa de Río Claro, es una injuria inferida á su preclaro linaje suponer que yo pudiera dudar un momento.

—Retiro mis palabra en gracia á las razones que exponéis, querido general.

—Ya sé que sois un caballero; y tanto más os agradezco lo que acabáis de hacerme saber, cuanto que en este momento voy á dar parte á mi señora madre política para que expulse de esta casa á semejante mujer. Por el nombre de mi esposa y por el de la marquesa, no puedo consentir el contagio con una liviana.

El general salió en busca de su suegra á quien encontró conversando animada y risueña con Carmela y con otras dos señoras.

—Marquesa—dijo con voz campanuda,—una mujer que deshonra nuestros nobles antecedentes pisa vuestros salones esta noche, y pudiera ser esto causa de que sufriese detrimento el nombre inmaculado de vuestra hija, mi amantísima esposa.

—¿Quién es?—gritó la de Rio Claro poniéndose de

Digitized by Google

pie, como si un alacrán la hubiera picado.—¿Quién es?

—La que tenéis á vuestra derecha.

Un rayo que hubiera caído á los piés de Carmela no la hubiese producido mayor espanto: abrió desmesuradamente sus ojazos negros, y retorciendo los brazos al oir que la marquesa le decía «¡miserable, salga usted de mi casa!», pretendió levantarse; pero cayó desplomada sobre la alfombra.

La confusión fué grande; se produjo el consiguiente tumulto; y el señor Ruiz Paz, que se encontraba jugando una partida de ajedrez; acudió presuroso al tener noticia del accidente.

—Llevaos á vuestra mujer, que se ha desmayado—dijo secamente la marquesa.

Carmela estuvo muy grave de resultas del disgusto: un ataque cerebral puso su vida en peligro; pero al fin la naturaleza triunfó en la ruda batalla del ser contra el no ser.

¿Quién era Luis Carrera, por el cual murmuraban las gentes que la esposa de Ruiz Paz había olvidado sus deberes?

Luis Carrera, patriota chileno, era el hermano menor de José Miguel, primer presidente de la República de Chile: era un joven general también, como sus hermanos: valiente y arrojado en la guerra; pero débil como un niño cuando de las lides de amor se trataba.

Con sus hermanos José Miguel y Juan José había sido vencido por las tropas realistas en la célebre jornada de Rancagua, en aquella batalla en que tales prodigios de valor hicieron los tres hermanos; valor que se estrelló contra el empuje fiero del valiente adversario.

Digitized by Google

Lucho—como cariñosamente dicen en Chile á los que tienen Luis por nombre,— después de sus dos amores, la patria y la familia, repartía los tesoros de su corazón entre las bellas.

Se impresionaba con extraordinaria facilidad; se creía ciegamente enamorado; se sentía capaz de las mayores empresas por alcanzar los favores de la hermosa que lograba cautivarle, y en el incesante mariposeo de su alma, ávida de amor y de emociones, había hecho, sin quererlo, algunas víctimas: pues la misma preocupación de la patria, olvidada momentáneamente para satisfacer la exaltación de su mente ardorosa, le privaba de retener el recuerdo de la mujer á quien había creído amar una hora antes.

Era Luis lo que se llama una *linda* figura: en su fisonomía aniñada y expresiva había algo que subyugaba; su mirada era la del hombre que tiene un puesto reservado en la historia y con sus ojos, de un color verdoso indefinible, mezcla de azul y garzo, con algo de la fosforescente esclerótica de la raza felina, dominaba, sin recurrir á ficciones ni á malas artes, á cuantas mujeres creían de buena fe haberle inspirado una pasión inextinguible.

Su apostura, su distinción, el nombre glorioso de los hombres de su raza, su propio valer y la desgracia que á todos ellos perseguía en el destierro, cuyo final había de ser un fusilamiento imperdonable en aquellos que lo dictaron, convirtiéndose, después de hacerse independientes, en verdugos de sus compañeros; todo esto, repito, acumulaba condiciones favorables que hacían á Lucho interesante por todos conceptos.

Digitized by Google

Vivía bastante retirado. Pueig-Redón, el gobernador de Buenos Aires, era enemigo de los Carrera, por celos incomprensibles de San Martín, que protegía á Bernardo O'Higgins, general presidente chileno y enemigo jurado de José Miguel Carrera. Se le veía poco en sociedad; frecuentaba algunas casas, entre ellas la de Carmela Ordoño, pero no conocía á la marquesa de Río Claro, ni á Cati, ni á nadie que con intimidad las tratase.

Supo, sin embargo, que Carmela había sufrido un horrible bochorno por su causa; y bubiese ó no motivo para ello, es lo cierto que juró sobre la cruz de su espada no desperdiciar la primera ocasión que se le presentase para castigar en el general Ulzurrún la bajeza cometida con su amiga.

Luis Carrera debía salir para Chile de un momento á otro, portador, en unión de su hermano Juan José, de órdenes secretas de su jefe y hermano mayor José María.

Supo que el yerno de la pulcra ex-regente solía oir misa mayor en la catedral, y en la imposibilidad de encontrar para batirse un motivo que dejase bien parada la honra de la mujer que por su causa había sido humillada, decidió esperar á la hora de misa para pegar un achuchón al primer viejo á quien encontrase parecido con el que sus amigos le habían descrito.

A nadie comunicó sus intenciones; nadie pudo, por lo tanto, ni aconsejarle ni disuadirle; por eso, al penetrar Cati Run en la catedral, aguardaba Lucho tras la cortina, y sus miradas chocaron, apartándose las de ella inmediatamente.

Luis, sin darse cuenta de lo que hacía, adelantó un paso hacia la pila del agua bendita; introdujo su aristo-

Digitized by Google

crática mano y mojó dos dedos, que ofreció á la hermosa desconocida.

Levantó ésta de nuevo sus ojos, los fijó en aquel joven tan audaz como apuesto, y después de un segundo de dudosa investigación, aceptó el agua bendita, dando las gracias más con los párpados que con una apenas perceptible inclinación de cabeza.

Luis siguió despacio los precipitados pasos de Cati, que á no dudar, huía avergonzada por haber rebajado su altivez y su orgullo hasta tocar la mano de un desconocido. Pero había sido en la catedral, en un palacio de Dios, y seguramente que un hombre indigno no pisaría tan sagrado alcazar.

Esto pensaba la hija de la marquesa para disculpar lo que conceptuaba atentado contra sus severísimas costumbres.

Y la verdad que aquel joven no podía ser más irreprochable, ¡Qué elegancia, qué noble distinción y qué majestuoso continente!

Así pensaba Cati preguntándose quién sería.

Parecía un rey destronado, pero un rey muy guapo, porque su madre tenia retratos de reyes que no servían para sostener el estribo de aquel desconocido.

¿Quién podría ser? ¡Si se atreviese á volver la cabeza! Indudablemente el buen mozo estaba cerca, por que había sentido pasos cautelosos, y nadie penetrara cuando ella en el templo.

Cati pretendió apartar la mente del hermoso incógnito, y se puso á rezar la salve, dirigiéndose á una Virgen muy linda que la miraba con dulzura y que parecía decirla: «Te perdono esa picardigüela.»

Digitized by Google

—Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida y...

¡Calla! ¡Pues no se había olvidado de la Salve!... ¡Jesús...! Claro, ha comenzado por rezar á la Virgencita, y sus queridos santos, los santos de su devoción, se han enojado por haberse visto preteridos!

—Un padrenuestro á San Pedro para que me abra las puertas del cielo, y otro á San Antonio para que me libre de las malas tentaciones... «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...» ¡Ah! ¿Cómo se llamaría el desconocido? Debía tener un nombre muy bonito... Seguramente se llamaba Felipe, Carlos ó Fernando; eran nombres de reyes, y por más que le jurasen lo contrario, ella apostaría á que por las venas del apuesto joven circulaba sangre real.

¿Sería acaso un príncipe español? Se hablaba de expediciones para reivindicar los derechos de la madre patria, y quizás con algún objeto habría llegado á Buenos Aires el egregio incógnito...

Ella no le conocía; estaba bien segura... Jamás le había tropezado...

Pero ¡qué pecado tan grande! También se había olvidado del Padrenuestro, y, lo que era más grave, había vuelto la cabeza y había sentido escalofríos porque el «príncipe Carlos» la miraba con mucha insistencia.

¡Y de qué modo la contemplaba! Sin petulancia, sin osadía, sin atrevimiento: ¡con un respeto! ¿La conocería acaso? ¿Sabría que era hija de una marquesa española, y esposa de un antiguo general fiel servidor de sus reyes?...

Y parecía que cubría su hermoso semblante una nu-

Digitized by Google

be de tristeza: ¡con cuánto gusto le hubiera preguntado quién era y qué pena le acongojaba.

En aquellos momentos comenzó la misa: el altar en donde se celebraba estaba distante de Cati; pero ésta no se acercó y continuó arrodillada en el mismo sitio.

Se persignó ligeramemte, abrió el libro con precipitación, y entretanto el sacerdote decía *Introito ad altare Dei.*

—«Yo me acercaré al altar de Dios»—repetía Cati Run;—«de Dios, que llena mi juventud de una santa alegría. Juzgadme, Señor»—continuaba con exaltación, —«y separad de mi la gente no santa, y libertadme del hombre inícuo y doloso...»

¡Del hombre inicuo y doloso!... ¡Oh, no! aquel hombre no podía ser inicuo: ¿cómo era posible, un hombre que subyugaba á primera vista? Ella no conocía otro alguno que pudiese ejercer semejante influencia. Tres veces no más había vuelto la cabeza, haciéndose la distraída, y las tres veces estaban los ojos del «príncipe» fijos en ella, y cada vez le parecia mejor...

Pero el sacerdote dijo: *Confiteor Deo omnipotenti...*

—«Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso y á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel arcangel...»

¡Ah! ¡Qué tonta! ¡Ya decia ella que le encontraba parecido con alguien! Pues se lo encontraba con el San Miguel de mamá: tenia el mismo aire de triunfo del arcangel pisando al diablo vencido. Si: lo recordaba perfectamente; y hasta el color de sus ojos; de aquellos ojos que le habían hecho bajar los suyos cuando se había atrevido á mirarle; ¡y eso que tenía una expresión

Digitized by Google

tan dulce, tan dulce!... ¿Ya el *Dominus vobiscum*? Pues ¿y el *Gloria in excelsis Deo*? ¡Ah! si; la liturgia proscribía el *Gloria* en aquel día...

Con estas y con otras interrupciones continuó la señora de Ulzurrún haciendo que oía misa. No podía escaparse á la penetración de Luis Carrera la disipación en que la bella devota dejaba su pensamiento: cerraba el libro algunas veces, obedecía retrasada los toques de la campanilla, y ya estaba el sacerdote en el «canon» cuando Cati comenzó con gran furia á darse golpes de pecho, diciendo:

—¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos!...

¿Sería militar aquel importuno? ¡Pues no parecía que le encontraba aire de coronel ó de general á pesar de su correcta levita y de su esclavina!... Pero ¡qué tontería! ¿A qué habría ido ella á misa á pensar en aquel atrevi...? No, no señor, atrevido no era, porque á la verdad no había cometido ninguna incorrección... En fin, la misa había terminado, y sus oraciones quedaban á medias: gracias á que el desconocido se marcharía, y ella podria rezar tranquilita.

Pero el enamorado galán no estaba de semejante modo de pensar, y al ver que Cati se sentaba en un banco lo bastante retirado, fué resueltamente á sentarse al lado de ella.

—Señora, perdonadme—dijo con acento seductor:—he venido á buscar un hombre, y he tropezado con un angel; ese angel sois vos, que me habéis herido sin que quiera ni pueda defenderme. No sería haceros favor alguno si por la calle os siguiese ó procurase dirigiros la palabra: decidme, señora, en dónde y cómo puedo veros

Digitized by Google

esta noche, porque mañana necesito salir para Chile con una misión especial, y antes de partir quiero saber quién sois; quiero deciros mi nombre, y quiero suplicaros que me recordéis en el tiempo que dure mi ausencia.

Cati temblaba como una azogada: temía ceder y no quería rechazar. Pero, realmente, si al día siguiente marchaba, por más que eso no le gustase mucho, bien podía darse el placer de hablar con él aquella noche, tomando precauciones para que no supiese quién era, ya que no la conocía.

—¿Calláis, señora? ¿No me concederéis siquiera un cuarto de hora? Me conformo con el tiempo que vos me señaléis. ¡Oh!, pero no os enoja mi pretensión. ¿Luego aceptáis? No os pregunto vuestro nombre; tampoco quiero saber vuestro estado; decidme solamente lo que he de hacer para llegar hasta vos; y si es necesario romper un cerco de soldados, no temáis: mi espada es fuerte y mi corazón no ha temblado jamás; sólo tiembla á la idea de que el vuestro no corresponda á sus latidos.

Yo no sé quien sois, caballero—habló Cati con voz trémula;—pero tampoco quiero preguntároslo, para que veáis que no dudo de vos. Me habéis dicho que marcháis mañana y que deseáis hablarme esta noche; decís también qne vuestra espada es fuerte, y esto me prueba que sois militar y como tal, pundonoroso y valiente; pues bien: para que me digáis quien sois, solamente para eso, haré que esta noche os conduzcan hasta mí; pero es necesario que recorráis algunas calles con los ojos vendados, cogido del brazo de la persona que yo mande á buscaros, que será una mujer de toda mi confianza. ¿Me juráis por vuestro honor no averiguar quien

Digitized by Google

soy, ni siquiera la calle en que vivo? ¿Me juráis asimismo no preguntarme nada hasta que regreséis de vuestra comisión, que me encontraréis en este mismo sitio?

—Os juro cuanto queráis, y os juro también que no necesitaré la venda, porque voluntariamenle cerraré los ojos, y no los abriré hasta no hallarme en presencia vuestra.

—Está bien: á las doce de esta noche aguardad en las gradas de la catedral: dadme cualquier objeto vuestro para que os lo presenten.

—Tomad, y os aseguro que el día de hoy será el más largo de mi vida..

—Adios—dijo Cati; y salió huyendo del hombre que se parecía al arcangel de su madre.

Carrera quedó un momento pensativo: aquella mujer era hermosísima; tenía al propio tiempo una candorosa confianza, que desde luego no era fingida, porque no cabía fingir aquellos ojos bajos sin afectación, ni aquel rubor que coloreaba sus mejillas. Que no era soltera se conocía á la legua, y, sin embargo, había en ella un conjunto inexplicable de pureza y de comprimida vehemencia, de recato púdico y de pasión munda na; una resultante de compuestos que le absorbía hasta el punto de olvidarse del general Ulzurrún, de Carmela Ordoño, del horrible bochorno que por su causa había sufrido ésta; de todo, de todo se olvidó el galante chileno.

. . . . . .

Acababan de sonar las once cuando Luis Carrera llegó á las gradas de la catedral; jamás las horas pasaron con tanta lentitud para un corazón enamorado: el te-

Digitized by Google

mor de haber sido engañado hacia que el pecho del joven general se agitase con violencia extraordinaria.

Tranquilo había entrado en los combates; sereno había peleado; con ira indomable había soportado la derrota de Rancagua, y el destierro dictado por los enemigos personales de su hermano; y en todas estas crueles luchas del amor propio, de la honra y de la vida no había sentido aquel golpear descompasado del corazón, que le traicionaba por vez primera.

En la mañana de ese día, había pensado encontrar al yerno de la marquesa de Río Claro para batirse con él, y tenía que conformarse con aplazar la venganza de Carmela, por haber resultado un duelo de amor allí donde él buscaba un duelo á muerte.

Su hermano le entregó algunas onzas para el viaje, onzas conseguidas á mucha costa y sacrificando hasta las más indispensables necesidades de la familia en provecho de la patria; los caballos aguardaban el toque de botasillas para ponerse en marcha con los héroes de aquella tan desgraciada expedición, y de él dependía la salida: en todo el siguiente día era, pues, necesario partir.

¿Y Carmela? ¡Pobrecilla! Estaba enferma. La confianza que Carrera tenía en casa del señor Ruiz Paz no era suficiente para permitirle llegar hasta el dormitorio de la señora; se despediría por medio de una carta, y la consolaría prometiendo vengarse de los miserables que la habían ultrajado, á ella, que valía mil veces más que todas las marquesas habidas y por haber.

Satisfecho con esta resolución, comenzó á impacientarse, porque le parecía que había pasado la hora fijada.

Digitized by Google

Por fin, una mujer se acercó recatadamente.

—¿Quién vá?—dijo Lucho á media voz.

—La sirvienta de más confianza que tiene una dama muy principal.

—Bien venida seas, pues que con impaciencia te aguardaba.

—¿Sois vos, señor, uno que ha oído misa esta mañana en la santa catedral?

—Yo soy; excusa las preguntas. También soy yo el que ha dado un dije á la hermosa que te envía.

—¿Es éste?

—El mismo. Vamos cuanto antes.

—Habéis jurado á mi ama y señora no mirar la calles por donde tenemos que pasar.

—Lo he jurado, y lo sostengo; tampoco abriré los ojos sino lo suficiente para no caer; no tengo empeño en ver cosa alguna más que el rostro de tu señora. Toma mi brazo para que me guíes.

—Vamos.

Veinte minutos transcurrirían recorriendo calles, cuando comprendió Carrera que habían llegado al término de su peregrinación, porque penetraron en una casa.

Cruzaron algunas habitaciones de planta baja, y llegaron á un gabinete cuyo perfume denunciaba á la hermosa devota de la catedral.

—Estáis perdonado, señor — dijo la confidente de Cati;—ya podéis mirar cuanto os rodea.

Y desapareció por donde había entrado.

El general chileno levantó los párpados: lo primero que sus ojos divisaron fueron las pesadas cortinas de

Digitized by Google

rojo damasco de seda que ocultaban un lecho; sin mirar nada más, dió un paso para descorrerlas, pero se contuvo; giró entonces la mirada por la estancia, y ¡oh dicha! recostada en un sofá vió una encantadora figura de mujer que con ambas manos se cubría el rostro.

El enamorado galán se arrojó á sus plantas y separó aquellas lindas manos para estrecharlas entre las suyas y cubrirlas de besos.

. . . . . .

A la mañana siguiente, entre tanto servían el desayuno, paseaban por el jardín el general Ulzurrún y su esposa. Cati estaba muy pálida.

De vez en cuando cerraba los ojos y se apoyaba contra un arbol, como si un vahido la obligase á esforzarse para guardar el equilibrio.

—¿Por qué te has levantado si no estás bien?—decía el anciano marido.—Si anoche cuando te retiraste á causa del dolor de cabeza hubieras hecho lo que yo te mandaba, hoy estarías buena; pero esta cabecita, esta cabecita...—y acarició la artística cabeza de Cati entre sus descarnadas manos.

La esposa se estremeció al contacto de los dedos fríos y huesudos, y cerró los ojos, apretándolos mucho para contener la repugnancia que por vez primera le causaban las caricias de su marido.

Sonó una campanilla en el comedor, y los señores de Ulzurrún se encaminaron á la mesa.

—No tengo gana—dijo Cati.

—Pues algo debes tomar, porque no tienes fiebre, y la debilidad sostiene las neuralgias.

—Es que me siento bastante mal.

Digitized by Google

—Pues acuéstate; que venga el médico, y avisaremos también á la marquesa.

—No; con la cama y el silencio me pondré buena; no quiero que venga nadie.

—Que venga Jacinta—dijo el general al criado que servía el desayuno.

La confidente de Cati entró en el comedor.

—Dispón—ordenó el anciano—que las criadas arreglen inmediatamente el dormitorio de la señora, y tú prepárala una taza de tila.

A los pocos minutos reapareció Jacinta con la infusión calmante, y casi al mismo tiempo entró una de las criadas destinadas al servicio de las habitaciones interiores.

Sin dar tiempo á que nadie se fijase en ella, se acercó al general, diciendo:

—Señor, este cinto con onzas de oro que acabo de encontrar en el cuarto de la señora, se lo habrá olvidado usía.

El general se volvió rápidamente.

Miró el cinturón primero, y después á Cati, en el momento en que ésta, presa de un desmayo, dejaba caer la cabeza sobre Jacinta.

El esposo notó el temblor de la confidente, y volvió los ojos hacia la muchacha, que continuaba con el cinto en la mano; ésta se encontraba tranquila.

—¿Me creía usía capaz de quedarme con estas monedas?—preguntó la criada tímidamente.

—No—contestó el general reponiéndose un poco;—mi asombro consiste en que lo estuve buscando sin recordar que anoche lo dejé en las habitaciones de tu ama.

Digitized by Google

Pero ¿en qué sitio lo puse para que ni ella ni yo lo hayamos visto hoy?

—Debajo de las almohadas, señor.

—Está bien; vete.

El general se puso de pie, dió la vuelta á la mesa, y se acercó al grupo que formaban su esposa desmayada y Jacinta sosteniéndola.

—Tú, que sabes lo que tiene, cúrala—dijo con furia; —pero antes—añadió apretando un brazo de la sirvienta,—antes dime á quién pertenece este cinto.

—Señor, yo no sé.

—Dilo, ó ambas morís á mis manos.

—Juro que no sé quien es el que ha dejado eso en el cuarto de la señora.

—Dí lo que sepas, porque si no te ahogo.

—Yo no sé sino que ayer le ha conocido cuando fué á misa.

—¿Ayer?—rugió el general.

—Ayer, sí, señor.

—¿Y anoche estuvo en su dormitorio un hombre á quien conoció por la mañana?

—Sí, señor.

El yerno de la marquesa de Río Claro miró despreciativamente á su esposa, hizo un ademán como para empujar á Cati con la punta del pie, pero se arrepintió y salió del comedor sin pronunciar otra palabra.

Antes de media hora estaba en la puerta de la catedral. El corazón le decía que aquel desconocido habia de regresar de nuevo para ver á la mujer liviana, y el corazón de Ulzurrún no se equivocaba; pero el motivo que aquella mañana pudiera llevar al emigrado chileno

Digitized by Google

á la catedral era independiente del amor y de los deseos.

Cuando al amanecer regresó Luis Carrera á su casa, notó que le faltaba el cinto, en el cual guardaba aquellas onzas de oro que José Miguel le había dado para el viaje.

Creyó volverse loco; se golpeaba la cabeza, hería el suelo con los tacones de sus botas, se prodigaba los mayores insultos y llegó á reprocharse la necedad de haber obedecido noblemente la súplica de que no se fijase en las calles por donde había de pasar. La misma criada le había acompañado hasta el sitio adonde fuera á buscarle, y en aquellos momentos era víctima de la exagerada caballerosidad con que había procedido.

Aquella mujer era una dama muy principal, ciertamente; pero ¿quién era? No había conseguido sino que le dijese su nombre. Su nombre, que nada tenía de particular: ¡Catalina! pero ¿Catalina de qué? Él si que le había dicho quien era, le había explicado su vida, la de su familia, se lo había contado todo; y ella parecía realmente enamorada y conmovida por la atención que prestaba á cuantos pormenores le daba. Pero ¿habría visto ella el cinturón? ¿Se atrevería á buscar á su amante de un día para devolvérselo? ¿Lo habría encontrado alguna criada?

Después de tantas luchas, decidió Luis Carrera volver á la catedral. Catalina le había dicho que diariamente iba á misa, y le ofreció no perder un día hasta que tuviese la dicha de volver á encontrarle. Retrasaría el viaje veinticuatro horas más, diría á sus hermanos que le retenía un lance de honor, y eso era antes que todo: por este lado la cosa estaba resuelta: tomó, pues, el camino

Digitized by Google

que con distinto objeto habia seguido la mañana anterior, y llegó á la catedral muy temprano todavía.

—Sin duda no faltará—decía entrando y saliendo mil veces; pero nada: aquella mañana no parecía; ya se iba impacientando y llamaba infame á la mujer que le había engañado diciéndole que rogaría á Dios por él, cuando se le acercó un caballero viejo y un poco encorvado, pero de fisonomía enérgica y andar muy seguro.

Si Carrera no estuviese tan preocupado, hubiera fijado su atención y reconocido al general Ulzurrún; pero en aquellos momentos lo crítico de su situación se sobreponía á todo. Ni Carmela, ni Catalina, ni la marquesa de Río Claro, ni su yerno, ni nada, en fin, podía caber en el lugar que ocupaban su patria, su familia y la misión que le llevaba á Chile.

—Joven—dijo melosamente el general,—la edad me autoriza para interesarme por todo; hace rato que observo una inquietud grandísima en vuestro semblante; creí primero que esperaríais á vuestra amada; pero he cambiado de opinión y pienso que os ocurre algo grave. ¿Queréis contarme vuestra desgracia? Porque indudablemente lo es, y quién sabe si podré ayudaros á recuperar lo que hayáis perdido.

—¡Cómo! ¿Vos sabéis que he perdido un cinturón con algunas onzas de oro?

—Sabía que lo habíais perdido, y aquí lo tenéis; ahora decidme quién sois, porque necesito mataros y quiero enviaros los padrinos. Yo soy el general Ulzurrún, esposo de Catalina.

—¿Vos?

—Yo, sí.

Digitized by Google

—Me alegro encontraros.

—¿Que os alegráis?

—Si, os buscaba para desafiaros.

—¿Para desafiarme, acaso porque me habéis deshonrado?

—Porque habéis sido un miserable deshonrando vos á Carmela Ordoño.

El marido de Cati palideció, y por vez primera en su vida comprendió que la Providencia es una señora muy justiciera.

* * *

—Sí; horrible desgracia, amigos míos: mi pobre hija mi buena Cati, está inconsolable. ¡Morir su esposo por haber querido sostener el nombre incólume de la familia! Ya ven ustedes que no era cosa de encubrir con nuestra honrosa amistad la infamia de esa mujerzuela que se llama Carmela Ordoño. Fué arrojada de mi casa y en venganza obligó á su amante á que se batiese con mi yerno.

—¡Qué infamia, querida marquesa!

—Eso digo yo. ¡Qué infamia! Ciertas mujeres merecen mayor castigo que los relapsos y los excomulgados.

El marqués consorte, á quien todo el mundo daba el título desde que había dejado de ser el señor regente, miraba á su esposa como queriendo decirla: «Calla, que puede que sepan la verdad y la oculten por prudencia»; pero la de Río Claro continuó arrojando todo el despre-

Digitized by Google

cio que desde su invulnerable pedestal solía lanzar contra las pérfidas que sin temor de Dios faltan á los sacrosantos deberes que juran al pie de los altares.

¡A ella! ¡Jamás! ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo se hubiera atrevido nadie á herir sus castos oídos de esposa fidelísima? Irradiaba en ella la virtud hereditaria; así era que su hija, su Cati, también estaba exenta de asechanzas, porque la circundaba la misma aureola que á su madre. Nadie que oyese á la marquesa podría creer que estaba muy al corriente de lo que había motivado el desafío que ocasionara la muerte á su yerno.

***

Han transcurrido tres meses dedicados por Cati á pensar en Luis Carrera y en un nuevo ser que se agitaba en su seno. Esperaba que aquel amante de un dia volveria á buscarla, y por eso se resistía tenazmente á embarcarse para Europa, como sus padres pretendían. Pero ¡oh dolor! la noticia del fusilamiento de Juan José y de Luis Carrera, llevado á cabo el 8 de Abril de 1818, llegó á Buenos Aires, desgarrando por el momento el corazón de la joven viuda. Ya no opuso resistencia al viaje: por el contrario, deseaba huir, y huir muy pronto.

Antes de salir de la metrópoli del Plata, un amigo de Luis Carrera se presentó á visitarla, portador de una carta que decía así:

«Adorable Catalina: Perdonadme si he amargado los días de vuestra hermosa existencia; pero no os acuséis

Digitized by Google

de la muerte de vuestro esposo: yo había jurado matarle en buena lid antes de conoceros á vos.

»Voy á morir inhumanamente fusilado. Los chacales enemigos de mi familia no se verán hartos de la noble sangre de los Carrera hasta que no nos exterminen á todos; pero la historia hará justicia á nuestra causa.

»Yo no sé si os amaba cuando me enamorásteis; pero os aseguro que en este día supremo, último de mi azarosa carrera, uno vuestro nombre al nombre de Chile: esto os probará que hoy os adoro.

»No me olvidéis; y si, como es natural, encontráis un hombre que os haga feliz, pensad que si el cielo me hubiera conservado la vida, también os diera con su corazón la dicha de la tierra, vuestro—Luis Carrera.»

Cati lloró eternamente al mártir chileno.

En España dió á luz un niño que se llamó Felipe Ulzurrún, y llegó á ser más tarde marqués de Río Claro.

La vida de esta criatura absorbió completamente la de Cati Run. Se opuso á contraer segundas nupcias, y dedicaba muchas horas del día á llorar y á rezar por el hombre inolvidable que tanto se parecía al San Miguel que había heredado de su madre.

Cati ha muerto hace algunos años. Los vástagos de Ulzurrún hablaban de ella como la ex-regente hablaba de sus incomparables abuelas.

A España no ha llegado la historia del *cinto vengador*.

1887

Digitized by Google

EL AMOR Y LA PATRIA

TRANSCURRÍA el mes de Agosto de 1880. Encontrábame en Lima, en la perla del Pacífico, fundada por Pizarro y conservada por Dios para encanto de propios y de extraños.

La guerra, con sus desastrosas consecuencias, aterraba á todos los habitantes de la metrópoli peruana y conmovía hasta las entrañas de la tierra del uno al otro confín del suelo americano.

Los odios de raza, conservados por peruanos y chilenos como legado sangriento de los conquistadores, estallaron con furia al primer toque del clarín guerrero que anunciaba al Perú los aprestos bélicos de Chile.

Se habían sucedido los combates; se habían llevado á

Digitized by Google

cabo cien y cien actos de valor legendario; habían perecido mil y mil valientes hijos del Sol y de Lautaro, y la saña y el rencor seguían su camino fatal sembrando el luto y la desolación en los hogares de tres naciones.

La escuadra chilena, que desde largo tiempo bloqueaba el Callao y todos los puertecitos de recreo cercanos á Lima, entretenía sus ocios algunas veces, haciendo ejercicio de fuego y arrojando granadas sobre los tranquilos y bellísimos *ranchos* (1) que en la época estival servían de morada á las hermosas y aristocráticas limeñas.

A la sazón estaban abandonados los edificios, y sólo algunas familias, que por motivos de salud se retiraban al campo ó á las orillas del mar, se atrevían á vivir en parajes tan expuestos, por la facilidad que ofrecían para el desembarco de tropas.

En aquellos semipalacios, en los cuales antes habían resonado carcajadas juveniles, compases de música arrebatadora y frases de pasión meridional, se alojaban soldados que, vigilantes, con el arma al brazo, se preparaban á defender la patria querida.

En circunstancias tan críticas, me ordenaron los médicos que, con urgencia, sacase de la ciudad á mi tierno hijo para curarle una pertinaz bronquitis.

Elegí el Barranco, pueblo situado á doce minutos de Lima en la linea de Chorrillos, que, además de tener segura playa, goza los privilegios de una sorprendente campiña.

---

(1) Así se llaman en el Perú las residencias de verano por fastuosas que sean.

Digitized by Google

Me trasladé á un rancho aislado, edificado sobre un promontorio, desde el cual, con el auxilio de un anteojo marino, dominaba la costa y podía apreciar los movimientos de la escuadra de operaciones fondeada frente al Callao en el *cabezo* de la isla de San Lorenzo.

Sentada sobre un elevado morro, contemplaba muchas veces la extensión de agua que se ofrecía á mis ojos: pensaba en un más allá que se llamaba España; quería descubrir tras aquel horizonte sensible, que á mi me parecía término feliz de irrealizables aspiraciones, mi aldea de Asturias, mis queridas montañas, las azules aguas del Cantábrico, y recordaba con pena la infancia casi pastoril que como un sueño vagaba por mi mente, confundida con los seres idolatrados que aguardaban el regreso de la viajera incansable.

¡Pero no! Aquellos puertos eran el Callao, la Punta, Chorrillos, Mirallores, y la Magdalena; no se parecían á Luarca, ni á Vega de Navia, ni á Tapia, ni á Ortigueira, ni á los que pugnaba por retener entre mis recuerdos de la niñez. Hoy, que he perdido aquellos de vista; hoy que, con lágrimas que del corazón suben á los ojos, declaro haber perdido también la esperanza de volver á contemplarlos, me son tan queridos, como en aquel tiempo lo eran estos.

Pasaba muchas horas del día saltando de roca en roca como las gaviotas, y no pocas veces tuve que alejarme espantada por la proximidad del crucero chileno «Pilcomayo,» que sin cesar paseaba frente á la entrada del Barranco, dirigiendo á tierra los catalejos, ávida la tripulación de descubrir cualquier movimiento que pudiera distraer sus ocios.

Digitized by Google

La bata blanca era la menos á propósito para ocultarme, y más de una vez creí ser víctima de algún aviso que como distracción, y sin otro fin que el de darme un susto, pudieran enviarme los galantes marinos por boca de un elocuente Krup.

Cambié de rumbo por este motivo, y dirigí mis pasos hacia la playa.

La bajada al baño, deliciosamente sombreada por preciosas grutas que ofrecen al bañista descanso plácido, convidaba entonces por su soledad y frescura á la meditación, al estudio y á evocar recuerdos.

Werther, mi compañero inseparable durante muchos años, era el único libro digno de ser leído en tan edénico sitio.

Una mañana bajé más temprano que de costumbre: algunos oficiales de los batallones acuartelados en el pueblo departían acaloradamente sobre la cuestión palpitante, sobre la guerra; me contrariaba un tanto no completamente estar sola: las voces que sentía cercanas interrumpían el éxtasis que producía en mi alma el ruido de las olas al chocar contra los perforados peñascos de la playa.

Penetré en una gruta decidida á sentarme. Dentro había una mujer joven y dulcemente bella, sosteniendo sobre sus rodillas un querubín juguetón que apenas contaría tres años.

El pequeñuelo charlaba sin cesar, con la encantadora media lengua que hace las delicias de las madres felices, y tortura, oprimiéndolo y angustiándolo el corazón de las que desgraciadas son.

La joven al verme se puso de pie para replegarse en

Digitized by Google

el banco, y me saludó con una inclinación de cabeza irreprochable por su elegancia y por su distinción.

No me atreví á retirarme, á pesar de no lograr mi objeto de estar sola, y me sentí desde luego inclinada á pasar algunos minutos al lado de aquellos dos seres, que á primera vista me parecieron poema viviente de amargas desventuras.

—Emilio, siéntate: no seas travieso — dijo la joven.

—Pero, mamá—replicó el niño, — ¡si estoy mirando si regresa la «Pilcomayo» para ver á papá!

—¡Jesús, criatura! — se apresuró á decir la madre ruborizándose.—¿Quién te ha dicho que tu padre está en la «Pilcomayo?» Los niños no hablan de lo que no entienden.

—Por lo que oigo—dije—¿es usted esposa de un chileno?

—Sí, señora—contestó poniéndose encarnada,

Después de algunas preguntas y respuestas, mediante las cuales me dijo que me conocía de vista y respetaba mi nombre, se estableció entre nosotras la suficiente confianza para que me refiriese su historia.

—Yo soy limeña — dijo, — pero mi Luis es chileno. Cuando estalló la maldita guerra, que tantas lágrimas me ha costado, estábamos próximos á realizar nuestro matrimonio para legitimar este hijo de nuestro amor. En un momento de arrebato producido por el carácter de mi padre y por la incomprensible oposición que nos hacía, huí con Luis, porque este me aseguraba que sería el medio mejor para obligarle á dar su consentimiento. Ni la posición difícil que á los ojos de la sociedad me había creado, ni el nacimiento de este angelito, influye-

Digitized by Google

ron en el tenaz autor de mis días para conseguir que me perdonase y autorizase con su presencia mi matrimonio.

Luis sufría por mi terquedad en no querer unirme á él sin la bendición paterna, y yo, creyendo vencer el carácter de mi padre, hice mil tentativas, pero inútiles todas.

En estas circunstancias vino la guerra. Decir á usted cuánto he sufrido, sería imposible: ¡mentira parece que yo, débil por naturaleza, haya podido soportar golpes tan rudos como los que la suerte me ha descargado!

Llegó el momento de la expulsión de los chilenos y la explicación necesaria entre nosotros: antes no habíamos tocado la cuestión de nacionalidad, ni habíamos hablado una palabra respecto de la guerra: ambos á dos sufríamos en silencio: nos afectaba hondamente y nos hería por igual.

—Mariana—me dijo Luis,—¿has leído el decreto de expulsión?

—¡Sí!—le contesté llorando.

—¿Y qué debo hacer? ¿cómo cumplir la ley sin abandonarte?

—Haz lo que el corazón te dicte, lo que él te aconseje.

—No, Mariana mía: siguiendo los impulsos de mi corazón, no te abandonaría; pero ¿qué digo? ¡Abandonarte! Eso es imposible; yo no puedo vivir sin tí y sin mi hijo. Dime, alma mía—prosiguió con exaltación,—¿me adoras como antes?

—Si, Luis, más todavía, si más cabe.

—Pues no me juzgues egoista, Mariana; te juro que entre mi amor y tú, no hay ni sombra de tan innoble

Digitized by Google

pasión; pero..., Mariana de mi alma, vámonos—prosiguió arrebatadamente.

—¿Adónde?—pregunté aterrada, porque vislumbraba la idea de Luis.

—A... mi país, á Chile, á Santiago.

—Nunca, Luis—repliqué haciendo un esfuerzo supremo:—eres el padre de mi hijo, eres mi amor y mi vida, eres mi esposo ante Dios y su Santísima Madre; pero perteneces á la nación que hoy es implacable enemiga de la mía, y no puedo sacrificar al tuyo el amor de mi patria, de la patria de mis padres y de mi hijo. Posponiendo tu amor, que es mío, que me pertenece, que está encarnado en mi ser, que es esencia de mi vida y ánima de mi pecho, me sacrifico yo sola, torturo mi corazón, pero no hiero las fibras del patriotismo de mi padre, de mi familia, y de la sociedad, ni violento asimismo las naturales afecciones que me inspira esta tierra querida.

Mariana sollozaba, y necesitó algunos minutos para continuar. Cuando se repuso un poco siguió la relación de su última entrevista con el padre de su hijo, y añadió:

—Pues bien, Mariana mía—replicó Luis,—realicemos nuestro matrimonio antes de mi marcha: yo voy al campo de batalla: he sido militar, y no puedo regresar á Chile sin volver á ceñirme la espada; pidámosle nuevamente á tu padre su consentimiento, exponiéndole nuestra crítica situación; y si se obstina en negarlo, déjate de escrúpulos pueriles. Si el infortunio me tiene reservado un hueco entre el montón de cadáveres que se hacinan después de las batallas, quiero que legalmente llevéis mi nombre, y que mi fortuna os pertenezca por

Digitized by Google

derecho propio. ¡Cómo vestirías luto por tu Luis, Mariana mía, si nuestro matrimonio no tuviese el sello de legitimidad que necesita para que el mundo te respete como viuda mía!

—Parte tranquilo—respondí—llevo el luto en el corazón, y aun cuando pasen años y más años, tu recuerdo no podrá borrarse de él si sucumbes en esta desgraciada contienda. Pero si antes he tenido esos escrúpulos que tú llamas pueriles para unirme á tí sin la bendición de mi padre, ¿cómo quieres que hoy me atreva á dar un paso que todos recriminarían y me recriminaría yo propia? Vas á pelear contra el Perú; es tu deber, pero ese deber nos hace enemigos aparentemente: si te portas como caballero, si eres valiente para tu patria y generoso para la mía, siempre ocuparás el mismo lugar en mi corazón; pero si te olvidas de que soy peruana y que tu hijo es peruano también, y te ensañas contra el vencido ó contra el indefenso, no te acuerdes más de Mariana, porque habrá muerto para ti. Cumple, pues, las leyes que te imponen el deber y la civilización.

Y se fué, señora, se fué—prosiguió derramando amargas lágrimas.

Me dejó cuanto poseía aquí; lo suficiente para vivir cuatro años sin recurrir á las personas de mi familia. No sé de él; porque no quiero recibir cartas del campo enemigo, cartas que, por sencillas que fuesen, harían suponer algo que á mi caracter repugna. Sé qué está en campaña, pero no sé dónde ni cómo: recorro con angustiosa precipitación los nombres de las víctimas de cada batalla, y gracias al cielo todavía no he tropezado con el suyo.

Digitized by Google

Desde que se ha marchado—continuó sollozando—vivo en este pueblo; mi padre no quiere verme; y como es patriota exaltado, dice cuando le hablan de su nieto que no puede ser bueno, porque es hijo de un chileno.

Procuré consolar á Mariana cuanto me fué posible, y me puse á jugar con Emilio, que, llorando también, se abrazaba á su madre prodigándola caricias conmovedoras.

Desde aquel día pasé muchas horas al lado de la que por sus desgracias consideraba digna de ser mi amiga.

Su tristeza y su quebrantada salud me espantaban por la orfandad en que pudiera quedar aquel inocente, que sin su voluntad había venido al mundo, obedeciendo á la inapelable sentencia dictada por la naturaleza sobre todas las leyes humanas.

Mariana estaba tan débil, que algunos días la era imposible abandonar el lecho. Cuando esto pasaba le hacía yo compañía todos los momentos que no dedicaba á mi enfermito, y procuraba alegrarla con proyectos llenos de agradables escenas que debían realizarse cuando terminase la guerra y ella pudiera unirse para siempre á su Luis del alma.

Una noche que había evocado los días risueños de su infancia, y había recordado á su madre muerta, cuando apenas ella tenía doce años, quise distraerla de sus pensamientos proponiéndola jugar unas *manitas* de *chaquete*. Acerqué á su cama una mesita china y me dispuse á dejar que me ganase, porque ésta era una de las nimiedades que le hacían sonreir.

Me parece verla todavía: de entre los encajes de la sábana salían sus manos pequeñitas, blancas como la

Digitized by Google

nieve y tan esmeradamente cuidadas, que convidaban á estampar en ellas un millón de apasionados besos. El pelo castaño y ligeramente ensortijado caía sobre una almohadita cuadrada, cubierta de finísima malla, por entre cuyo tejido brillaba el raso azul pálido que aprisionaba el mullido mirahuano.

El niño dormía tranquilamente al lado de su madre, y yo me disponía á terminar el último juego para tomar el té en compañía de Mariana, cuando la sirviente *de mano* (1) entró precipitadamente.

—*Niñas*—dijo asustada,—acaba de llegar *Maluco* y asegura que esta noche van á intentar los chilenos un desembarco.

—¡Jesús, Luis de mi alma!—gritó Mariana, incorporándose repentinamente.

—Pero ¿qué es esto, amiga mía?—le dije.—¿Da usted crédito á lo que cuenta *Maluco*? Y aun cuando fuese cierto que el enemigo intentase un desembarco, ¿qué tiene que ver Luis con esa intentona?

No hay duda—contestó:—si alguien pretende desembarcar en estas circunstancias, es él: por algún conducto sabe que estoy aquí, y desea verme. ¡Oh! por algo no puedo apartar la vista de esa corbeta que nos bloquea.

—Pero ¿cree usted que está en la «Picomayo?»

—No creo nada; pero muchas veces me lo dicen con tal insistencia los latidos de mi corazón, que lo juraría. Cuando se aproxima y la gente huye despavorida, yo siento un placer inexplicable; me creo acompañada por

(1) Doncella.

Digitized by Google

Luis, y el poder de la imaginación me hace verle apoyado en la borda del buque con la cara sobre las manos, y pienso que discurre la manera de verme sin faltar á mi patria ni hacer traición á la suya.

—No sueñe usted, Mariana: vuelva usted á la realidad, y estése tranquila en cama. Sírvenos el té—dije á la muchacha,—y á *Maluco* que pase, para que nos cuente esas patrañas.

Maluco era un indio pescador borracho y cobardón, pero muy querido de todo el pueblo por su honradez y sus inocentes mentiras.

Se llamaba Manuel, y el mote que había llegado á eclipsar nombre de pila provenía, de que cuando se ponía en estado de dar traspiés, decía que no estaba borracho, sino *maluco*.

—Entra—dije al indio que asomaba su desgreñada cabeza por medio del *portiére*.—¿Quién te ha contado esos embustes para quitarte de dormir esta noche?

—Nadie, *niña*, yo *los he visto*: al oscurecer se acercó bastante esa infame traidora de *Pilcomayo* (1), y al oscurecer también vieron mis propios ojos que desprendían una lancha por el costado de babor. Esta lancha no la han botado más que para hacer algún reconocimiento: como los chilenos conocen nuestro terreno más que su propia casa, no les costará trabajo saltar en cualquier parte para enterarse de lo que pasa en el Barranco. Yo he dado cuenta al coronel, y *estamos* listos por si acaso.

Apenas había dicho la última palabra, cuando senti-

(1) Esta corbeta peruana fué apresada por los chilenos al comenzar la guerra, y prestó á éstos muy buenos servicios.

Digitized by Google

mos una descarga de rifle que nos dejó heladas y nos hizo comprender que *Maluco* tenía razón en lo que había sospechado.

Mariana saltó de la cama y *Maluco* se puso á temblar como un azogado.

—¡Luis, Luis de mi alma!—decía la primera,—vas á morir, y es por mí, por mí, el corazón me lo anuncia: no hay remedio, le van á matar: yo quiero verle, quiero llegar hasta donde se baten: ¡por Dios, déjeme usted salir!

La exaltación de la enferma era terrible: la hice mil reflexiones que resultaban inútiles, hasta que, recurriendo al obstáculo único, le dije:

—Pues bien, salga usted; corra como una loca; mañana dirá todo el mundo que estaba usted en correspondecia con los chilenos, y la llamarán á usted espía.

—¡Qué horror!—replicó cubriéndose la cara con las manos.—Sí; tiene usted razón: aun cuando fuese Luis, yo debo quedarme.

Se acostó de nuevo y procuré tranquilizarla; envié al indio á mi rancho encargándole que volviese con noticias de lo ocurrido, y apenas habían transcurrido cinco minutos sentimos pasos precipitados por delante de la reja del dormitorio. Mariana saltó nuevamente del lecho, y despavorida gritó:

—¡Es Luis, son sus pasos, viene perseguido!

Salí precipitadamente, y dí vuelta á la llave para poder contener á mi amiga: llamaban en aquel momento á la puerta, y entonces también de mí se apoderó el terror por lo que pudiera acontecer si realmente era Luis el que llamaba.

Digitized by Google

Las dos sirvientas temblaban de miedo sin atreverse á abrir: lo hice yo resueltamente.

Un apuesto joven, cuyo rostro me pareció conocido, se presentó á mis ojos.

—Señora—dijo con precipitación,—soy chileno, me persiguen, moriré sin alcanzar la gloria del soldado, y me matarán ignominiosamente para el Perú.

—Pase usted—contesté sin vacilar. Cerré la puerta rápidamente, porque se oían pasos no muy lejanos; y pregunté al fugitivo:

—¿Se llama usted Luis Vergara?

—Servidor: ¿me conoce usted?

Por toda contestación le dije:

—Venga usted: estamos en casa de Mariana.

Imposible me seria describir el efecto que estas palabras produjeron en el arrogante chileno: se abalanzó sobre la puerta, que yo acababa de franquear, y recogió en sus brazos el cuerpo casi desfallecido de su amada.

La hicimos acostarse y oculté al recien llegado, porque otra vez llamaban á la puerta: rogué á las criadas que no fuesen débiles en caso de ser interrogadas, y di orden de abrir.

Con bastante serenidad salí á recibir un á capitán que con algunos soldados acababa de traspasar el dintel, y le pregunté que buscaba.

—Siento molestar á usted—dijo el capitán,—pero algunos chilenos han desembarcado; dos han caído heridos y están en poder nuestro; la lancha que los trajo á tierra ha huído, y uno que quizás no pudo alcanzarla seguramente ha tomado esta dirección: tal vez se ha refugiado en este rancho ó en el jardín.

Digitized by Google

—No sé si en el jardín habrá alguien, pero dentro del rancho no hay ningún hombre: la dueña está enferma en cama, y yo, que la he hecho compañía toda la noche no he ofrecido hospitalidad á nadie.

—Las señoras son ustedes compasivas, y nada tendría de particular; pero como se trata de un prisionero de guerra, que en todos los casos había de ser respetado, yo rogaría á usted que no le ocultase.

—Señor capitán, hágame usted el favor de pasar al dormitorio de la dueña de este rancho, y verá cómo nos disponíamos á tomar el té en el momento que usted ha llamado.

Diciendo esto guié al oficial y—¡ya vé usted!—continué—hay sólo dos servicios; no nos supondrá usted tan poco galantes que no hubiéramos ofrecido una taza al enemigo que huye.

Después de explicar á Mariana lo que ocurría, insté al capitán para que nos acompañase unos segundos: la enferma estaba pálida, desencajada, y desde luego se la podría tomar por una mujer á quien restasen pocos dias de vida.

El capitán aceptó la invitación: yo di orden para que también los soldados fuesen obsequiados con unas copitas de *pisco* (1),

Ligeramente sorbí el té, pretestando la intranquilidad que tendrian en mi casa, y el capitán se ofreció á escoltarme, ofrecimiento que acepté con íntimo placer para alejarle de aquellos sitios.

---

(1) Exquisito aguardiente fabricado con uva del pueblo de Pisco. En España no tenemos idea siquiera de los aguardientes peruanos.

Digitized by Google

Nos despedimos de la enferma haciéndola yo mil recomendaciones naturales en esos casos, y me encaminé al rancho que habitaba, charlando con el capitán como si hubiéramos sido antiguos conocidos.

Al siguiente dia fuí á ver á Mariana como de costumbre. Luis Vergara estaba á su lado con su hijito sentado sobre las rodillas, insistiendo, á pesar de las súplicas de uno y de otro, que debia regresar aquella misma noche á la «Pilcomayo». En sitio convenido de antemano esperaria una lanchita de vapor, por si en el caso de ser sorprendidos tenian que ocultarse; y de no presentarse los que no habían regresado á bordo la noche anterior, los contarían prisioneros ó muertos.

Con efecto, á las once de la noche se apartó Luis de los brazos de Mariana, y ésta quedó exánime en los mios.

—¡Santa Rosa bendita, acompáñale!—decia postrada de hinojos ante una imagen de la Virgen limeña.

Yo, que intentaba infundir ánimos en la joven, no los tenía sin embargo: temblaba como si tuviese la certeza de una próxima desgracia.

—¿Llegará bien, amiga mia?—me preguntaba.

—¿Qué duda cabe? Hoy no habrá tanta vigilancia, porque se supone que los chilenos no han de intentar bajar á tierra dos noches seguidas.

Pero como si la Providencia hubiera querido cortarme las palabras de consuelo para que la esperanza no diese lugar á más terrible conmoción, una descarga más cercana que la de la noche anterior, seguida de algunos disparos sueltos, nos aterrorizó y puso á mi compañera loca de dolor.

Digitized by Google

—¡Le han matado!—gritaba—¡Quiero verle. ¡Hijo, hijo de mi alma, tu padre ha sido víctima de nuestro amor! ¡Corran ustedes por Dios, corramos todos!

Y sin que pudiéramos detenerla salió como una furia, rasgando su bata por entre jaras y retamales; mesándose los cabellos con desesperación.

La seguíamos sin poder alcanzarla.

Maluco reconoció la voz de la niña: salió del escondite en donde se había agazapado al sentir los tiros, y con valor inconcebible en un ser tan cobarde, se lanzó tras ella á escape, guiándola con sus palabras para que no se despeñase.

Mariana no se daba cuenta de nada: seguía corriendo y gritando como si un espíritu invisible la llevara de la mano al sitio en donde habían de tener fin todas sus ilusiones y todas sus esperanzas.

De pronto oimos un grito más agudo, más penetrante, más horrible: Maluco se detuvo espantado, y yo hice mayor esfuerzo por acelerar mi carrera: presentía que el drama había tenido un desenlace trágico.

Cuando jadeante llegué á la hondonada que formaban dos enormes peñas, presencié el cuadro más desgarrador que criatura humana puede haber presenciado.

Mariana se revolcaba en un charco de sangre, abrazada al cadáver del que había sido amor de su vida; y á la luz de aquella luna americana, que parece alumbrar el suelo de los Incas como ninguna otra región del globo, se veía su linda bata de finísimo nansuk hecha jirones y empapada en la sangre que salía por las muchas heridas que al infortunado Luis produjeran la muerte.

Digitized by Google

El pelotón de soldados que había disparado, era mandado por el oficial de la noche anterior.

—Capitán—le dije,—¿qué ha hecho usted?

—Señora—contestó emocionado,—cumplir con mi deber: he mandado hacer fuego sobre un hombre que huía desoyendo nuestras voces de ¡alto! Mis soldados le han muerto—prosiguió,—pero ustedes le sentenciaron anoche creyendo salvarle.

1887.

Digitized by Google

Digitized by Google

MIGUEL GRAU

PERFILES PERUANOS

Ante el nombre glorioso que encabeza estas líneas, los marinos de todo el mundo se descubren y América entera se postra de rodillas. He dicho que los marinos de todo el mundo, exagerando un tanto; contados serán los españoles que lo conozcan: cuando Miguel Grau conquistó un puesto resplandeciente en medio de los héroes, cuando después de su gloriosa campaña voló á los Campos Elíseos, en donde Churruca debió esperarle con los brazos abiertos, España no tenía representación naval en el Pacífico, como la

Digitized by Google

tenían, y lucidísima, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y los Estados Unidos.

¿Qué extraño debe, pues, parecernos que sólo un reducidísimo número de nuestros marinos sepa quien fué Miguel Grau ni las hazañas sorprendentes por él realizadas?

Y, sin embargo, un marino español ilustre. don Juan Bautista Topete, con quien me cupo la honra de hablar en Santander al dia siguiente de mi regreso de América, me decía conmovido: «Hubiera dado la vida por presenciar esa guerra de titanes,» aludiendo á la epopeya chileno-peruana.

—¡Grau! decia Topete, Grau es la figura más grande y más simpática que América puede presentarnos después de su indepencia. Yo hice la campaña del 66, señora...

—Y con honra, le contesté.

—Con honra la hizo la marina española; pero yo peleaba contra mis amigos del Perú, sin acordarme que eran extranjeros; me parecía aquella una de nuestras contiendas civiles. ¡Qué valientes! ¡Qué valientes! ¡Y cuánto he querido yo á Monterito!

Aludia el bravo Topete al contralmirante peruano don Lisardo Montero.

Nuestro viejo marino me preguntó por cada uno de los jefes de la escuadra peruana; quiso enterarse de todo minuciosamente; condolióse de que España no hubiera tenido representación naval en el Pacífico cuando estos acontecimientos, y honrando la memoria de Topete puedo asegurar que se conmovió oyendo el relato de las heroicidades llevadas á cabo por los que jove-

Digitized by Google

nes había él conocido en los comienzos de su carrera.

Topete, amaba á los que en un tiempo fueran sus adversarios, no sus enemigos; y había seguido paso á paso la estela brillante que el *Huascar*, al mando de Grau, iba dejando en sus atrevidas excursiones de Norte á Sur y de Sur á Norte; pero apenas si algún otro de los que tan alto pusieron el pabellón de la marina española en aguas del Callao, habrá mostrado curiosidad por saber que fin tuvieron aquellos valientes.

Si con mis apuntes biográficos reparo en parte la ignorancia que hay por acá respecto de un héroe que llevaba apellido tan español como el que más, creeré prestar un servicio á nuestra dorada juventud marina, haciéndole presente que las magníficas páginas de su historia se reproducen allí donde hay sangre y nombres iberos.

* * *

Nació Miguel Grau el año 1834 en Piura, ciudad situada al Norte del Perú, coronada por cielo sin nubes, eternamente azul, y por un sol cuyos ardientes rayos producen vegetación espléndida y naturalezas tropicales. Hijo de padres ricos y distinguidos, quisieron éstos darle carrera conforme á sus aficiones, y comenzó los estudios náuticos en la escuela de Paita, puerto de excelente arribaje en la misma provincia de Piura, y adonde las comisiones científicas europeas fueron oficialmente en buques de guerra de sus respectivas naciones á

Digitized by Google

observar el paso de Venus, allá por los años 1879 ó 1880 que no recuerdo precisamente la fecha.

Comprendiendo el padre de Grau que navegando lejos de la patria podían acentuarse más y más las aficiones del niño, embarcóle en un buque mercante europeo, y al cabo de siete años regresó, apenas hombre, á su patria con un caudal de conocimientos náuticos y dominando varios idiomas. El inglés le era familiar como á todos los marinos del Pacífico.

En Mayo del 54 era guardia marina; en Marzo del 56, alférez de fragata; en Septiembre del 63, teniente segundo; en Diciembre del mismo año, teniente primero; en Marzo del 65, capitán de corbeta; en Julio del mismo año, capitán de fragata; en Julio del 68, capitán de navío graduado, y en Abril del 73, capitán de navío efectivo.

En 1868 protestó enérgicamente de no querer servir al mando de un almirante extranjero, y fué separado del servicio; por lo cual y entrando en los vapores mercantes de la compañía inglesa, menejó en ésta cerca de un año, soportando sin quejarse las amarguras del patriotismo herido por la ordenanza; pero muy pronto volvió á ocupar un puesto en la armada, embarcándose en el monitor «Huascar», panteón glorioso de su rápida y brillante carrera.

En 1876 la provincia de Paita le nombró su representante en Cortes, y al terminar las labores parlamentarias de aquella Cámara le sorprendió la guerra, cuando de nuevo tomaba el mando de su buque.

Aquí dan principio para el hombre ilustre las hazañas que han inmortalizado su nombre. Después de la tu-

Digitized by Google

nesta fecha del 21 de Mayo de 1879, en que vió Grau sepultarse en los mares á su compañera la fragata blindada «Independencia», se multiplicó emprendiendo infinitas proezas, en cada una de las cuales conquistó para su patria timbres de limpísima honra que con orgullo puede presentar ante las más poderosas flotas del mundo. El «Huascar» rompía bloqueos para llevar auxilios órdenes y alientos á los bloqueados; custodiaba transportes de tropas, de víveres y de municiones, desafiando hasta la temeridad á la poderosa escuadra enemiga que cuando menos lo esperaba encontrábase con una nueva y heróica correría del monitor peruano.

El «Huascar» era un fantasma y Grau su espíritu jigante, su alma inconmensurable.

En una de sus improvisadas excursiones aparécese frente al puerto de Antofogasta, región boliviana ocupada y artillada por los chilenos, y presenta combate á las baterías y buques surtos en la rada; apresa en buena ley barcos y lanchas de los enemigos; pero siempre noble, siempre generoso, siempre magnánimo; trata al vencido y al prisionero con el amor y la consideración que demandan las leyes de la fuerza y de la humanidad.

Rompe por segunda vez el bloqueo de Iquique; apresa el hermoso transporte «Rimac» con el regimiento montado de carabineros de Yungay, y pudiendo destruir el «Matías Cousiño» para coronar su obra, se resiste á echarlo á pique antes de poner en salvo á la tripulación.

—Comandante, grita Grau en inglés al del «Matías Cousiño», embarque su gente que lo voy á echar á pi-

Digitized by Google

que;» generosidad que le valió perder momentos que eran preciosos, pues no tardaron en avistarse los acorazados chilenos que á toda máquina corrían en auxilio de los suyos. El «Huascar» huyó con la presa del «Rimac»; y prefirió dejar el «Cousiño» íntegro antes que inmolar enemigos indefensos.

Este era Miguel Grau.

América entera prorrumpió en gritos de entusiasmo; los concejos de la República le decretan honores y medallas; las señoras de Lima le envían una guarnecida de gruesos brillantes; la juventud argentina le regala un álbum magnífico; de otras partes le mandan tarjetas de oro con inscripciones y riquísimos estandartes, y las señoras de Sucre, capital de la República de Bolivia, le mandan una medalla, con ocho grandes brillantes, emisario de admiración y de cariño.

La mujer americana, entusiasta cual ninguna, patriota hasta el delirio y valiente hasta el sacrificio, fué la primera en glorificar al héroe que más parecía de leyenda que real, verdadero y tangible.

El soberano Congreso decrétale por unanimidad el grado de contraalmirante, y Grau continúa, sin envanecerse, sin darse cuenta del por qué de su glorificación, vistiendo el uniforme de capitán de navío, manteniendo enhiesta la baudera de la patria y haciendo grande el nombre del Perú con la oficialidad del monitor, digna en un todo de servir á sus órdenes.

¡Pero estaba escrito!

La escuadra enemiga sorprendió al «Huascar» en la mañana del 8 de Octubre de 1879 frente á la Punta de Angamos, que desde aquella fecha puede llamarse el

Digitized by Google

Trafalgar Peruano. La lucha no podía ser más desigual; la defensa era una temeridad, era un suicidio cruel; y sin embargo, nadie vacilaba.

La escuadra chilena con sus dos poderosos acorazados («Blanco Encalada» y «Lord Cochran») al frente, avanza en son de combate; el «Huascar», que dispuesto á la pelea cuando arrojaba las muras tenía el aspecto de un zapato grande, no puede sostener la lucha ni con remotas probabilidades de éxito. Su terrible arma es el ariete; pero ¿cómo embestir á los colosos sin que antes éstos lo destruyan?

Tenía el que fué buque peruano y hoy forma parte de la armada chilena un torreón de forma cilíndrica, resguardado por blindaje de cinco y media pulgadas. Estaba el torreón colocado delante del departamento de la máquina, y provisto de declives y rodados para dos cañones de doce y media toneladas, con balas de trescientas libras del sistema Cowper.

Su aparejo era de bergantín con el trinquete en forma de trípode para facilitar el manejo y movimiento de los cañones giratorios del torreón.

La máquina era de trescientos caballos, las calderas estaban reforzadas y tenían magníficas válvulas de seguridad.

Contaba de registro mil cien toneladas, y un andar de doce millas y cuarto por hora, con un calado de dieciséis piés ingleses; sus dimensiones doscientos piés de eslora, treinta y cinco de manga y veinte de puntal, y el blindaje del casco de cuatro pulgadas y media, una menos que el torreón. Con esta pequeña arma de guerra se aprestó Grau á morir con honra.

Digitized by Google

Pocos momentos antes de entrar en combate, el ayuda de cámara del contraalmirante, un joven llamado Alcibar, condujo á la torre la espada de su amo.

Vestía éste pantalón azul sin galones, levita inglesa de castor también azul con tres botones en la bocamanga y las presillas de capitán de navío, y llevaba calada la gorra. El contraalmirante no llegó á usar á bordo el uniforme de su alta clase ni enarboló jamás la insignia correspondiente.

Grau era soldado de la patria, tan modesto como grande.

Empeñado el combate, dos bombas enemigas atravesaron la torre del comandante en dirección de la mura de babor á la aleta de estribor, y un cuerpo cayó sobre cubierta.—«¡Ha muerto el comandante!» gritaron, y la tripulación, sin perder su sangre fría ni su valor heróico, recogió aquel cuerpo, que sin mirarlo, tales eran los fragores del horroroso combante, condujo á la cámara de popa.

Uno á uno fueron sucumbiendo aquellos valientes, y uno por uno ascendiendo al mando del buque por orden de categorías.

Quedaron con vida dos tenientes segundos, Canseco y Santillana; un alferez, Herrera, y el valiente oficial Pedro Gárenzon.

Después de aquella catástrofe, y cuando los pocos supervivientes se disponían á sepultar el «Huascar», fué éste tomado al abordaje, al mando del teniente Simpson, de la marina chilena.

Se pensó lo primero en recoger el cadáver del contraalmirante, que se suponía en la cámara de popa; pero

Digitized by Google

cual no sería la sorpresa de los oficiales peruanos al ver que aquellos restos, si muy queridos y respetados, no eran los del ídolo; eran los de otro valiente, Diego Ferré, ayudante de Grau, su compañero de glorias y su hermano en la muerte, pues que la misma bala arrebató á ambos la existencia.

Pedro Gárenzon pidió y obtuvo permiso del oficial vencedor para permanecer en el «Huascar», hasta encontrar los restos venerandos de su jefe; inútilmente: entre el montón de cadáveres y de miembros esparcidos por todas partes, no había señales de ninguno que hubiese pertenecido á Miguel Grau.

Los cadáveres del segundo comandante Elías Aguirre y de los tenientes primeros Rodríguez y Ferré, así como el cuerpo moribundo de otro valiente, de Enrique Palacios, fueron cuidadosamente recogidos; pero Gárenzon no podía darse por satisfecho no encontrando la menor señal que le descubriese al comandante.

Por fin, entre las astillas y hierros que habían convertido la torre en montón informe, descubrió un pie desnudo, apenas aprisionado en botín de cuero, cuyo chanclo había desaparecido; al pie estaba unido un trozo de pierna, hasta la mitad de la pantorrilla. Gárenzon reconoció el miembro mutilado del contraalmirante; no le cabía duda, era parte de su pierna derecha.

Cuidadosamente fué envuelta la sagrada reliquia en un pabellón de bote peruano, y al día siguiente encerrada con gran esmero en una caja para ser depositada en el cementerio de Mejillones de Bolivia junto con los otros valientes de la jornada.

El contador del «Huascar», D. Juan Alfaro, fué el

Digitized by Google

encargado por Gárenzon para acompañar los queridos restos y marcarlos convenientemente. Los cuerpos de Aguirre, Ferré y Rodríguez quedaron, pues, en tierra extranjera, acompañando aquel fragmento santificado del contraalmirante, y el hoy obispo de Santiago de Chile, ilustrísimo señor Fontecilla, fué el primero que celebró una misa en sufragio del alma del héroe peruano.

Señaláronse las sepulturas con inscripciones y cruces, y la que marcaba el sitio en donde quedaban los restos de Grau, fué asimismo distinguida con una banderita peruana que en ella clavó la mano piadosa de un oficial chileno, el Sr. Goñi, comandante hoy del acorazado ***Blanco Encalada***.

Algún tiempo después el contraalmirante Vill, de la marina chilena, pidió al gobierno de Chile autorización para trasladar al mausoleo de su familia en Santiago la modesta caja que encerraba una parte de aquel cuerpo viril, envoltura de un alma tan grande, y Miguel Grau, fué trasladado á la capital de Chile, en donde provisionalmente descansó al lado del general Vill, veterano de la independencia.

El 22 de Junio último fueron entregados los restos del grande hombre al ministro del Perú D. Carlos Elías para ser trasladados á su patria idolatrada, más rica por haber dado vida á Grau y á sus compañeros, que por sus bosques de maderas preciosas, sus minas inagotables y su territorio vastísimo y hermoso.

Los enemigos de ayer despidieron hoy conmovidos lo que del inmortal marino conservaban, y las damas chilenas saludaron, llorando enternecidas, el fúnebre cortejo conque de Chile salió el adversario generoso y mag-

Digitized by Google

nánimo, cuyo nombre pertenece en la tierra á todo el continente americano, como en el empíreo pertenece al Creador, que tan á su imagen y semejanza lo hiciera.

La historia reserva á Grau páginas brillantísimas: la tradición popular le consagrará culto idolátrica.

Honor eterno á los hombres que han sucumbido haciendo reverdecer los laureles de Lepanto y de Trafalgar.

1890

Digitized by Google

Digitized by Google

LA REMOLIENDA

(COSTUMBRES CHILENAS)

Miradla requebrándose incitante; llevando y trayendo á su pareja del uno al otro lado de la estancia, cogiendo apenas con la punta de los dedos de su mano izquierda la falda de apretados frunces y levantando graciosamente su derecha, en donde revolotea un pañuelo que parece banderín de enganche desplegado por mujer sandunguera.

Es la *huasa* chilena, la hija de un chacarero (labrador) la que arrogante, con el cuello erguido, las mejillas echando lumbre y los ojos despidiendo chispas, aguarda que acaben los alborotados compases que de introducción sirven á la *Zamacueca* y á que comience la copla para contonearse arrullando á su pareja, tan pronto ro-

Digitized by Google

zándole la mejilla con el juguetón pañuelo, como obligándole á seguirla jadeante, en fuerza de tantos quiebros y de tantas guiñadas.

El huaso (campesino), buen mozo, que de frente la mira, es un pretendiente con más estampa que fortuna; pues la ingrata de sus ilusiones, suele darle los más negros celos que jamás un corazón pudieran torturar.

Es *Antuca* (Antonia) una mocita caprichosa y coqueta, de talle esbelto y de cintura más cimbreadora que las palmeras del coco; ni alta ni baja, apretadita de carnes, de color tostado y de cutis suavísimo que exhala por todos los poros el perfume cálido de una sangre hirviente y pastosa.

Cucho (Agustín), su pretendiente, es el mayordomo de la chacra, elevado casi á la categoría de dueño, pues el patrón padece una parálisis que le imposibilita para ocuparse de sus tierras, consistentes en una legua de terreno, bien cultivado, con cuyo producto viven con holgura y algo queda para obsequiar, siguiendo la hospitalaria costumbre americana, á todo el que echa pie á tierra en los dominios del hacendado, pidiendo un plato de *cazuela* para él y un pienso para su caballo.

Aspiraba el mayordomo á la mano de Antuca, sin otros títulos para merecerla que su figura no despreciable de huaso *leio* y *escrebio* que por algo sus difuntos padres le habían mandado de niño al colegio para que depreñdiese lo que sabía.

Era trabajador y formal; bebia razonablemente, quiere decir, que ni perdía el aplomo ni se *tomaba* (emborrachaba), por lo cual no solía perde nunca la serenidad, de que tanto gustaba su patrón, y no miraba éste

Digitized by Google

con malos ojos que el amor hacia su hija, de dia en dia sentase con más arraigo sus reales en aquel corazón indomable á la par que tiernísimo.

La caprichosa mocita cuidábase poco de que la traidora duda fuese causa de que despidiesen fulgurosos relámpagos las negras pupilas del huaso, cuando un golpetazo imprevisto sonaba cruel en la puerta medio entornada de sus esperanzas.

La noche que les vemos, uno frente á otro, mirándose, él á ella con pasión y á él ella con lánguida y traidora coquetería, celebrábase en la «chacra» el santo de Antuquita con una remolienda de las que empiezan en Chile, cuando menos se piensa, sin que al empezarla pueda nadie asegurar la hora ni el dia que ha de tener término.

Gozaba el padre de Antuca fama de rumboso, y la verdad era que cuando en su hacienda se *remolia*, arroyaban la chicha y el aguardiente y no se daban punto de reposo las *arpistas y cantaoras*, hasta que al rayar el alba se descansaba para reparar las fuerzas con el exquisito *charquicán*.

Este guiso chileno es un caldo con tropezoncitos de *charqui* (cecina), tan gustoso y agradable que sabe á gloria después de una noche de *remolienda*, de señores ó de «huasos», que para los efectos del charquicán viene á ser lo mismo, y reanima los desmayados cuerpos disponiéndolos á continuar «remoliendo» hasta que las reuniones se deshacen por ausencia de los unos y de los otros; pero nunca por cansancio ni menos por insinuación de los dueños de la casa.

Si la fiesta se prolonga por algunos dias, allí se al-

Digitized by Google

muerza y se come, haciendo cada cual como si en la propia casa estuviera, seguro que no ha de molestar, pues que á tanto se prestan aquella cordialidad y aquellas costumbres benditas.

Alguien ha dicho que los chilenos no son hospitalarios y esta es una calumnia como un templo: son tardos para franquear sus puertas, porque desconfían del amigo improvisado; pero una vez franqueadas, conviértense en esclavos del huésped, como las leyes de la hospitalidad tienen desde tiempo inmemorial prescrito.

San Antonio había llevado á la hacienda del padre de Antuca á todos los «huasos» vecinos, y también á tres ó cuatro elegantes jóvenes de la ciudad cercana, que gustaban de la gracia y donaire de la «huasa» y bebían por ella los vientos.

Trataba á todos Antuca con el propio despego, no obstante recibir con sin igual complacencia los regalitos que solían llevarla los *jútres* (señoritos), y esta facilidad de la mocita para dejarse querer sin compromiso, constituía el martirio de muchos y la desesperación de Cucho, que se sublevaba cada vez que su novia, pues que lo era, admitía obsequios de algún hombre.

Eran las diez de la noche y estaba el baile en su apogeo.

Tres arpas lanzaban al unísono compases de *cueca* y otras tantas «cantaoras» turnaban en las coplas, que por turno también bailaban las animadas parejas.

—¡Venga!—dice una voz cuando la «cantaora» se dispone á soltar los gallos y *jipíos* con que la cueca de buena ley, sin mistificaciones artísticas, debe ser cantada.

Digitized by Google

Y la cantadora dice;

Que si de vidrio fueran
¡Ay, mamita! los corazones:
Ay qué claritas se vieran
¡Ay, mamita! las intenciones.

Y aquí comienzan los concurrentes á corear con palmas y frases criollas, mientras la cantadora repite tantas veces como la ordenanza prescribe:

«¡Ay! ¡ayayay! ¡ay, mamita! las intenciones, etc.»

Y no continuo porque tiene la música indígena de sudamérica algo que ni se expresa ni se copia ni puede reflejarla el que no la ha escuchado, cuando en la cuna le arrullaban con ella: se oye y se siente, la mente y el alma la recojen y la cantan para sí, pero no le *resulta* al profano que quiere repetirla creyendo entusiasmar con la copia como á él le hubo entusiasmado el original.

Terminan Cucho y Antuca su ronda compuesta de dos coplas y suena una salva de aplausos. Ella corre á sentarse serena y arrogante con su triunfo, entre dos *jútres* que le ofrecen asiento en un banco; él con menos precipitación, se retira á un extremo de la estancia recostándose sobre uno de los caballetes que sostienen monturas y arreos, chapeados de plata.

La sala en donde el baile se celebraba era más larga que ancha y muy espaciosa. La puerta exterior comunicaba con un gran patio empedrado, en donde estaban las cuadras, cocina, cuartos del mayordomo y de los peones, con las demás dependencias necesarias á una hacienda, que si no era de las mejores, no era tampoco de las malas ni carecía de comodidades.

Digitized by Google

En las dos cabeceras de lo que, por su tamaño, debiéramos llamar salón, estaban los dormitorios de Antuca y su padre, cuyas entradas, apenas cubiertas con cortinas de percal recogidas á ambos lados de las puertas, dejaban ver el interior de aquéllos, limpios y hasta elegantes para lo que esperarse pudiera de una hacienda de *huasos*.

A las claras se echaba de ver que el dormitorio de la izquierda era de Antuca. La cama tenía colgaduras de percal igualito al de las cortinas y tenía también tocador, mientras su padre se conformaba con un tres piés de hierro para sostener la jofaina de hoja de lata, y veíanse en las paredes algunas estampas encerradas en marquitos de madera ó en medias cañas doradas.

El salón, llamémosle así, hacía las veces de tal y también de comedor, á la vez que en él se guardaban las monturas y los frenos, para librarlos de algún aficionado á las cosas buenas, y era el tal salón ó comedor un conjunto abigarrado de objetos muy diferentes entre sí, colocados sin la menor noción de la estética, pero con el instinto del orden y del bien parecer.

De algunas escarpias que agujereaban la pared, pendían dos *vihuelas*, instrumento indispensable para la vida del *huaso*, y unos cuantos marcos sosteniendo grabados de novelas por entregas y retratos de prohombres chilenos.

Un José Miguel Carrera, de litografía, amarillento ya y salpicado de puntos que acusaban la presencia de asquerosos bichejos alados, era de mayor tamaño que sus compañeros de época; como si al destacarse en aquellas humildes paredes, quisiese recordar á los que le contem-

Digitized by Google

plaban que mayores habían sido también su grandeza y sus infortunios.

La gran mesa, tosca, renegrida y antiquísima, labrada con arabescos que parecían hechos á *punta de cuchillo romo*, había sido arrimada para dejar más espacio á los bailadores y veíase ocupada por una batería de vasos, copas, botellas de aguardiente y jarros de *chicha*.

Tres caballetes ó burros de madera cargados con monturas, frenos y jáquimas, hacían *pendant* á la mesa, y las sillas y bancos por acá y acullá repartidos, estaban ocupados por *huasas*, jóvenes la mayor parte, aunque no faltaba alguna madre de buena *vitola* que echaba su vuelta con más gracia y donaire que la mocita que mejor lo hiciese.

En un rincón apiñábanse arpistas y cantadoras con el apéndice de un *vihuelista* que tocaba polkas y valses, por si á algún «jútre» le daba la gana de pedirlos.

Eran las *arpistas* ya entradas en años, y las cantaoras jóvenes todavía; pero viéndolas nadie, podía presumir que se convirtiesen en grillos mal mantenidos ó en gatas escaldadas cuando lanzaban los chillidos inevitables por la muy alta tesitura en que la cueca se canta.

¡Qué resistencia de gargantas!

Imposible competir con ellas en dureza de laringe, ni menos prescindir de sus gritos; sin éstos, ni el baile estaría en carácter, ni produciría los entusiasmos que siempre produce.

He dicho que Cucho se había arrimado á uno de los caballetes que sostenían las monturas: era precisamente el que tenía la de Antuca, una silla muy mona de terciopelo *punzó* (encarnado) bordada con hilo de plata

Digitized by Google

que no había más que pedir; pero entonces estaba cuidadosamente cubierta con una funda de ante.

Puso el «huaso» su mano derecha sobre el gancho y por unos segundos se quedó contemplando el asiento que tantas veces había sostenido á la intrépida jinete que le robaba el alma.

Antuca, que hablaba con los dos «jútres» acaramelados que le chicharreaban en ambos oídos, miraba á su amante con el rabillo del ojo y comprendía que aquella noche, como otras muchas, le atormentaban los celos, cosa que á la «huasa» llenaba de orgullo, porque más que de quererles gustaba de que la quisiesen los hombres y sobre todo de que pasasen fatigas por sus lindos pedacitos.

Volvieron á oirse preludios de música; esta vez era la *vihuela* que templaba sus cuerdas para acompañar á las *niñas* cantaoras algunas tonadas de aquellas dulces y cadenciosas, que tienen su origen en la viveza de pasiones del campesino chileno.

Antuca se levantó; encaminóse á su cuarto, y pudo ver Cucho que mirándose al espejo, alisábase un poco el cabello y componía las dos largas trenzas que por la espalda se le desmadejaban.

Terminado que hubo su sencillo retoque, reapareció en la sala y fuése derecha al sitio donde Cucho estaba recostado.

—¿Qué *hacís* aquí tan *callao*?—le dijo, clavando sus traidores ojos en los apasionados de su amante.

—Mirándote *pú* (contracción de pués).

—¿Y qué me miras?

—Lo que estás mostrando.

Digitized by Google

—¿Y qué es lo que muestro?

—Pues, que no me quieres.

Antuca soltó una carcajada que fué para el huaso más cruel mil veces que si la punta de nn hierro candente penetrase en sus carnes.

—¿Con que no te quiero?

—¡No!

—¿Y en que lo has *conosío*?

—En que tienes el *tiemple* (el amor) en otra parte.

—¿De quién hablas? de aquellos dos *jútres*?

—¿De aquellos? No.

—Pues no te entiendo.

—De sobra que sí que me entiendes, pero no quieres darte por *entendía*.

—Te *igo* que no.

—Pues dime si no echas de menos alguno.

—Yo no echo de menos á *naide* cuando tú estás á mi *vera*.

—Entonces ¿por qué *aguaitas* (miras, espías) de vez en cuando como si esperases ver *dentrar* alguno?

—Pues *ay* verás tú.

—Contesta: cualquiera diría que *tas quedao mua*.

—Sí, *pú*; *múa*.

—Pues, *múa*, ¿por qué no contestas?

Efectivamente, Antuca aguardaba que le diese Cucho celos con los dos petimetres que le calentaban los oídos, pero no estaba preparada para una pregunta que le llegaba á lo vivo. Era verdad que había mirado á la puerta varias veces y hasta que había *parado la oreja*, fingiéndose distraída, escuchando si sonaban pisadas de caballos sobre los morrillos del patio; pero no creyó que

Digitized by Google

su novio pudiese penetrar su pensamiento ni sus íntimas ansiedades.

—Vaya, Antuquita, confiésame que algo te *farta*.

—A mí no me falta *naita*, que *too* lo tengo.

—Yo sí que lo tengo *too*, ingratona, cuando sueño que tú me quieres; pero mira, niña: hace ocho días que no duermo pensando en un hombre que en mal hora ha *venío* á esta casa para llenarme el alma de congojas.

—¿Y *pués* de quién hablas?

—No te lo has *figurao*? del que no ha *venío* hoy, de ese buen *moso* santiaguino, á quien Dios confunda.

—Tú *tás* vuelto loco, Cuchito. ¿Piensas que una persona como esa había de querer casarse con una *huasa*?

—Casarse no; pero pienso que está *templao* contigo (enamorado de tí) y que no te disgusta su *tiemple*: ya lo creo, ¡como es tan *guapaso*!

—¿*Sabís*, Cucho, que *estais mú cargoso* (cargante)?

—Lo que estoy es loco; tan loco, que sería capaz de matar á ese hombre si tú le correspondieses.

Antuca se puso pálida; envolvió á Cucho en una mirada, centelleante primero y graciosa después, en una mirada de las que apaciguan las tempestades de celos, y le dijo:

—Porque sabes que te quiero te pones así, pero *sábete* al *mesmo tiempo* que si por celos tocas á ese señor... ó á otro, jamás de la vida me casaré contigo y llegaré á tenerte tanto odio como amor te tengo en el día.

—¡Ay, niña! pues no será mucho.

—*Geniaso* diablo, no me des penas, cuando no pienso más que en divertirme.

Y á continuación Antuca se dirigió á ocupar una

Digitized by Google

silla junto á las «cantaoras» á tiempo que éstas decían:

Una mujer y una liebre
¡Ay, por Dios!
Se apostaron á correr
¡Ay de mí, qué haré yo!
Y como el premio era un hombre
¡Ay, por Dios!
Se lo llevó la mujer,
¡Ay de mí, qué haré yo!

Tremenda algazara siguió á la copla con la cual dió fin la tonada.

Los vasos de chicha corrían de mano en mano; las copas del aguardiente tampoco estaban en reposo, y cada cual brindaba con la persona de sus simpatías, siguiendo la costumbre de América, en donde nadie bebe sin invitar á otro para que le acompañe.

—*Tomaremos* (beberemos) por esto, decían unos; «tomaremos» por aquello, respondían otros; por Antuquita; por la niña *regalona* (mimada) por su *paire* (su padre;)—y libación tras libación iban las cabezas desvaneciéndose, los pechos caldeándose, y ya se escuchaban frases apasionadas, se pescaban miradas tiernas, y se advertían contactos y cuchicheos íntimos y recatados.

Y es que el chileno, cuyo carácter difiere en mucho del resto de los americanos, no se muestra expansivo hasta que un agente cascabelero y entusiasta se le apodera del cerebro, dando al traste con la seriedad de que reviste todos sus actos,

Comienzan los compases de otra cueca y se oyen piafar caballos en el patio.

Digitized by Google

Antuca, que lo advirtió antes que nadie, corre hacia la puerta y ve dos jinetes que echan pie á tierra; no cabe en si de orgullo y de gozo; es el caballero santiaguino, es el buen mozo, que tantos celos inspira al mayordomo, que no se ha olvidado de su santo patrón.

Cesó la música porque todo el mundo se agolpó á la puerta para ver quiénes eran los recién llegados, pero Cucho que no necesitaba verlos para saber que allí estaba su rival, continuó inmóvil con la mano puesta sobre el gancho de la montura, los ojos fijos en el suelo y el oído atento á los golpes con que á su corazón llamaban los celos despiadadamente.

—¡Cucho!—gritó Antuca—recoge estos caballos.

Una bofetada traidora que le hubieran dado, á él, que no aguantaba desmanes de nadie, no le hubiera producido ira más reconcentrada que la que aquel mandato le producía.

—¿Qué *hacís*, Cucho? ¿no oiste? *Recogéi* estos caballos.

Cucho dió un paso, pero volvió á quedar inmóvil. Por fin, ejerciendo fuerte presión sobre su orgullo indomable, adelantó hasta la puerta; llamó con un grito á un peón y le transmitió la orden que había recibido, volviéndose inmediatamente al lado de la silla de montar que parecía objeto aquella noche de sus amores y de sus ilusiones.

Los recién llegados, después de saludar al amo de casa fueron con Antuca hacia la mesa llena de vasos, copas y botellas, brindando con la joven que con una copita de *mistela* acompañó las de aguardiente que tomaron ellos.

Digitized by Google

Ambos eran jóvenes y guapos, pero Ramón Llamas, el odiado rival del mayordomo de la *chacra*, era la más bella figura que un escultor pudiera elegir para modelo de masculina corrección.

Quizás en un salón del gran mundo no fuese tipo de suprema elegancia; pero en el campo, con el pintoresco traje de montar, en aquella atmósfera saturada de galantes requiebros, de amores apenas velados, y de confianzas que estaban muy lejos de ser licencias pero que seducían por el arrebatado desorden de la autonomía individual, era Ramón algo como una tentación diabólica que atraía las miradas de las mujeres y hacía con las suyas que la sangre de las impresionables «huasas» circulase por las venas cual ardiente lava por los calcinados surcos de las montañas ígneas.

—Crei que no venía usted á felicitarme,—díjole Antuca bajando los párpados con más cortedad de la que hablaba á su mayordomo.

—¿Me echaba de menos, niña?

—¡Y cómo no!

—¿Es decir, que se acordaba de mí?

—¡Qué gracioso! ¿Y no había de acordarme?

—Se lo agradezco: pues *tomemos* por ese recuerdo.

—Tomemos.

Esta libación era casi un pacto; y Cucho que les había visto beber, brindando por Roque no entendía per por algo al fin, tuvo impulsos de interponerse y de arrebatar de la mano de Llamas la copa, antes que pudiera llevarla á sus labios. Reparó también ¿y cómo no repararlo? que habían bebido mirándose con fijeza, diciéndose con la mirada lo que no puede traducir el humano

Digitized by Google

lenguaje, y él sabia que esta manera de brindar era valor entendido entre enamorados que no necesitan balbucear frases para saber por lo que brindan y por lo que hacen votos.

He dicho que vestía Ramón Llamas el traje de campo y debo explicar en qué consistía.

Del pantalón poco puedo decir: desaparecía bajo las botas de cuero encarnado, que se prolongaban hasta el muslo, y una americana de terciopelo negro, bajaba hasta tocar con la caña de la bota. El poncho de vicuña, corto, como en Chile se usan, habíalo recogido sobre el hombro derecho para más libertad del brazo, y un finísimo sombrero de castor, de anchas alas, sombreaba su rostro, prestando á la figura irresistible atractivo.

Ramón Llamas, vestido de aquel modo, estaba pidiendo á gritos el pincel de Van Dyck.

Cucho acumulaba todas las penas del infierno dentro de su pecho, y clavaba las uñas en las palmas de las manos sin que los dolores del alma diesen permiso á la carne para sentir martirio.

Ramón y Antuca tueron á sentarse juntos, muy juntos, y el santiaguino que en los primeros momentos pudo haberse mostrado poco expansivo, se transformaba á los ojos del «huaso», que le parecía ver en él un demonio de siniestra hermosura, ante cuya presencia sentía flaquear su valor, porque era tan hechicero aquel hombre, que casi encontraba justificable la infidelidad de su amada.

La «cueca», que se interrumpiera con la llegada de Llamas y de su compañero, comenzó de nuevo, y Cucho, sin meditarlo, obedeciendo seguramente al deseo

Digitized by Google

de apartar á su niña de aquel Satán fascinador, se dirigió á ella resueltamente y la invitó á bailar.

Antuca le contestó con bastante aspereza:

—Después. Ahora voy á bailar con el caballero.

Sintió el «huaso» el desaire en medio del alma y sin replicar retiróse al sitio que parecía tenerle encantado; pero rebosando odio por todos los poros.

—Vamos á bailar esta copla,—dijo Antuca levantándose, sacudiendo su pañuelo y saliendo al medio de la sala seguida de Ramón que también se aprontaba para ponerse en facha.

La fisonomía de Antuca no brillaba con los fulgores de la coquetería y de la gracia, como cuando requebrándose juguetona se había puesto frente á Cucho. Estaba más pálida: sentía un desasosiego que jamás había sentido y por vez primera en su vida tenía necesidad de que se acabase la *remolienda*: hubiera querido quedarse sola con e hermoso forastero para que sin testigos le repitiese las palabras que acababa de decirle.

Cucho la devoraba con los ojos.

Comenzó la copla y comenzó el paseo de los apuestos bailadores.

La cantaora decía desgañitándose:

Y siempre dando y cavando
Con ra tu propia existencia

Las figuras habían comenzado y Antuca no parecía la misma: no mareaba á este compañero como había mareado al anterior; no le incitaba acercándosele para huir y obligarle á seguirla; por el contrario: se le pega-

Digitized by Google

ba tanto que en algunos momentos confundíanse sus alientos y la mocita aspiraba con la nariz dilatada, los ojos entornados y los brazos caídos un perfume embriagador que lanzaba su espíritu y ponía en traidora tensión su sistema nervioso, Antuca no flameaba el pañuelo y esto era imperdonable en bailadora que tan á maravilla solía pasarlo rozando la frente del hombre.

Ramón contagiado por la languidez de Antuca cuidaba más de fascisnarla que de ganar fama en el baile; pero la concurrencia que no podía conformarse con que los bailarines se acariciasen solamente con la mirada, comenzó á soltar frases de las que en tales casos se estilan:

—*Echale guaras*,—dijo una voz, y esto vale tanto como decir al hombre: «hadle requiebros y monadas.»

La cantaora repetía.

Y siempre dando y cavando
Contra tu propia existencia:
Si no *hallais correspondiensia*
¿Por qué te *estais* aguantando?
¡Ay! ¡ayayay!
Que porqué te *estais* aguantando...

¡*Aro*! ¡*aro*!—gritó uno de los señoritos saliendo en medio de la estancia con una copa de aguardiente en cada mano, ofreciéndolas á los bailadores.

Las arpas y la *cantaora* cesaron, y por Dios que sin presumirlo fué oportuno el interruptor, pues ya por las pupilas de Cucho pasaban oleadas de sangre, y ni un segundo más hubiera dejado transcurrir sin lanzarse

Digitized by Google

furioso en medio de la estancia para abofetear al hombre que le robaba su amor y su dicha.

La palabra ¡aro! pronunciada cuando se baila la zamacueca, supone interrupción del baile para beber, volviendo á reanudarlo una vez que se han apurado las copas.

Cucho salió al patio.

La cueca comenzó de nuevo y Ramón y Antuca volvieron á colocarse el uno frente al otro.

Ella miró recelosa á todas partes porque no estaba el huaso en su rincón; pero no alcanzó á verle.

Cuando en la segunda vuelta comienzan las palmas de los concurrentes á jalear, animando á los bailadores, creyó oir Antuca que desde el patio les jaleaban también y le pareció que eran aquellas las palmas del mayordomo.

—¡*Echale guaraz*!—dijo una voz ronca que la joven reconoció ser la de Cucho, y un frío glacial recorrió entonces sus miembros, pues no la inspiraba confianza aquella frase que venía del patio, sin duda, y que estaba alterada tan perceptiblemente, que Antuca tuvo miedo que de al huaso por vez primera desde que le conocía.

Entusiasmado Ramón, obedeció la voz de mando y se acercó á su pareja tanto, que se le vió posar los labios sobre la cabeza que su compañera inclinaba más costumbre.

Una explosión de aplausos animó doblemente al fogoso bailarín, y el entusiasmo de la concurrencia llegaba al delirio.

«¡Ay! ¡ayayay!—seguía *jipiando* la cantaora.—*Que porqué te estais aguantando...*»

Digitized by Google

Llamas, imprudentemente arrastrado por las ardientes miradas que Antuca le dirigía desde que él la impulsaba con sus escarceos y por la proximidad del rostro que la *niña diabla* casi le abandonaba, iba á posar de nuevo sus labios, no sobre el cabello, sino sobre la mejilla incitante de la bailadora, en el momento que un tiro de rifle sembró el terror y el espanto en aquella mansión de alborotada felicidad cayendo el hermoso santiaguino con el cráneo hecho pedazos.

. . . . . .

Cucho desapareció de la *chacra* sin que lograse verle jamás ninguno de sus conocidos ni la policía pudiese dar con él.

1889

Digitized by Google

UNA FIESTA SERRANA

(RECUERDOS DEL PERÚ)

¿Quién no ha oido mentar alguna vez el famoso Cerro de Pasco, que como el Cerro de Potosí y los lavaderos de California ha tenido su época de esplendor?

A diferencia de California y de Potosí, que exprimieron el uno sus argentíferas entrañas y la otra su aurífero seno, el Cerro de Pasco sigue siendo la ubre repleta de rico jugo, ordeñado con tino, sin ansias desmedidas y sin que sus explotadores ambicionen otra cosa que el huevo diario puesto por la gallina fabulosa.

El Cerro de Pasco es un poblachón asentado á una altura de cinco mil metros sobre el nivel del mar, en

Digitized by Google

donde la falta de adelantos materiales se suple con la cultura de una sociedad hospitalaria y bondadosa.

Es allí el clima crudo en demasía y por casualidad se ve una yerbecita en los campos, eternamente cubiertos de verdes terrones que alfombran las llanuras, terrones que los indios denominan *champa* y que les sirven después de arrancados y secos, ya para combustible, ya para formar con ellos las miserables chozas en que viven.

La población cerreña es hetereogénea, predominando después del indio el elemento europeo, que acude siempre adonde el metal le llama con halagadoras promesas.

No todos, sin embargo, hacen fortuna.

Los medios empleados en el Pasco para la extracción de la plata son complejos y rudimentarios, pero los únicos que, según los inteligentes, pueden dar resultados satisfactorios.

Por esta causa queda reducida la importancia de Pasco á relativamente pequeña escala minera, si se tiene en cuenta la cantidad de barras de plata que se podían exportar variando ó perfeccionando el sistema hoy empleado y llevando á cabo los ferrocarriles transandinos, proyectados antes que el Perú quedase exhausto por la funesta contienda con su vecina la república chilena.

El sistema de fundición no ha dado resultados positivos á los mineros del Cerro de Pasco, pues siendo los minerales de mejor ley aquellos que más parecen tierra mezclada con piedrecillas que desprendimientos de una roca piritífera, se ha hecho imposible hasta el día otro sistema de *beneficio* que no sea el de la amalgamación.

Digitized by Google

Los hombres que vacían el estómago inmenso de las minas son todos indios; seres infelices que pasan la mayor parte de su existencia metidos en las profundidades de la tierra, sin salir á la superficie más que para percibir el jornal que gastan en compañía de la mujer amada, embriagándose con sus ardientes caricias y con el alcohol, que abrasa las paredes de sus estómagos.

El indio minero es el más idiota de cuantos hombres de su raza viven y se desarrollan en el suelo de los Incas.

En lucha constante con la obscuridad de los antros mortíferos en donde trabaja, pasa la existencia amarrado al yugo de su tiránico destino y condenado á proporcionar á los demás hombres el codiciado metal, eje de las pasiones y rueda catalina de la civilización y del progreso.

Las minas están bajo las casas de la población, y ya se ha dado el caso de venir al suelo un edificio por haber llegado á socavar sus cimientos los moradores de aquellas cavernas cuyas bocas infunden pavura al que por vez primera las contempla.

Las haciendas en donde el mineral se trabaja, están situadas á dos ó más leguas de las minas, pues siendo el agua la fuerza motriz y entrando este líquido como materia indispensable para la extracción de la plata, precisa es la abundancia de él como precisos los son depósitos de líquido pluvial, consistentes en grandes lagunas que se llenan durante los seis meses de nieves y lluvias torrenciales para abastecer el trabajo en los otros seis meses de hielos y de fríos secos.

El minero acarrea el mineral con espuertas hasta la

Digitized by Google

boca-mina: los llamados *chanquires* lo chanquean como nuestros peones camineros trituran los morrillos para hacer el guijo con que rellenan los baches de las carreteras, y después las grandes recuas de llamas (vehículos irreemplazables en las sierras de Bolivia y Perú) lo transportan en pequeños sacos á las haciendas de donde ha de salir la plata pura.

Vamos á dar una idea sucinta del modo empleado en el Cerro de Pasco para convertir la tierra y los pedruscos en codiciado metal de la mejor ley.

De cuantos experimentos se han hecho allí para beneficiar el mineral, ninguno ha dado resultado sino el tan añejo de la amalgamación, como antes he dicho: veamos, pues, cómo se practica ésta y por qué medios tan primitivos se llega á obtener lo que en mayor grado y con más facilidad se obtiene en otras regiones argentíferas.

Las haciendas pertenecientes á mineros acaudalados suelen tener «verticales» ó turbinas, que mueven á la vez unas cuantas piedras moledoras; pero los que no cuentan con recursos materiales para implantar maquinarias, se conforman con algunos *ingenios*, que así llaman al conjunto de muela, rodezno y cárcavo (*cárcamo* allá, por corruptela seguramente).

La rueda de granito, de bastante más espesor que las usadas en los molinos harineros, pero igual á éstas en un todo, está verticalmente sujeta al rodezno y á su alrededor gira, recorriendo el cárvavo con movimiento regular y acompasado, obediente á las leyes hidráulicas, empleadas como fuerza motriz.

De alimentar el cárcavo con mineral para que la

Digitized by Google

muela no gire en balde se encarga un muchachuelo indio llamado el *chuchi*, y al lado de cada *ingenio* se ve tendida á la larga aquella pequeña máquina humana, complemento indispensable del rodezno y la muela.

El agua baja al cárcavo por un arroyuelo artificial, y por otro más estrecho corre el mineral, convertido ya en líquido amarillo después de la trituración por la rueda.

Este segundo arroyo conduce las aguas sucias á un circo, cuyo suelo acondicionado para recibirla, retiénelas entretanto que no se reune la suficiente cantidad para comenzar las faenas de extracción.

Consisten las tales faenas en echar en el circo gran cantidad de sal ordinaria y negruzca, sal que producen en abundancia las inagotables salinas de San Blás, situadas entre la falda de la cordillera andina y la histórica laguna de Junin.

¡Bendita tierra que de todo tiene y todo lo produce con exceso!

Desde el momento que el barro está en disposición de ser mezclado con la sal, comienzan su trabajo los *repasires*, caballitos diminutos y vivísimos que por espacio de tres ó cuatro horas diarias repasan el circo durante algunos días en salvaje tropel y fustigados por el látigo de un indio que á guisa de director ecuestre maneja la fusta, subido en un *puf* berroqueño levantado en medio del redondel.

Una vez que la sal hubo sazonado el barro vacían en el circo unos cuantos frascos de azogue de Almadén, que hasta allí va el rico producto de las minas que nuestro Gobierno explota, y de nuevo los *repasires* comien-

Digitized by Google

zan su tarea amalgamadora hasta que el mayordomo de la hacienda, jefe de trabajos y beneficios, da por suficientemente amalgamados los ingredientes.

Comienza seguidamente la limpieza del circo por medio de una suave corriente de agua que arrastra el barro por otro cauce más ancho que los anteriores, y este cauce, embaldosado y revestido en su mayor parte con pieles de carnero vueltas del revés, forma de trecho en trecho pequeños pozos en donde la *pella* (plata y azogue) se posa, mientras las aguas turbias siguen su curso hasta perderse en un cercano riachuelo.

La pella se recoge con gran cuidado y los indios la conducen á una especie de tolva semejante á los *gorros*, coladores de café: filtrase el mercurio por los poros de la manga y la plata queda en la tolva, de donde al sacarla se la modela de manera caseiforme, metiéndola después en el horno para que el fuego evapore los resíduos mercuriales.

Al siguiente día salen del horno los quesos de plata pura, que pasan luego á la fundición para convertirse en las barras que todos conocemos siquiera sea de nombre y de las cuales desearía algunas docenas para mis lectores.

* * *

Celebrábase una gran fiesta para bautizar la «vertical» de la hacienda «Paria,» propiedad de mis bondadosos huéspedes los ricos mineros don Andrés Lloveras y don Miguel Gallo.

Digitized by Google

Había sido yo nombrada madrina del nuevo vástago industrial, en compañía de un distinguid simo caballero de la población, el doctor don Andrés Trujillo. Más de trescientas invitaciones hicieron circular los espléndidos anfitriones, y á las once de la mañana del día 22 de Diciembre de 1880, salía la primera cabalgata, compuesta de veintitantas personas de ambos sexos, animadísimas y rebosando contento.

Dos leguas dista «Paria» de la población; dos leguas que aquel día nos parecieron cortísimas y que jamás habían sido recorridas con mayor alegría ni alboroto.

Llegamos de los primeros, y hasta las dos de la tarde aguardamos á los rezagados, que en distintos y animados grupos iban acudiendo y dando á la gran llanura verdosa que rodea la hacienda el aspecto más pintoresco que criatura alguna puede figurarse sin haberlo presenciado.

Señoras y señoritas con su elegante traje de montar, amazonas en briosos corceles y cubriendo sus cabezas con anchos y finísimos *guayaquiles* (jipijapas); caballeros arrogantemente ataviados con el traje de campo, compuesto de alta bota, *poncho* de vicuña y sombrero alón; caballos arrogantes, monturas valiosas, adornadas de plata las de hombre y bordadas con plata y oro sobre terciopelo de vivísimos colores las de señora; vida, luz, armonía, expansión, felicidad sin límites; entusiasmo acrecentado por los gritos de mil indios que participaban del contento general... todo, todo representa en el mundo de los recuerdos una vida entera, condensada en horas por mi mal harto fugaces.

Hacerse cargo, recoger frases, contestar galanterías

Digitized by Google

sublimadas por la gracia y la finura de aquellos países, contener la imaginación sin estarse quietos... imposible: más allá de aquel hormiguero seductor, no había nada, nada: allí estaba el cielo y allí se acababa la tierra.

La cerveza arroyaba ya y no había dado principio el *loonche* ni la ceremonia.

Comenzó ésta á las dos de la tarde, revistiéndose un sacerdote catalán, el reverendo padre Castañé; y el esbelto edificio bajo cuyo techo crujió funcionando la «vertical», recibió las sacramentales palabras del bautismo con el primer nombre de pila de su madrina: la «vertical» *Agar* quedó bendecida á golpe de hisopazo, que no los escaseó por cierto el reverendo padre.

Los vítores, el entusiasmo y las felicitaciones fueron momentáneamente suspendidas para dar principio al abundantísimo *loonche*. Pavos, jamones, cochinillos, corderos asados, pollos, conservas de las mejores fábricas europeas; burdeos y champagne de las marcas más acreditadas y caras; cerveza inglesa, jerez, oporto; discursos floridos, votos por la prosperidad de los espléndidos mineros que nos obsequiaban, todo, todo se sucedió en medio de la franca alegría que reinaba en aquellos parajes tan solitarios ordinariamente.

Para dar á la fiesta el caracter de grandeza que tenía, para acumular en la apartada región en donde nos hallábamos tantas comodidades y tanto *confort*, se había hecho preciso larga preparación, mucho entusiasmo, muchos miles de *soles* (duros) y *saber hacer*.

Todo sobraba á los dueños de «Paria,» y así salió la fiesta.

Han pasado diez años, pasarán otras dos décadas, y

Digitized by Google

los supervivientes recordarán aquel día, único en los fastos de la población minera. Como que se gastó más dinero en el bautizo de mi ahijada la «vertical» *Agar* del que se necesita para bautizar media docena de príncipes.

¡Y qué confusión de gentes! Ingleses, italianos, franceses, alemanes, peruanos, españoles y yankees: todos hablando y chapurrando el idioma de Castilla, todos brindando por la prosperidad del Perú y de España unidos, todos amigos, todos hermanos.

Quisieron que hablase la madrina. ¡Qué sarcasmo! ¡Hablar yo, sintiendo tanto!

No hubo remedio y hablé: ¿Pero qué dije? ¡Ya recuerdo! Hablé de los indios: pedí para ellos protección, mucha protección y mucho cariño. Supliqué á los hombres importantes que allí se reunían, exdiputados unos y muy influyentes todos en la política, que no abandonasen aquella raza inteligente y noble, en la cual se conservaba el distintivo de la generosidad y de las bondades de Atahualpa: imploré civilización para ellos: «escuelas, muchas escuelas,» dije. Al concluir mi breve peroración, supe que los indios habían dejado sus fiestas para agolparse á escucharme. Un *cholo* sirviente corriera la voz de que la madrina hablaba de ellos, y les traducía al *quichúa* mis frases, que unos á otros se iban repitiendo.

Salí del improvisado comedor para dirigirme en compañía de una amiga querida al balconcillo de la «vertical,» desde donde queríamos arrojar á los indios gran cantidad de monedas que los anfitriones habían vaciado en nuestros *ropones* de montar, y me rodearon todos:

Digitized by Google

los unos me besaban la falda; otros apenas me tocaban con la punta de sus dedos, que llevaban luego á los labios.

Hablaban, hablaban mucho, hablaban con expresión cariñosa, pero yo no los entendía. Mi gentil compañera, la que en esta y en otras situaciones me sirvió de intérprete durante mi estancia en la sierra del Perú, iba traduciéndome las frases de amor que me prodigaban.

—Niñita, hija del *taita* (Dios) decían, no te olvidaremos nunca, angelito, amor nuestro...

Las que más se apuraban y desgañitaban eran las mujeres, que exceden á los hombres con mucho en expresivas dulzuras.

Subimos mi amiga Virginia Ortiz de Villate y yo á la «vertical» y comenzamos á sembrar reales de níquel: se acabaron con esto las melosidades y las frases cariñosas.

Dió entonces principio la entretenida y furiosa rebatiña revolcábanse en pelotones informes, rodando unos, á puñetazo limpio otros; y chillando todos como diablos sueltos, se disputaban el dinero que á manos llenas les arrojábamos.

Después de pasar un día que necesariamente debía formar época entre los felices invitados, emprendimos el regreso, unos primero y otros después, formando pelotones que se extendían diseminándose en las dos leguas de ancha carretera que nos separaba de la población. En aquellos momentos comenzó á caer sobre nosotros una tan espesa nevada, que se hacía preciso sacudir *ponchos*, *ropones* y sombreros cada poco tiempo, por no poder resistir el peso de la nieve.

Cualquiera pensará que salimos escapados á galope

Digitized by Google

tendido, y que rabiábamos por vernos en casa acariciados por la chimenea.

¡Que si quieres!

Los caballeros se habían provisto cada cual de una botella que guardaron en el bolsillo de la montura, por seguir las costumbres de la sierra cuando se va en alegre cabalgata.

Yo no estaba todavía al tanto de semejantes usos.

Como á un cuarto de legua de la hacienda hizo alto un caballero, gritando: *Caipin cruz* (una crucecita): los jinetes refrenaron sus caballos y la más linda señorita cantó una copla de *yaravi* indio, triste y quejumbrosa, como un suspiro de enamorado sin esperanza.

Una vez que la hubo cantado, rodó la botella del que primero se había detenido, y después de apurarla emprendimos de nuevo la marcha. La nieve caía tan espesa que apenas podíamos vernos á dos pasos de distancia; los caballos piafaban con impaciencia por emprender veloz carrera y sacudían la cabeza creyendo espantar con las orejas los copos blancos que les molestaban pero nosotros ni teníamos ganas de galopar, ni podíamos á causa del miedo á la *veta*.

La *veta* es allí lo que la *puna* en Chile y el *soroche* en el alto Perú; es el ahogo que por la rarefacción del aire de las alturas ataca tanto á los animales como á las personas.

Si á un caballo se le obligase á subir cuestas corriendo, puede tenerse la seguridad de que caería *envetado*. Aquel día murieron rápidamente de *veta* dos hermosos brutos, uno de ellos de mucho valor.

Así es que el miedo á *envetarnos* por un lado y las

Digitized by Google

pocas ganas que teníamos de llegar á casa por otro, hacían que menudeasen los *caipin cruz* con gran contento de la carabana.

Mas como todo llega, llegó nuestro pelotón á la entrada del pueblo: allí las palabras sacramentales fueron otras. *Jatun cruz* (la gran cruz), dijo una voz más robusta que las anteriores, y con la *gran cruz*, equivalente á decir la última, resultó la parada más larga porque cada señorita cantó su copla y fué necesario libar de todas las botellas que aún conservaban líquido.

Habíamos salido casi de noche de «Paria;» júzguese por consiguiente qué hora sería cuando echamos pie á tierra á la puerta de casa.

Nadie había pensado en la dificultad de entrar en la población, toda vez que por aquella parte se hacía preciso pasar los desmontes horrorosos de las minas y las bocas de éstas menudeaban presentando un aspecto imponente en pleno sol, cuanto más á tales horas y con el camino completamente cegado por la nieve.

El señor Lloveras, que á fuer de más formal y de papá grave de la patrulla que le venía recomendada, no cesaba en el cuidado de su revoltoso escuadrón, se impuso á nosotros para obligarnos á detenernos antes de entrar en el peligrosísimo sendero que no veíamos porque todo nos parecía llano, gracias á la blancura del suelo.

Mi caballo, un hermoso tordillo padre, que yo montaba aquel día por vez primera después de once meses que no se le ensillaba, era la pesadilla de mis compañeros; creían verme en el suelo cada cinco minutos: para montar había sido necesario rodearlo de camaradas y aprovechar un descuido; para desmontar, aislarlo y descen-

Digitized by Google

der de un salto. Podía ser una temeridad servirse de un caballo semisalvaje en aquel día, pero habían picado mi amor propio de amazona española, y yo creía que por patriotismo estaba en el deber de dejarme estrellar.

¡Oh juventud! ¡Benditos sean tus alocados inocentes arranques!

La preocupación de mis compañeros fuí yo por consiguiente: mi tordillo, que no había dejado de tascar el freno bailando y pegando brincos, no quería avenirse á entrar en vereda dado el caso que ésta se encontrase y que un guía practicón y conocedor del terreno, palmo por palmo, nos condujese con felicidad.

En aquella hondonada infernal, donde tantas veces habíamos contemplado las negras cavernas plutónicas, parecíanos distinguir el desconsolador *lasciate ogni speranza*.

Pero yo me resistí: no quise apearme ni menos cambiar de cabalgadura: jamás me hubiera perdonado semejante cobardía hípica.

¡Si me parecía que la honra de España pendía del gancho de mi montura!

Después de oir distintos pareceres, ofrecióse á guiarnos un valiente capitán de ejército montado, á pesar de no ser el más apropósito para el desempeño porque no conocía el camino: un indio minero nos hubiera venido de perlas. El capitán insistió arrogantemente y tomó la delantera.

Le seguimos en fila, silenciosos, tiritando de frío y de miedo, respirando apenas y reconcentrando la vida en las manos de nuestras respectivas bestias, como se dice.

Digitized by Google

De repente un grito sonó en la cabecera de la cabalgata, luego otro y otro fueron recorriendo ésta: el capitán acababa de rodar revuelto con su caballo. Hicimos alto, gritando mucholas señoras y queriendo apearse los caballeros.

—¡Adelante!, ¡adelante!, gritó el capitán desde el fondo de un barranco: estoy bien; sigan ustedes; ya voy.

Nos parecía mentira que pudiese salir, pero nos tranquilizamos oyéndole hablar con tanta entereza asegurándonos que no estaba herido.

Salimos del precipicio, ni sé cómo ni por dónde: llegamos á casa, ordenando el señor Lloveras que fuesen indios con faroles encendidos para guiar á los jinetes que venían detras y á sacar al capitán de donde por milagro había quedado con vida; pero éste que, así como su rocinante estaba ileso, presentósenos en el momento, sorprendiéndonos agradablemente.

Tanta era la nieve que llevábamos encima, que al bajar del caballo me fué preciso dejar el ropón, el poncho y el sombrero en la puerta de la calle: tan pesada era la capa blanca que nos envolvía.

Digno y extraordinario remate de un día, excepcional en la historia de una viajera que jamás olvida.

1890.

Digitized by Google

EL SOROCHE

Habíamos anclado en Mollendo, un pequeño puerto peruano formado de casas de madera y edificado sobre escarpadas rocas, contra las cuales se estrellan con furia aterradora las embravecidas olas.

Debíamos abandonar el vapor que *caleteando* nos había conducido por la costa desde Valparaíso; y en verdad que se necesitaba algo más que valor cívico para consentir que le arrojasen á uno dentro de aquella lancha que parecía un zapato, al costado del vapor, y que subía y bajaba según el capricho de las montañas de agua que con ella jugueteaban, burlándose descaradamente de su fragilidad.

Confieso que tuve miedo; pero no era cosa de aparecer cobarde allí donde había tantos valientes.

Digitized by Google

Se pusieron los equipajes en los pescantes, y á la una..., á las dos..., á las...

Había que sortear los vaivenes del buque y los del lanchón, que tan pronto se ponía en la misma borda, como se alejaba á un cuarto de milla de distancia.

Igual suerte corría la embarcación que nos aguardaba para conducirnos á tierra; pero como el estado de la mar era *magnífico*, pues gozábamos un período de calma (*sic*), según decían los que conocían el puerto, no había tiempo que perder y se hacía necesario correr el albur que corrían los baúles; es decir, que teníamos que exponernos á caer en blando, en lugar de estrellarnos contra los puentes de la embarcación.

Saqué de mi propio temor una ráfaga de arrojo varonil, y muy serena comencé á descender por la escala que parecía atacada del baile de San Vito. Cincuenta bocas pronunciaban frases animosas, cien ojos me contemplaban, veinte años me prestaban su fiereza; y la compañía del amable comandante del buque, que bajaba delante de mí, hacía que apareciese á la vista de mis compañeros de viaje como el prototipo de la clásica mujer española. Porque los americanos que no han visitado España creen que las españolas somos una especie de amazonas capaces de mandar un cartel de desafío á la mismísima Belona; y la verdad es que como en ciertos y determinados momentos ven en las intrépidas viajeras rasgos de valor y de entereza, no los juzgan hijos de las circunstancias, sino de nuestra legendaria fama.

El comandante sorteaba los balances con la práctica de su larga carrera y con la costumbre de recalar en

Digitized by Google

Mollendo y en otros puertos de la costa del Perú, que, como el que nos ocupa; son inquietos y temibles.

Cuando más tiritaba yo de miedo porque llegaba á los últimos peldaños de la escala, sentí, sin darme cuenta de cómo, que *mi caballero* me levantaba arrojándome precipitadamente dentro de la lancha como si mi cuerpo hubiera sido una *paca* de algodón. Ya era tiempo, y estaba éste bien calculado, porque un mundo de agua nos separó al instante, envolviendo al bravo marino (que tuvo que afianzarse contra la escala) y empujándonos á nosotros hacia la boca del puerto.

Parecida lucha sostuvimos de nuevo para atracar al muelle; pero henos ya pisando terreno firme.

Habíamos de pasar la noche en Mollendo: nos acomodamos, pues, en un hotel, y salimos á recorrer el pueblo, que tenía muy poco que recorrer.

He dicho antes que las casas eran de madera, y he dicho la verdad; pero ¡qué casas! La elegancia, el buen gusto, la comodidad, todo estaba previsto y reunido en aquellos pequeños palacios, en donde, para que nada faltase, había mujeres encantadoras, pianos de Pléyel, vinos y licores exquisitos, y todo, en fin cuando constituye una necesidad en la vida de América.

A la mañana siguiente salimos para Arequipa: tomamos el tren á las siete, y á las nueve ya comenzaba la máquina á trepar por las altísimas montañas, á salvar precipios y á caracolear por las dos negras serpientes, que tal parecían los carriles enroscándose en los cerros y formando la tortuosa vía.

Ascendíamos con el impulso de dos potentes locomotoras: transcurría mucho tiempo, y las válvulas no de-

Digitized by Google

jaban de resoplar, semejantes á nobles brutos fatigados por veloz carrera.

En la meseta de aquella relativamente pequeña pequeña ramificación de los Andes, encontramos los *médanos*: los montones de arena que el aire ofrma, tan grandes algunos, que pudieran sepultar un regimiento sin que un solo hombre quedase descubierto.

—¡Mentira parece que construya el viento esas montañas!—dije á un caballero que de grado me explicaba cuanto á mí me sorprendía.

—Sí—contestó;—pues esas montañas que la asombran á usted, porque más parecen obra de un arquitecto que de un remolino de aire, son trasladadas de un punto á otro con pasmosa rapidez, como si fuesen hechas de una masa compacta y de facil transporte, en vez de estar formadas de finísimos granitos.

La idea de un posible huracán me aterraba: el tren podía quedar debajo de un *médano*, y todavía no sentia yo deseos de terminar mi viaje.

Llegamos al fin á la ciudad de Arequipa, y aquí comenzaron para mi apuros mayores que los del desembarco en Mollendo y que los del temido ventarrón.

Arequipa es la población de los diarios temblores de tierra, la de los terremotos célebres. Los escombros del último estaban echando polvo todavía: algunas víctimas yacian en aquella necrópolis de cascotes y vigas rotas que infundian terror en el visitante; y yo, que habia experimentado en Chile las primeras sacudidas de la tierra, que ansiaba llegar al interior de Bolivia porque me habían asegurado que allí era *formalito* el terreno,

Digitized by Google

quería salir cuanto antes del territorio peruano, y más que nada, salir de Arequipa.

Se asienta este pueblo al pie de un volcán apagado, del imponente Mistí; y aunque no se conserva recuerdo fijo de cuando estuvo en erupción, se me ocurría que lo que en cien años no había sucedido, podía suceder en las pocas horas que yo pensaba detenerme á la falda del coloso.

Inútiles resultaron cuantas observaciones se me hicieron para que permaneciese algunos días en Arequipa: me seducía el programa de distracciones que me ofrecían: paseos á caballo, visitas á las haciendas cercanas, reuniones y banquetes, todo era muy elocuente; pero más elocuencia tenían para mí aquellas casas abovedadas para mayor resistencia; aquellos muros de un metro de espesor, y los arcos de la plaza principal, agrietados y amenazando ruina á causa de las danzas inconsecuentes del suelo.....

¡Oh! ¡imposible! yo no quería morir aplastada, y resistí todas las tentaciones.

Mi marido sufría una pequeña molestia en la boca, y esto me salvó para que tampoco él formase empeño en que nos quedásemos.

No pude dormir pensando en la del alba para ponerme en pie; y cuando á las ocho de la mañana partía el tren que me alejaba de Arequipa, respiré como si me viese libre de un horroroso peligro.

En la calle hacía mucho frío; pero el coche-salón que ocupábamos estaba convenientemente preparado para dos días de viaje á través de la cordillera andina, y los

Digitized by Google

tubos de una magnífica estufa caldeaban la casa locomóvil.

La noche antes me había dicho uno de los caballeros empeñados en que debíamos quedarnos:

—¿Ya se ha pertrechado usted contra el soroche?

—¡El soroche!—repliqué.—¿Y quién es ese enemigo?

—Ese enemigo es el que en Chile llaman la *puna*, es el ahogo que produce la rarefacción del aire, es la muerte por asfixia cuando ataca de veras.

—¡Jesús mil veces! ¿Quiere decir que huyo del peligro de los temblores, y caigo en otro peor, porque ese no tendrá escape?

—Sí, señora, tiene dos: el primero no seguir adelante; quedarse aquí una temporada y marchar á Lima, dejando sin visitar Bolivia, y el segundo proveerse de una botellita de álcali para aspirarlo cuando el soroche ataque.

—Pues sin vacilar opto por lo segundo.

En la bolsa de mano llevaba yo, por lo tanto, mis correspondientes frasquitos con el amoniaco; y como me hubieran dicho que pronto sentiríamos los efectos de la ascensión, y se habían pasado cerca de cuatro horas sin experimentar la menor molestia, me creí invulnerable, y estuve á punto de alborotar cantando victoria.

Veintisiete pasajeros de primera clase íbamos aquel día en dirección á Puno; los unos para quedarse en este departamento del Perú fronterizo á Bolivia, y los otros para seguir á la república vecina, surcando el lago de Titicaca. Esta avalancha era extraordinaria, pues en aquella época no solía viajar diariamente tanta gente, á no ser que hubiese transporte de tropas; así es que

Digitized by Google

preocupaba á los que sabían los usos y costumbres de la línea si encontraríamos almuerzo suficiente en la fonda de «Pampa de Arrieros,» situada á gran altura de la cordillera y en despoblado.

Formé desde luego la resolución de no quedarme sin comer, porque en momentos como aquellos cada uno procura por su estómago sin galanterías ni circunloquios.

Apenas había parado el tren me envolví en mi larga capa de astracán, porque el frío era intenso, y tomé carrera para ocupar dos sitios en la mesa y aguardar á que mi compañero llegase reposadamente, ya que su malestar no le permitía correr como yo corría; pero apenas había entrado en el comedor me sentí atacada del ahogo y caí redonda sobre el pavimento, con los ojos desmesuradamente abiertos, arrojando sangre por oídos y narices y sintiéndome morir sin poder decir ¡Jesús, valme!

¡El soroche! ¡el soroche!—decían.—Está asorochada. ¡Amoniaco en seguida!

Los viajeros que pausadamente iban entrando en el comedor acudieron cada uno con su frasco, y antes que todos ellos, un mozo de la fonda, tipo mixto de indio y europeo, vale decir cholo puro, había apoyado mi cabeza en su brazo izquierdo, y con la mano derecha me aplicaba á la naríz un puñado de ajos, que estrujaba fuertemente para que despidiesen olor más penetrante.

Jamás perfume alguno ha sido tan agradable á mis sentidos como aquel olor nauseabundo, que me volvió á la vida instantáneamente.

A los pocos segundos comencé á respirar, y á los cin-

Digitized by Google

co minutos estaba comentando entre bocado y bocado las horribles impresiones que había sufrido; pero á cada diez palabras tenía que hacer tres ó cuatro aspiraciones de amoniaco para facilitar las funciones pulmonares.

Llamaron al tren; entonces ya no corrí: muy despacio, como niños convalecientes, caminábamos todos hacia nuestro departamento, y era de ver aquella procesión compuesta de veintisiete personas, jóvenes todas y llenas de vida, apoyándose unas en las otras ó arrastrando los pies para evitar esfuerzos que pudieran provocar el soroche.

Cuando nos hubimos colocado de nuevo en los asientos, y después de reanudar la conversación, gracias á la vivificante atmósfera que en el tren se respiraba, dijo un suizo robustazo que, á pesar de hacerse el valiente, ponía los medios para resistir al enemigo como cualquier hijo de vecino:

—Pues aquí son flores, porque estamos en la mitad de nuestra ascensión: lo bueno será en Vincocaya.

—¿Qué, será peor?—pregunté llena de espanto.

—Aquí *tortitos* y pan *pintado*, que decía un mi compañero *español*: lo mejor estará arriba.

—¡Dios mio!—exclame:—el soroche es peor que los temblores de tierra.

Sin otra novedad llegamos á la terrible parada de Vincocaya. La empresa del ferrocarril tenía en aquella inmensa altura un hotel muy bien servido y mejor caldeado: ya que obligaba á los viajeros á pasar allí una una noche, procuraba que esta fuese menos cruel y más llevadera. Del mal, el menos.

El frio era irresistible.

Digitized by Google

En la mesa teníamos cada uno nuestro frasco de álcali; y si la escena hubiera sido para cacareada, seguramente habríamos perecido de risa contemplando la facha que hacíamos embozados hasta las cejas, comiendo con una mano y sosteniendo con la otra la botellita debajo de la nariz.

Los viajeros del tren de Puno, que, como nosotros, debían hacer noche en la cima de los Andes, andaban muy sueltos por pasillos y corredores; entre tanto nosotros, y yo sobre todo, sentíamos que la vida se nos acababa por minutos.

—¿Pero ustedes no *tienen soroche*?—me atreví á preguntar á una joven muy alegre y cascabelera, que tan pronto daba tormento á las teclas del piano como se frotaba las manos al lado de la estufa.

—No, señora; para nosotros esto no es nuevo; yo he residido en Puno algunos meses, y al fin Puno está á 14.000 piés sobre el nivel del mar; ustedes vienen de la costa, y la impresión es fuertísima.

—¿Y ahora va usted para Arequipa tal vez?—dije recordando los terremotos.

—Voy para Lima, para Lima—repitió con el rostro iluminado por el regocijo.

—Es usted limeña?

—Sí, señora—me contestó sorprendida de que no lo hubiese adivinado.

Con efecto: mi torpeza era solamente disculpable porque yo no había estado en la capital del Perú todovía, ni había conocido limeña alguna; pero las hijas del Rimac no pueden perdonar, y harta razón tienen, que no se lea en sus ojos negros y rasgados, y en su cutis mo-

Digitized by Google

reno pálido, más suave que el terciopelo, que todo aquel conjunto de gracia y donosura ha recibido la sal en la parroquia de San Sebastián y el agua en la pila de Santa Rosa.

Esto debía conocerse á la legua.

—¡Va usted muy contenta!—le dije.

—¿Que si voy contenta? Figúrese usted que he venido tísica y vuelvo curada, según dicen los médicos.

—¿Usted tísica?

—Yo, si señora: cuando salí de la capital me despidieron para siempre: me vine á Bolivia; estuve un año en La Paz, y ahora vengo de Puno, donde creí descansar un mes, y descansé cinco.

—No le llamará á usted su pueblo natal.

—¡Oh! si, señora, muchísimo; pero decían que no debía apresurar el regreso para no comprometer mi curación, y yo soy esclava del dictámen facultativo.

—Pero si venía usted tísica, ¿cómo es posible que haya usted salido con vida de las garras de este horrible *soroche*? Porque usted lo habrá pasado como nosotros.

—No, señora: los primeros síntomas de mejoría los noté en Pampa de Arrieros: allí respiraba con facilidad y me encontré ágil para caminar.

—¡Allí creí morir esta mañana!—dije,—aterrada todavía.

—Eso le probará que yo tenía mis pulmones dañados y que usted los tiene muy llenos de vida.

—¿Es decir que usted se ha curado y que yo me enfermaré?

—No, señora. Se acostumbrará usted, y ya no le hará impresión. Mañana descenderán hasta Puno, y allí

Digitized by Google

se verá usted libre del malestar. Después, en La Paz, suba usted despacio aquellas empinadas calles..., y perfectamente.

Un poco me tranquilizaron las seguridades que la locuaz limeñita me daba de que desaparecerían mis molestias, y con algunos ánimos intenté trasladarme desde el salón á mi cuarto. ¡Imposible! el álcali era ya insuficiente, y apenas podía arrastrar los piés.

Llegué, por fin, al dormitorio sosteniendo, á pesar del estado en que me hallaba, á mi marido, cuyos males me parecían superiores á lo míos. *Once* cobertores puse en su cama, y ni once docenas hubieran sido bastantes para hacerle entrar en calor: la ropa era una piedra de mármol que pesaba y helaba al propio tiempo.

Pedí botellas de agua para meter entre las sábanas, y el agua hirviendo no resistía sin congelarse más de tres minutos.

—¿Por qué habré sido cobarde?—me reprochaba.—Los temblores de Arequipa podían ser inofensivos y el soroche es para mí mortal de necesidad. ¡Yo no amaneceré viva!

¡Y qué muerte la que voy á tener!—me decía:—moriré tontamente, sin haber recorrido este suelo que me seduce, que me arrebata y que produce en mi alma el vértigo de continuadas emociones. Aquí se acaba el vapor de esta máquina infatigable que me impulsa tras lo desconocido, que me lleva y me trae como arista débil arrastrada por el tormentoso pampero.

¡Morir en Vincocaya—repetía balbuceando apenas.—en el pico más elevado de la cordillera que divide el alto y bajo Perú! ¡Encontrar la tumba en un monte cu-

Digitized by Google

bierto por espesa capa de nieve! ¡Ser pisoteada por las vicuñas, por las alpacas y por las llamas! ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! ¡Maldito soroche!

Esto pensaba encogida en una cama colocada frente á la de mi enfermo, teniendo la botellita del álcali apoyada sobre el labio superior y esperando el momento en que mis pulmones dejasen de funcionar.

El ruido del piano vino á recordarme que cerca de mí había seres dichosos, seres que vivían entre tanto yo me sentia morir, sin que nadie hiciese nada por evitarlo.

Seguían mis luchas y mis ansias, y seguían los felices mortales *pianeando* con furia. Indudablemente: aquel vals, dominado á puñetazo limpio, había sido ensayado en una escuela municipal del cantón de Lucerna.

Al día siguiente tuve la certeza de no haberme equivocado: era el suizo el que tocaba.

¡Bailaban, y bailaban un vals! ¡Qué dichosos! ¡Y yo, que no podía respirar! ¡Yo, que no tenía fuerzas para tocar el timbre y pedir el remedio mal oliente que me había aplicado por la mañana el cholo de Pampa de Arrieros!

Porque el amoniaco ya no me servía, y sólo Dios podía salvarme en aquellos momentos.

Cesó el piano, y comenzaron las carcajadas y las conversaciones en voz alta, todo, todo lo que yo me sentía incapaz de hacer.

Y allí estaría la tísica, era indudable: y bailaría, y correría de un sitio para otro, con la volubilidad de su incesante hormiguillo.

¡Qué lástima de tuberculosis!

Digitized by Google

¡Si yo estuviera hética siquiera! pero no señor: mi voz hasta aquel día había sido potente; mis pulmones de una resistencia envidiable, y mi salud á prueba de viajes y de penas y de diversiones; que de todo había un mucho en mi accidentada existencia.

¡Señor, Señor, qué lejos estaba España y qué cerca de mi pensamiento!

Sonaron nuevos preludios en el piano; pero esta vez no se quejaban las teclas heridas por el martilleo acompasado de los nervudos dedos del suizo.

Aquellas tímidas escalas eran producidas por las rosadas extremidades de unos deditos muy finos y muy juguetones.

¡Oh, sí! la extisica, la mariposa de los perfumados campos de Miraflores, la ondina del Rimac, se preparaba á dejarnos oir su voz, porque los acordes preludiaban el canto triste de un *yaraví* boliviano, de un suspiro inacabable del indio aymará, melancólico por naturaleza y poético por instinto.

Hice un esfuerzo, que me pareció el último, y levanté la cabeza lo suficiente para que nada se interpusiese entre mis oídos y aquel son del empíreo, que llegaba hasta mí como si en la hora que yo creía postrera, bajasen á recibir mi alma legiones de angélicos emisarios Supremo.

enviados por mi padre querido con autorización del Ser

Sostuve mi cuerpo con el codo y mi cabeza con la mano: escuché, y pude oir, reconcentrando todas las facultades mentales, que la limeña lanzaba al viento una vocecita dulce, de vibraciones plateadas y arrobadoras modulaciones, fraseando con todo el sentimiento, con

Digitized by Google

toda la ternura de la pasión más exaltada, una composición de libérrima soltura, que, sin ajustarse á metro ni medida, podía ocupar digno puesto entre las caprichosas variantes de la rima castellana.

Mi corazón palpitaba con aceleramiento; mi angustia subía de punto, y la idea de la muerte se me presentaba menos aterradora que cuando el suizo cacheteaba el vals alemán.

La cantora decía suspirando:

«Dime, señora, hasta cuando
¡ay, mi bien!
ha de agotar tu inclemencia
mi sufrimiento;
sin darme consuelo,
sin darme esperanza
de poderte llamar mía
en algún tiempo.
. . . . . .
Aun la nieve se deshace
¡ay, mi bien!
cuando el sol le comunica
su calor lento.»
. . . . . .

Reíos de los versos que en aquella noche memorable se grabaron en mi mente; reíos, correctísimos poetas, rimadores de falsilla; reíos vosotros, los que hacéis versos *tirados á cordel*; estos renglones, traducidos del canto amargo de un indio enamorado, y cuya paternidad nadie ha osado apropiarse, porque constituye el género poético de una raza de tan dudoso origen, dicen más que vuestras sílabas contadas y que vuestros idilios vaciados en los moldes preceptistas.

Digitized by Google

El acento de la interesante viajera, más penetrante y dolorido cuanto mayor era el entusiasmo que producía en el auditorio, rasgó una por una las fibras de mi corazón. Torrentes de lágrimas corrieron por mis mejillas, pero lágrimas silenciosas y sin explosiones neuróticas: lágrimas humildes, como es humilde todo lo que redime.

La ira que produce la impotencia, la desesperación de la lucha sostenida durante diez horas para arrebatar mi cuerpo á la muerte, que entre sus brazos descarnados le aprisionaba, habían exaltado mi cerebro y me hacían desconfiar de cuanto hasta entonces había sido el norte de mis pasos.

No me conformaba con dejar el mundo á los veinte años; dudaba de aquella Providencia que siempre me había cobijado, y la resignación había huído dando paso á infernales torturas.

Pero la música triste del *yarari*, cantada por aquella joven hética, transformó mi ser, elevándolo á la indiferencia de todo lo terrenal.

¡Qué dicha abandonar el mundo en aquellos instantes y escalar el cielo, guiada por el eco de una melodía tan nueva y arrobadora!

* * *

No sé cuanto tiempo habré pasado en aquella situación de ánimo; pero sé que á la mañana siguiente estaba vencido el soroche; y cuando me despertaron, una hora antes de partir el tren, me encontraba sentada en un

Digitized by Google

magnífico sillón de raso azul, en la mansión de los justos.

A los siete meses hice noche otra vez en Vincocaya. Pero entonces fuí yo la que entoné los tristes yaravíes, enviando un adios del alma y un recuerdo eterno á la tierra boliviana.

Y, cosa rara: otro alemán fornido fué el encargado de manotear los valses de su país.

Tres años más tarde sufrí otra *racha de soroche* transponiendo los Andes por otra parte del Perú; pero esto ya lo referiré en mejor ocasión.

1888.

Digitized by Google

EL LOCO DE LA PALMERA

Cuando el Paraguay sucumbió bajo la poderosa unión de tres naciones coligadas, el Brasil, jefe y director de la sangrienta guerra, se llevó riquísimo botín en mujeres de las más hermosas, pertenecientes á la última capa social.

De grado fueron muchas y por fuerza fueron algunas.

Entre éstas cúpole buena suerte á una, reputada como el más bello ejemplar de la raza guaraní entre los mestizos de La Asunción, capital de la república paraguaya. Llamábase Corina, y cayó en poder de un Creso brasilero, que al verla trocó el corazón, que hasta entonces había sido adorador de los guarismos, por otro más sensible á los dardos de Cupido.

Digitized by Google

El señor don Adriao Da Silva, que así se llamaba, se enamoró ciegamente de Corina, y con ella contrajo matrimonio después de inútiles tentativas para vencer la repugnancia que la virtuosa exclava sentía por todo lo que no fuese unión legítima.

La bella prisionera no amaba, no podía amar al señor Da Silva. Suspiraba siempre por su patria, lloraba por su familia, y de buena gana hubiera cambiado los trajes que con su nueva posición gastaba, por el blanquísimo *tipoy* con que ceñía en otro tiempo sus formas esculturales.

Es el tipoy una tira de lienzo en la cual se envuelven las paraguayas pobres, como nosotros envolvemos á los niños que están en mantillas; y tan sencilla vestidura alcanzó verdadera celebridad desde que el poeta argentino Carlos Guido Spano dijo en su sentido canto al Paraguay: «Rasgado el blanco tipoy»...

Los poetas de ambas orillas del Plata, después de ayudar con la espada á la destrucción de la que fué Polonia americana, cantaron con la pluma tristes endechas sobre las cenizas de la nación arrojada y valerosa.

El señor Da Silva era el tipo menos á propósito para atraer el corazón de su compañera; viejo, no muy culto y poco agradable en la vida íntima, no podía apreciar el mundo de poesía que el alma de su esposa encerraba. La juzgaba con toda la vulgaridad de la suya propia, y creía que por haber sido elevada de la clase más humilde no tenía derecho á pretender ni aun aquello que poseía; joyas, trajes, palacios suntuosos y la consideración social á que le daban derecho su nombre en la banca y sus muchísimos *contos de reis.*

Digitized by Google

Pero la mestiza, sin trato ni educación, que naturalmente giraba en la órbita de su nuevo ser, comprendía por intuición lo grande y lo bello. Con menos estudios de los que necesitan muchas mujeres que han sido mecidas en dorada cuna, era una dama perfecta; encantaba con su despejada inteligencia y con la dulzura de su trato, emanada de los privilegios que la Divinidad había puesto en su alma. La pulcra sociedad, para admitirla en su seno, quiso buscarla ascendencia regia, y creyó reconocer en ella á una princesa india; por este medio se respetaban los indiscutibles derechos del dinero y las respetabilísimas tradiciones de raza.

Corina apreciaba á su esposo y le agradecía cuantas atenciones le dispensaba: quería imponerse el amor ideal y sublime de la esposa enamorada; pero ¡vano empeño! siempre resultaba la esclava del marido, como antes había sido la esclava del amo y señor.

Mil adoradores deslizaron en sus oídos frases apasionadas; muchas veces también tuvo ocasión de establecer comparaciones, de las cuales nada salía ganando el señor Da Silva; pero su corazón permanecía insensible á todo lo que no fuese digno para el hombre que la había elevado hasta la brillante posición que ocupaba.

Diez años haría que Corina llevaba el nombre del rico banquero, una noche que, como otras muchas, asistió al teatro. Cantábase «Favorita», y se había dado cita en el coliseo toda la aristocracia brasilera.

Cuando Leonora hace su aparición, y después de haber sido saludada con una salva de aplausos la cantante que se presentó al público, un murmullo inexplicable puso en conmoción á los espectadores, cortando por al-

Digitized by Google

gunos instantes las facultades vocales de la *favorita d'il re.*

¿Qué ocurría?

En un palco entresuelo, único que se había visto desocupado, tomaron asiento dos caballeros, uno joven, que apenas contaría treinta años, y otro, que sin ser viejo podía pasar muy bien por hombre desengañado. Cuarenta años representaba éste; pero cuarenta años hermosos, llenos de vida, y de distinción: cuarenta años arrogantes que pudieran envidiar muchos hombres de veinticinco y treinta.

—¡Es Pablo, Pablo, Pablo!—se oía por todas partes; y el aludido, satisfecho de ser reconocido por sus antiguas amistades, saludaba á todos inclinando la cabeza y sonriendo cuando notaba que algún rostro, por él acariciado en otro tiempo, perdía súbitamente el color de las mejillas. Su mirada, vagando por todos los ámbitos de la sala, tropezó con los ojos de Corina, que ocupaba un palco de la misma fila, y sin poder contenerse preguntó súbitamente á su compañero:

—¿Quién es aquella dama trigueña?

—Pronto la has visto, calavera: tú siempre el mismo.

—Te equivocas; no soy el mismo; soy peor, á Dios gracias. Pero, en fin, ¿quién es? Hace diez años, cuando yo he marchado para Europa, esa mujer no vivía en Río Janeiro, estoy seguro de ello.

—¡Oh, no! Si hubiera vivido...

—Si hubiera vivido..., me la hubiera llevado—interrumpió Pablo con natural cinismo.

—O no te la hubieras llevado—replicó el joven procurando mortificar la vanidad de su compañero:—esa

Digitized by Google

dama es virtuosa y está casada con don Adriao Da Silva; primero fué su esclava, y...

—¡Mentira!—repuso Pablo violentamente.—Esa mujer no puede ser esclava de nadie...

Un siseo del público obligó á callar á los dos amigos que fijaron su atención en el escenario en el momento en que Fernando y su amada comenzaban el dúo final del primer acto.

Corina había visto á Pablo, haciéndose cargo al propio tiempo de la sorpresa que su presencia causara en el público.

—¿Quién es aquel caballero?—preguntó.

—¡Uf!—contestó su esposo;—el demonio; un calavera enamorado y pendenciero que hace muchos años marchó á Europa con gran satisfacción de padres y maridos. Se conoce que llegó en el vapor de las mensajerías francesas que ancló esta mañana en la bahía. Mira, mira, como le dirigen los gemelos todas sus antiguas conocidas—prosiguió, riendo como un bendito, el señor Da Silva.

La bella mestiza apenas atendió las últimas palabras, porque las sublimes notas de Donizetti arrobaban su alma, y pequeños escalofríos agitaban su aterciopelado cutis oyendo los acentos de pasión con que Leonora y Fernando se dicen adiós.

. . . . . .

En el primer entreacto invadieron los amigos el palco de los señores Da Silva: todos hablaban del acontecimiento del día, del regreso de Pablo, y con este motivo se desenterraban historias antiguas á la vez que se referían modernos acontecimientos de Paris, Milán y Flo-

Digitized by Google

rencia, en los cuales había tomado parte muy activa el recién llegado.

Un caballero, que presumía de bien enterado, aseguró que Pablo había sido llamado por su padre, anciano archimillonario, para que contrajese matrimonio con una prima suya, beldad rica y pretendida por mil galanes.

En el segundo intermedio fué presentado Pablo á los señores Da Silva; éste, que antiguamente le había tratado con alguna confianza, le recibió cordialmente. Corina, tal vez mal influída por lo que acababa de oir, se mostró un tanto reservada.

Don Adriao Da Silva invitó á Pablo á que pasase el tercer acto en el palco; éste se excusó, prometiendo regresar del cuarto y tener el gusto de acompañarlos hasta el final.

—¿Por qué le has invitado?—preguntó Corina á su esposo.

El señor Da Silva rió francamente, y contestó:

—Ya es inofensivo; va para viejo; piensa casarse, y sobre todo, se trata de tí; no le temo.

Con efecto: Pablo volvió después de haber recorrido los palcos de sus ex-amigas, y tomó asiento en el que galantemente le cedió el marido de Corina: ésta apenas alzó los ojos para mirarle.

La plegaria del cuarto acto, con los acordes del órgano, con el canto de los frailes y de los novicios, con todo aquel conjunto de notas capaz de convertir el exaltado misticismo de la amantísima Teresa de Jesús en una pasión menos etérea de la que abrasaba su alma; aquella música, en fin, que del suelo transporta la mente

Digitized by Google

al empíreo, haciéndola soñar con los deleites del espíritu, produjo en el virgen corazón de la mestiza paraguaya una sensación indescriptible y jamás sentida.

Su desnudo seno se agitaba á impulsos de fatigosa respiración, y en sus torneados brazos se veía esa granulación apenas perceptible que se forma con el contacto del hielo ó con el choque violento de ocultas emociones.

En el teatro hacía un calor sofocante, y á la penetración de Pablo no se escapó el más pequeño detalle de los que podían tener relación con la interesantísima criatura á cuyo lado estaba.

Cuando el tenor, después de perdonar á Leonora, dice en un arrebato de pasión *io t'amo sempre piu*, Corina palideció más de lo que estaba, y dejó caer su hermosa cabeza sobre el respaldo del sillón.

El señor Da Silva, Pablo y otro caballero que se encontraban en el palco se apresuraron á socorrerla; pero cuando el primero se acercó, el busto inerte de su bella esposa descansaba sobre el pecho del segundo.

Algunas amigas pasaron á ver que ocurría cuando notaron el accidente, y en pocos segundos se vió invadido el salón de descanso, adonde había sido trasladada Corina por los robustos brazos de Pablo.

Felizmente, en cuanto el fresco acarició á la hermosa, abrió ésta sus ojos., que tropezaron con los del galante caballero, que la miraban de una manera dulcísima é indefinible.

A los quince minutos nadie quedaba en el teatro. Los señores Da Silva se habían marchado también, después de dar gracias á sus muchos amigos por el interés que habían demostrado.

Digitized by Google

Algunos les acompañaron hasta el carruaje; y el esposo, contento con que el accidente hubiese pasado, invitó á todos á comer para el siguiente día, suponiendo que la señora estaría para entonces completamente bien.

Pablo no podía faltar á la invitación. Desde aquella noche se vieron continuamente; pero ni una palabra, ni un hecho que demostrase inteligencia podría reprocharles la conciencia más escrupulosa.

Y, sin embargo, Pablo y Corina se amaban, enloquecían el uno por el otro. Tanto evitaba ella las ocasiones en que Pablo pudiera declararle su pasión, cuanto él temía herir con sus palabras los castos pensamientos de la fiel esposa.

El amor que Pablo sentía absorbía su vida entera. En el incesante mariposeo de su juventud, había sufrido mil veces la fiebre de un amor que devora las entrañas; pero jamás la desesperación ni la tristeza que le producía el que Corina le había inspirado. Abrasaba su pecho la llama de un volcán desde que había conocido aquel mundo inexplorado de celestiales pasiones que reunía en todo su ser la hermosa guaraní.

El antiguo calavera huía de la sociedad, y no aceptó el matrimonio proyectado por su padre, á pesar de la belleza de su prima y de saber que ésta le amaba.

Corina, cada día más triste, enfermaba, sin que la ciencia pudiera precisar el mal que la consumía, y el señor Da Silva regalaba á su esposa un nuevo tren por cada suspiro que en su presencia se la escapaba.

—¿Por qué estas triste? ¿Qué deseas?—la preguntaba.

—Por mi patria, por los míos, que perecieron todos en esa horrible guerra.

Digitized by Google

El señor Da Silva replicaba alguna tontería y daba libertad á un esclavo: sabía que esto era lo único que su esposa pagaba con caricias.

Corina, desde que su cuerpo desfallecía y su alma ansiaba la soledad, paseaba algunos ratos leyendo las inscripciones que la mayor parte de los viajeros ponen en los troncos de las palmeras, y más de una vez, recorriendo con la vista los caractéres mal trazados, detuvo el pensamiento por figurársele que una mano desconocida había interpretado y escrito allí sus recónditas amarguras.

También ella quiso hacer á una tierna palmera confidente de sus amores; de aquellos amores que ni á sí propia se atrevía á revelar, y con un alfiler de oro grabó un nombre adorado; después escribió el suyo; luego algo más que no pudo lleer, porque Pablo la sorprendió en el retiro de sus ensueños.

El amor estalló, por lo mismo que largo tiempo estuviera comprimido, y el apasionado amante se sintió morir al saber que la hermosa Corina pagaba su delirio con crecida usura.

La inocente mujer resistió á los extremosos arrebatos de Pablo; pero no tuvo valor para negarle una entrevista diaria en aquel mismo sitio. ¡Era tan poco! ¿Y qué mal había en ello?

Así argumentaba Corina, arrastrada por la magia irresistible del único hombre que había hecho latir su corazón precipitadamente.

Por aquel tiempo llegó á Río Janeiro una familia inglesa recomendada á la amabilidad del señor Da Silva; éste y su esposa obsequiaron á los amigos de otros que

Digitized by Google

lo eran suyos y lo hicieron con la esplendidez del potentado que tiene mujer joven y bella.

Una tarde que todos paseaban por el Botánico, la mayor de dos jóvenes inglesas, curiosa y escudriñadora, como son todas las viajeras británicas, se hacía traducir algunos de los letreros grabados en el indumento de las palmas.

El traductor, cansado de leer lo que él llamaba tonterías, se retiraba ya; pero la impertérrita *miss* siguió arrastrando al *cicerone* hacia la palmera testigo de tantas lágrimas y de tantas sonrisas, de tanto amor y desconsuelo tanto.

El banquero, instado por la importuna, se acercó á leer, y quedó como petrificado.

No cabía duda; allí decía: «Pablo, Corina, amor eterno.»

La nube se rasgó, y la luz se hizo para el señor Da Silva, que de una ojeada abarcó toda la profundidad de la sima en donde su confiada tranquilidad se precipitaba. Aquellas frases revelaban un amor oculto y estaban en consonancia con las tristezas de su esposa. Aquel Pablo era el calavera convertido que desde su regreso tenía preocupado al gran mundo por haber abandonado sus habituales galanteos.

Quiso saber el efecto que aquellas palabras producían en su esposa, y la llamó para que ella las tradujese.

Terrible fué la impresión que recibió la infeliz: cayó al suelo sin sentido, y en aquel estado fué trasladada á su casa, acompañándola su inflexible esposo, que desde aquel instante abandonó todos sus negocios para constituirse en carcelero y verdugo de la pobre mestiza.

Digitized by Google

secuestrándola en sus habitaciones. Ni un segundo se apartó de ella; ni un instante dejó de mortificarla con insultos, reproches y groseras crueldades. Se suponía engañado en lo único que podía dolerle; en la materialidad del adulterio y no quería ni podía creer que aquellos amores estuviesen santificados por la idealidad y el respeto.

A los seis meses, larga fila de coches se extendía por la calle en que vivía el señor Da Silva. Delante de la puerta aguardaba una elegante carroza fúnebre, y en ella fué colocado el magnífico féretro de bronce que encerraba el cadáver de la desventurada esclava.

Cuando el cortejo rompió la marcha con ese paso lento que infunde pavura en el transeunte, un hombre, frenético, loco, sin sombrero y con las ropas en desorden, se abalanzó á las ruedas del coche que conducía los restos de la mujer adorada, luchando con el último destello de la razón, que volaba tras ella.

Era Pablo.

Sus amigos le recogieron y le condujeron a su casa.

Luchó contra la muerte, y su naturaleza robusta venció en la indecisa contienda.

¡Pero á cuánta costa recobró la vida!

De locura furiosa pasó la enfermedad á demencia tranquila, y el único remedio que encontraban para no exasperarle consistía en dejarle pasar los días en el Botánico, cuidando que nadie leyese aquellos rengloncitos tantas veces besados por él en los seis meses que había durado la agonía de la víctima de su amor durante los cuales inutilmente se había esforzado por ver á Corina ó por hacer llegar á ella una frase de aliento.

Digitized by Google

El desgraciado *loco de la palmera*, como el vulgo le llamaba, daba pruebas de ser más cuerdo después de haber perdido el juicio que cuando estaba en posesión de sus facultades mentales.

Cuantos remedios se emplearon para su curación todos fueron inútiles, y es que los locos por amor son pocos, pero esos pocos resultan incurables.

1888.

Digitized by Google

LEONCIO PRADO

(PERFILES PERUANOS)

NADIE que lea el apellido de este valiente, dejará de recordar cómo alguien, con más lijereza que buena intención, pretendió echar sobre la frente del noble peruano la mancha de un crimen horroroso.

Recuérdese el proceso de aquel famoso Prado, asesino de María Aeguetan, y á la mente del lector vendrá sin gran esfuerzo, aquella noticia que velozmentero dó por muchos periódicos de Europa afirmando que el anónimo criminal era nada menos que un hijo del general Mariano Ignacio Prado, ex-presidente de la República del Perú.

Cúpome entonces la suerte de desmentirlo con la energía con que las calumnias deben ser atajadas, y hoy, después de dos años, tomo de nuevo la pluma para presentar á la faz de aquellos que tal dijeron la figura glo-

Digitized by Google

riosa del calumniado, envuelta entre celajes luminosos, entrando en el templo de la inmortalidad.

Leoncio Prado fué hijo natural de don Mariano Ignacio, general que subió por vez primera á la silla presidencial por medio de una revolución hecha al general Pezet, á la sazón de las diferencias surgidas entre España y el Pacífico el año 1866.

El pueblo peruano creyó ver tolerancia en el gobierno de Pezet, y levantó al caudillo popular elevándolo á la presidencia con todos los entusiasmos que inspira un general joven y apuesto que encarna los ideales de las masas.

Le conocí algunos años más tarde; era por segunda vez presidente, y lo era constitucional, como Dios manda. Le he juzgado siempre bueno y honrado, porque los errores ó las desgracias no pueden jamás tenerse por deshonra. En su patria nadie le quiere mal: no ha hecho daño, por gusto y cuando más, dicen sin encono, que ha tenido poca fortuna en los comienzos de la guerra con Chile.

Napoleón llegó á Santa Elena por el camino que conduce á la gloria.

¡Qué gran ejemplo! Y sin embargo, era Napoleón.

Educado Leoncio lejos de la fastuosa morada de su padre, morada embellecida por la presencia de una esposa joven, hermosa y elegantísima, creóse una naturaleza indómita, más dada á la guerra que á la paz, impetuosa para precipitarse en la defensa de lo que él llamaba derechos de la humanidad y del hombre libre.

El general, cuando oía contar una proeza de su hijo, «es un loco» decía.

Digitized by Google

Vino á Europa; regresó al Nuevo Mundo y en todas partes dejó memoria de su paso; pero no una memoria triste y deshonrosa; por el contrario, era el Tenorio enamorado de lo que, bien ó mal tenido, tenía por grande y por sagrado.

Su fama de valiente extendíase ya del uno al otro mundo.

El primer grito de insurrección en Yara soliviantó su espíritu guerrero y conocidos son sus actos de temeridad, que yo no debo juzgar en uno ni en el otro sentido.

Dejemos, pués, á Leoncio Prado en sus correrías de muchacho; dejémosle también persiguiendo los ideales de un mozo aguerrido, cuyas viriles energías fueron creadas para la lucha del hombre con el hombre, y no para las degradantes batallas que libra la humanidad con las pasiones.

Tomémosle en los instantes en que lleno de vida, de entusiasmo patriótico, de sed de gloria, se refugia en la Sierra del Perú, desconociendo al gobierno que había pactado treguas con los enemigos y protestando de los tratados de paz.

Levantáronse por entonces montoneras; lo que aquí llamaríamos guerrillas á lo Mina, y después de hostilizar á los chilenos, haciéndoles proseguir una campaña penosísima, llegó el último de los sangrientos encuentros que en aquella funesta guerra hubo.

Los vencedores cantaron himnos de gloria á los vencidos; es cuanto decirse puede en honor de los que perecieron.

Leoncio Prado era coronel.

Para el que no sepa lo que es una guerra de monto

Digitized by Google

neros diré dos palabras que aclaren algo el sentido del adjetivo.

La montonera se compone de un pelotón de tropas irregulares, sin uniforme, sin dinero, con armas de todos los sistemas y de todos los calibres, que vive como puede, pasando privaciones, hambre, y sed, expuesta á los rigores de la intemperie. Los montoneros son nuestros patriotas de la Independencia; mezcla de militares y agricultores, de indios y mulatos, de cholos y deblancos, de aristócratas y descamisados, pero siempre un grupo de valientes, exaltados por el patriotismo ó por una idea que suponen redentora para el pueblo. El montonero trepa los Andes, se guarece tras los grandes picachos, y cuando no tiene armas ó de ellas no puede hacer uso, espía el paso del enemigo para despeñar las enormes galgas que bajan imponentes sembrando el espanto entre los perseguidores y haciéndoles las más veces infinitos destrozos.

El montonero, que saquea pueblos y roba caballos y echa mano de cuanto encuentra para continuar la campaña y atraer prosélitos á la causa que defiende, va dejando tras de sí recibo de cuanto indebidamente toma para que en su día sean satisfechas á los perjudicados las cantidades y las bestias robadas.

Las tropas que Prado y otros jefes del ejército acaudillaban, estaban calificadas de montoneras.

Los enemigos no daban, por lo mismo, cuartel á los prisioneros y los peruanos jugaban la vida sin remisión: vencer ó morir; he ahí el dilema.

Por algo dijo un distinguido periodista chileno, Raimundo Valenzuela, que el Perú había tenido en la bata-

Digitized by Google

lla de Huamachuco «heroismos probados y glorias que deben esculpirse en el bronce».

La suerte de las armas peruanas no había dejado de ser fatal, y la célebre batalla fué un nuevo desastre material para el Perú ya exánime. Cien nombres que aquella jornada hizo gloriosos pasaron del campo de batalla al campo de la historia escritos con sangre en las páginas épicas de este siglo.

Entre los hijos de los Incas batidos y destrozados ya, había sonado el «sálvese quien pueda» de la derrota.

El jefe chileno coronel Gorostiaga prometió á sus soldados abonarles cincuenta centavos por cada rifle y dos pesos por cada cañón encontrado en el campo enemigo.

«En esta rebusca de hormiga, dice Valenzuela, se encontró á Prado».

Había recibido Leoncio una bala en una pierna y la tenía destrozada.

Le condujeron al cuartel general de Huamachuco y fueron dadas inmediatamente las órdenes para fusilarle.

Día y medio estuvo en capilla.

Ni por un instante decayó su buen humor; conversaba con los oficiales que le custodiaban como si de compatriotas suyos se tratase. ¡Oh! Yo estoy segura: entre aquellos militares había muchos que en otro tiempo sintieran admiración por el hijo del general Prado y habrían querido conservar su generosa existencia.

Pero las órdenes militares son inexorables.

El coronel Prado pidió con energía que se le fusilase en la plaza de Huamachuco con los honores de su grado; pero el jefe chileno negó esta petición que hubiera

Digitized by Google

sido tanto como reconocer beligerancia á los que se tenían por montoneros.

Entonces se conformó con que le fusilasen en la cama para evitarse las molestias que le producían sus heridas: le fué concedido.

Llegados los últimos momentos de su azarosa existencia y elevando su espíritu á las más serenas regiones del patriotismo exaltado, preguntó sonriendo al oficial que mandaba los tiradores á qué hora pensaba despacharle para el otro mundo.

—Dentro de pocos minutos, le contestó.

—Voy á pedirle á usted una gracia: que me permita mandar la fuerza.

—Concedido.

—Estaba tomando una taza de café, que encontraba esquisito.

—Hacía mucho tiempo, dijo, que no tomaba café tan rico, tan bien hecho.

Los chilenos le miraban, asombrados de valor tan sereno. ¿Quién no tiembla en los últimos instantes de su vida?

—Al concluir de saborear esta taza de café, añadió, que midan los puntos, y al dar yo un golpe con la cucharilla en el *pocillo* (tacita) que disparen.

—Así se hará, contestó el oficial.

Con la tranquilidad del justo y del héroe sorbió el líquido sin que el pulso le temblase, sin que, ni la mirada ni el semblante revelasen emoción alguna. Apuró hasta el resíduo de aquel cáliz que para otro hombre, que Prado no fuese, hubiera tenido el amarguísimo dejo del dolor y las repulsivas hieles del espanto; y con entereza,

Digitized by Google

con la mirada serena, el pulso firme y la fisonomía iluminada por gloriosos reflejos, dió el golpe con la cucharilla en la taza; golpe que debió sonar lúgubre en los oídos de los cuatro soldados, que instantáneamente y con aterradora precisión abrieron á Leoncio Prado las puertas de la inmortalidad.

Aquí tenéis, lectores, el hombre al cual imprudentemente acusó Europa de haber asesinado á una desgraciada para robar el fruto de su deshonra.

Cuando esto se dijo en París, el alma de Leoncio Prado debió rugir como fiera enjaulada en el etéreo recinto que le sirve de cárcel eterna.

¡Que Dios perdone á los calumniadores!

1890.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA VIRGEN HERIDA

(TRADICIÓN BOLIVIANA)

Yo la he visto, no lo dudéis: la he visto allá en Bolivia; en La Paz de Ayacucho, en aquella original ciudad sepultada por altísimos cerros y bañada por el aurífero *Chuquiapu*, donde sonó el primer grito de independencia para los pueblos americanos.

Allí la he visto, sí; allí he contemplado una imagen que se venera con el nombre consolador de *Nuestra Señora de los Remedios*. Allí he aprendido la tradición que voy á referir; tradición conservada como verbo de las generaciones y como sustancia de la fe para las almas que se abrasen en el imperecedero amor de lo infinito.

Digitized by Google

Un hombre eminente por su ilustración vastísima, un filólogo oculto tras la sobrepelliz y el bonete del orador sagrado, que lo mismo subía á la cátedra del Espíritu Santo para conmover á un auditorio docto, que para fustigar en idioma aymará á los indios cuyos vicios corregir; don Isaac Escobari, en fin, ó el *tata* Escobari (1), como le llamábamos, me acompañó una mañana á visitar á Nuestra Señora de los Remedios.

Este amigo inolvidable ha sido el que me ha revelado lo que se cuenta de aquella Virgencita con rostro de niña india, de facciones menudas y correctas, de cara ovalada y expresión dulcísima, que ocupa un sitio preferente en el altar mayor de la iglesia de San Juan de Dios.

El templo está unido al hospital de su nombre; es pequeño, limpio y bello, como debe serlo un edificio que sirve de albergue al símbolo consagrado que representa el cuerpo del Redentor del mundo.

La imagen, cubierta por oscura cortina, está colocada á bastante altura; y cuando el sacristán la hubo descubierto, confieso que encontré algo de excepcional en aquella pintura, apenas deslucida por la acción destructora de los años.

Un rayo de sol, iluminando de lleno el altar, me hizo ver claramente lo que con ansiosa curiosidad buscaban mis ojos: una pequeña herida violácea, rodeada por amoratado círculo, en el pómulo izquierdo de la Virgen, y

(1) En Bolivia se diferencian los sacerdotes de los frailes en que á los primeros se les llama tatas, y á los segundos padres. Tata en indio equivale á padre.

Digitized by Google

otra no menos perceptible, pero con manifiesta inflamación, en el dorso de su mano derecha.

La pintura tiene algún mérito, dadas las condiciones en que debió ser ejecutada, y tal vez por pinceles profanos en el divino arte.

Si nos remontamos á la época y á la carencia de maestros en aquellos países, encontraremos la primera sorpresa en la corrección del dibujo. Algún fraile de los que tan versados estaban en las artes como en las ciencias quiso imitar la sublime humorada de Leonardo de Vinci *emborronando* una pared, si no con un cuadro tan grandioso como la *Cena* (porque esto hubiera sido imposible á otro que no fuese el inimitable florentino), al menos con una *Madonna* que inspirase devoción á los sencillos y devotos paceños.

Allá por el año 1600 tenían los frailes de San Francisco una casa que dedicaban á posada de cuantos transeuntes la solicitaban. Sirve en el día, pues que existe, para almacenar harinas, y no conserva en su aspecto cosa por la cual se venga en conocimiento del objeto á que antiguamente estuvo destinada.

Dicen los cronicones de aquel tiempo que la tal posada ó *tambo* que llaman los bolivianos, tenía al propio tiempo un fin menos piadoso que el de cumplir una obra de misericordia; pero salvemos la responsabilidad de los reverendos filántropos, suponiendo que no estaban sus paternidades en autos de lo que clandestinamente hacían los legos encargados de la hospedería, y los peregrinos asilados, y los que sin ser lo uno ni lo otro aprovechaban la franquicia nocturna para jugar *á los prohibidos* que decimos en la jerga moderna.

Digitized by Google

En el zaguán de la posada se veía una imagen de la Madre de Dios pintada sobre el tosco y renegrido lienzo de una pared de adobes; y las velas que la piedad del vecindario encendía á la Virgen, iluminaban el portal más de lo que en tales casos y en aquellos tiempos solía tenerse por costumbre.

De vez en cuando cruzaba un embozado la solitaria calle; penetraba en el portal con aquellas precauciones propias del que no quiere ser observado ni menos reconocido, y destocándose al pasar por delante de la Reina del cielo, se perdía en los patios lóbregos del franciscano refugio.

Una noche tormentosa, en que apenas alma viviente transitaba por las empinadas calles de La Paz, un hombre llegó con paso precipitado al zaguán de la hospedería, sacó una vela que debajo de la capa llevaba oculta y la encendió, mientras sus labios balbuceaban una plegaria fervorosa.

Después de colocada la ofrenda en una palomilla de las muchas que con aquel fin había clavadas alrededor de la Virgen, se internó, como los que le habían precedido entre las sombras de los patios, iluminados á la sazón por la deslumbradora luz de frecuentes y pálidos relámpagos.

Sin cautela ni precauciones, y como aquel que nada teme, se dirigió á la habitación en donde seguramente pensaba que hallaría compañeros.

Con efecto, en una estancia destartalada, mezcla de rigón y sacristía, de refectorio y de cocina de mesón castellano, había hasta una veintena de hombres de distintas layas y cataduras, que, sentados unos y de pie los

Digitized by Google

otros, seguían con los ojos, desmesuradamente abiertos, el giro que tomaban los dados al caer sobre la mugrienta mesa.

—¡Es Pedro, Pedro, Pedro!—dijeron algunos viendo entrar al recien llegado.

—¡Ya viene la animación ya viene la alegría!—prosiguieron.

—¡Por Cristo que no sois adivinos!—contestó con mal talante el aludido.

—Pues qué, ¿no confías hoy en que la Vírgen te proteja? ¿No te has traído la velita de costumbre?

—Sí, la he traído; pero he traído también la firme resolución de no dejarme ganar como otras noches: ó me llevo todo vuestro dinero, ó digo que el cielo es un impostor y que vosotros sois unos ladrones.

Veinte carcajadas, apenas comprimidas por el respeto á la *santa* casa, respondieron al reto de Pedro, que, sin mortificarse ni parar mientes en el contraste que podía ofrecer su fisonomía ceñuda con los guiños y muecas de aquellos sátrapas mendicantes, dió un empellón á un individuo que se sentaba en la punta de un banco, haciéndole caer de bruces, y ocupó su sitio con fingida impasibilidad.

Se levantó el jugador ó mirón, que esto maldito lo que nos importa, y tan lejos de mortificarse por la insolente genialidad á que sin duda Pedro le tenía acostumbrado, se acercó á éste y le dijo en voz baja:

—¿Que tienes esta noche?

—Nada.

—Eso no es verdad; algo te ha hecho esa mala hembra.

Digitized by Google

—No llames mala hembra á mi Antonia, si no quieres que te arranque la lengua.

—Vaya, Pedro, piensa que soy tu amigo; deja de ver á esa *chola* (1) que te tiene loco: mira que vale más un vaso de buena *chicha* que todas las mujeres de este mundo. ¡Apuesto á que te ha pedido dinero!

—Lo has acertado; y si no lo obtengo esta noche, mañana dará oídas á ese marqués *gallego*, más viejo, más calavera y más crapuloso que yo, pero también más rico y más afortunado. ¿Entiendes ahora por qué no admito sermones?

—Pues has de oirme, mal que te pese.

—Pues no te oiré: he mandado noramala á mi madre, que pretendía retenerme en casa, y debes suponer que no he de ser más considerado contigo que con ella.

—¡Vamos! ¡vamos!—dijo alegremente el que revolvía los dados en el cubilete—que á ese paso no conseguirás llevarte nuestros maravedises, amigo Pedro, ni te valdrá la velita, ni te valdrán las fanfarronadas.

—¡Venga!—contestó rabiosamente Pedro;—esta noche, con la protección ó sin la protección de la Virgen, he de dejaros á todos sin blanca.

Mientras el jugador impenitente pronunciaba estas palabras, agitaba nerviosamente el cubilete, despedía chispas de sus ojos negros y brillantes como el azabache herido por cien luces de gas, y con la mano izquierda meneaba sus cabellos lacios y cerdosos, que denotaban, á pesar del blanco mate de su tez, el origen incásico de la línea materna.

(1) Mestiza, hija de india y de europeo.

Digitized by Google

¿A qué seguir paso á paso las peripecias de aquel repugnante pugilato?

Pedro blasfemaba cada vez que el oro, que había pensado multiplicar para satisfacer los caprichos de su amada, pasaba á los bolsillos de sus compañeros.

Reían éstos con alegría diabólica; y las ajenas felicidades, irritando su exacerbado espíritu, arrastraban á Pedro hasta el antro infernal adonde conduce la embriaguez del vicio.

* * *

Media noche sería cuando, ciego de furor y de ira, se anzaba Pedro á la calle, sin sombrero, con la capa arrastrando y los cabellos enmarañados en fuerza de escarmenárselos con los dedos, perláticos unas veces y contraídos otras, según la impaciencia ó la desesperación le dominaban.

En el zaguán ardía solamente la vela que al entrar había encendido el réprobo, implorando por este medio la protección divina, como si dable fuese al hombre pedirla para fomentar vicios ó para ejercitar acciones condenadas por el cielo y por la tierra.

Pedro dirigió á la Madre de Dios una mirada amenazadora y salvaje: los ojos querían saltarsele de las órbitas y despedían fosforescencias rojizas á causa de la sangre que inyectaba la esclerótica; y aquellos mismos labios que antes se habían entreabierto para pronunciar

Digitized by Google

una oración cristiana, se agitaban con temblor convulsivo para blasfemar y maldecir.

En el espantoso delirio de su encono, desenvainó Pedro un puñal, compañero perpetuo de sus excursiones nocturnas, se abalanzó sobre la pared y asestó tremenda puñalada en el carrillo izquierdo de la imagen.

Segunda vez levantó el arma para clavarla en el niño que la hermosa nazarena sostenía entre sus brazos; pero la madre amantísima interpuso su mano derecha para recibir el golpe y evitar que el asesino consumase el doble crimen que su furor le inspiraba.

Un relámpago más vivo y más centelleante, cuya claridad pareció á Pedro llamarada del infierno, disipó las nieblas que entorpecían aquel cerebro atrofiado por los vicios, y conmovió el corazón que sólo á impulsos de bastardas pasiones había latido. El asesino advirtió el movimiento de la santa mano; vió manar sangre de las heridas; vió dos lágrimas de conmiseración que titilaban en las rizadas pestañas de la madre bondadosa, y corrió despavorido, pidiendo á gritos perdón para su alma condenada.

Su cuerpo desapareció en aquella espantosa noche, sin que jamás lograse nadie saber en qué rincón del mundo se habrá ocultado.

* * *

A los pocos momentos de tan sacrílega escena llegaba una mujer á la puerta del hospital, suplicando que

Digitized by Google

la curasen dos heridas que le había inferido un hombre en la posada de San Francisco.

El portero la introdujo en una sala baja entre tanto pasaba recado; pero cuál no sería la sorpresa de todos cuando al ir á buscarla vieron que había desaparecido.

Después de infructuosas pesquisas se dirigieron los del hospital á la hospedería con objeto de averiguar lo sucedido y ponerlo en conocimiento de la justicia; pero el asilo estaba completamente abandonado, abierto y á obscuras. Sólo una vela, la de Pedro, ardía delante de la imagen.

El portero del hospital, hombre miedoso y cuitado, castañeteaba los dientes á cada trueno de los que en La Paz, como en ninguna otra región, retumban con tableteo imponente, y una de las veces que se creyó muerto por el estruendo, levantó hacia la Virgen la mirada con la firme intención de rezar dos ó tres Avemarías para verse libre de lo que él suponía cólera divina.

Antes que los labios obedeciesen los mandatos de la imaginación, el pobre portero, asombrado y retrocediendo, quiso hablar algo, que resultó un grito inarticulado. Por fin pudo decir que Nuestra Señora de los Remedios era la mujer que se había presentado en el hospital; y, con efecto, las dos señales de las recientes puñaladas se veían en su rostro y en su mano.

La noticia corrió con la velocidad del rayo, y la población se puso en movimiento para admirar el milagro.

Era éste tan grande, tan sorprendente, que la cristiandad no registraba otro que tales caractéres revistiese.

Digitized by Google

Los padres de San Francisco pretendieron trasladar á su convento la milagrosa efigie; pero los de San Juan de Dios se opusieron, haciendo valer su inconcuso derecho á poseerla: estaba herida, y al hospital habia llegado para pedir que la curasen.

Se entabló una lucha religiosa; se formó un proceso exponiendo al Papa lo que cada comunidad alegaba, y el Papa dirimió la contienda en favor de los franciscanos.

Día de regocijo fué para los reverendos aquel en que se recibió la noticia; pero al comenzar los trabajos, que consistían en sacar la imagen sin detrimento, picando los adobes alrededor, tuvieron que suspender, porque amenazaban desmoronarse, y después de inútiles tentativas desesperaron de poder sacar intacto el pedazo de pared que comprendía la pintura.

Los juandedianos pidieron entonces permiso para llevarla ellos, permiso que les fué concedido por los contrincantes, y muy afortunados fueron los hermanos de San Juan de Dios, pues que lograron colocar los adobes en un cajón *ad hoc*, sin que la Virgen sufriese el más pequeño desmembramiento.

La ciudad en masa presenciaba el acto con reverente curiosidad; pero, como en todas las cosas de los hombres, en ésta también estaban divididas las opiniones. Ambas comunidades tenían sus partidarios.

Superiores en número los franciscos, y fiados en la influencia que su palabra ejercía sobre el pueblo, lo exhortaron para que les ayudase á recuperar el preciado tesoro. Se entabló entonces la lucha cuerpo á cuerpo: los juandedianos tuvieron que ceder á la fuerza bruta,

Digitized by Google

y aguardaron un nuevo milagro que expresase la voluntad divina.

Los de San Francisco pretendieron levantar el cajón; pero como si éste formase parte de la capa terrestre, les fué imposible moverlo.

Animados los juandedianos con esta nueva declaración del favor celestial, y aprovechando el estupor de los enemigos, cogieron la caja como si fuese un almohadón de pluma y sin que nadie osara ya disputarles tan hermosa carga.

Desde entonces se venera en la iglesia de San Juan de Dios á Nuestra Señora de los Remedios, á la imagen que mayor milagro ha ofrecido al mundo desde que de milagros hablan las tradiciones religiosas.

* * *

—¿Qué si lo creo yo, me preguntáis?

No debo confesarme con vosotros, mis lectores curiosos; pero os diré, sin embargo, que respeto y admiro á los que ciegamente creen en que las puñaladas son auténticas.

Aquellas paceñas, tan buenas como hermosas y devotas; aquellas amigas del alma, cuyo recuerdo durará en mi mente tanto como dure mi vida, no dudan y me han asegurado que es cierto.

Las bolivianas son una legión de ángeles adorables, y yo digo que los ángeles no pueden equivocarse.

Por lo demás, doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder.

1888

Digitized by Google

Digitized by Google

LA TAMALERA

TIPO LIMEÑO

Ahorcajadas en su manso caballo, sobre unas aguaderas grandísimas, con las greñas caídas, el sombrerillo redondo, de castor ó de paja, adornando su cabeza; el mantón cruzado sobre el hombro izquierdo, los brazos desnudos, el cutis amulatado que delata su raza africana, ó trigueño muy tostado que denota su ascendencia incásica, esta es la vendedora de *tamales*, siempre sonriente, pregonando á chillidos su mercancía y alborotando las calles que recorre al paso filosófico de su cabalgadura.

Pero antes de hablar de la vendedora, digamos algo de lo que vende.

Digitized by Google

El tamal es una especie de empanada. Hácese machacando el maíz cuando está lechoso hasta que se convierte en pasta suave y agradable, de la cual forman unas empanaditas largas que rellenan con cabeza de cerdo bien sazonada y cocida y pedacitos de *ají* (guindillas) para que el tamal sea picantito, como conviene á este bocado esencialmente criollo. Una vez hecha la empanada se envuelve cuidadosamente en hojas secas de plátano, se ata con los filamentos secos también de la misma planta y se ponen á cocer al vapor. Cuando están en punto, cárgalos la vendedora en sus aguaderas, tapando éstas con infinidad de mantones viejos, trapos, franelas y cuanto pueda contribuir á conservar calientes los tamales, y comienzan su matutina peregrinación, siguiendo cada tamalera el propio itinerario todas las mañanas.

Da principio la venta á las ocho y acaba á las diez ó diez y media; pues siendo el tamal exclusivamente para el almuerzo y la hora de éste de diez á once, ya se sabe que ha de llegar para entregarlos calentitos en las casas de los señores parroquianos. La gente del pueblo los consume en cualquier momento, y todas las horas son buenas; pero las familias distinguidas que son aficionadas á los platos del país, se los hacen servir en el almuerzo solamente.

Acabada su venta, retírase la mulata ó chinita tamalera á su casa, que suele estar al otro lado del Rimac, en un barrio llamado «Debajo del puente» por ser preciso cruzar uno de piedra antiquísimo que une la bella población con su importante suburbio.

En Malambo, calle ancha y hermosa, famosísima por

Digitized by Google

la clase de gentes que la habitan, es donde generalmente vive la tamalera; es aquel un barrio que pocas damas limeñas conocen, pero que seguramente no hay aristócrata *mataperro* (calavera) que no visite para correr una *juerguecita*.

La tamalera Manonga (Manuela) era la más hermosa *zambita* del gremio y la envidia de zambos y mulatos; aunque, la verdad sea dicha, difiere en tan poco el color del uno y el color del otro, que apenas los encuentra distintos el que no tiene mucha costumbre de diferenciarlos.

Decíase que gustaba Manonga de que la festejasen *niños* (caballeros), cosa que á los hombres de su color sabía á chicharrón de sebo, por aquello de que era mucho cuento que siempre los señores habían de babosear primero las tajadas de carne que luego les arrojaban exprimidas, sin jugo y hechas una piltrafa.

Vivía sola Manonga en una casita baja, de apariencia pobre, aunque no sucia, como son por regla general las de otras mujeres de su raza y clase. Contábansele por docenas los enamorados, y no faltaba quien dijese que guardaba en un cofre buenos soles (duros) de plata y hasta algún sol de oro (moneda del valor de veinte duros), por más que éstos iban desapareciendo del Perú, sin que se supiera en qué faltriqueras estaban escondidos.

Jaleos y jaranas había todas las noches en casa de Manonga, adonde acudían las zambitas y chinas de la vecindad para bailar y cajear con alma y cuerpo. Pocas veces solían estar semejantes reuniones huérfanas de muchachos alegres y ricos que gustaban de revolver

Digitized by Google

con sus blancas manos el pelo (pasa) de las negras malambinas.

Dejaba cada cual en casa de Manonga cuanto en los bolsillos llevaba, con el rumbo y desprendimiento peculiar al peruano, y rabiaban todos contra la tamalera que de modo tal sabía esquilmarles sin comprometer en lo más mínimo la doncellez que decía guardaba bien guardada.

No eran tan escrupulosas sus compañeras, y ya sabía ella enjaretar parejas con maña, gracias á las botijas de pisco (aguardiente de uva) que se despachaban por cuenta de los jaraneros y en las cuales quedaba á Manonga muchísima ganancia.

También se solían improvisar algunas veces cenas de platos picantes, y cuando esto sucedía había niños que no desdeñaban descansar en la revuelta cama de la zamba.

No dejaba Manonga su comercio por nada del mundo: así que los tamales se hacían siempre, y á venderlos salía como de costumbre, aunque quedase encomendada la casa á una vecina por continuar en ella algún jaranero rezagado durmiendo los efectos del pisco, del baile y de los picantes.

El niño Carlos, un limeño buen mozo, más aficionado á Manonga que á una mujercita sencilla y candorosa que le había cabido en suerte, era el más furiosamente enamorado de la tamalera: también es verdad que si alguno hubiera de vencer los escrúpulos que ella demostraba, nadie lo lograse con más ventajas que Carlos, porque de tal manera sabía jaranear y asimilarse á la sociedad de Malambo, que era el ojo derecho de las mu-

Digitized by Google

jeres de color y el diablo encarnado para padres, maridos y amantes recelosos.

Mucho tiempo llevaba rondando á Manonga y contentándose con las amigas de ésta; pero una noche que el baile y la zambra estaban en su apogeo, entró el niño Carlos entre cecijunto y mal humorado, sentándose sin saludar á nadie ni mirar apenas á la concurrencia.

—¿Qué le ha *pasao*, mi amito? dijo una negra vieja, especie de Celestina de dos pimpollos de azabache que bailaban en aquel momento una chilena (cueca), provocando entusiasmos en la concurrencia.

—Nada; que vengo dispuesto á que Manonga no se burle más de mí.

—No sea tonto, niño. Cuando Manonga no se come al niño de amores, es porque no puede; pero ha de saber el niño que yo me tengo *sabío* que tiene muchísimas penas por no poder corresponder á sus finezas.

—¿Pues quién se lo priva?

—¡Gua! ¿Qué no lo sabe el niño?

—¿Quién me lo ha dicho?

—¿No sabe que el zambo Casimiro es su hombre *dende* hace mucho tiempo y que la tiene *asustaa*?

—Yo no sabía nada de eso. ¿Y dónde está ese zambo?

—Pues... ahora... por *ay*... recogiendo lo que se pierda, con otros amigos... El es el jefe.

—Ya te comprendo; ¿es capataz de ladrones?

—Sí, niño.

—Y ¿cómo es que no ha intentado nunca robarnos, sabiendo que traemos plata los que venimos á ver á Manonga?

—¡Ay, niño! ¡Pues no ve que para sacarles la plata

Digitized by Google

basta ella! El no quiere meterse con los marchantes (parroquianos) de su mujer; pero es tan celoso, que si supiera que miraba ella con interés á un blanco, la mataba, y Manonga le obedece porque le tiene miedo. No se meta en nada, niñito Carlos; deje de perseguir á esa, porque puede el diablo hacer de las suyas. Mire por *ay*, que no le faltarán doncellitas sin compromiso tan saladas como Manonga y con menos años, porque ya tiene veinticinco aunque no lo parezca, y mis hijas tienen quince una y dieciséis la otra; ¿ve qué cosa? pues guardan su honestidad, niño, porque *pa* tener á su vera gentes como el zambo Casimiro, vale más estar sola.

La tamalera cortó la conversación, sentándose junto al niño Carlos y ofreciéndole una copa de pisco.

—Venga, dijo el buen mozo: bebamos por el amor que te tengo y por el balazo que pienso pegar esta noche á tu zambo.

—¡Ay, Jesús! Niño, ¿quién le ha dicho?... Soy *honráa*.

—¿Quién había de decirme? ¿No sabes que estoy loco por tí hace mucho tiempo? Esta noche me quedo aquí; aguardo á Casimiro, y ó se marcha prometiéndome no verte más ó le meto una bala en la cabeza; si no, mañana mismo haré que lo prendan, porque ya sé el oficio que tiene.

—¡Ay niño de mi alma, no haga tal cosa! Casimiro es muy malo, y pues que lo sabe todo, le diré que yo le tengo muchísimo miedo: sería capaz de matar al niño, que bien le conozco.

—¿Pero tú le quieres?

—A quien yo quiero más que á mi vida, es al niño, que parece que me ha *dao chamico*, porque tengo mala

Digitized by Google

voluntad á ese maldito zambo, después de haberle querido, y muchas noches me pega cuando viene, porque presume que me muero por otro, y esto es muy verdad, como lo es que no puedo ni mirarle, porque cuanto más le miro más veo al niño aquí dentrito de mi pecho.

—Pues no le mirarás más: tomemos una copa por nuestro querer cholita, y anda, baila una chilena, que te la voy á cantar ahora mismo.

Y Carlos se puso de pie, arrogante y hermoso, con el semblante iluminado por el amor y los deseos.

—¿Y no quiere el niño bailarla conmigo?

—No, salada, que quiero ver cómo requiebras tu cuerpo de azúcar: baila con otro, pero baila para mí, ¿sabes?

—¡Qué hermoso eres, niño!

Manonga escogió pareja y salió en medio de la sala cimbreando las incitantes caderas, dislocando el pecho y retorciendo los brazos, largos, desmadejados, llenos de promesas, y dirigió una mirada, en la cual fulgureaba la pasión más ardiente, al niño Carlos, que lleno de satisfacción, se disponía á cantar la *cueca*.

—¡Alza, chinita, que ya te has *perdío*! dijo el compañero que había elegido Manonga.

—Alguien me habrá de encontrar, no te apures, cholo.

—¡Ya lo creo; el niño Carlos! pero cuida no encontréis los dos con Casimiro.

—¡Valiente bozal!

Comenzó el músico á rascar una cueca en un violín roto cuyos sonidos hubieran puesto carne de gallina á un aficionado, y se dispuso el aristócrata á cajear palmoteando y á cantar á media voz.

Digitized by Google

Salió ésta, dulce y apasionada de su garganta en tesitura de baritono; pero voz seductora como emitida por un órgano puro, sano y potentísimo.

Tengo *yo* una *tamalera*
que por Malambo va;
los *tamales* que vende,
¿quién se los comprará?

¡*Ayayay*! que mi *tamalerita*
que por Malambo va.
¡*Ayayay!* que tan dulce y bonita,
¿quién no la comprará?

La voz del niño Carlos con sus candencias criollas y seductoras arrastraba á la zamba Manonga, que si bailaba con otro se requebraba para él, mirándole con pasión y arrullándole con el vuelo de su *pollera* (falda) llevada y traida con limeño donaire.

No duró mucho el baile aquella noche: la tamalera quería gozar de los amores del niño, que habiendo descubierto su secreto la quería lo bastante para cuadrarse delante del capitán de ladrones disputándole la mujer amada.

Una vez solos, asaltóle á la zamba la idea de que su terrible amante pudiese llegar aquella noche temprano, aunque no era de las dedicadas á visitarla porque previamente no le había enviado recado alguno como tenía por costumbre. Entregóse, pues, con alma y vida á los amores del niño, cerrando la puerta con grandes refuerzos, aunque olvidándose que dejando abierta la que daba á un patinillo era facilísimo entrar bajando de la azo-

Digitized by Google

tea, á la cual se podía muy bien subir por una casa vecina.

A las dos de la madrugada oyéronse en Malambo tres tiros de revólver, de los cuales el vecindario no hizo caso por estar acostumbrados á semejantes ruidos en horas intempestivas.

Quién supuso que la policía perseguía ladrones; quién que los *cacos* hacían de las suyas.

Amaneció el siguiente día y volvieron con el alba la animación y el bullicio á Malambo.

La puerta de Manonga estaba cerrada y no se veía en ella como de costumbre el caballejo paciente aguardando la carga para emprender su cotidiana tarea.

No tardó en formarse un corrillo de comadres negras, zambas y mulatas, que comentaban el caso.

—Habrá salido *mu trempanito*, decía la negra vieja que la noche anterior descubriera al niño Carlos el compromiso de Manonga.

Pero esto era desusado en la tamalera.

Pasó la mañana, y como no volviese á la hora que tenía por costumbre, más y más creyeron las curiosas vecinas que á la tamalera le pasaba algo.

—Ya caigo yo en lo que puede ser; se quedó anoche con el niño Carlos, y por miedo á Casimiro ha escapado con él. ¡Buena suerte de zamba!

—¡Vaya, que es buena! ¿Quién se lo había de contar á ella? ¡Un niño tan rico!

—¡Y tan buen mozo! suspiró una vestal renegrida á quien su madre no dejaba perderse así no más.

Tan grande ansiedad no podía contenerse en límites de prudencia: alguien soltó la idea de que los tiros pu-

Digitized by Google

dieran tener relación con la casa cerrada, y se llamó á la policía, que echó abajo la puerta, precipitándose dentro la multitud sin que la fuerza armada pudiera contenerla.

La oleada que empujándose y estrujándose tomó la casa de Manonga por asalto, retrocedió chillando espantada; en el dormitorio de la tamalera yacían el cadáver de ésta y el del niño Carlos, muy cerca uno del otro y envueltos en sudario de sangre.

Aquella mañana los parroquianos de Manonga echaron muy de menos sus sabrosos tamales, y una esposa amante y resignada lloraba en silencio sobre la cuna de un angel la desaparición del hombre amado.

Todavía hay quien recuerda en Lima los tamales de Manonga, y á un veterano criollo he oído decir que con la zamba de Malambo se había perdido la cría de las buenas tamaleras.

1890.

Digitized by Google

LA PECHOÑA

(RECUERDOS DE CHILE)

UIDADITO con el adjetivo! ¿No es verdad que vale un imperio en punto á expresar su significado?

Pechoña equivale á beata, rezadora, amiga de confesarse á menudo; mujer que se da *golpes de pecho*; mujer que hace de la iglesia un lugar de recreo y una sucursal de su domicilio.

Aquél es un *pechoño*, dicen en Chile; pues ya se sabe que es un hombre que se come los santos y entona el *mea culpa* cada cuatro minutos, señal inequívoca de que cada dos ó tres comete un pecado.

Y esta opinión, de la cual participo, está robustecida por la de un santo varón, eminencia católica y reveren-

Digitized by Google

do fraile franciscano, que me decía muchas veces: «Azotaría de buena gana á las que se me confiesan cada ocho días y siempre me traen los mismos pecados. La Iglesia es muy sabia, añadía; establece el precepto una vez al año; así, en el transcurso de doce meses, ya puede uno enmendarse de yerros pasados y hasta desgraciadamente cometer otros nuevos.»

Aquel hombre santo, que era catalán por más señas, y del cual pienso ocuparme con alguna extensión en algún artículo dedicado á su memoria, se ponía furioso cuando la penitente de la semana anterior se acercaba al confesonario sin variar de pecados.

¡Esa es la pechoña: siempre confesando y siempre la misma.

La devota de que voy á ocuparme no pertenecía al género que fustigó en Chile un poeta que vale la pena de ser mentado, Martínez de Velasco.

Escribió éste una comedia titulada *Por amor y por dinero*, la cual aderezó con un salpimentado criollo que no desdeñaría Bretón de los Herreros, y retrató de mano maestra á la pechoña chilena, que dicho sea de paso, es una beata igual á la de cualquier otra parte; pues en ese ramo, como en todos, se cuentan felizmente honrosas excepciones!

La mujer americana es religiosa en grado sumo.

Ninguna como ella para ejercitar poéticamente sus oraciones; cuando reza se nos presenta extasiada ante la imagen de sus simpatías, y su fervor llega á tal exaltación que recurre dos ó tres veces al año á la casa de ejercicios para mortificarse con disciplinazos y abstinencias.

Digitized by Google

Y á este respecto retózame la gana de referir cómo un caballero chileno curó á su devotísima esposa de la mística afición que sentía hacia las casas de ejercicios.

Era él un militar, curtido en las fronteras araucanas y de cuero bordado en fuerza de cicatrices. Dos ó tres cuchilladas le cruzaban el rostro, y nadie al verle diría que era el comandante C. un hombre complaciente y bondadoso cual ninguno.

Júzguese si lo era: trinaba contra los fervores monásticos de su mujer, pateando y rabiando durante los nueve días que su costilla vivía recluida, y sin embargo, no podía negarse á llevarla del brazo hasta la puerta del convento, cuando ella, que era una mujer tímida y pechoña sin pizca de hipocresía, le suplicaba que la acompañase.

Recurría el fiero comandante á todos los expedientes de persuasión, sin lograr que su mujer cediese en lo más mínimo, y él, que había sido hasta temerario batiéndose con los salvajes araucanos, no tenía valor para imponerse á los fanatismos de su compañera.

Salió con su mujercita una mañana, bastante disgustado por el novenario de viudez que le imponía la estrecha regla de los ejercicios, á cuya casa se dirigían.

Una de las prácticas «cilícicas» más usuales entre las penitentes, consistía en los azotes que, sin piedad de sus carnes, se propinaban; pero esto no lo sabía el comandante, porque ya ponía su media naranja buen cuidado en ocultarle esas demasías religiosas.

Llegaron á la puerta del convento, y cuando se preparaban para decirse adiós hasta la semana siguiente, se les acercó un *roto* socarrón y malicioso, como lo son

Digitized by Google

todos, diciendo al oído de la señora con mucho misterio:

—¿Necesita usted un azota-*potos*? (posaderas, que diría Sancho).

La señora dió un grito, y toda ruborosa apretó el brazo de su marido, refugiando su rostro entre los pliegues del manto.

Iba el comandante á castigar al insolente sin haberse dado cuenta de lo que ocurrido hubiera; pero el «roto» dió un paso atrás, y sacando de debajo del «poncho» unos cuantos látigos de correa, semejantes á los zorros que nosotros usamos para sacudir el polvo, dijo:

—Si es que los vendo *eñor*, si es que los vendo.

—¿Pero qué es lo que vendes?

—Azota-*potos*, *eñor*, y como vi que iba á *dientrá* la *eñorita*, quería que me *mercase* si es que no tiene.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!, decía la devota avergonzada del espectáculo.

¡Jesús, Jesús! ¡Hablarle de aquello! ¡Un hombre tratando en medio de la calle y con tal descaro un asunto tan íntimo, tan santo y el cual ni á su propio marido había querido jamás comunicar!...

Esto era horrible para una criatura que, á pesar de no ser niña, tenía todas las místicas pudibundeces de la esposa de Cristo.

—¡Vámonos á casa! repetíatirando del brazo de su marido y sin querer entrar en el convento.

—No; aguárdate, respondía el comandante, déjame darle un peso á este *roto* y comprarle un látigo para *ejercitarlo* en tí cuando pretendas volver.

¡Santo remedio! El ridículo fué arma de más poder

Digitized by Google

persuasivo que las razones, y jamás pretendió encerrarse de nuevo la buena pechoña.

Pero si no se ha encerrado ésta, enciérranse otras muy frecuentemente y no hay poder en el hogar que impida, á las que tal costumbre de clasura tienen, que dejen de practicarla.

También es verdad que muchísimas harían otro tanto en España si hubiese análogos establecimientos de reclusión. No me meto en aplaudir ni en censurar el procedimiento; narro fielmente las costumbres y relato hechos que á su gusto comentarán los lectores.

No faltará quien suponga que siendo por regla general tan pechoñas las mujeres de Chile, han de igualarlas los hombres, por aquello de que la mujer hace al marido; mucho más en América, en donde el sexo femenino goza, gracias á la galantería de los hombres (y Dios se la conserve *per vitam aeternam*) de preeminencias y dominios que para nosotras quisiéramos las españolas.

Pues no, señor. El chileno deja que su mujer rece hasta que se le seca la boca; ni le manda ni le prohibe pasarse las horas muertas desgastando las rótulas en las baldosas del templo; pero surge una cuestión entre la Iglesia y el Estado y la resuelve en favor del último, cuando con razón ó sin ella se le pone en el sombrero que se pretende rebajar con imposiciones la dignidad de la patria.

Admirable es el puntillo patriótico de las repúblicas americanas; pero ninguna como Chile, fuerza es decirlo, se ha impuesto hasta el presente con más energía á las dominaciones extrañas, siquiera fuesen éstas de orden moral, como la del sucesor de San Pedro.

Digitized by Google

A raíz de la independencia chilena surgió el primer choque con el Vaticano.

Pío VII quiso poner cortapisas al patronato, y los mismos varones católico-apostólico-romanos que demostraron afanes por establecer el Concordato de la república naciente, plantaron al primer nuncio Monseñor Muzzi á la *puerta de la calle* después de haberle recibido casi como al Rey de los judíos en Jerusalén.

Y aunque sea de paso, diré que en aquella primera embajada iba como auditor el que después se llamó Pío IX.

Otros intentos de Concordato hubo después, sin que de intentos pasasen hasta el presente, que parece que va de veras; y esta interdicción en país que repito es eminentemente católico, revela el dualismo que en aquella sociedad existe, amén de otra cosa: que es el chileno el americano que menos se deja influir por la mujer en lo concerniete á los negocios de Estado.

Las mujeres en América sienten las pasiones políticas con más intensidad que los hombres; y se comprende: allá por regla general se discuten personas y no los principios, pues que éstos consignados están en la Constitución y basta con interpretarla al pie de la letra; pero en Chile no he oído hablar á las mujeres de política más que cuando se trataba de candidatos simpáticos á los curas; éstos eran los preferidos por el bello sexo.

No se crea por esto que va la chilena á la zaga de otras mujeres en ilustración y energías viriles; por el contrario, matronas tuvo Chile durante el período de insurgente lucha, que han levantado los timbres gloriosos de nuestro sexo; y una dama tan linajuda como her-

Digitized by Google

mosa, la célebre doña Francisca Javiera Carrera, rama importantísima de aquella dinastía de ilustres mártires de sus propios conciudadanos que no pueden ser recordados sin que asome el llanto á las pupilas, fué grande en todos los momentos de su vida, así en el fausto como en la miseria, tanto en los fugaces momentos de dicha como en los interminables días de amargo desconsuelo. Respecto á los progresos que la *patria nueva* conquistó para sus mujeres, bastaráme consignar una cosa: el año 1876 ya estaban los telégrafos de Chile servidos por mujeres, adelanto que en aquella época no contaba nación alguna de raza latina.

Hay que tener en cuenta que el año 1813 había en Chile cuatro malas escuelas para un territorio de más de dos mil kilómetros de extensión, con una anchura que se aproxima á los doscientos cincuenta. Pedro de Valdivia llamó á la parte de América conquistada por él «la foja de una espada por lo larga y estrecha.»

Ese mismo año 1813, cinco antes de que se hubiese sellado la nacionalidad independiente de los chilenos, ya se ocupaban sus prohombres en introducir el adelanto en aquella nación.

Así Chile antes de ratificar sus victorias sobre el coloniaje conla del 5 de Abril de 1818, en las orillas del Maipo, último baluarte español en la tierra cantada por Ercilla, buscaban en el extranjero artesanos, fabricantes, instrumentos de ciencias y de artes, químicos, mineralogistas y cuantos libros fuesen precisos para difundir luces. He ahí los hombres y he aquí las cosas: adelantos morales é intelectuales que no impedían á un célebre jesuita tener en la iglesia de la Compañía un buzón en el

Digitized by Google

cual las sencillas santiaguinas depositaban cartas de consulta, y súplicas á la Virgen María, y católicos fervorosos que desconocian el poder papal cuando creían que el Papa les imponía condiciones por las cuales llegase á mermar la soberanía del Estado.

Ese era Chile y ese debe seguir siendo. Chilenos antes que católicos en sus relaciones políticas, pero católicos antes que todo de la puerta del hogar para dentro.

Como no me he propuesto otra cosa que relatar, reservo mi opinión respecto al susodicho dualismo...

Para dar idea de tales contradicciones hacíase indispensable esbozar la historia: así se comprenderá mejor el tipo de la pechoña dentro de un pueblo que ha tomado la delantera á los de su común origen en cuanto á descentralización religiosa.

Todos los países y todas las religiones tienen fanáticos: el tipo de la beata nos es muy conocido; pero sea por diferencias de clima y de imaginación como es consiguiente, sea por el gráfico nombre que me parece más propio que el de beata, es lo cierto que á la pechoña chilena la he encontrado diferencias que me la han hecho excepcional. El tipo cuyo retrato sirve para el presente artículo me fué descrito por un inglés de cuya veracidad no hay para qué dudar.

Me habló Mr. Peenter de la que había sido su amada, con el acento conmovido y la voz alterada por los recuerdos. Mr. Peenter era protestante y pretendía echar la carga de sus amarguras sobre las ceremonias del culto católico.

Viajábamos juntos en el vapor «Lontué» desde Valparaíso á Mollendo. Era un inglés achilenado, hablaba

Digitized by Google

bien el castellano y desde luego se podía juzgar que lo conocía mejor que lo pronunciaba.

Nos amistamos pronto ¡quién no se amista en viaje con un inglés comunicativo! Había hecho algo más que saludar la literatura española, y hablaba, con gran conocimiento, de Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Espronceda, Zorrilla, Fernández y González, Campoamor, Pérez Escrich y María del Pilar Sinués

Júzguese por tan pintoresco mosáico de los puntos críticos que calzaría Mr. Peenter. Nada más tentado á la risa que oirle emitir opinión sobre la literatura española, circunstrita por él á los nombres citados.

A pesar de hacerme rabiar con algunas de sus aficiones literarias, era el buen inglés un excelente compañero de toldilla y me halagaba que solicitase mi conversación, no por mi persona, sino para que le hablase de España.

A los tres días de habernos domiciliado en el «Lontué» discutíamos en grande.

Había ido á Chile á la edad de quince años y era uno de esos caractéres que se asimilan inmediatamente al terreno que pisan, por lo que resultaba más «chilote» que «gringo».

Para la gente del pueblo son gringos en Chile todos los de raza teutona, sajona, moscovita y sus similares, así como los de raza latina *gabachos*, excepción hecha de los españoles, que somos *góos* (godos) por honrosa galantería y para distinguirnos de los otros.

Sin saber cómo ni por qué, llegamos un día á poner el dedo en la llaga enconada que Mr. Peenter tenía en el alma. ¿Pero yo qué sabía? ¿Quién me lo había dicho?

Digitized by Google

Como anduviese ya pisando los talones á los cuarenta, le pregunté por qué no se casaba.

—Soy viudo, me dijo.

Sorprendíme en verdad del tono con que pronunció estas palabras, y supuse que era un viudo al cual vivía la compañera, pero no quise meterme en honduras.

El inglés no era lerdo:

—Ha puesto usted cara de incredulidad, me dijo.

—¿De incredulidad? No, señor.

—Pero confiese que le queda un escozorcillo de duda.

—Pues si, señor, lo confieso.

—Y sin embargo, he dicho la verdad: soy viudo.

—¿Por qué lo dice usted en ese tono? En su acento no advierto pena, tampoco alegría; pero el semblante acusa un pesar de indefinible carácter:

—Y tan indefinible.

—¿Amaba usted á su esposa?

—Con delirio.

—Habrá usted sufrido mucho entonces.

—¿Sufrido?... No... Sí; he sufrido porque hubiera querido hablarla después de muerta.

—¡Jesús! ¿Para qué?

—Para decirle que me alegraba de su muerte.

—Es usted un hombre muy raro, Mr. Peenter.

—Muy raro, no, señora; muy corriente.

—¿Quiere usted explicarme el enigma que sus palabras encierran?

—Sí, señora. Vine á Chile como dependiente de un hermano de mi madre, que poseía respetable caudal, extraído de las minas de «Caracoles,» cuando era joven.

Colmadas sus aspiraciones vínose á Santiago, y gra-

Digitized by Google

cias á su noble figura y á su apetecible fortuna logró la mano de hermosa y aristocrática mujer de ilustre prosapia, tan llena de preocupaciones religiosas como apegada á los hábitos de Calatrava, Santiago, etc., que habían lucido sus antepasados.

Mi tío estaba ciegamente enamorado, y cuando se vió dueño de la mujer amada y rodeado de la etiqueta clerical que imperaba en el palacio de sus suegros, olvidó el obscuro minero su orígen plebeyo y hasta la religión que había sido fielmente observada por sus padres.

Se hizo católico, pero católico tan intransigente como su esposa.

Tuvo una hija; yo la llevaba dos años, y cuando al entrar en su casa me la presentaron, sentí el primer consuelo que podía mitigar la pena del adios materno.

Yo vivía en casa de mis tíos, y por consiguiente al lado de Lolo (Lola).

Ella fué mi maestra de castellano, y tan aprovechado discípulo hice, que á los quince dias de hablarnos en este bello idioma, hubiera podido conjugar el verbo «amar» de corrido.

Pero mi prima tenía trece años y era rica; yo contaba quince y era pobre.

Nos fuimos queriendo poco á poco; no le faltaron pretendientes muy luego; no aceptó ninguno; parecía como que todo el mundo en aquella casa hubiera tácitamente acordado que fuésemos el uno para el otro.

Un obstáculo grande nos separaba, sin embargo: yo no tenía el caracter flexible de mi tío, y ni los sermones de la madre ni los halagos de la hija hacían mella en la religión de mis mayores.

Digitized by Google

El culto de la honrada mujer que me dió la vida, no podía yo trocarlo por ninguno.

Mis padres no habían necesitado cambiar de creencias para ser espejo de virtudes, y si yo lo hubiera hecho me conceptuaría indigno de llamarme heredero de sus bondades.

Lolo me amaba, así lo creía yo al menos, y sufría y lloraba por mi terquedad, tanto como yo sufría convencido de que la iglesia ocupaba en su corazón un lugar preferido al que reservaba para el esposo que con su beneplácito le destinaban.

Pasó de la niñez á la juventud, amándome y rezando para que Dios hiciese el milagro de convertirme, ya que sus incesantes súplicas (que para mí eran órdenes en todo menos en eso) no lograban lo que ella y su madre se habían propuesto.

Yo, que amo mi religión, respeto la de otros, pero á cambio de absoluta libertad.

Mi tío era en el hogar un cero á la izquierda; el pobre hombre no se atrevía á darme consejos. ¡Quizás le remordía la conciencia por su conducta pasada.

Presentábanse grandes dificultades para nuestro matrimonio; Lolo confesó al fin que me adoraba, y que de no ser mi esposa lo sería de Cristo; pero quería tranquilizar su conciencia. ¡La conciencia de un angel, señora! ¿Comprende usted semejante aberración?

Convencido yo de que las ideas místicas con que mi tía había saturado la existencia de aquella planta de estufa, eran causa primordial de nuestra desgracia, y previendo que la muerte por consunción sería el resultado final para Lolo si persistía en ser monja, me decidí á

Digitized by Google

visitar á un hombre que en la casa ejercía decisiva influencia. Excuso decir que era un sacerdote.

Felizmente para mis pretensiones, se trataba de un hombre de más corazón que cabeza, y después de ocho sesiones, en las cuales debí llevar la mejor parte, puesto que logré convencerle, acordamos, cediendo cada uno un poco, la forma en que debía celebrarse nuestro matrimonio; aceptada por él, seguro estaba yo que tenía la rúbrica de Lolo y de su madre.

Nos casamos; mi dicha estaba lograda. Lolo era tan feliz como yo; así me lo decía, pero desde el propio instante que unimos nuestros destinos y nuestros amores, comenzó la batalla que tenían hija y madre planeada para catequizarme.

Advertí pronto los planes estratégicos y me apresté á la defensa con las armas de la razón, de la conciencia pura, de mi amor de esposo y de mi honra de ciudadano.

Deseaba que mi joven esposa amamantase al ídolo que aguardábamos, y no pude conseguirlo á pesar de tener ella las mejores disposiciones.

¿Y sabe usted por qué? Porque los deberes de la maternidad hubieran sido obstáculo á llenar las exageradísimas prácticas religiosas que se había impuesto, siguiendo en todo las costumbres de su madre. Mi esposa no sabía bailar ni jamás había pisado un teatro, y fuéme imposible convencerla de que aquellos inocentes recreos no eran contrarios á las concesiones sociales que hace la Iglesia.

Ella me abandonaba para ir al templo; yo puedo jurar á usted que jamás la dejé sola para asistir á diversión alguna.

Digitized by Google

Se buscó un ama que criase á nuestro hijo, y Lolo, quizá porque le argüía su amor de madre, ó porque deseaba complacerme, compartió con ella los deberes de la maternidad: así se conciliaba todo.

Era el mes de Mayo, y por nada del mundo hubiera perdido mi esposa las célebres fiestas del Mes de María, organizadas por el padre Ugarte (1).

Dos años llevábamos de matrimonio, y cuatro veces fué mi esposa en este corto tiempo á la casa de ejercicios. Ya he dicho á usted que Lolo era un ángel; su alma purísima no podía estar empañada con la sombra de una mancha; sin embargo, su preocupación consistía en martirizar la carne y elevar el espíritu hasta perder la conciencia de su ser humano.

Quise oponerme á su ingreso en la casa de reclusión pero no pude: ó ceder ó separarnos; el dilema estaba planteado.

Mi esposa rezaba más de casada que de soltera, porque rezaba por ella y por mí.

También se tenía como gran pecadora y se reprochaba su poco celo por no poder hacer de mí un católico ferviente, cosa que fiaba á la Divina Providencia y á todos los santos, á los cuales hacía novenas y regalos para tenerlos propicios y que me recomendasen á Dios.

No quiero decir á usted que gastaba más en funciones de desagravios por mis supuestas herejías, que en

(1) Este jesuita gastaba diariamente en el mes de María, según asegura el eminente Vicuña Mackenna, 500 pesos, y durante tres ó cuatro horas ardían en la iglesia de la Compañía más de tres mil luces.

Digitized by Google

sostener la casa, á pesar de estar montada según á nuestra posición convenia.

En perpétua lucha religiosa llegó el 8 de Diciembre de 1863.

Al oir esta lúgubre fecha adiviné el desenlace de la historia que Mr. Peenter me estaba contando, y comprendí las enigmáticas palabras con que la había comenzado.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo eléctricamente, y eso que no presentí la catástrofe en todo su horror.

—¿Ya sabe usted lo que acontenció en esa fecha maldita? me dijo con voz ronca y dando á su semblante siniestra expresión.

Sí señor, sí, lo sé; no siga usted, no se martirice con ese recuerdo, porque preveo el fin de la desgraciada Lolo.

—¿De Lolo? ¡Oh! ¡Si hubiera sido ella sola!

—¿Pues qué? pregunté alterada y temblando por la respuesta.

—¡Mi hijo! ¡También mi hijo! un inocente de nueve meses.

—¡Jesús!

Me cubrí la cara con las manos; estaba aterrada y el corazón me latía violentamente, impresionado por el acento con que el simpático hijo de Albión había pronunciado las últimas palabras. Ambos guardamos silencio un largo rato; no acertabamos á pronunciar palabra.

Aquel día no le consentí hablar más del asunto, y procuré distraerle cuando yo me encontré con fuerzas para sobreponerme á la impresión; pero sentía deseos vivísimos de saber como Lolo había llevado su hijito al

Digitized by Google

sagrado recinto que debía convertirse en horno infernal para más de dos mil mujeres católicas.

Al siguiente día recayó la conversación sobre lo mismo; yo no quería tener que reprocharme la iniciativa en lo que recrudeciese la herida; pero creo que á pesar de mis propósitos pudo más la inconsciencia, impelida por la imaginación, fija en aquel espantoso drama.

—Sè celebraba en Santiago la fiesta de la Purísima, continuó Mr. Peenter, con el brillo y esplendor que á sus funciones daban los padres de la Compañía de Jesús.

El día anterior habíase marchado el ama de mi hijo, y no tenía Lolo quien le ayudase en las funciones de nodriza.

Estaba preocupadísima: quería asistir al anunciado sermón de un predicador adorado por las «pechoñas» santiaguinas, y no quería dejar sin alimento á su hijo.

Tuvimos un fuerte altercado: yo abogaba porque se quedase cumpliendo con sus deberes de madre, y ella insistía en que no podía perder el sermón.

Llegó á proponerme llevan el niño con la niñera. «Si haces tal cosa, le dije, renuncia á mi amor para siempre; mañana mismo me embarco para Inglaterra. Meter esa criatura en tal aglomeración de personas y condenarlo á respirar una atmósfera como la que allí debe respirarse, equivale á matarle; terminantemente lo prohibo.»

Salí de casa, porque tenía que hacer, convencido de que Lolo no arrostraría las consecuencias con que la desafié seriamente por vez primera. Acaso por esto mismo creyó fácil convencerme, una vez que regresase del sermón.

Digitized by Google

Apenas había yo marchado cuando mi mujer se encaminó á casa de su madre llevando el niño y una criada; mi tia estaba indispuesta, y con harto dolor de su alma no podía ir á la iglesia.

No hizo nada por disuadir á su hija aconsejándola que obedeciese mis súplicas, convertidas aquel día en enérgico mandato.

Por el contrario, se santiguó sorprendida de mi atrevimiento, y fulminó anticristianos anatemas contra el herejote «gringo».

La noticia del incendio que con la rapidez de una devastadora centella corrió por Santiago, llegó á mis oídos cuando acababa de saber que había ganado cincuenta mil pesos en un negocio; yo no dudaba que mi esposa había obedecido mis órdenes, pero sentí horrible malestar.

Quedé un instante perplejo: el corazón me empujaba hacia el sitio fatal y la cabeza quería llevarme á casa, calculando friamente que allí encontraría á los pedazos de mi corazón.

—Puedo servir de algo, me dije. Voy hacia la Compañía.

Y fuí volando más que corriendo.

El espectáculo era horrible.

Cuando llegué derribaban á hachazos las puertas del templo. Habían sido éstas cerradas por orden del jesuita doctor Yugart, y como se abrían hacia dentro se hizo imposible la salida de tantas infelices devotas.

En los alrededores de la iglesia no se oían más que gritos desgarradores: padres llamando á sus hijas, esposos á sus esposas, hijos á sus madres.

Digitized by Google

¡Aquellos horrores no pueden ser descritos! No hay frases, no hay plumas que los copien con su aterradora verdad.

Una voz conocida resonó en mi corazón como la última hora de la vida debe sonar en los oídos del condenado á muerte.

Era mi tía, que con desgarradores gritos llamaba á su hija.

Lo comprendí todo: Lolo estaba dentro, pero ¿y mi hijo? ¡mi hijo del alma! le pregunté desesperado.

—«¡Con ella!» me dijo.

—¡Con ella! Sí, señora; ambos perecieron en aquel incendio, cuyas llamas abrasan mi corazón eternamente.

Jamás he vuelto á cruzar mi palabra con la de mis suegros.

Diez años estuve fuera de Chile, y á mi regreso supe que la dote de Lolo ha sido donada por su madre á los hijos de Loyola para la reedificación del soberbio edificio que será la nueva Compañía.

—¿Pero no ha encontrado usted otra mujer que endulce el recuerdo de sus amarguras? le pregunté.

—He amado á otra, á otra que no creí fanática porque la conocí en el teatro, la ví en el paseo y la encontré también en bailes y reuniones.

Nos hablamos; me gustó; le pregunté si quería ser mi esposa, y me contestó que la pidiese á su padre. Este era un cumplido caballero; me conocía y no me la negó; por el contrario, creo que hubiera tenido íntima satisfacción llamándome su yerno.

Se convenció de que yo amaba á su hija y me dijo:

—Hágala usted feliz, porque es muy buena; merece

Digitized by Google

su amor; pero á fuer de hombre honrado debo poner á usted al corriente de cuanto al carácter de mi hija concierne. Tiene excelentes condiciones, únicamente peca de ser un tantico «pechoña».

No quise oir más; salí de aquella casa y salgo de Chile por algún tiempo; deseo olvidarla y que me olvide si es cierto que me ama.

—Quizás ésta no hubiera sido tan...

—¡Por si acaso! No rechazo á las mujeres católicas, pero no me hable usted de «pechoñas».

1890.

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS AZOTES DE SAN SIMÓN

(HISTÓRICO)

Un bravo militar que ya no existe, me lo contó, dándome palabra de honor de er verdad en todos sus detalles.

El cuento, pues, no es mío. Yo no pretendo más que darle forma literaria. Si ficción hay, que no lo creo, pertenece ésta á un coronel peruano que murió peleando con denuedo, contra los chilenos, en los campos de San Juan, el 13 de Enero de 1881.

Llamábase Buenaventura Aguirre; era pequeño, grueso, bastante feo, con un defecto en la vista y de raza que más se inclinaba á la conquistada que á la conquistadora, pero muy oportuno y gracioso, á la vez que caballero cumplido.

Digitized by Google

Como un valiente, como lo que era, sucumbió, y al recordarle hoy, evocando historias y cuentos del continente americano, me parece tenerle á mi lado, refiriéndome costumbres de los indios, entre los cuales se había criado, y enseñándome canciones *quichuas*, que cantaba muy mal, pero con mucho carácter.

Que el hecho era cierto! decía seriamente, y que todavía recordaba, temblando las carnes de sus posaderas, las rajaduras del látigo, puesto que él y un hermano suyo habían participado de la azotaina cómico-dolorosa.

* * *

El hecho ocurrió en Puno...

¡En Puno!,.. Permíteme, lector, que antes de explicarte el título que he puesto á la cabeza, te hable un poco de la capital de este departamento del Perú, siquiera sea para que rías á mi costa, leyendo las peripecias que en dicho pueblo me ocurrieron.

Está la ciudad de Puno situada 155 leguas al SE. de Lima, y á la respetable altura de 3915 metros sobre el nivel del grande Océano.

Llueve allí, ¡qué horror! con furia tan espantosa, que el más torrencial de nuestros aguaceros de tormenta, de esos que felizmente duran pocos minutos, es una llovizznita, si se le compara con aquel baldeo celeste.

Pero en cambio, comienza á las doce del día, poco más ó menos, y no lo deja hasta que sale el sol á la ma-

Digitized by Google

ñana siguiente; eso sí, sale y luce el astro espléndidamente hasta... las once y media; después vuelta á comenzar de nuevo la lluvia.

Este trajín se traen en Puno las nubes seis meses del año, pues los otros seis meses entran los hielos en turno, y es de ver cómo se chupa uno los dedos de frio y hasta se chuparía las orejas y la punta de la nariz si pudiera alcanzarlas.

Bajando, bajando un día entero en ferrocarril, llegamos á Puno á fines del mes de Enero de 1877.

Si después de bajar tanto nos encontrábamos á la respetable altura de 3915 metros sobre el nivel del mar, figúrate lector en dónde habríamos pasado la noche; aun diciéndote que en el sotabanco (leáse quinto piso) del palacio atmosférico, ten por seguro que nada pongo de mi cosecha.

Fué el hoy departamento de Puno, en tiempos del coloniaje, la ubre metálica más productiva para la corona de Castilla; pues considerando que solamente las minas de Carabaya produjeron á España 33 millones de pesos fuertes, cantidad que representa el cuádruple por aquello de que en todas la épocas ha sido el vil metal castigado con infundios y chanchullerías, debemos pensar que se trataba de un terreno inmensamente rico.

Conserva allí la tradición el recuerdo de una *Josefa* (no me atrevo á llamarle *Pepita*) de oro nativo, que pesó más de cien libras; afectaba la forma, no muy bien dibujada, de un caballo, y fué remitida al señor Carlos V, como muestra de lo que producían aquellas tierras, que jamás visitaron los reyes, sus dueños, y ¡Dios no les tome en cuenta tamaña necedad!

Digitized by Google

Una bola, de oro también, de las propias minas de Carabaya y del tamaño de una cabeza humana de las más desarrolladitas, vino consignada á Felipe II, y no sé qué habrán hecho con aquellos recuerdos el señor del Escorial y su padre el tétrico relojero del monasterio de Yuste.

Era Puno, cuando yo lo he visitado, lo que debe ser hoy: un poblachón feo y destartalado; pero gracias á su situación, que le hace llave de Bolivia por ese confín, no carece de importancia, mucho más si tenemos en cuenta el gran comercio de lanas de alpaca y vicuña que hace con el exterior y la cantidad de ganado que apacenta en sus montañas. Corónanle éstas por una parte y báñale por otra el grandioso lago Titicaca.

Llegamos á Puno á las cuatro de la tarde, y excuso decir que las cataratas del firmamento se portaban como de costumbre, sabiendo que nos encontrábamos en el invierno húmedo, como llaman allí á los seis meses de lluvias para distinguirlos del otro invierno, al cual denominan seco.

En la estación del ferrocarril había muchos indios, y maldito el caso que nos hacían cuando les rogábamos que cargasen con nuestras maletas.

Mi marido estaba de humor infernal y detestable á causa de una fluxión á la boca, y tenía yo por consiguiente que entendérmelas con aquellos condenados, que no hacían más que mirarme y reir, pero sin coger las maletas que les alargaba.

Hablaban los unos *quichua* y los otros *aymara*, pues que las dos razas se mezclan en Puno; pero ni una palabra entendían de castellano, cosa que me desesperaba

Digitized by Google

tanto en aquellos momentos como me hubiera divertido en otra ocasión.

De unos en otros ibanse dando aviso, y pronto observé que era yo el objeto de su admiración y de sus risas tan importunas.

Supuse que mi traje pudiera ser la causa de la persecución de que me hacían objeto, y la verdad es que pensándolo bien era un poco llamativo para una población del interior, en donde la moda va siempre con paso tardo y descansado.

Ibamos de Chile, y allí andaba el último figurín corriente y al día con los caprichos de Francia. Consistía, pues, mi atavío de *touriste* en un traje á grandes cuadros obscuros, de forma entre griega y judía, con gorra de la misma tela y una larguísima capa de astracán con capucha de terciopelo negro; cuya punta, rodeada de grandes cordones, bajaba hasta el borde que tocaba en el suelo,

«Es indudable, me decía, el traje asusta á estos demonios.»

Cogimos nuestras maletas para transportarlas nosotros mismos, y lo propio tuvieron que hacer los demás pasajeros.

No hubo medio aquella tarde de hacer que nos sirviesen los indios.

Nos informamos de que había un hotel en la plaza y allá nos encaminamos, cargados como mozos de cuerda y aguantando la lluvia, que ya nos había llegado á lo vivo.

¡Cuál no sería nuestra rabia al ver que los indios nos seguían en tropel, mirándome siempre, riendo estúpida-

Digitized by Google

mente y hablando entre sí, como si se comunicasen algo que les espantaba!

El trayecto desde la estación á la plaza era muy largo y en todo él no dejó de correr la gente y avisarse los unos á los otros para que saliesen á las puertas y á las ventanas.

«Decididamente no es el traje, pensé, porque ya no son los indios los que me miran y se ríen; veo señoras que hacen lo mismo, y esto me da que pensar.»

¿Qué diablos sería ?

Después de mil fatigas llegamos al hotel de Serafini, un italiano, casado con una chola boliviana, cuya suciedad y desidia eran proverbiales en todo el alto Perú.

Pedimos un cuarto; nos dieron una sala grande, negra, destartalada y más fría que la misma cordillera, cuyo solo recuerdo nos hacía dar diente con diente.

El agua arroyaba por nuestras personas entre cuero y camisa; y lo que era peor, no había esperanza de poder mudarse: habíamos dado orden de trasladar el equipaje desde la estación al vapor en que debíamos cruzar el lago al siguiente día y la cosa no tenía remedio.

«Nos acostaremos aunque sea sin comer,» dijimos.

Descubrí las camas y me asusté. Tenían sábanas, ¡sí que las tenían! pero tan rotas y negras, que volví á tapar precipitadamente temiendo que saliesen sapos y lagartos.

Díme á cazar por el intrincado caserón á la esposa de Serafini con ánimo de hacerle los ojos dulces para lograr que me cambiase la ropa de las camas; y cuando después de cruzar patios y corredores dí con sus greñas en la cocina, ¡qué cocina! me dijo que no le era posible

Digitized by Google

complacerme porque no tenía más ropa que aquella.

—Le doy cinco soles (duros) si me cambia las sábanas.

—Pero si no tengo.

—Pues le doy un condor chileno (moneda de oro del valor de diez duros).

Ya en el Perú no se veía más que papel, y papel que comenzaba á depreciarse, por lo cual la perspectiva de una moneda de oro, y moneda tan apreciada como el condor, hizo que la chola aguzase el sentido.

—En fin... buscaré... veré si encuentro algo.

Volví á mi habitación para infundir ánimo en mi enfermo, y cuando creí encontrarle medio muerto por el frío, la humedad y los dolores, ví con asombro... que no lo vía por ninguna parte. Me lancé por cuartos y corredores á buscarle, pero ¡quiá!... ni vivo ni muerto parecía.

Le llamé inútilmente: no me contesta.

Recorrí de nuevo la casa y nadie podía darme razón, hasta que alarmada sin saber qué pensar, se me ocurrió abrir el balcón de un largo corredor que daba á la plaza, y le encontré sentado en una silla coja, creo que era la única que tenía nuestra sala, contemplando las gradas de la catedral, que estaba precisamente en el otro extremo frente al hotel.

—¿Qué haces aquí con este frío? ¿No estás bastante remojado todavía?

—Estaba mirando ese atrio y figurándome ver á los Pizarros, Almagros y Maldonados pasear, haciendo sonar sus espuelas y con la mano en el puño de la espada.

—Llévete el diablo con tus idealidades, dije furiosa

Digitized by Google

por su lirismo, cuando yo andaba ocupada en cosas tan prosáicas.

Nos llamaron á comer; y como las sábanas no parecían y por lo tanto no queríamos acostarnos, bajamos al comedor.

Allí estaban nuestros compañeros de tren aguardándonos y gozando ya con la sorpresa que habíamos de recibir al ver el servicio de una mesa larguísima y derrengada.

El mantel era dibujado á la aguada sobre un lienzo muy negro: algunos cuchillos no tenían mango, otros tenían media hoja solamente; las vinagreras estaban tumbadas *de babor*: los tenedores... ostentaba dos dientes el que más; y por último, no nos fué posible encontrar un plato que no estuviese desportillado y sucio.

Los camareros estaban también en carácter; un rebañito de chiquillos muy listos, tan listos como zafios, hijos todos del italiano y de la *chola*, nos oían hablar y reir burlándonos del servicio, pero seguían imperturbables atendiéndonos con diligencia y buena voluntad.

Aquello había que tomarlo á broma.

Terminada la comida echéme de nuevo á buscar á la dueña para ver si lograba las sábanas limpias, pues ya nos era imposible resistir por más tiempo la ropa mojada.

Como todo llega, también llegó la señora de Serafini con algo que me llenó de gozo, porque divisé tela blanca doblada.

—No he podido encontrar más que una, me dijo; pero traigo un mantel, que como está lavado puede servir lo mismo.

Digitized by Google

Olí las piezas para convencerme que estaban del agua y di gracias á Dios por tener algo limpio en que acostarme, aunque fuese un mantel y me costase tan caro.

Este era el mejor hospedaje que en aquel entonces podía ofrecer Puno al viajero; pero á los ochos meses, á mi regreso de Bolivia, se complacía otro fondista, que no era Serafini, en hacerme ver el mismo edificio convertido por él en hotel confortable.

Nos embarcamos al día siguiente á las once de la mañana, pues aunque no debía salir el vapor hasta la marea de media noche y con la luna, no queríamos aguardar en tierra el aguacero. Sin embargo, comenzaron á caer gotas gruesas cuando íbamos para el muelle y por cierto que me alegré mucho de este contratiempo que nos proporcionó un curioso espectáculo.

Tan pronto caía una gota de agua en el suelo, saltaba un diminuto sapo; y como las gotas menudeaban, eran tantos los sapitos que á nuestra vista brincaban alegres, que asegurábamos, y nadie nos apeaba del burro, que en Puno caían sapos de las nubes.

Los últimos pasajeros que llegaron á bordo á las doce de la noche, me explicaron el porqué del alboroto que mi presencia había producido entre los indios y los que no lo eran.

Llevaba yo flequillo recortado sobre la frente, moda que no había hecho su aparición todavía en aquellas alturas y que á mí salida de Chile acababa de ser importada: hasta entonces solamente los frailes habían usada por aquellas tierras tan extraño peinado, y de ahí la admiración y sorpresa con que me miraban, creyéndome un leguito vestido de *niña*.

Digitized by Google

Alguna de mis lectoras supondrá que exagero; pues en mi ánima juro que he dicho la verdad purita.

* * *

Volvamos ahora al cuento del coronel, ya que hemos dado una idea de la ciudad en que los azotes de San Simón fueron aplicados.

Había en Puno, allá por el año 40, un maestro de primeras letras, patriota exaltado que se había batido por la independencia á las órdenes de Bolivar, y que sentía por éste veneración rayana en culto idólatra.

Apenas sabía enseñar otra cosa *ño* Pepito (señor Pepe), que lecciones de buena crianza, para lo cual era muy escrupuloso y puesto en puntos; pero en cuanto á instrucción ¡váigame Dios! y que deficiente era la que podía dar á los chiquillos puneños el antiguo soldado de la patria nueva.

Era un hombre bonísimo; de carácter tan dulce, que los muchachuelos hacían de él mangas y capirotes, mientras no cometían algún atentado contra la cortesía; pues tocante á esto, como un discípulo faltase á la corrección y á la etiqueta, de las cuales era esclavo *ño* Pepe, le sacaba tiras del pellejo, á punta de látigo bien sacudido.

Leía á tropezones; escribía muy mal y no sumaba tres unidades sin equivocarse; más á parte de estas pequeces, resultaba un preceptor excelente, porque hacía del chiquillo más diablo un caballerete con ribetes de moral cristiana, inculcada á fuerza de discursos interminables y laberínticos.

Digitized by Google

Este era el ño Pepito: á cada triquitraque mandaba que cerrasen los libros, y se arracaba con una homilia digna de más formal auditorio, ó con un trozo de historia peruana y aun universal muchas veces, porque en esto sí que no era lego el dómine patriota.

Tenía el hombre asombrosa facilidad de palabra, y cuando estaba de vena porque la inspirase un asunto, hablaba tan bien y tan de corrido, que nadie escuchándole pudiera creer que, leyendo, tartamudease de la pícara manera que lo hacia.

Ninguno de los discípulos de ño Pepito pasaba de los diez años, pues dicho se está que en cuanto tenían edad para ello, los mandaban sus familias á Lima ó Arequipa para que se supiesen algo más de lo que el ex-soldado podía enseñarles.

Como de costumbre, entraron una mañana los chicos en la escuela, alegres y contentos, saludando al maestro con el filial cariño que le profesaban. Pero ¡cuál no sería el asombro de las criaturas, al ver que les contestaba airado, sin mirarles y tan pensativo que cualquiera diría se le acababa de morir el ser más querido que tuviese en la tierra!

Pasó la mañana con alternativas, y tan pronto parecía que dulcificaba el acento, como gritaba desaforadamente por la más mínima cosa.

Los niños, que no estaban acostumbrados á tales excesos, temblaban de miedo sin atreverse á rechistar; pero niños al fin, en cuanto salieron á la calle olvidaron el mal humor del maestro y volvieron á la tarde como si tal cosa.

Entonces no era *ño* Pepito un hombre, era una fiera.

Digitized by Google

—Hoy no se estudia, dijo después de pasar lista para cerciorarse de que no faltaba ninguno y de cerrar herméticamente puertas y ventanas.

Los chicos comenzaron á desasosegarse, y los más entendidos presumían que podía haberse vuelto loco de remate.

Encendió el maestro un velón, y una vez que la estancia quedó con la luz mortecina del grueso pábilo, que daba más humo que llama, gritó con voz estentórea:

—¡Calzones abajo!

Los muchachos no se movieron; digo, sí se movieron, porque se echaron á temblar como si estuvieran azogaditos, pero ninguno llevó la mano á la pretina para obedecer el mandato.

—¿No habéis oído? He dicho que os quitéis los pantalones.

En aquellos momentos estallaba sobre Puno furiosa tempestad, pero más asustaba á los chicos la que se cernía sobre sus caritas posteriores.

—A ver si obedecéis, dijo *no* Pepito, cogiendo un látigo nuevo con muchos ramales de finas correas, que los discípulos no habían visto nunca, porque el que de vez en cuando empuñaba con suavidad, valgan verdades, no era de tanto castigo.

A la vista del feroz instrumento, se apresuraron las criaturas á bajarse los pantaloncitos, y comenzaron á llorar con gana, sin que el maestro hiciera nada por tranquilizarles.

Por el contrario: parecía que sus llantos le regocijaban.

Digitized by Google

No se contentó *ño* Pepito hasta que sacaron las perneras; y como ninguno llevaba calzoncillos, quedaron todos con las camisitas menguadas, que no les cubrían ni el sitio en donde las madres castigan poniendo la palma de la mano.

Cuando estuvieron desnudos, comenzó el maestro, convertido aquel día en verdugo cruel, á latiguear en los angelitos; pero con tal fuerza, que al que cogía por derecho le rajaba la piel; y al cabo de una hora que, fatigado ya, puso término á la salvaje azotina, corría la sangre de las tiernas víctimas, y algunas se veían, faltas de fuerzas, tendiditas en el suelo.

La tormenta seguía furiosa en las nubes, y ahogaba los desesperados gritos de los colegiales.

Ño Pepito había vuelto á sentarse en su antiquísimo sillón de vaqueta, y á tomar la casi fúnebre actitud que tenía por la mañana.

Conforme recobraban las fuerzas, iban los niños vistiéndose y suspirando, y hasta la hora de salir continuaron en aquella triste semiobscuridad sin que el maestro despegase los labios.

Por fin, les dijo:

—Cuidado con que me falte mañana ninguno, y si contáis en casa lo que aquí ha pasado, os prometo que se repetirá la escena. ¡Ay del que lo diga!

¡Qué lo habían de decir! ¡Angelitos! Casi todos se fueron á la cama sin cenar, pretextando no tener gana y negándose á contestar cuando les preguntaban qué les había pasado.

A la mañana siguiente iban para la escuela tiritando de miedo; pero ¡cuán agradable no sería la sorpresa que

Digitized by Google

recibieron al ver que *ño* Pepito les aguardaba con los brazos abiertos y colmándoles de caricias!

—Sentáos, hijos míos, sentáos, les dijo; necesito explicaros el sagrado misterio que encerraba ayer mi conducta: cuando lo sepáis, me daréis la razón, porque en vuestros corazones, aunque muy tiernos, he inculcado la veneración por nuestros héroes; por los que han dado libertad á la patria y han hecho libres nuestros esclavos hogares.

La oratoria, como se ve, tenía casi tanta fuerza de lógica como la azotaina.

—¿Sabéis qué día fué ayer, hijos de mi alma? Ayer, 28 de Octubre, día de San Simón, fué el santo de nuestro libertador, del gran Simón Bolivar. Vosotros, hijos míos, no tenéis suficiente conciencia de su grandeza ni de cuánto le debemos; por eso no podíais celebrarlo dignamente más que de una manera; llorando su muerte.

¿Y cómo habíais de llorarla sin sentirla? ¿Y cómo habíais de sentirla, si no sabéis todavía cuánto hemos perdido con perderle?

¡Acordáos siempre del día de ayer, mis queridos niños; acordáos para celebrarlo con algún sacrificio, que más padeció por nosotros aquel grande hombre; no lo olvidéis: 28 de Octubre!...

¡Y tánto como se acordaron!

Al año siguiente todos hicieron novillos.

1890.

Digitized by Google

LA VIRGEN DE COPACABANA

En la altiplanicie peru-boliviana, asentada entre las dos repúblicas que fueron un día Imperio de los Incas, encuéntrase el famoso lago Titicaca, océano abreviado, desesperación de sabios y tortura de geólogos, para quienes ha sido imposible penetrar el misterio insondable con que natura ha rodeado aquella sorprendente humorada de sus ratos de ocio.

El lago de Titicaca es un inmenso receptáculo, al cual afluyen por estrechos cauces veintitrés ríos y algunos arroyos de escasa importancia.

Rodean la gran cuenca hidrográfica altas ramificaciones de la cordillera andina, que con el lagrimeo cons-

Digitized by Google

tante de sus afiligrinadas crestas, coronadas de nieve, fertilizan las llanuras que circundan al mónstruo.

Vese orgullosamente situado el Titicaca en la meseta del Collado, entre los 15° 30 y los 17° 20 de latitud meridional, y entre los 65° 14 y los 67° 11 de longitud occidental. Sus costas del N. y del O. pertenecen á la república del Perú, y las meridionales y orientales á la de Bolivia.

Tiene tan famoso lago cincuenta y cinco leguas de largo de N. á S., veintiuna de anchura media, ciento cincuenta y seis de circuito y mil doscientas leguas cuadradas de superficie.

Este mar de agua dulce, sujeto á las periódicas oscilaciones del flujo y reflujo, en cuyo seno guarda tormentosos empujes y tempestades imponentes, elévase sobre el Pacífico, á tres mil novecientos quince metros.

Tiene ensenadas ó bahías para arribadas forzosas, cómodas y resguardadas, y pequeñas bocas que dan acceso á otros lagos tributarios ó hijos menores del padre común, entre los cuales pueden citarse por su extensión el Azángaro, el Chucuito y el Vinamarca. Este último, con veintiuna leguas de largo por ocho de anchura media, comunica con el jefe de la familia por el estrecho de Tiquina.

El sondeo practicado en el gran lago, arroja desde diez hasta treinta brazas de calado en el interior y de cuatro á seis en las inmediaciones de la costa, ofreciendo la particularidad de carecer de bajos y de bancos que pudieran dificultar la navegación.

De su anchuroso seno álzanse multitud de islitas, una de las cuales es digna de ser mencionada por el papel

Digitized by Google

que la tradición romancesca y la historia le hacen representar de consuno.

Dícenos la novela de los siglos que la isla llamada Titicaca ó Chucuito fué la primera residencia de Manco-Capac, fundador de la gloriosa dinastía incásica y conquistador á la vez que civilizador del Perú primitivo.

El Hijo del Sol recibía del astro rey sus órdenes en aquella isla, y allí mandó levantar un famoso templo, cuyas ruinas son hoy el asombro de cuantos geólogos ó viajeros curiosos las visitan.

El templo erigido por el astrólatra encerraba, entre sus moles de granito, á las vírgenes llamadas del Sol, porque al sol dedicaban su virginidad y su vida, siendo tenidas como tesoro inmaculado de aquella generación que regía sus destinos por las revelaciones y mandatos de la astromancia.

Dos leguas y media de largo por una escasa de ancho y cinco próximamente de costa forman el terruño fértil, montuoso y mal cultivado, á pesar de su agradable temperatura.

Cuando la civilización cristiana llevó la cruz al mundo que en el espacio contrabalanceaba el nuestro, sin que sospechásemos deber el equilibrio á un balancín oculto, llegaron los españoles á las orillas del Titicaca; y ¡por Dios que debieron asombrarse de que atajase el ímpetu de su carrera aquel brazo de mar, que tan pronto amedrenta con sus furiosas olas, como descansa tranquilo para servir de movible espejo al firmamento azul que en él se mira!

La dinastía de los Incas, tronchada y dispersa por

Digitized by Google

luchas fratricidas, vió derrumbado su poderío y su esclavitud triunfante, bajo las armas de los hombres blancos, que no eran hijos del Sol, porque ni le adoraban, ni respetaban sus templos ni sus imágenes.

¡Para vírgenes de carne y hueso estaban los conquistadores!

La isla del Sol fué destinada á colonia penitenciaria durante la época del coloniaje; y desde que la independencia americana formó en el continente naciones libres, ha quedado triste, solitaria y muda, alumbrada por el astro cuyo nombre lleva hoy, engalanándose únicamente cuando á sus playas atracan las embarcaciones que conducen algún sabio investigador, algún fotógrafo curioso ó algún viajero atraídos por la fama de aquellas ruinas asombrosas.

No es esta la sola isla que brota de las profundidades titicaqueñas; hay otras muchas, entre las cuales merecen recuerdo por su extensión las Carlonge Coata, Taquite y Aimantaro.

Y ya que me he propuesto dar una idea geográfica del lago Titicaca, diré que no ha podido encontrársele comunicación indirecta ni directa con el mar, ni menos al lago de Ullagas, situado en territorio boliviano, y con el cual comunica el padre eterno de los de su clase por medio de un canal llamado desaguadero, cuya anchura varía entre ciento veinte metros y legua y media, en sesenta leguas próximamente de curso.

Pues si el Titicaca no tiene comunicación con el mar, ni la tiene el Ullagas, ni menos el larguísimo cordón umbilical que los une, ¿dónde se ocultan las aguas que refluyen después de las salidas naturales y periódicas,

Digitized by Google

sujetas como las del mar á la marea viva de novilunios y plenilunios?

Yo no he de contestarme; bien segura estoy de ello; y como no me ha convencido aquello de la evaporación por un lado y las vertientes andinas por otro, porque ni estas señoras gastan reloj ni son lunáticas, sigo esperando á que un genio superior á Humboldt y á Falb y á tantos otros que se han vuelto tarumbas por descubrir el misterio, vengan á sacarnos de una duda geológica, tan bella como impenetrable.

¡Si tendré yo razón al decir que el lago de Titicaca con sus islas, sus golfos, sus ensenadas, sus ancones, sus pescados sabrosísimos, sus calmas, sus tempestades y sus mareas, ha sido una humorada de la naturaleza para abatir el orgullo del hombre, que se precia de averiguarlo todo!

Para que resulte más incomprensible y más grandiosa la majestad del piélago anchuroso, las consejas indígenas hánle prestado su concurso fantástico, y como artículo de fe juran los indios que cuando sus antepasados vieron los tesoros que poseían expuestos á la rapacidad de los conquistadores, arrojaron al lago riquezas fabulosas, entre ellas la famosa cadena del Inca Huascar, construida en el reinado de Huaina-Capac, la cual cadena tenía doscientas treinta y tres varas de largo con un grueso enorme correspondiente á la dimensión, y con la que pudieran cercarse muy holgadamente seis mil personas.

Si habrán salido argonautas tras semejante vellocino, excusa preguntarse; pero lo cierto y verdad es que ni un eslabón pudieron hasta el día pescar los muchos ma-

Digitized by Google

reantes que han echado las redes de la codicia para buscar los tesoros de Huascar.

Sobre las aguas del Titicaca, en las orillas, vense grandes manchas de *totora* (enea), con la cual construyen los indios las canoas de que se sirven para el transporte de frutos y ganados.

* * *

Eran las once de la mañana de un día de Enero, época de torrenciales lluvias en aquellas regiones.

El vaporcito *Yapurá*, que habia de conducirnos á Bolivia, quedábase fondeado bastante lejos del muelle de Puno; pues debiendo salir con la luna, no podía zarpar hasta las dos de la madrugada.

La mañana estaba deliciosa, y á no ser porque los rayos del sol, cayendo perpendiculares, nos producian ese vivo escozor que precede á los grandes jaleos atmosféricos, hubiéramos asegurado que nos engañaban embarcándonos al mediodía para librarnos del horroroso chaparrón que indudablemente se estaba formando en las alturas, con las absorciones del Titicaca.

Atracadita al muelle descansaba una balandra, sobre cuya cubierta veía yo moverse algo que de lejos no podía distinguir.

Pronto llegaron á mis oídos lamentos y gritos penetrantes, impregnados de melancolía, de sentimiento, de penas hondas, al parecer, y profundísimas.

Acerquéme impresionada al costado de la [embarca-

Digitized by Google

ción, y se presentó á mis ojos un cuadro tan original como curioso.

Algunos indios de ambos sexos cantaban y se abrazaban llorando á lágrima viva, como si se tratase del funeral de un emperador incásico. Las mujeres se mesaban los cabellos desesperadamente, sin dejar por esto de articular frases en idioma gutural, ni de rimar tonadas con música monótona, aunque impresionable por lo cadenciosa y extraña.

—¿Pero qué tienen estos infelices?, pregunté.

Las personas que nos acampañaban se echaron á reir con ganas.

—Nada, me dijeron: tienen la borrachera número uno, y están contándose sus quejas, sus amores, sus celos y sus esperanzas.

—¿Y por qué lloran?

—Porque en el indio las consecuencias del alcohol y de la chicha, son las lágrimas y el amor.

Había entre ellos una pareja interesante: ella era casi una niña, tendría quince años á lo sumo y parecía una manzana del paraíso, de piel achocolatada con chapas de encarnado lacre después de haberlas sometido á las llamas poniéndolas á un rojo subido.

Miraba de soslayo á su compañero y apenas contestaba á los gritos de doloroso entusiasmo que brotaban del pecho enamorado del indio. Lloraba éste, se desgañitaba, limpiábase a veces con el dorso de la mano y echaba atras la cabeza sobre la falda de la india.

Tocóle cantar al galán, y lo hizo con voz tan conmovedora, con inflexiones tan tiernas, que rogué me tradujesen lo que había cantado.

Digitized by Google

«Dime si me amas: no me dejes morir: dímelo en esta hermosa noche de luna. «¡Ay, cunan tutita llay!» (¡Ay, qué hermosa noche de luna! No seas ingrata, palomita, y acaríciame con tus alas.»

Así decía el indio soltando lagrimones como nueces.

La dama de sus pensamientos rompió también á llorar á gritos, demostrando el mayor desconsuelo.

—¡Se ablandó, se ablandó! ¡Le corresponde! dijeron nuestros acompañantes, al propio tiempo que la indiecilla cogío la botella de manos del amante, la llevaba á los labios y bebía como si no fuera alcohol su contenido.

—¡Vamos, vamos! dejemos á esos borrachines: la *tempesta é vicina*, me dijeron.

—¡Pero si esto es muy curioso!

—Ya se cansará usted de presenciar escenas semejantes.

Saltamos en el bote que nos aguardaba y nos dirigimos al vapor que no veíamos porque nos lo impedían las totoras. Como la cantidad de éstas fuese tanta que nos obstruyese el paso, pregunté por dónde romperíamos.

—Ahora lo verá usted.

Y con efecto, lo vi: ya lo creo que lo vi.

La proa del bote acababa de entrar en un túnel de enea admirablemente perforado, aunque tan angosto que apenas podía el botero manejar los remos.

Tardamos unos veinte minutos en recorrer la obscuridad del canal, iluminado á ratos por las raluras de la totora, y llegamos al costado del ***Yapurá***, un vaporcito pequeño que no carecía de comodidades ni de esbeltez.

Digitized by Google

Subimos la escala y saltamos sobre cubierta sin que nadie se acercase á recibirnos. Hombres que debían ser de la tripulación izaban la carga y trabajaban como negros, sudando el quilo. Entre ellos distinguíase uno por sus voces de mando y sus grandes botas de montar.—¡Será un contramaestre! dije para mis adentros.

Mi sorpresa llegó al colmo cuando supe que era el capitán. ¡El capitán! ¡Qué desencanto! ¡Yo que estaba acostumbrada á los capitanes *gentlemén*, encontrarme con aquel patrón de gabarra!

Me consolé pronto y me puse á nivel de las circunstancias.

—¡Capitán!, le dije.

—Mande usted, contestó sin dignarse mirarme.

—Yo quiero un camarote.

—¡Camarotes! ¡Dios diera!

—Usted es gallego.

—Para servir á Dios.

—Y á mí, *home*, y á mí, porque somos paisanos.

—¿Es usted gallega?, preguntó con gran interés dejando el trabajo; cosa inusitada en el capitán del *Yapurá*.

—*Soilo cuasimente*; de la raya de Galicia, *home*, por la parte de Asturias...

El capitán López, que así se llamaba, clavó en mí sus ojos, y me pareció verlos empañados por un velo de humedad. Dejó el trabajo y bajó con nosotros á la cámara: aquel no era López para los que le conocían; no era el hombre terco, inflexible y dueño de su voluntad, que surcaba el Titicaca hacía veinte años, que había sido el primero en recorrerlo con lancha y con va-

Digitized by Google

por, que lo conocía más que de muchacho había conocido los caminos de su aldea y que jamás lo abandonaba ni para dar un paseo en tierra.

—¡Vaya, vaya, gallega! porque gallegos y asturianos, ya sabe usted, primos hermanos. Pues es usted la primera que cruza el lago; no ha pasado por él ninguna desde que yo estoy aquí. Española... alguna... sí,... no me acuerdo bien;... pero gallega, ninguna; estoy seguro. Vamos, siéntese, siéntese.

—¿Me dijo usted que no había camarote, paisano?

Esto de paisano le supo á gloria.

—No había, pero hay el mío para usted. Es decir, camarotes hay, lo que faltan son literas.

—¿Pues qué se han hecho?

—Las he quemado.

—¿Cómo?

—Por salvar la vida de un hombre.

—Cuénteme usted eso.

—¡Qué curiosa la paisanita! ¡Vaya, vaya!

A López se le caía la baba.

Los presentes me llamaban domadora de lobos marinos.

—Vamos, paisano, que me muero de curiosidad.

—¡Ja, ja, ja!

Aquello era demasiado; el capitán López se reía. ¡Oh recuerdos de la patria en tierra extraña! ¡Qué milagros operáis aun sobre la más ruda corteza!

—¿Me lo cuenta usted?

—Pues el doctor Corral, dijo López, hizo en Bolivia la revolución al general Daza; salió derrotado, huyó y se me presentó á bordo. Le perseguían, y yo dije: lo que

Digitized by Google

es á López no se lo sacáis de entre las manos, y salí escapado; pero tanto forcé la máquina, que me quedé sin combustible.

—¿Sin carbón?

—¡Si, carbón! Sin taquia.

—¿Y qué es taquia?

—El combustible que aqui se usa; la bosta de esos animalitos que se llaman Llamas.

—¿Y eso arde?

—¿Qué si arde? Ya verá usted cómo corremos. Pues nada, que nos cogían en aguas bolivianas, y don Casimiro Corral tenía asegurados cuatro tiros. Pero dije yo: lo que es á mi no me pesca ningún general Daza, y hachazo por aqui, patada por allá, fui desmantelando el vapor para alimentar la máquina. (Histórico.)

—¡Bravo, paisano, es usted digno de ser gallego!

—¡Ja, ja, ja!

Con verdadero cariño nos instaló López lo mejor que pudo; también dió al chino cocinero órdenes especiales, y á la hora de la comida se nos presentó limpio y vestido con relativa elegancia. Aquello pasaba de la raya para todo el mundo.

Yo no le dejaba un pie; le seguía por la cubierta cuando daba órdenes, y me lo explicaba todo como el padre que desea instruir á una hija.

Me dijo que la brújula era cosa de brujerías; que él cruzaba y circunnavegaba el lago todos los días sin el menor tropiezo, sin más que su práctica, y que lo mismo le daban á él mareas altas que mareas bajas.

Salimos, con efecto, á la una de la madrugada, cuando se dejó ver el astro de la noche, y al día siguiente en-

Digitized by Google

contramos más de cien canoas de indios, que con músicas, santos y pendones cruzaban de una á otra orilla para celebrar no sé qué fiesta.

El capitán detuvo el vapor para que yo viese desfilar las canoas; suponía que los espectáculos desconocidos habían de agradarme.

A las cinco de la tarde desembarcamos en Chililaya (Bolivia) y López me dijo: «Hasta la vuelta».

A los siete meses volví á embarcarme en Chililaya, y también me tocó el vapor «Yapurá», cosa que yo agradecí á la Providencia.

Mis amigas de la Paz me habían recomendado muchísimo que visitase la Virgen de Copacabana si me era posible. Es esta imagen para las bolivianas, como la del Pilar para las aragonesas, la de Begoña para las bilbainas, la de Covadonga para las asturianas y la Paloma para las netas madrileñas.

—Paisano, dije cuando eché la vista encima al capitán López, tengo que pedirle un favor.

—Vamos á ver, contestó riendo.

—Que toquemos en Copacabana.

—No puede ser, replicó, poniéndose serio y volviéndome la espalda.

Cualquier dia me achicaba yo por este exabrupto; le perseguí toda la tarde, le perseguí toda la noche; ni por esas; á las diez me dijo con enojo:

—Acuéstese usted.

—Hasta que no me diga que si, no me acuesto.

—Pues buenas noches, y se metió en su camarote, dejándome á la luna de Valencia.

Perdí la esperanza y me acosté resignada.

Digitized by Google

Apenas rayaba el dia cuando golpearon con furia á la puerta de mi cuarto.

—¿Quién?

—¡Arriba! Estamos en Copacabana, y si á las ocho no regresamos á bordo me marcho.

Me vestí por el aire; nos vestimos todos; entretanto ya López había anunciado nuestra visita para que nos recibiesen en el santuario con los honores debidos.

Cuando arreglada ya subí á cubierta, quedé sorprendida y admirada. ¿Dónde estábamos? A bordo indudablemente, pero no se veia el lago, habíamos fondeado en un bosque de *totoras* y teníamos delante el magnífico santuario con sus infinitos picachos de un orden raro, con mucho de mezquita y no poco de catedral, pero extraño, especialísimo y en consonancia con las montañas que le circundan.

Copacabana quiere decir en aymará *piedra de donde se ve*, y nada más cierto; la vista se extiende allí por el famoso lago, dominando un bellísimo panorama.

Entrando en el pueblo por las vías terrestres, se bajan desfiladeros tortuosos, continuamente atestados de romeros, que así del Perú como de Bolivia acuden á la milagrosa imagen, depositaria de todos los secretos y consejera de todas las acciones.

Donde hoy se alza gallardo el edificio, cuya iglesia en forma de cruz mide setenta y cinco varas de largo, hubo en tiempo de los Incas un templo de vírgenes del Sol, y allí se recluía forzosamente á muchas jóvenes pertenecientes á la nobleza y á las altas dignidades del imperio.

La imagen de la Candelaria, que es la de Copacaba-

Digitized by Google

na, fué tallada en Maguey por un indio, Francisco Titu-Yupanqui, y gracias á una pasta con que el escultor la cubriera, aparenta ser de caoba ó de otra madera fina.

Subimos al camarín; recinto no muy grande que comunica con una sacristía, lleno de joyas, lámparas y variados exvotos.

Al entrar en la sagrada estancia rompieron á chillar una docena de voces agudas y estridentes que rajaban los tímpanos, acompañadas por un indio que á fuerza de dar patadas á un armónium, hacíale sonar cuando el aire no escapaba resoplando por las mil aberturas que debian tener los fuelles.

—¡Misericordia!, dije. ¿Qué es esto?

—La bienvenida, contestó el capitán, que había llevado su bondad hasta servirnos de guia.

Fueron poco á poco acostumbrándose mis oidos y la música no me pareció tan ingrata: llenaba de inefables dulzuras todo mi ser, y escuché, escuché con atención hasta embeberme circundada por una aureola de misticismo que me transportaba al empíreo. ¿Qué dirian aquellas voces? Vocalizaban, y vocalizaban perfectamente, pero yo no las entendía; cantaban en aymará... ¡Cuánto hubiera dado por ser india de esta raza en aquellos momentos!

De exaltación en exaltación, llegué á creer que la Virgen me miraba, que me sonreía, adivinando lo que mi alma estaba sintiendo. Pero yo no acertaba á contemplarla, no podía. ¡Qué cosa tan rara!

Levanté los ojos decidida á estudiar su rostro, y lo encontré bellísimo, correcto, de facciones incásicas, de color tostado, y tan expresivos y tan parleros sus ojos,

Digitized by Google

que cerré los mios, reconcentrando el pensamiento para no volverme loca. A mi alrededor había unas indias que lloraban, lloraban á moco tendido, elevando suplicantes sus manos hacia la Virgen y prodigándola frases tiernísimas; también rompí á llorar; me ahogaban los gemidos, y sufrí una congoja, cayendo desvanecida.

Recobré pronto las fuerzas y no quise salirme: deseaba oir la misa que á devoción nuestra iba á celebrar un canónigo amigo que allí encontráramos.

Pero apenas apareció el sacerdote revestido comenzaron las indias cantoras á entonar la misa, acompañadas á trompetazo limpio por el músico, que abandonó el armónium para coger un fagot abollado y lleno de cardenillo.

El susto que llevé fué mayúsculo al sonar el primer fagotazo: ni pude prestar atención al celebrante ni me fué posible levantar de nuevo los ojos hacia la imagen; aquello era terrible: los tenía á mi derecha pegaditos al oído, y tan pronto me exaltaban los nervios como me daban unas tentaciones furiosas de reir á carcajadas.

El canónigo, que era hombre ilustrado y amante de la música, debió tener compasión de nosotros, porque despachó la misa en un periquete; mas apenas desapareció por la puerta de la sacristía, comenzaron de nuevo el llanto y las súplicas de las indias contando sus cuitas á la reina del cielo, y comenzaron también las cantoras á despedirnos con música triste y cadenciosa como la primera.

Otra vez se me oprimió el corazón y clavé los ojos en la Candelaria. Como antes, me miraba tierna y dulcemente, sonriéndome con promesas halagadoras.

Digitized by Google

Surcaron mis mejillas las lágrimas y no pude dejar de suspirar hasta no encontrarme en la calle.

Mis amigas de la Paz me habían dicho que á la Virgen de Copacabana no se la podía mirar con los párpados enjutos; y ya iba yo creyendo que tenían razón.

Vi las joyas que constituyen el tesoro de la indiecita, y quedé asombrada; pero subió de punto mi asombro cuando me dijeron que habían sido sus riquezas tan fabulosas, que el general Sucre había mandado fundir y acuñar la plata y el oro el año de 1826, vendiendo al propio tiempo las joyas, que sirvieron para sacar á la patria de grandes apuros.

Cuentan á propósito de esto que un general inglés, al servicio de Bolivia á la sazón, compró en ocho mil pesos un collar de perlas para regalarlo á su prometida, y que sólo una vez pudo esta lucirlo por habérsele inflamado la garganta, de cuyas resultas bajó al sepulcro.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo dia llegamos á Puno. Era la época de los hielos.

El sol se ocultaba tras los elevadísimos cerros que cercan la población: ninguno de nosotros respirábamos; la marea estaba baja, y á pesar de esto quería el capitán atracar al muelle.

¿Cómo?

Entrábamos por un canal estrechísimo, cuyo fondo era suficiente para la quilla del «Yapurá», pero apenas en sus angosturas cabía ésta.

El más pequeño desvío nos hubiera hecho embarrancar en el fango negro y espeso que divisábamos bajo un palmo de agua.

El capitán manejaba el timón con la vista clavada en

Digitized by Google

los cerros; eran su brújula para entrar en Puno por aquel canalillo, y desafío al mejor marino del mundo á manejar una lancha en tales circunstancias.

Los pasajeros nos agolpábamos á las bordas. La proa estaba descubierta: el capitán miraba al bauprés y miraba los cerros, no veía nada más.

Nos acercábamos al muelle: unas brazas antes de llegar soltó el timón; habíamos atracado sin el menor tropiezo.

¡Y no fueron aplausos los que ganó el gallego!

—¿No le dije á usted que llegaríamos de día y que con marea ó sin marea saltaría desde el vapor al muelle?, me dijo reventando de orgullo.

—Sí, señor; y ahora me explico que para usted sean las brújulas cosa de brujería.

Nos despedimos.

—¿Ha prometido usted á la Virgen volver á Copacabana?, me preguntó con interés.

—No, paisano.

—¡Viaje perdido!... ¡Y yo que la llevé á usted confiando en que se lo prometiese!

—Vaya, continuó soriendo después de una pequeña pausa, hasta la eternidad ¿eh?; porque ni usted volverá por aquí, ni yo saldré jamás del lago Titicaca.

Le dije adiós con lágrimas en los ojos. Y la verdad es que le estaba engañando, porque yo había ofrecido volver á visitar á la indiecita de la Candelaria.

1891.

Digitized by Google

Digitized by Google

UTSPA LLACTA

(TIERRA DE CENIZAS)

AREQUIPA, la ciudad de los terremotos célebres, la hija del jigantesco Misti, cuyo apagado cráter se eleva á los seis mil ciento noventa metros sobre el grande Océano, es una de las más sanas y bellas de la república peruana.

Asiéntase al pie del volcán famoso a los 73° 31' de longitud O y 16° 30' de latitud S., y sepárala del mar un desierto de arena, de cien kilómetros de extensión.

Desde hace algunos años tiene una tan atrevida como sorprendente vía carrilera que la une con el puertecito de Mollendo, y nadie en la vida y movimiento de la nueva ciudad podría encontrar restos de aquella fundada

Digitized by Google

por Pizarro y destruida diez veces por horribles traumatismos de la tierra.

Son sus casas abovedadas para mayor consistencia y recuerdan las construcciones ciclópeas de los corintios; sus alrededores bellísimos y su comercio, rico en quinina, lana, metales, tejidos de oro y plata, etcétera, hacen de esa población la primera después de Lima y Callao.

Es además paso obligado para el departamento de Puno, con el cual la une el ferrocarril, así como la región fronteriza de Bolivia. Tiene importancia militar, política y comercial, y tiene sobre todo unas mujeres que quitan el sentido á cualquier cristiano bien bautizado, cuanto más á gringos de todas castas, vale decir sajones y teutones, que pierden la chabeta en cuanto por los arcos de la plaza divisan una de aquellas criaturas llenas de sandunga y gracia criolla. Son las arequipeñas de tipo muy parecido á las limeñas, y diferéncianse únicamente en que á éstas pudiéramos llamarlas más breves, si pasa la expresión. Sin que ninguna de las dos (hablo del tipo genuinamente peruano) sean delgadas, es más carnosita la arequiqeña; pero aquellos ojos, aquellos andares, aquella boca chiquitita de labios rojos; aquel cutis trigueño claro con sombritas vellosas y sobre todo aquellos diminutos pedestales que cabrían en las babuchas de una mandarina confuciana y que parecen quebrarse con el cimbreo de la hermosa estatua, son tan apetecibles y tan enloquecedores como el de la más perfecta hija del Rimac.

Pues si así son las de elevada clase, no son menos hermosas las cholitas. Este tipo medio entre el indio y el blanco, es seductor en demasía, y como por regla ge-

Digitized by Google

neral no está en la sangre chola ser modelo de castidad, ni se cuentan muchos castillos irreductibles, de ahí que sean los hombres unos diablos mal comparados, y que casados, solteros y viudos anden siempre de jaraneo por donde puedan tropezar con cholitas sandungueras.

Y no se crea que son los hijos del país los peores en semejantes campañas: tan lejos de eso; danles quince y raya los europeos, que se divierten bailando cachuas y mozamala, amén de otros bailecitos de la tierra que vuelven agua la *sesamienta* de hamburgueses y londinenses, dando al traste con la poca formalidad de los españoles y soliviantando más, si cabe, á los cascabeleros franchutes.

Llegó de Europa el *niño* Julio, primogénito de una aristocrática familia arequipeña: era un señor abogado, formal, tan formal como podía convenir á los rancios pergaminos que cuidadosamente guardaba el señor Lezcano, su padre, en primorosa caja de plata.

Había estudiado con formalidad, cosa rara en americano rico que se ve en París dueño de su voluntad y con muchos miles de pesos asignados anualmente.

El nombre de su familia, su posición, su talento y sobre todo su hermosa figura, unida á la distinción y galantería innatas en el peruano habíanle abierto muchos salones y franqueado gran número de ventanas y puertas de escape, con todo el misterio y poesía necesarios para enloquecer á las que se morían por sus encantos sin lograr interesarle el costado izquierdo.

Llegó, pues, á Arequipa, incólume de pasiones y hastiado de placeres, cosa que no se podía escapar á la penetración de sus padres, que conocían las seduccio-

Digitized by Google

nes que rodean en los grandes centros á todo joven rico y de bellas prendas personales.

¡Qué de fiestas y banquetes se sucedieron en el palacio de los Lezcano para celebrar la llegada de Julio! ¡Cuántas hermosas mujeres cruzaron por los salones severa y ricamente alhajados!

El joven letrado no volvía de su asombro: había creído que sólo en París pudieran encontrarse mujeres hermosas. ¡En valiente obscuridad había vivído!

***

¡Hermosísimas eran las que le rodeaban la noche que sus padres daban un baile de etiqueta para que las conociese!

Estaba trastornado. Oleadas de tul y gasa envolviendo criaturas divinas, de cabello negro, ojazos rasgados, brillantes y fosforescentes; cinturas redondas y hombros anchos como las caderas, con seno levantado y turgente, pasaban por su lado, cegándole y estremeciéndole el sentido.

Todas le miraban; era el blanco de cien disparos oblicuos y tímidos y de otros cien rectos, francos y atrevidillos: tenía Julio muchos atractivos; era una proporción excelente; joven, buen mozo, rico y formal. ¡Vaya si era buen partido!

El ojeo de las mamás no iba en zaga al de las hijas coquetas.

Julio bailó con todas; repartió por igual sus galante-

Digitized by Google

rias y no pudo singularizarse con ninguna: eran tan hermosas que no se las podía ofender con preferencias.

Sin embargo, una, una sobre todas, era terriblemente bella: miraba con descaro, subyugaba con burlona sonrisa y despreciaba con un fruncimiento de labios y cejas que pinchaba el amor propio. Sabía que era hermosa y estaba cansada de ver rendidos á sus piés á tantos hombres como le habían declarado su amor, que eran cuantos la conocían: se llamaba Juana Rosa y pertenecía también á una familia noble, aunque no tan adinerada como la de Lezcano.

Nadie sabía si alguna vez sintiera latir su corazón á impulsos del amor: se la tenía por fría, por muy fría: tal vez lo era porque aquella mujer que parecía de fuego bajo, cuya piel un poco tostada debiera circular lava en vez de sangre, no había tenido novio y había desdeñado á sus pretendientes: contaba veintidós años y representaba más; parecía una mujer en el apogeo de las pasiones: cualquiera por su aplomo, por la seriedad de su continente altivo y por la firmeza con que sostenía las miradas podía calcularle treinta veranos y por viuda la tuviera el que no la conociese. Nadie la juzgaba soltera á primera vista.

—No has bailado todavía con Juana Rosa Güaquí, hijo mío, dijo la señora de Lezcano á su hijo Julio.

—Nadie me la ha presentado, mamá.

—Tienes razón. Ha llegado esta tarde de su hacienda de Utspa Llacta y no he caído en que no la conocías: voy á presentártela y te advierto que tu padre y yo veríamos con gusto que la encontrases muy bella.

La señora de Lezcano subrayó las últimas palabras

Digitized by Google

para dar á entender á su hijo qne casi era cosa convenida su matrimonio con Juana Rosa.

No hizo á Julio muy buen efecto lo que tenía carácter de imposición: ofreció el brazo á su madre, sin embargo, y se encaminó hacia la joven, que coqueteaba discretamente con tres ó cuatro caballeros: reñíanla éstos cariñosamente por su manía de pasar en Utspa-Llacta la mitad del tiempo, privándoles de su presencia en Arequipa, y defendíase ella con habilidad, asegurándoles que le gustaba extraordinariamente la vida en aquella hacienda.

La señora de Lezcano y su hijo interrumpieron la conversación.

—Juana Rosa, dispensa, hija, dijo la madre de Julio, no había caído en la cuenta de que no conocías á mi hijito, hasta que me lo ha recordado él. Me parece que entre vosotros huelga la presentación: no os vengáis ahora con ustedes ni con cumplidos ¿eh? Cuando tú eras una muñequita divina y él un caballerito de catorce años, le saltabas encima con mucha franqueza y Julio te solía dar algunas azotainas suavecitas: con que...

—¡Jesús, mamita, no querrá usted que Julio me trate de igual manera!

—Eres el diablo, muchacha, replicó la señora de Lezcano, dando á Juana Rosa unas palmaditas en sus redondos hombros.

Todos rieron de la lisura de la joven, y ésta, tendiendo á Julio la mano, le dijo:

—Vamos, Julio, será necesario complacer á mamita, aunque no en todo; ya peso mucho para saltar sobre tus rodillas.

Digitized by Google

—Pero no para dejarte llevar en este vals.

—Desde luego: el vals es mi danza favorita.

Juan Rosa tomó el brazo que le ofrecía Julio al propio tiempo que la madre de éste se colgaba del de un general muy buen mozo que se encontraba entre los adoradores de Juan Rosa.

—Hacen bonita pareja, ¿verdad, general?

—Sí por cierto.

—Parece que lo dice usted con envidieja.

—No tanto, no tanto, *mi* señora.

Julio valsaba muy bien y Juana Rosa había dicho que era el vals su danza favorita: sin embargo, ninguno de los dos hacía proezas aquella noche; puede asegurarse que perdían el compás frecuentemente á pesar de no hablarse ni dirigirse la palabra.

Julio sentía desasosiego estrechando la cintura de aquella mujer que se le abandonaba con indolencia, y Juana Rosa procuraba interesar al indiferente parisiense que no daba señales de rendirse á sus encantos.

Cesó la música. y la señorita de Guaqui continuó paseando con su pareja: ninguno de los dos hablaba. Rompió ella por fin el silencio.

—¿No te ha hecho gracia que tengan que presentarnos para que nos hablemos?

—Realmente; pero como desde mi regreso de Europa no te había visto...

—¿Ni te has acordado de mí tampoco?

—Estos días han hablado de tí mis padres con frecuencia.

—¡Si no, no me hubieras recordado!

—No te sorprenda...

Digitized by Google

—No, si no me sorprende; yo sí recuerdo que me hacías rabiar diciéndome que tenia que casarme contigo.

Julio sonrió violentamente. Juana Rosa era hermosísima, pero sabía tanto como la más redomada europea.

—¿Conque te gusta la vida del campo?

—Mucho.

—¿De modo que vives en Utspa Llacta?

—La mayor parte del año. He venido esta tarde porque tu madre y la mía se han empeñado.

—¿Y dónde está tu madre?

—Mamá no puede salir apenas de casa: ha quedado en la hacienda.

—¿Y cuándo te vuelves?

—Esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. ¿De qué te asombras? ¿No recuerdas ya que las serranas montamos á caballo igualmente de noche que de día?

—Sí, lo recuerdo; pero... ¿quién te acompaña?

Juana Rosa contestó doblándose como si la hubieran pisado la cola y volviendo la cabeza á la derecha:

—El mayordomo.

—¿Es de confianza?

—Ha nacido en casa.

—Entonces le conozco yo.

—Sí, contestó la de Guaqui, haciéndose la distraída.

—¿Quién es?

—¿Te acuerdas de aquel indio, hijo de otro, que fué asistente de papá y á quien éste hizo educar como si fuese de la familia?

Digitized by Google

—¡Ya lo creo que me acuerdo! y recuerdo también que le llamábamos Tristura por su carácter melancólico. Era un muchacho de talento.

—¿Siguió estudiando? preguntó Julio con interés y muy contento de haber encontrado conversación que les desviase de la primitiva.

—Sí, estaba á punto de terminar la carrera de leyes en Lima, cuando tomó parte en una revolución y tuvo que escapar. Vino para casa, y papá se puso furioso por tal calaverada; pero en fin, como le quería tanto y á papá le gustaban los arranques bélicos, aunque le contrariasen, tuvo á bien perdonarle. Por este tiempo murió el pobrecito y dejó encargado á Joaquín de administrar las haciendas. Ya ves, no podíamos encontrar un administrador que más se interesase por nuestras mermadas rentas.

—Ciertamente. ¡Vaya con Tristura! Le volveré á ver con mucho gusto; somos de la misma edad. ¡Será un caballero!...

—Un caballero indio.

—Indio sí, pero prometía ser buen mozo.

—Un buen mozo indio, ya te digo.

—¿Pero es posible que todavía tengais esas vejeces arraigadas? Veo que los europeos con ser autócratas viejos, adelantan más que vosotros los que blasonáis de demócratas jóvenes.

—Yo no blasono de eso, cholito (frase de confianza y cariño); estoy en punto á orgullo como estaban mis bisabuelas. ¡Qué tiranuela! ¿Verdad? dijo Juana Rosa apoyándose con más indolencia en el brazo de Julio. ¿Quie-

Digitized by Google

res que salgamos un rato al jardín? ¡Jesús, hace aquí un calor!...'

—Vamos adonde quieras.

* * *

A las cuatro de la mañana salía Juana Rosa del baile acompañada del señor Lezcano, que la dejó en la puerta de su casa. Entró precipitadamente en el tocador, seguida de la doncella india que la estaba esperando.

—Anda, Chucha, ayúdame pronto y dame el traje de montar; no tardará en venir Joaquín á buscarme.

—Joaquín ha venido, *niña*.

—¿Ya? ¿Y dónde está?

—En la biblioteca.

—¿Está listo mi caballo?

—Hace una hora.

—¿Qué ha dicho Joaquín?

—Está triste.

—¿Por qué?

—Recela del *niño* Julio.

—Me lo temía.

—¿Te ha parecido bien, niñita?

—Sí, es muy guapo... pero es un *sosaina*.

¿Querrás creer, Chucha, que no me ha llamado linda una sola vez, y eso que hemos estado solos en el jardín?

—Tiene razón la niña; de veras que es soso y cándido!

—Si se descuida se lo llamo en su cara.

Digitized by Google

—Niñita, ¡por Dios!, ten mucho cuidado. Juaquín es celoso como no hay otro, y si llega á saber algo es capaz de prender fuego á Utspa-Llacta.

—Mira, con eso justificaría su nombre la hacienda: *Lugar ó tierra de cenizas.*

—No te rías, niña, y ten cuidado.

—Que tenga cuidado? Pues algún día ha de saber que mi madre y los padres de Julio piensan casarnos.

—¡Jesús! Se vuelve loco el pobre Joaquín.

—¿Y qué le haré yo? Lo siento, porque la verdad es que le quiero; pero ya comprenderás que no puedo casarme con él. ¡Jesús, Dios nos libre! ¿Qué diría la gente? Julio es riquísimo, ya lo sabes, el más rico de Arequipa. Iremos á Europa.

—Ten cuidado, niñita; no sé por qué me dice el corazón que vas á ser muy desgraciada.

—No lo creas; muy feliz. ¡Ea!, dame una bufanda de vicuña y avisa á Joaquín. Vete temprano á Utspa Llacta, después que recojas todo con mucho cuidado, ¿eh? Que no se te olviden las llaves de los armarios. Te necesito allí antes de las doce; por la tarde irá Julio con unos amigos. Adiós, Chuchita, pide á Dios por los corazones de simples que he desgarrado esta noche en el baile.

No sabes cuántas necedades me han dicho; hay quien quiere suicidarse porque no le amo. !Ja!, ¡ja! ¡Qué graciosísimos!

Recogióse la joven el *ropón*, envolvióse en la bufanda, y se disponía á salir cuando llamaron á la puerta: se estremeció.

—Es Joaquín, dijo. ¡Adelante! Baja, Chucha, y que

Digitized by Google

saquen los caballos al patio; no subas hasta que bajemos nosotros.

La india obedeció sin rechistar.

—¿De qué te reías cuando he llegado?, preguntó el que acababa de entrar.

—De los tontos que me han fastidiado en el baile.

—¿De todos?

—De todos.

—¿No me engañas?

—No te engaño. Te aseguro que no había ninguno que pudiera tenerte el estribo.

No le faltaba razón á Juana Rosa. El indio Joaquín ó *Tristura*, como le había llamado Julio, era un buen mozo de veras; alto, elegante, airoso con su pintoresco traje de montar y su sombrero de anchas alas que se había quitado al entrar en el tocador de la señorita de Guaqui; era el verdadero tipo de la belleza varonil, sin afeminamientos ni endebleces.

Contaría veintiocho años, pero representaba menos á causa del poco vello de su rostro quichua y de su bigotillo menguado, aunque perfilado y correcto. Más que por la hermosura cautivaba por la expresión de su fisonomía franca y abierta, sin que en ella quedase un asomo de la melancolía que en otro tiempo diera motivo á su fúnebre apodo.

Brillaba el talento en aquella mirada penetrante y escudriñadora, la dulzura en la serenidad de su frente sin pliegues y el respeto amoroso en sus correctos modales, que respiraban toda la elegancia y distinción del hombre culto y apasionado.

—Rosa mía, ¿has recordado entre aquellas nubes de

Digitized by Google

incienso al pobre cholo que te miraba con los ojos del alma?

—¡Pues no había de recordarte! ¡No te digo que ninguno de los que me rodeaban servía para tenerte el estribo! Marchémonos cuanto antes.

—¡Rosa!

—¿Qué? ¡Tonto! dijo la joven echándole los brazos al cuello y juntando su cara con la de él.

—Mira que bonito grupo, añadió fijándose en la luna del armario: siento que no hayas venido antes para ver el efecto de tu poncho con mi traje de baile; ¡qué bonito! ¿No? Seguramente que te hubiera inspirado una de tus mejores poesías. Pero no me quedo sin ella. Te prometo llamarte para que abrazados nos contemplemos en el espejo cuando vuelva á vestirme de baile. ¿Quieres?

—¡Hermosa! ¡Idolo de mi alma! He sufrido mucho esta noche, ¿sabes? mucho. Creí que me olvidabas. Si alguna vez lo piensas, mátame primero y que yo no lo sepa.

—¡Ay, cholito, cuánto disparate! Vámonos, vamos; tengo deseos de galopar. Y dió unas cuantos besos á Joaquín, que la estrechó entre sus brazos con frenesí.

—Si me vieran ahora los necios que me juzgan de hielo, ¿qué dirían?

—Que eras la más hermosa, la más enamorada de las hijas del Misti.

—¡Ves! Estas cosas lindas no las dicen esos tontainas de frac estirado. ¡Vamos, vamos!

* * *

Digitized by Google

Julio Lezcano fué al siguiente día, como había prometido, á visitar á la señora de Guaqui. Apenas llegado preguntó por Tristura; cuando se presentó éste dirigióse á él con los brazos abiertos: el indio los aceptó con dignidad y respeto, pero sin efusión. Julio quedó sorprendido.

Tristura no era el indio que había conocido; era el caballero de tez trigueña, con el trigueño tostado de los quichuas, y no pudo menos de pensar que era demasiado buen mozo y elegante para mayordomo de una joven hermosa. Mas era indio, indio de pura raza... y claro estaba que ni el osaría levantar los ojos hasta su ama ni ésta se denigraria bajándolos.

Joaquín miraba á Julio con prevención, pero le era simpático. No se parecía á sus padres ni á otros jóvenes de su clase; le trataba de igual á igual, se cogía de su brazo, le hablaba de Europa, le ofrecía cigarros como á un camarada y había llegado á suplicarle que le concediese el favor de acompañarle en varias excursiones campestres para departir amigablemente de lo que en el Perú ocurriera durante su ausencia. Quería enterarse de todo; la política, el movimiento literario, cuanto le era desconocido de su patria le importaba, y nadie como Joaquín para ponerle al corriente. Era medio poeta, medio político, medio escritor... Decididamente le embargaría muchas tardes.

Las visitas de Julio á Utspa Llacta menudeaban, llenando á sus padres y á la señora de Guaqui de contento.

Juana Rosa no estaba tan satisfecha; Julio daba señales de ir á visitarla más por el indio Joaquin que por ella,

Digitized by Google

y decidió poner término á las visitas. Habló de trasladarse á su casa de Arequipa.

La tarde que lo insinuó tuvo que arrimarse el pobre mayordomo á la pared para no caer desplomado. Se marcharían y ya no podría tener con ella horas de íntima dulzura; ya no sería suya, sería de la sociedad en la cual él no tenía entrada, por su color, por su condición, por su pobreza. Aquella noche le dijo Chucha que la niña tenía dolor de cabeza y que tomaría el té en su cuarto. A Joaquín le pareció un desierto el comedor. Sorbió el té contestando melancólicamente á las preguntas que le hacía la patrona.

—¿Qué te parece el niño de Lezcano, Joaquín? dijo la señora de Guaqui, llevando á los labios la taza.

—Bien, señora.

—Es un mozo que vale, ¿verdad?

—Sí, señora, vale mucho.

—Me alegro que te guste y no me alegro menos de que él te distinga con tantas deferencias; sabes que te quiero como si fueras mi hijo, y toda persona que deje de mirarte con el cariño que yo te miro me es muy antipática.

—El niño Julio me hace el favor de llamarme su amigo; jamás olvidaré sus bondades.

—¡Que alegría me das hablando así, Joaquinito! Tenía yo mis recelos, y la verdad, daba mil vueltas á la cabeza para conciliarlo todo, porque eso no, separarme de tí no quiero entretanto viva.

—¿Quién había de separarnos?

—Me parecía que si venía á casa un amo que no te gustase, acaso no quisieses...

Digitized by Google

Un rayo que hubiera caído á los pies del indio no le hubiera hecho peor efecto. Lo comprendió todo: se trataba de casar á Juana Rosa, de casarla con Julio; y él, pobre infeliz paria, no era quién para impedirlo; no era nadie, menos que nadie; era de la raza esclava, tan distante de las aristocráticas ínfulas de los Guaquis y Lezcanos, como de una reina inglesa podía estar el último de sus súbditos. Sintió ganas de llorar; la rabia le ahogaba.

—¿Qué dices, hijo? ¿No me has comprendido?

—No, señora.

—Pues quería hablarte del matrimonio de Juana Rosa con Julio: sus padres y yo lo tenemos proyectado hace mucho tiempo; antes que él viniese, ¡ya lo creo!; por eso me alegraba tanto cuando mi hija despachaba con viento fresco á sus innumerables pretendientes. Ha sido una suerte que no le entre ninguno por el ojito derecho. ¿Verdad, Joaquín?

—Sí, señora.

El indio sentía unas ganas furiosas de preguntar si Juana Rosa sabía algo de aquel plan, si lo aceptaba. ¡Aceptarlo! ¡Quia! ¡Imposible! ¡Si lo amaba á él! ¿No se lo había probado mil veces? ¿No era suya? ¿No los había despreciado á todos? ¿No vivía en Utspa Llacta por tenerle más cerca, por estar á su lado siempre?... Se atormentaba sin motivo. Juana Rosa no aceptaría aquel matrimonio; ya encontraría medios para discuparse.

—¿Conque te parecerá bien un amo tan bueno como el niño Julio?

—Si, señora; lo que usted diga me parecerá bien siempre.

Digitized by Google

—¡Vaya, pues me alegro mucho, muchísimo! Anda dame el brazo, hijo; me voy á la cama. Cuando no está esa diabla de Juana Rosa, parece que estamos en un cementerio. ¿Qué idea le ha dado ahora de volverse á Arequipa? No me gusta mucho; pero en fin, no es de mal augurio: me parece que quiere estar cerca de Julito.

Joaquín se mordió los labios.

—¿Y crees tú que él está enamorado?

—No puedo crerlo: yo no he notado cosa alguna.

—Yo tampoco, parece un poco frío; pero su madre me ha dicho que está conforme en ser mi yerno; lo demás ya lo hará Juana Rosa: sería el primero que no se volviese loco por ella, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Buenas noches, hijo; ya está aquí Manuela, ya no te necesito; hasta mañana. Mira, dile á Chucha que se acueste en el cuarto de la niña por si la ocurre algo.

—Buenas noches, señora; se lo diré ahora mismo.

Salió Joaquín á escape; necesitaba ver á la camarera de Juana Rosa; quería hablar á ésta antes de la hora acostumbrada; se volvía loco, loco sin remedio. ¡Casarse su amada! No podía ser: ellà no lo consentiría: le amaba á él, sí, estaba seguro. ¿Cómo podía dudarlo?

Buscó á Chucha.

—Dile á la niña que necesito hablarle pronto, muy pronto, que me estoy muriendo de ansiedad y de pena.

—La señora ya se ha retirado. La niña no está buena y me ha dicho que no vengas esta noche.

—¡Por Dios, Chucha, díselo: ella no sabe cuánto sufro: quiero verla!

—Me ha dicho que no.

Digitized by Google

—Pero yo digo que sí.

Y Joaquín se dirigió con rabia á las habitaciones de su amada, sin cuidarse del sigilo, ni de que no lo advirtiesen los demás criados.

Empujó la puerta del dormitorio y entró creyendo encontrar á Juana Rosa en el lecho, pero estaba recostada en un sofá, y tenía la taza del té cerca de sí sobre un velador chino.

—¿Qué es esto?, preguntó incorporándose malhumorada. ¿Por qué mueves semejante *escandalera*? ¿No te han dicho que me duele la cabeza?

—¡Rosa, Rosa de mi alma!, dijo el indio sin contestar á las preguntas, arrodillándose á su lado y cubriéndola de besos, ¿no es cierto? ¿Verdad que no es cierto? ¿Verdad que me amas á mí, á mi solo y que no te casarás ni ahora ni nunca?

—¡Já! ¡Já! Vaya, ¿te han traído ya la noticia? Tranquilízate cholito. ¡Vamos!, te perdono el susto que me has dado y me alegro que no hayas obedecido mis órdenes. ¿Has tomado el té? ¿Quieres que te traigan otra taza? ¿No? Pues bebe un sorbito de la mía; me sabrá mejor.

—¡Rosa! ¡Mi alma! Mátame, pero no dejes de amarme.

—¡Tonto! ¡Cándido! ¿Quién ha dicho que deje de amarte?

—¿Te resistirás á casarte con Julio?

—¡Resistirme! ¡Qué se yo!... Tal vez no pueda; maliciarían, y entonces...

—¿Qué dices? ¿Dudas? ¿Encuentras posible ser de otro viviendo yo? ¿Supones que podré soportar semejantes torturas.

Digitized by Google

—Vamos, cholito, no seas tonto. ¿Crees tú que podremos estar así mucho tiempo? Alguna vez había de ser; hace cuatro años que te quiero, que te adoro, que me has enloquecido... ¿Te acuerdas cómo fué? Yo sí que me acuerdo.

—¡Te he adorado siempre, Rosa mía!

—Pues yo á tí no; te iba queriendo poco á poco: me gustaba pasear á caballo contigo, te miraba con el rabillo del ojo y te encontraba muy buen mozo; cuando haces caracolear al caballo estás seductor. ¡Dame un beso! ¿Ves cómo te quiero? ¡Me decías versos! Creo que me has leído cuantos renglones desiguales se han publicado en castellano y en francés: otras veces los componías para mí: me acuerdo de unos, ¡qué bonitos! Estaba yo en la hamaca. Te sentaste á mi lado; tenías un papel en la mano y yo una rosa blanca en la cabeza; hacía que cerraba los ojos, pero te veía; te encontraba interesante con aquel aire melancólico... eras *Tristura* de veras; siempre macilento siempre serio, no te reías nunca.

—¡Te adoraba!

—Creíste que dormía y me mirabas con tus ojos fijos en los míos; yo me estremecí; de buena gana te hubiera comido á besos. Hice que me despertaba y que me sorprendía de verte. «¿Qué tienes ahí?, te pregunté.—Unos versos, me contestaste.—Léemelos. ¿De quién son?—De autor anónimo.—¿Y á quién los dedica?—A una mujer amada.—¡A ver, á ver!» Comenzaste á leerlos: te los sabías de memoria, porque me mirabas y leías:

«Quisiera ser el aura que agita tus cabellos
y acariciar las crenchas que arrancan de tu sien;
quisiera ser la rosa que está prendida en ellos...»

Digitized by Google

No te dejé continuar. «¿Son para mí?, te pregunté.—Lo parecen, me contestaste.—Vamos á pasear á caballo, dije, acabarás de leérmelos en el campo». Y salimos; ¿te acuerdas?

—¡Oh, Rosa! Si, si; te veo todavía clavada en la silla; hacías caracolear al arrogante bruto, con el largo ropón y tus negras trenzas á merced del viento, que caprichosamente jugaba con ellas; cabalgabas, mujer idolatrada, á mi derecha, mostrando como nunca sonrisas alegres y despidiendo rayos de tus ojos traidores: pusimos los caballos emparejados y al paso: te acercaste mucho, mucho; cogiste mi mano derecha con la izquierda tuya, y así caminamos unidos sabe Dios cuánto tiempo, acariciándome tú con la mirada y besándote yo con la mía: me pareció que te electrizaba, porque abandonándote á un dominio dulce, acercaste más tu caballo, que se pegó al mío como si obedeciese á la sugestión de nuestros deseos. Llevabas el sombrerito echado atrás y por tu hermosa frente caían dos mechoncitos de cabellos ensortijados; te inclinaste hacia mí y los besé sin tocarlos; sentiste el ruído del beso y levantaste los párpados. «Joaquín, me dijiste, ¿son para mí los versos?—Sí, te contesté.—¿Quién me los ha escrito?—Un hombre que te adora. Te inclinaste más hasta apoyar tu cabeza en mi hombro: yo creí morir. Se me nubló la vista; no veía sino albores color de rosa en la atmósfera: estaba en el cielo; no, en el cielo no deben ser tan felices los ángeles. Rodeé tu cintura atrayéndote más y te extremeciste. «¡Rosa! ¡Rosa!» te dije con amor infinito. «¿Quién es el poeta que me adora? ¿Lo conoces?» me preguntaste.

—¿Y qué me contestaste? ¡Nada! Por toda respuesta

Digitized by Google

me diste un millón de besos traidores que yo no pude esquivar porque tampoco estaba en el mundo: volaba por otros espacios llenos de luz brillantísima de esplendores celestiales y cerraba los ojos deslumbrada. De pronto se juntaron nuestros labios: ¿lo recuerdas, Joaquín? Así: ¿ves?a sí... y no sé más.

—Yo sí lo sé: te separaste bruscamente de mí, sacudiste un latigazo al caballo y saliste á golope sin querer detenerte. Cuando llegué á la hacienda ya estabas en tu cuarto. También yo me fuí al mío: necesitaba estar solo y saborear la dicha de haber tocado tus labios con los míos. La reacción no se hizo esperar: caí del cielo á la tierra. ¿Quién era yo? Un desgraciado, un indio: maldije mil veces la educación que me dieron. ¿Por qué habían despertado mi corazón y mi mente si no habían podido borrar las huellas de mi origen? Lloré, lloré muchísimo. Creí que me amabas, pero sabía que no querrías ser mi esposa y que yo no te lo propondría jamás... No pude ir al comedor, estaba enfermo; tenía fiebre: tu madre fué á verme, tú no. ¡Qué pena tan horrible, qué insomnios! yo estaba vestido sobre la cama; á las doce llegó Chucha: «Ven, me dijo, la niña te llama.» Dí un salto espantado: me parecía mentira. ¿Estaría soñando? Me llamabas, sí; ¡era verdad!

—Tampoco yo podía dormir: me acosté pensando en tí: me dabas lástima; estabas enfermo... y viendo que no conciliaba el sueño me levanté á llamar á Chucha para que fuese á buscarte. Me parecía que hablando un rato contigo, podría dormir después. Vamos, dime ahora lo que sentiste al entrar en mi cuarto.

—¿Lo que sentí? ¡No sé! Lo que al día siguiente y al

Digitized by Google

otro y al otro y ahora mismo que te estrecho entre mis brazos: que te adoro, que me muero por tí y que me vuelvo loco pensando que puedas dejar de amarme.

—¡No digas tonterías, Joaquín! Yo no quiero á nadie más que á tí; pero nosotros no podemos casarnos.

El indio escondió la cara en el pecho de Juana Rosa y comenzó á sollozar.

—Eso es, aflígeme ahora. Pues si esto ya lo sabes: ¿no lo acabas de decir tú mismo? ¿Hemos hablado alguna vez de semejante cosa? No, porque los absurdos deben descartarse hasta del amor. ¿Te amo yo menos porque no seas igual mío? Tú me enamoras, tú me seduces, á tu lado siento lo que ningún hombre me inspira, y es porque los otros no son apasionados como tú lo eres, no se me entregan como tú te entregas, ni me enloquecen como me enloqueces; en una palabra, no saben amar; no tienen como tú tienes fuego en las venas y fuego en el alma y ardiente lava en el cerebro. ¿No has oído que me llaman la niña de nieve? ¿Y crees tú que lo soy?

—¡Oh, no! Eres la criatura más hermosa y apasionada que existe.

—Para tí; para los demás soy de hielo; tienen razón.

—¡Para Julio, sin embargo!...

—Julio es un buen muchacho; vale más que los otros; pero esto no quiere decir que me interese.

—No te casarás, ¿verdad? no te casarás.

—¡Vuelta con la tontería! ¿Y qué si me casara? Mira, si me caso ¿qué importa? la fruta prohibida dicen que es la mejor ¿no te acuerdas de aquellos versos que me recitabas?... ¿de quién? ¿de quién?... aquellos que dicen:

Digitized by Google

«Flérida para mi dulce y sabrosa
más que la fruta delcercado ajeno...»

Tenía razón, mucha razón, Garcilaso; ya sabía lo que se pescaba. Si fuéramos marido y mujer no nos amaríamos así; tenlo por seguro.

—No es necesario que lo seamos si no quieres; vivamos como hoy; amémonos en silencio; pero que no te vea yo en brazos de otro. ¡Rosa, Rosa mía!, me vuelvo loco y no respondo del porvenir.

—Bueno; quiere decir que no estás conforme con que yo te entregue mi amor todo entero; quieres que te sacrifique mi nombre, mi posición social, la obediencia que debo á mi madre... mi reputación, que andaría por las callejuelas si yo me negase á lo que tienen pactado Guaquis y Lezcanos. Eres demasiado egoista, Joaquín. ¿Qué me ofreces tú en cambio?

El indio quedó anonadado. ¡Horrible verdad! ¿Qué podía ofrecer él á la señorita, á la niña mimada, á la hija de sus padres adoptivos? La vergüenza, la deshonra, el desprecio del mundo.

—¿Comprendes que tengo razón?

—No comprendo nada sino que quiero morir. ¿Por qué me has engañado, mujer perjura? ¿Por qué me has hecho entrever el cielo para lanzarme inhumana y cruelmente á los más profundos abismos? Soy tu igual para adorarte, para enloquecerte en la sombra, y te avergüenzas de mí á la luz del sol? Bien: sea, tú lo quieres. ¡Cúmplase nuestro destino!

—Joaquín, no seas tonto: te querré lo mismo: te querré más. Mira, después de un baile, de un banquete ó de un viaje durante los cuales me fastidie con la sociedad

Digitized by Google

que me rodee, correré á refugiarme aquí, en tus brazos, entregándote las sonrisas y los amores que á todos, incluso á mi marido, habré negado. ¡Verás qué placer mil veces nuevo y renovado entre zozobras y temores! Esta vida ya se iba haciendo tonta... ¿Qué? ¿Te marchas?

—Sí; por última, vez Rosa, ¿te casarás?

—Ya que tomas ese tono dramático... por última vez, Joaquín, mé casaré.

—¿Y no te aterra la idea de engañar á un hombre como Julio?

—Tampoco yo le preguntaré una palabra sobre su pasado: el uno por el otro.

—¿Y si descubre el tuyo?

—Si tu no se lo dices, no lo descubrirá: además que no parece enamorado de mí; nos pagamos en la misma moneda.

—¿Es decir, que mañana te marchas á Arequipa?

—Mañana.

—¿Ya no volverás á Utspa Llacta?

—Sí, á pasar contigo los primeros días de mi luna de miel.

—¡Infame!, dijo el indio levantándose violentamente y saliendo del dormitorio sin escuchar á Juana Rosa, que pretendía detenerle.

—Bien, pensó ésta cuando hubo quedado sola—me dejará en paz hasta que me case, después ya le consolaré y volverá á ser mío; me adora; es imposible que resista mucho tiempo su enojo. ¡Valiente necedad hubiera sido desperdiciar esta ocasión! ¿Vivir siempre en Arequipa, y con escasas rentas? Merecería que me azotasen por tonta. Estoy enamorada de Joaquín; me sedu-

Digitized by Google

ce cuando me habla; tiene un no sé qué;... pero si fuese mi marido le aborrecería; para marido no sirve.

Cuando al siguiente día se disponían á marchar, no parecía el mayordomo por ninguna parte: los criados dijeron que había salido á recorrer la hacienda. La señora extrañó mucho su conducta y le dejó recado de que le esperaba en la ciudad á la siguiente mañana.

En el momento de marchar y cuando ya estaban á caballo, se acercó un indio á Juana Rosa y le entregó un papel. Púsose lívida la joven al tomarlo; desdoblólo y leyó no sin sobresalto: «Utspa Llacta, quiere decir *tierra de cenizas*. ¿Sabes por qué tu hacienda lleva este nombre?»

—Este Joaquín es el romántico más tonto que he conocido, pensó: ¿qué tendrán que ver ahora las cenizas ni la tierra con su majadería de escaparse para dar qué pensar á mamá?

Se pusieron en marcha.

La niña de nieve iba preocupada; antes de llegar á la población preguntó á su madre:

—¿Por qué se llama tierra de cenizas el lugar de nuestra hacienda?

—Hija, no estoy muy enterada, porque la verdad es que la cosa no es muy honrosa que digamos; pero mi abuela decía que la suya había perecido achicharrada dentro de la primitiva casa.

—¡Jesús! ¿Y por qué?

—¡Cosas del diablo, hija! Un amante celoso,... no sé, el demonio que anda suelto la mayor parte del tiempo y se ocupa en echar borrones sobre las familias. ¡Vale Dios que eso ya pertenece á la tradición! No ha faltado

Digitized by Google

un *chanfaina* de escritor que la ponga en solfa, no creas: por supuesto, ¡que si hubiera podido yo sacarle los ojos!,:.

Juana Rosa no dijo nada: pero sintió desasosiego grandísimo. Felizmente cuando llegó la noche ya se le había pasado, y bromeó de lo lindo con los muchos amigos y amigas que fueron á darle la bienvenida.

* * *

Hacía quince días que estaban en Arequipa y Joaquín no había hecho nada por hablar á Juana Rosa: dos veces estuviera á ver á la señora; pero no se quería quedar á comer ni menos pasar á las habitaciones de la niña: estará ocupada, decía, no quiero molestarla. La señora de Guaqui se asombró de su aspecto la primera vez que le vió.

—¿Pero qué tienes, hijo, estás malo? ¿Te pasa algo?

—Poca cosa; unas calenturas; no es nada; ya se pasarán.

—¿Quieres venirte aquí para curarte?

—No, señora. El viento que las trajo se las llevará.

Juana Rosa preguntaba á Chucha por Joaquín.

—Parece un ánima en pena, niña, le contestó un día, aquel precisamente en que se celebraba un banquete seguido de recepción en casa de la joven para firmar la escritura de esponsales.

—¡Jesús, Chucha, no me asustes!

Digitized by Google

—Te digo la verdad, niña; está viejo y acabado, que no parece el mismo; á mí me causa miedo.

—Tengo deseos de verle, pero hasta que no me case no iré á Utspa Llacta.

—¿Pero irás?

—¡Ya lo creo! Le he sacado á Julio la promesa de llevarme á Europa; y entretanto no marchemos, estaré en la hacienda.

—¿Pero con el niño?

—Es claro: irá y vendrá...

—¡Qué hermosa estás, niña: el traje rosado te sienta como ninguno: si ahora te viese Joaquín, si que se volvería *pucuna* (loco).

—¡Pobre Joaquín! Déjale en paz; ya lo consolaré.

—Dime la verdad, *chunquito* (corazoncito), ¿á cual quieres más, al niño Julio ó al indio Tristura?

—A Tristura le he querido mucho, y debo quererle todavía porque me acuerdo de él; pero no quisiera verle ahora. Julio es un gran partido; es el esposo que me conviene: ¿y querrás creer que tengo empeño en enamorarle? No me ha dicho una palabra de amor, hablamos de nuestro matrimonio como de la cosa más natural del mundo; pero hace unos días que me mira de otro modo. Parece que le voy gustando. La misma indiferencia de él me intriga, y no sé si le quiero ó es que tengo empeño en que me ame. Que me gusta no lo dudes; mal gusto tendría si no me gustara; pero le encuentro frío... despegado... Veremos luego. ¡Cómo hace poco tiempo que nos tratamos!...

Apenas había salido Juana Rosa del tocador, cuando apareció Joaquín, cuya presencia asustó á Chucha.

Digitized by Google

—¡Ay, Tristura, qué susto me has dado!

—Tristura, sí, tienes razón.

—¿A qué vienes á estas horas, Joaquín? ¡Vete por Dios! La niña te quiere, acaba de decírmelo.

—He oído lo que te ha dicho: no me quiere, Chucha, no me quiere, y yo no puedo vivir sin su amor.

—¡Vete, por Dios, Joaquín!

—No: he de hablarla esta noche.

—Ya no es tiempo; se firma hoy el contrato.

—Después que lo firme.

—¿Pero qué adetantarás?

—Nada: verla. ¡Quiero verla! ¡Quiero hablarla! ¡Cuidado como le digas que estoy aquí! ¡Si se lo dices te ahogo! Deseo leer en su cara el efecto que mi presencia le causa.

Seis horas mortales pasó el infeliz indio oculto en el tocador de su amada: á las doce se retiraron los invitados. La señora de Guaqui no prolongaba más las reuniones; estaba delicada y todo el mundo respetaba sus dolencias. Cuando su hija la hubo dejado en el dormitorio, se retiró al tocador.

—Enciende, Chucha, que voy á desnudarme, dijo la niña de nieve, entrando muy contenta. ¿No sabes Chucha? ¡Lo que yo decía! Julio se ha declarado por fin: me ha dicho que le enloquezco... ¿Pero no enciendes?

—Sí, niña, dijo la india aplicando un fósforo á las velas del armario de luna.

Juana Rosa dió un grito y retrocedió espantada: á su lado con la cara muy cerca de la suya, vió retratada en el espejo la persona de Tristura, del propio Tristura, aviejado, flaco, macilento y con los ojos hundidos.

Digitized by Google

—¡Joaquín! ¿A qué has venido?

—A exigirte el cumplimiento de una promesa. Me has dicho, no hace mucho tiempo, que la primera vez que vistieses traje de baile me llamarías para ver el efecto de mi poncho junto á tus gasas; y como te has olvidado de llamarme...

—Has cometido una tontería, *cholito*; pero en fin... ya que has venido...

Y Rosa abrazó al indio como la noche que estaba en traje de montar.

—¿Ves qué lindo grupo? ¡Pero qué cara tienes! Segurita estoy que habrás andado llorando por los rincones de Utspa Llacta. ¡Tonto! ¿No te he dicho que te quiero mucho, muchísimo?...

—¡Pero te casas!

—¡Qué gracia! ¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Rosa!, ¡Rosa! ¡No me amas, no me has amado jamás!

—¡Bien dicho! No te amo y estoy aquí abrazándote como una boba, mientras tu me miras en el espejo con esa cara de indiferencia...

—¡Indiferencia!...

—Indiferencia, sí: todavía no me has hecho una caricia: parece que nos hubiéramos visto hace una hora, y sin embargo hace cerca de un mes que estamos aquí.

—¿Un mes? ¿Un mes nada más?

—¿Te parece poco? Siéntate: voy á desnudarme y á ponerme una bata: no te irás tan pronto ¿eh? Si no cambias de aspecto no te querré, *cholito*. ¿Abandonarás la cara de Tristura, para recuperar la de mi Joaquín?

—Si me concedes lo que vengo á pedirte, sí.

Digitized by Google

—Pide.

—Que me acompañes esta noche á Utspa Llacta.

—¿Estás loco?

—No.

—Mi caballo está en la hacienda.

—Te llevaré en mis brazos, sobre el mio.

—¿Y cuándo he de regresar?

—Cuando quieras; antes de amanecer si lo deseas.

—Pero ya estás aquí: ¿no estamos juntos?

—¡Rosa! ¡Rosa! es la última súplica del hombre que te adora.

—¿La última? ¡Tontaina!

Y la niña abrazó al indio con frenesí.

—¡La última, sí! ¿No has firmado ya tu contrato de boda? Ni me perteneces, ni te perteneces á ti misma.

—¡Pues tienes razón! Hoy ya debo ser para tí la fruta sabrosa del cercado ajeno. Vámonos á Utspa Llacta: me traerás antes que amanezca. Voy á ponerme otro traje.

—No; te lo suplico: abrígate con un rebozo: ven así: jamás te has vestido de baile para mí solo.

—Tienes razón: quiero darte gusto.

—¡Chucha!

—Niña.

—Dame un rebozo grande y el manto. Voy á Utspa Llacta.

—¡Qué locura, niña!

—Vuelvo antes de amanecer: que me espere el indio *Quinchi* detrás de la puerta para que abra en cuanto sienta el caballo, ¿oyes?

—¿Y si llamara la señora?

—¿Por qué ha de llamar esta noche? Pero en fin sino

Digitized by Google

hubiese otro remedio le dices que tenía gana de pasear y que me fuí con Joaquín á la hacienda.

A los pocos momentos salía de la población el indio Tristura llevando estrechamente unida á su pecho á la mujer que era vida de su vida y alma de su alma. Los pocos trasnochadores que los vieron no pararon mientes: algún hacendado que llevaba á su esposa, á su hermana ó á su amada; todo menos figurarse que la descendiente de los nobles Guaquis, la que acababa de firmar su contrato matrimonial con un riquísimo heredero, la niña de nieve, en fin, volaba en alas del amor ó del capricho, abrazada al hombre que tal influencia ejercía sobre sus nervios, contenta por la novedad de la aventura y enloqueciéndolo con promesas y caricias.

Joaquín se había transformado: no era el Tristura de la cara macilenta; era el enamorado feliz, de chispeante mirada, que con deleite sin fin saturaba su alma de los efluvios enloquecedores que exhalaba el aliento de su amada.

El caballo volaba más que corría, sin moverse apenas, con el sobrepaso suavísimo que distingue á los caballos peruanos. Joaquín no le guiaba: ¿para qué? ¡Demasiado conocía el camino! y como iba para casa, apresurábase por cuenta propia, sin necesidad de insinuaciones picantes.

Cuando llegaron á Utspa Llacta, los dos dijeron á la vez: «¿Ya?»

Echaron pie á tierra. Un indio que aguardaba el regreso del mayordomo se adelantó, inclinó una rodilla ante la niña para saludarla, recibió órdenes, tomó las riendas y desapareció con el caballo.

Digitized by Google

El indio no se asombra jamás de lo que hacen sus amos, ni se permite mostrarse sorprendido. La niña iba á tales horas, sola, con el mayordomo... Pues ella sabría por qué. Si los indios murmuran, entre ellos se queda la murmuración; jamás trascienden los cuentos, si los hay, que lo dudo, fuera de los *yanacunas* (criados). El amor y el respeto que á los amos tienen, les pone una venda en los ojos. Si el amo es malo varía; entonces el indio se queja y acusa; pero si es bueno siente por él veneración y culto idólatra.

Joaquín y Rosa entraron en el dormitorio de ésta.

—¡Qué gusto, *cholito*! Has tenido la más felíz ocurrencia del mundo: nunca me ha parecido tan delicioso el camino. ¡Ya verás! De estas excursiones haremos muchas.

—No haremos más si te casas.

—¡Si me caso! ¡No digas tonterías! Ya sabes que estoy medio casada...

—Puedes volverte atrás.

—No pienses tal cosa. ¡Vaya un escándalo!

—Tú amas á Julio, Rosa.

—¡Cuando digo que eres un tonto!...

—¿Acaso no recuerdo el placer con que decías á Chucha que te había declarado su amor?

—Pero no dije que yo le amase.

—Es igual.

—¿Me has traído aquí para discutir majaderías?

—¡No! Te he traído para arrodillarme á tus pies, para suplicarte, para pedirte que no me abandones; que no pertenezcas á otro hombre, porque á la sola idea de que eso pueda suceder, parece mi corazón un infierno.

Digitized by Google

¡Rosa! ¡Rosa de mi vida! ¿Por qué no me amas como aquella primera noche que fuistes mía, aquí, aquí mismo? ¿Te acuerdas? ¿Nada te dice este aposento, santuario de nuestros amores y testigo de nuestros delirios? ¡Niña de mi alma!, creí que podía sacrificarme por tí, que podía morir de pena sin hablar, sin quejarme, sin exigir; pero no puedo, no puedo: los celos me torturan el alma, me atenacean el corazón, me enloquecen, me exasperan... ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Yo no quiero que seas de otro hombre! ¡Viva ó muerta, mía, mía, sólo mía!

—¡Joaquín! ¡Cálmate, por Dios!, suplicó Juana Rosa muy asustada. ¡Estás loco! ¡No sabes lo que dices! Vámonos: ahora comprendo que ha sido una imprudencia venir aquí, á este sitio que había de influir en nuestro ánimo y en nuestras sensaciones...

—¡Tus sensaciones! ¡Tú no sientes, mujer de hielo!, ¡tu no sientes!

—¿Ahora dices eso? ¡Cuántas veces me has asegurado que tenía yo en el corazón toda la hirviente lava que oculta el Misti en sus entrañas!

—No; era el mío, que le comunicaba, su fuego. ¡Cuánto calor había en mi pecho, Rosa, tanto, que á su contacto ha convertido en ascuas toda la nieve del tuyo. ¡Para que tu corazón lata, para que tu alma se agite, es preciso un amor como el mío, grande, imponente, avasallador. No amarás á Julio porque él no sentirá por tí lo que yo siento; ni hombre alguno logrará conmoverte, porque para fundir el bronce se necesita mucho calor, mucho fuego, mucho, muchísimo... tanto como hay aquí... ¿Sientes? ¿Sientes?

—¡Joaquín, me ahogas!

Digitized by Google

—¡Te ahogo! Si, yo también me ahogo, «¡Mátame de amor!» me digiste un dia: de amor morirás; de amor moriremos ambos.

—¡Socorro! ¡Asesi...

—¡No acabes! ¡Asesino yo! *Tierra de cenizas*, Rosa, ¿entiendes? Aquí pagó una de tus abuelas sus veleidades: aquí pagarás los perjurios. ¡Los dos, sí, los dos juntos! Así, así!

El indio apretaba cada vez más el cuello de Juana Rosa y cortaba las frases con besos que parecían mordiscos, asfixiándola con sus hidrópicos amores.

Cuando hubo saciado aquella rabiosa sed de los sentidos, y aquel *delirium tremens* de un espíritu infernal, arrojó el cuerpo inanimado de su amada sobre el lecho y con furia espantosa prendió fuego á las colgaduras. Una sonrisa plutónica separó sus labios. Estaba horrible, con el pelo áspero y lacio cubriéndole la frente, las facciones contraídas por sardónica mueca, la pupila dilatada, los párpados sumidos debajo de las cejas y el cuello erguido como gladiador que se apresta á la lucha.

Le consumía la fiebre; la terciana estaba en su período álgido: no había sentido el frío precursor, ni se daba cuenta de que su piel ardía.

Las cortinas eran de damasco y se quemaban lentamente; era mucho esperar; la furia tenía prisa: prendió fuego á la cama por tres ó cuatro sitios; sacó del bolsillo del pecho un puñal, y blandiéndolo se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su víctima.

—¡Te espantaba mi raza! ¡Despreciabas mi sangre! Ahora van á mezclarse, á correr juntas. ¡Aquí, aquí late aún la víscera traidora ¡No más' ¡no más!...

Digitized by Google

Y el indio clavó su puñal en el corazón de la hermosa hija del Misti, que espiró lanzando el postrer aliento después de balbucear el nombre de Chucha.

Joaquín levantó de nuevo el puñal para contemplar la sangre que tenía la hoja larga y afilada.

—¡Cómo la mía, sí, como la mía! roja también; ¡iguales! ¡iguales! Somos iguales; y después que yo lo introduzca en mi pecho, que venga el mundo entero á distinguir cual es la de los Incas y cual la de los Guaquis.

En aquel instante no era Tristura, era toda su raza la que hundía el puñal en el corazón de uno de sus hijos.

—¡Maldita, maldita Utspa Llacta! gimió el indio antes de exhalar el último suspiro.

1890.

FIN DE LA PRIMERA SERIE.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DE EVA CANÉL.—CUARTO VOLUMEN

DE AMÉRICA

EDICION AUMENTADA

SEGUNDA SERIE

Digitized by Google

OBRAS DE LA AUTORA

De América.—Viajes, tradiciones, historias y cuentos sudamericanos. 1.ª y 2.ª serie; 2 volúmenes.

Manolín.—Novela. 2.ª edición.

Trapitos al sol.—Novela. 2.ª edición.

Magosto.—Novela. 2.ª edición.

Oremus.—Novela. 2.ª edición.

La Pola..—Novela.

Album de la Trocha.—Con preciosos fotograbados: Excursión por la línea militar de Júcaro á Morón.—(En colaboración).

Contestación á Sherman.—Discurso leido en el Casino Español de Méjico (1896).

La Mulata.—Drama en tres actos y un prólogo; estrenado con extraordinario éxito en el teatro *Pairet* de la Habana.

El Indiano.—Comedia en tres actos, estrenada con grandísimo aplauso en el teatro *Tacón* de la Habana.

La Cotorra.—Semanario político-satírico, con caricaturas; publicado en la Habana.

Digitized by Google

DE AMÉRICA

VIAJES, TRADICIONES Y NOVELITAS CORTAS

POR

EVA CANÉL

EDICIÓN AUMENTADA

SEGUNDA SERIE

MADRID
Establecimiento tipográfico de F. Nozal, Jesús, 5.
1899

Digitized by Google

Es propiedad de la autora.

Digitized by Google

A MI HIJO QUERIDO

En estas páginas encontrará recuerdos de su infancia y de la tierra donde vió la primera luz

MAMÁ.

Digitized by Google

Digitized by Google

CABALLERIA DE MARINA

Los chilenos ocupaban Lima militarmente y dominaban la costa peruana de Sur á Norte. Encontrábame en la capital del Perú; había vuelto á ella después del espantoso desastre que tuvo término en la luctuosa jornada de Miraflores (15 de Enero de 1881), y era mi situación por demás angustiosa. Mi esposo, que había tomado parte en la lucha, ya como defensor más ó menos encubierto en la prensa, ya como superintendente de ambulancias, había huido con el Estado Mayor del presidente Piérola, yendo á reunirse conmigo en el Cerro de Pasco, un famoso pueblo mi-

Digitized by Google

nero del cual guardo los más gratos recuerdos de mi vida de viajera.

Como se temía, no sin fundamento, que de caer mi compañero en manos de los invasores sería cruelmente flagelado, se dispuso que yo me trasladase del Cerro de Pasco á Lima para poner en orden sus negocios, abandonados violentamente, y después de realizados éstos, trasladarnos al Norte ó al Centro América entre tanto pasaban las anómalas circunstancias en que la nación peruana se encontraba.

Antes de seguir adelante he de hacer constar que, por mucho que haya sufrido en aquellos momentos, y á pesar de erizárseme el cabello todavía cuando pienso que pudo haber caido mi esposo en manos de la soldadesca desenfrenada por la embriaguez del triunfo, he de hacer constar, repito, que si no para condenarle á la pena de azotes, para darle un susto regular no les faltaba razón á los chilenos.

En Chile habíamos residido un año; Chile había recompensado los cantos del poeta con cariño, con honores, con distinciones y deferencias y en triunfo había recorrido el escritor y el dramaturgo, desde las regiones mineras del Norte hasta los fértiles campos de las fronteras araucanas.

Estos olvidos, que revisten el carácter de ingratitud, aunque no sean sino la fatal resultante de un compuesto en el cual entra el fósforo como materia prima, acarrean sobre el que los comete los odios de aquellos mismos que en triunfo le hubieron paseado.

Véase, pués, por estos antecedentes cuál sería el estado de mi ánimo cuando á los pocos dias de haber

Digitized by Google

vuelto á mi casa, tranquila relativamente por dejar en lugar seguro al fugitivo, me dijeron que había salido de Lima una expedición militar hacia la sierra, y que se presumía recorriese todo el interior del Perú con el triple objeto de libertar prisioneros suyos, de perseguir algunas personalidades importantes, á quienes convenía reducir, y de imponer al paso fuertes sumas como contribución de guerra.

Angustiosos fueron aquellos dias de una incertidumbre que más daño hacía cuanto más se prolongaba. Imposible obtener noticias ni vislumbrar siquiera lo que estaba pasando al otro lado de la cordillera; había, pues, que resignarse y sacar fuerzas de flaqueza para que los acontecimientos que debían suceder á tanta calma, no nos encontrasen exánimes y sin valor para luchar.

Un mes hacía que los chilenos emprendieran la marcha trasandina, cuando supe extraoficialmente que mi marido estaba en salvo por el momento.

Al tener noticia en el Cerro de Pasco de que los enemigos estaban próximos, habíase reunido una fuerte suma por iniciativa de los entusiastas jóvenes y ricos mineros don Miguel Gallo Diez y don Nicolás Maghella, italiano éste y español el primero, enviándole á la costa para que salvase los peligros intentando salir del territorio dominado por los chilenos.

Alguna tranquilidad volvieron á mi espíritu estas noticias; pero ¿dónde estaría? ¿hacia qué punto se habría encaminado para evitar un encuentro?

A los muy pocos dias recibí una carta con doble sobre al aya de mi hijo; no tenía firma, pero tampoco ha-

Digitized by Google

cía falta, á pesar de estar escrita con letra que á primera vista me pareció desconocida.

«A las veinticuatro horas de recibir ésta, saldrá del Callao el vapor del Norte—decía;—puedes venir, si quieres, adoptando las precauciones que estimes convenientes. Trae ropa de montar. En el puerto de Huacho te aguardará tu tio el señor Angosto.»

¡Mi tio el señor Angosto! ¡qué gracia!

Me puse más contenta que unas castañuelas, aunque me encontraba enferma en aquellos momentos, y me dispuse para salir al siguiente día.

Toda precaución era poca. Desgraciadamente para guardar el secreto, me conocía mucha gente, y hasta se me hacía difícil tomar el tren para el Callao.

Por otra parte, las señoras peruanas y las extranjeras, que compartíamos con ellas las penas y las amarguras de la derrota, no solamente vivíamos completamente retraídas de todo sitio público y de toda distracción, sino que, por un acuerdo tácito, habíamos proscrito el sombrero y no salíamos á la calle sino envueltas en la graciosa manta limeña, que á la sazón servía para recatar el rostro más que nunca y para indicar que llevábamos luto en el corazón. ¿Cómo hacer para salir con sombrero?

Decidí confiar mi secreto á una amiga que residía en el Callao, y mandé á un criado con la bolsa portadora de un traje de montar y con el sombrero y el abrigo para embarcarme.

Otro de los inconvenientes para tomar pasaje era mi nombre; pero el esposo de mi amiga, persona muy conocida entre los chilenos, pudo sacarlo sin las formali-

Digitized by Google

dades prescritas por las nuevas autoridades y con sólo mi apellido paterno. El propio amigo me dejó á bordo, instalada en un camarote sobre cubierta, desde donde hubiera podido gozar de la contemplación de la costa, á no haberme encerrado herméticamente para evitar miradas indiscretas, y también porque al despedirse habíame advertido que iban en el mismo vapor algunos oficiales chilenos y que uno me había reconocido.

No dejó de alarmarme esta contrariedad: y aunque nada podía temer por mi persona, pensaba que no les cabría duda del punto en donde mi marido se ocultaba desde que yo hacía un viaje que en aquellas circunstancias tenía esa única explicación.

—Nada tema—dijo el marido de mi amiga; me ha preguntado si era usted, porque había creído reconocerla; le contesté que no; pero algo habrá notado en mi semblante, cuando para tranquilizarme se apresuró á decirme:—«Soy antes que rencoroso, caballero, y respetaré siempre el incógnito de una dama.»

—Pues bien—le contesté:—no se ha equivocado usted, es ella; pero la llevan á Huacho asuntos que nada tienen que ver con el enemigo de ustedes.

—Me es indiferente—replicó el oficial, que dicho sea de paso, era joven, elegante, distinguido y apuesto.—Como tengo el deber de olvidar que la he visto, no puedo revelar á mis jefes la sospecha de que su marido esté en tal ó cual parte.

Quedé completamente tranquila á este respeto. Llamaron á comer, y permanecí encerrada á pesar de que mi estómago sabía que nada había entrado en él desde las diez de la mañana. Pasé, por consiguiente, la noche

Digitized by Google

con una debilidad que tocaba las fronteras del hambre, y á las seis de la mañana encontrábame lista para desembarcar en cuanto anclásemos y la Capitanía del puerto lo permitiese.

Desde este momento comenzaron para mi una serie de lances á cual más curiosos y cómicos, y bajo mi palabra juro que son verídicos en todas sus partes, como verídicas son cuantas relaciones tienen algo de común con mi vida en América.

La máquina dejó de funcionar y mi corazón apresuró sus funciones.

Habíamos llegado; tenía que salir del camarote; debía hacerme presente; buscar al tio que, según noticias, me aguardaba; pero como ni le conocía ni tenía más indicio que su nombre, que también me chocaba por cierto, sufría uno de esos ataques inexplicables, de desasosiego, de impaciencia y de afán indescriptible, que descomponía completamente mi organismo.

Abrí la puerta con arrogancia y adelanté hacia la borda. Mi camarote quedaba frente al puerto, y por este motivo se encontraban en aquel costado la mayor parte de los pasajeros. Espeso velo me cubría la cara, y esto hacía que, á pesar de los respetos que los americanos guardan á la mujer, se fijasen en mi con más insistencia, porque no hay espolique mayor para la curiosidad que las reservas y los tapadillos. Algunos botes rodeaban ya el vapor; mas como no había llegado la Sanidad ni la Capitanía del puerto, estábamos incomunicados con los de fuera.

Pasé revista á las pequeñas embarcaciones, y en ninguna pude adivinar á *mi tio* el señor Angosto.

Digitized by Google

De tanto cavilar en cómo nos reconoceríamos sin llamar la atención, acabé por figurármelo, y tenía ya *in mente* la efigie del buen señor, creyendo á pie juntillas que no se apartaría un ápice de la realidad.

No era mi tio ninguno de los ciudadanos embarcados en los botecillos que nos rodeaban: estaba yo bien segura de ello. El señor Angosto debía tener (según me lo figuraba) aspecto misterioso para estar á la altura de las circunstancias.

Tres ó cuatro botes más se acercaban; uno conducía al capitán del puerto, á juzgar por la uniformidad con que los bogas presentaban las palas de sus remos; en cualquiera de los otros estaba mi hombre, no me cabía duda.

Con efecto: á los pocos minutos observé que uno de los botes, tripulado por tres negros, conducía á un caballero que por su traje parecía ser hacendado y debía haber llegado al puerto á caballo, pues su ancho sombrero de Guayaquil y su *poncho* de vicuña lo decían bien á las claras. Iba sentado en la popa del bote y miraba sin cesar á la cubierta del buque.

Cuando se puso al costado de éste, estaba á bordo todavía el capitán del puerto, y por consiguiente, ni él podía subir, ni yo podía bajar; pero nos reconocimos en cuanto estuvo bastante cerca para que nuestras miradas se cruzasen. Yo había levantado el velo disimuladamente, y después de una mirada significativa lo dejé caer á tiempo que el desconocido se quitaba el sombrero para saludarme en prueba de que me había presentido.

Le contesté agitando la mano derecha, á la vez que

Digitized by Google

inclinaba la cabeza y que mis labios pronunciaban un ¡Gracias á Dios!

Pocos momentos tardé en bajar la escala, pues lo hice siguiendo al capitán del puerto; salté en el bote y me puse familiarmente al habla con el señor Angosto, que me recibió con un medio abrazo, ceremonia muy corriente en América.

Era un caballero que llevaba con garbo sus sesenta y pico; también había nacido en España, y ejercía el cargo de jefe de trabajos y hombre de confianza en una magnífica hacienda de algodón, propiedad de don Benito Lores, otro español tan espléndido y fastuoso como rico y bueno.

A medias palabras, para evitar que los remeros pudiesen enterarse, me dijo que el fugitivo había llegado casi muerto á Vilcahuaura, nombre de la hacienda del señor Lores; pero que ya se encontraba repuesto, gracias á los fraternales cuidados que la distinguida dueña de la casa (perteneciente á una muy principal familia limeña) le había dispensado.

Vilcahuaura distaba cinco leguas de Huacho, y el puerto en donde se proyectaba hacer un muelle, porque entonces no había más que la playa, y malita, estaba como un cuarto de legua de este pueblo, por cuyo centro debíamos pasar irremisiblemente para tomar el camino de la hacienda.

Quince ó veinte brazas antes de llegar á la orilla, embarrancó el bote, y dos negros fornidos, medio desnudos, que como otros muchos estaban metidos en el agua, se acercaron volviéndonos el dorso con naturalidad, disponiéndose á cargarnos sobre sus espaldas.

Digitized by Google

—Pero ¿qué es esto?—pregunté alarmada.

—Que nos van á sacar; no se asuste usted!

Y diciéndolo, ya se había montado mi tio sobre el humano vehículo.

—Pero ¿no hay otro medio de salir?—dije resistiéndome á imitarle.

—Ninguno; decídase usted sin vacilar.

Los boteros y los tritones de ébano, que á mí me parecían monstruos marinos, reían al ver mis escrúpulos.

—Vamos, niña, que aunque soy *moreno* estoy limpio —dijo el negro enseñándome las dos magníficas octavas de marfil que adornaban sus amoratadas encías.

—¡Ea!—contesté;—ya que no hay escape, recordemos el «arre borriquito» de la infancia; y me abracé al cuello del negrazo, dejando que él á su vez aprisionase mis tobillos con sus enormes manos.

Tan extraño grupo hacían el señor Angosto y su cabalgadura, y tan extraño lo debía hacer yo sobre mi zaino de dos patas, que comencé á reir como una loca, y hubiera dado no sé cuánto por tener á mano un fotógrafo para perpetuar aquel curioso episodio de mis viajes.

Salimos á la playa y nos acercamos ya por nuestro pie adonde aguardaba un criado con los caballos.

—Es necesario—me dijo el señor Angosto—que cambie usted de traje, y aquí no hay más que una mala *chingana* ó taberna, que diríamos en España.

—¡Cree usted que estoy para remilgos después de haber andado caballera en un negrazo tan feo!

Mi acompañante se echó á reir y dijo:

—Pues vamos vamos. En Huacho hay personas de

Digitized by Google

Lima que la conocen á usted—prosiguió,—y además aquí están acantonados dos batallones chilenos; pasaremos á escape y como alma que lleva el diablo: ya sé que es usted una verdadera amazona.

—Regularcilla, repliqué ruborizándome un tantico; pero si en galopar consiste, no hay cuidado.

—¡Bravo! Pues á transformarse.

—El dueño del bochinche era un italiano que se dolía mucho de no tener otra habitación más digna: hacía poco que el hombre dejara el lecho, y me introdujo en su propio cuarto, de cuya descripción hago gracia á los lectores, porque el dormitorio de una chingana en donde no hay más persona que un napolitano dedicado exclusivamente á su miserable negocio, tiene algo de nauseabundo y hiere los sentidos corporales, siquiera no sea más que el del olfato.

En un santiamén estuve dispuesta para montar; até el traje, el abrigo y el sombrero en un gran pañuelo que con ese objeto llevaba en la bolsa, y... en marcha.

—El criado no nos acompaña más que hasta el pueblo—dijo el señor Angosto.—Los señores de Lores tienen casa en Huacho, y allí puede quedar el pañuelo con la ropa: en la hacienda hay señoras y señoritas cuyas batas sentarán á usted muy bien, y por la mañana se vestirá usted en el mismo *boudoir* que ha tenido usted hoy.

—Perfectamente: hágase todo como usted ordena.

Llegamos al pueblo: estaba éste animadísimo. Los jefes y los oficiales chilenos departian alegremente por las calles con algunos extranjeros que por lo tanto, eran neutrales.

Digitized by Google

En la puerta de la casa de correos se apiñaba la gente para recojer las noticias y la correspondencia que había conducido el vapor.

El ruido que nuestros caballos hacían caminando á trote largo sobre los guijarros de las mal empedradas calles, fué causa de que todo el mundo se fijase en nosotros y de que los amigos y los conocidos de mi acompañante se apresurasen á llamarle y á saludarle con la curiosa intención de atajarle en su carrera.

El señor Angosto se quitaba el sombrero para los unos, hablaba á los otros, volvía la cabeza, sonreía, decía adiós con la mano, y gozaba con la curiosidad de todo el pueblo; pero no refrenaba su caballo.

Los nobles brutos se habían colocado á la altura de las circunstancias y galopaban más que corrían.

En una calle cortada á lo largo por ancha acequia de agua cristalina, lavaban su ropa los soldados, y por cierto que el espectáculo era curioso.

Hasta que no dejamos atrás el pueblo, no pudimos vernos libres de importunos.

Cinco leguas teníamos que recorrer antes de llegar á Vilcahuaura, y dos habríamos apenas andado, cuando divisamos un jinete que no debía tener tanta prisa como nosotros, á juzgar por el paso tardo de su modesta cabalgadura.

—¡Esta es buena!—dijo soltando una carcajada mi tio de ocasión.—Aquel ciudadano que ve usted también es español: reside en el Perú desde hace sesenta años ¡aprieta!, está fuerte y robusto como un joven, y cifra su placer único en averiguar mentiras ó verdades para producir sensación al referirlas: es una especialidad; y

Digitized by Google

si usted me lo permite, voy á darle que tejer para todo el día picando su excesiva curiosidad.

—Por mi parte, que teja.

—Bien: pues dirijamos los caballos por el rio cuando él no pueda *virar* en redondo.

Asi lo hicimos, como si no hubiéramos advertido su presencia; pero ya no podía regresar el curioso viejecillo sin cometer una manifiesta grosería.

Muy mal debió de sentarle la maniobra, porque al cerciorarse, sin duda, de que no era yo ninguna de las señoras de la familia de Lores á quienes podía haber acompañado el señor Angosto, volvió grupas, y comenzó á dar desaforados gritos llamando á su paisano.

—¡Angostoo! ¡Angostooo!

—¡Hola!—respondió éste.—¿Eres tú? (La pregunta del español.)

—Sí, oye.

—No puedo detenerme.

Agarrándose entonces el viejo á la última esperanza de averiguar algo, le preguntó por señas quien era yo.

El interrogado le contestó por señas también y con cierto aire picaresco, que yo era cosa suya.

Asombrado el preguntón, repitió la mímica para indagar de dónde me llevaba y adónde.

Entonces su amigo, con lo que en Andalucia llamarian buena sombra, le hizo señas de que me habia robado y que me llevaba por aquellos algodonales de Dios, porque trigos no había.

Quedóse el hombrecillo estupefacto; nosotros seguimos galopando y riendo de la perplejidad en que dejábamos al curioso, y haciendo conjeturas sobre las infi-

Digitized by Google

nitas mentiras que contaría á los huachanos cuando le interrogasen sobre el algo extraordinario que le ocurría al amigo Angosto.

Sin otra novedad, llegamos á la espléndida hacienda de Vilcahuaura, y á Dios gracias, nos vimos libres ya de curiosos y de impertinentes.

Eché pie á tierra en el primer peldaño de una escalinata en donde me aguardaban dos elegantes y distinguidas damas; la esposa y la hermana política del señor Lores, acompañadas de las niñas mayores, hijas de ambas, del jefe de la casa y del sentenciado á flagelación por los invasores del Perú.

Después de un momento de descanso en el espacioso corredor-parterre, me dirigí á las habitaciones que me habían destinado, y cambié mi traje de montar por una elegante bata de mansuk. A las once sonó la campanilla del comedor con gran contentamiento de mi desfallecido estómago.

Cuando penetramos en la refrigerante y magnífica estancia, ofrecía la mesa un golpe de vista que jamás he podido borrar de la memoria.

De pie, y cada uno detrás de su asiento, aguardaban los hijos y los sobrinos del señor Lores, presididos por un inteligente preceptor los niños, y por una elegante institutriz francesa las preciosas niñas.

Aquel cuadro de familia, que respiraba el orden más perfecto y la distinción más refinada, me hizo recordar mi vida de viajera, los vaivenes del vapor, los sustos del camino de hierro, los traqueteos del carruaje y los trotes del caballo.

La felicidad de aquellos aristocráticos hacendados, me

Digitized by Google

parecía superiór á lo que yo había tenido por felicidad única y sin igual: me pareció superior al afán de penetrar en lo ignorado y oculto, de visitar lo desconocido, de estudiar lo que pudiera traer á la inteligencia un destello de luz y de vida; me pareció, en fin, el *desideratum* de la dicha terrenal.

Después que la señora de Lores me hubo presentado á los profesores, besé á los angelitos, encanto de aquel hogar envidiable, y comenzó el almuerzo, que fué charlado y comentado.

Y era natural. Las señoras, como buenas limeñas, querían saber lo que ocurría en la capital; ya me preguntaban por unos, ya por otros: tan pronto se indignaban patrióticamente, como se compadecían de aquellas amigas que sufrían las consecuencias de una horrorosa y maldecida guerra que pudiéramos llamar fratricida.

Porque de hermanos fué aquella, y como tal, más enconada, más sangrienta, más cruel y más inhumana.

¿Hay acaso odios más funestos que los odios de familia cuando llega la cizaña á introducirse en una casa que antes ha sido pacífica morada?

Lo dije entonces en el calor de los acontecimientos, y lo repito hoy después de los ocho años transcurridos.

La prensa con sus vehemencias, los periodistas escribiendo cuartillas bajo la impresión febril de pasiones exaltadas, han sido tan culpables como los diplomáticos sin entrañas, que á costa de tanto luto y desolación tanta, venían fraguando aquel choque funesto, epopeya gloriosa para los vencidos y arrogante victoria para los vencedores de cien y cien héroes, orgullo muy legítimo de nuestra raza hispana.

Digitized by Google

La prensa de las tres naciones beligerantes, atizaba con sus destemplanzas la hoguera á cuyo calor debía derretirse por tiempo indefinido, y cuando menos por toda esta generación, la sólida pasta que antes hubiera unido fuertemente á Chile, Perú y Bolivia.

Los diarios chilenos llamando prostitutas á las matronas limeñas, y los peruanos diciendo que era Chile el país de los ladrones, del látigo y del cuchillo corvo, ahondaban más y más aquella división, que no podía tener fin hasta que uno de los combatientes quedase exánime y exangüe.

Equivocábanse los unos y los otros; ninguno, individualmente, sentía lo que colectivamente pregonaba; pero el patriotismo, que muchas veces resulta encubridor falaz de horrible suicidio, dictó sus egoismos y sus extravíos á esa palanca que han dado en llamar cuarto poder, y que yo llamaría de otra manera.

Y no se diga que la pluma se revolvía airada, porque no es lo mismo ser actor que espectador interesado, no.

Los hijos de la prensa, de esa madre cosmopolita que así derriba como levanta fronteras á la ciencia, á las artes y á los pueblos, dejaron la pluma y empuñaron el rifle cuando sus servicios fueron necesarios, y algunos regaron con sangre generosa los campos de batalla.

* * *

Pero ha terminado el almuerzo, y siguiendo las costumbres de la casa, que en nada se han alterado por la presencia mia, nos dirigimos todos al salón.

Digitized by Google

Un momento se confunde la familia menuda con las personas mayores; pero muy pronto sale aquélla seguida de los maestros, que la llevan á recreo, entre tanto suena la hora de pasar á las respectivas clases como si se tratase de un colegio admirablemente regido.

Las niñas mayores quedaron en el salón haciendo música: la conversación se tornó artística por espacio de media hora, al cabo de la cual se retiró cada uno á sus habitaciones quedando la casa en absoluto silencio.

A las dos, nuevo campanilleo para tomar el *looonche*. Me preparaba á salir, cuando el *mayordomo* (mozo de comedor) se presentó con un velador perfectamente servido, diciéndome que la señora me rogaba que continuara descansando en mi cuarto hasta la hora de comer.

Nada, pues, alteró aquella tarde plácida.

Una vez terminada la comida, y cuando el sol declinaba, enviándonos un adiós en sus mortecinos rayos, salimos á ver los *potreros* en donde se recolecta el capullo; de allí pasamos á las dependencias y almacenes, recorriendo todas las fases por que pasa el algodón, hasta ver las balas ó *pacas* que allí se dice, preparadas para enviar á Europa.

Las primeras horas de la noche, se pasaron en agradable tertulia. A las diez se sirvió el té, como es de rigor en toda casa de América, y hasta la una estuvieron los caballeros haciendo un poder que yo debía llevarme para el arreglo de nuestros desgraciados intereses. A falta de notario, el poder se hizo ante testigos; y como la buena fé no necesita escritura pública, declaro que

Digitized by Google

nadie en Lima puso reparos á las deficiencias legales de las facultades con que me hallaba investida. A mi vez firmé contratos y escrituras, y tuvieron aquéllas toda la fuerza necesaria.

Vengan legisladores con artículos y trabas jurídicas á resolver los conflictos que resuelve la honrada palabra en momentos críticos.

A la una de la mañana me despedí de mis cariñosos huéspedes, prohibiendo que se levantasen para verme partir. A las tres debía estar en pie, montar de nuevo á las cuatro y embarcarme á las ocho en el vapor del Norte que seguía para el Callao.

Rosita Arróspide y Hurtado, la sobrina mayor de don Benito Lores, no quiso obedecer mis ruegos, y se levantó á las tres para obligarme á tomar café antes de salir. ¡Qué linda criatura! ¡Qué mujercita limeña tan adorable! Me hizo los honores de la despedida con distinción y cariño sin igual, preocupándose de los detalles más nimios. La dije adiós con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón repleto del afecto eterno que la gratitud produce.

Ella se quedaba en la morada suntuosa de su familia; ella era el encanto de los mayores y la madrecita hermosa de los pequeños; era la diosa de Vilcahuaura con su eterna y dulcísima sonrisa, con su mirada radiante, llena de luz y expresión, y con su bondad, tan humilde como inagotable.

Yo, después de las horas pasadas en el seno de la hospitalaria familia de un compatriota y casi paisano (porque Lores era gallego y yo soy asturiana muy fronteriza), volvía á luchar con la vida, con las vicisi-

Digitized by Google

tudes, con las oscilaciones sociales, y me vería combatida por fuertes tempestades, seguidas á veces de sol esplendoroso; pero tempestades al fin, que dejaban muy honda huella en mi alma.

Los caballos caminaban á *sobre paso* largo. El que no conozca la raza caballar peruana, supondrá que hay exageración en mis afirmaciones si digo que un jinete puede hacer cuatro leguas por hora sin reventar el caballo ni sentir la menor molestia, y casi podré añadir que llevando en la mano un vaso de agua sin temor á derramarla.

La raza caballar constituye en el Perú una especialidad, y debieran los aficionados europeos fijar en ella su atención para ver el modo de aclimatarla en Europa donde cosas menos útiles se aclimatan.

Reunen en sí aquellos nobles brutos las condiciones excepcionales de las razas más estimadas; estampa bellísima y correcta, pelo fino, suave y brillante, resistencia asombrosa, agilidad que maravilla, braceo arrogante y elegantísimo, brío en las ocasiones *solegnes*, y, en fin, es el caballo peruano tan pulcro, tan elegante y tan jaquetón, que ni en las grandes jornadas pierde la compostura armónica que constituye la idealidad de la estética caballar.

Y para que nada falte á los hermosos corceles de la tierra del sol, tienen la nobleza de *Bucéfalo*, el histórico animal que tantas veces salvó la vida de Alejandro el Magno y legó su nombre á la ciudad de Bucefalia.

Permítanse estos desahogos en gracia á los servicios que los caballos peruanos me han prestado, y á que, como apasionada por lo que hoy llamamos sin empacho

Digitized by Google

lingüístico el *sport*, he pasado mis más felices horas formando parte de alegres cabalgatas.

Un tordillo he montado en el pueblo minero Cerro de Pasco, que tan airosamente y con tanto garbo movía los brazos, que arrojaba morrillitos con los cascos á la cara de los jinetes que me seguían, por lo cual procuraban no ponérsele á retaguardia.

El que no lo crea, que lo dude; pero yo digo la pura verdad, y por ahora basta de caballos.

Las seis serían cuando llegamos á Huacho. Sin apearnos tomamos mi pasaje en la puerta de la gerencia de vapores, y después de haberlo recogido me dijo el señor Angosto:

—Es temprano, el vapor no debe haber fondeado todavía. ¿Quiere usted que vayamos á descansar á casa de misis...? (aquí un nombre chino).

—Vamos adonde usted quiera; pero ¿quién es esa misis china?

—Es la institutriz inglesa que el Sr. Lores hizo venir de Europa para sus hijas; se ha casado con un chino riquísimo.

—¿Una inglesa casada con un chino? Y ¿tienen hijos?

—Sí, señora; dos pequeñitos.

—Pues vamos allá; esa familia debe ser digna de estudio.

La nuera de aquel Confucio nos recibió con amabilidad suma.

Cuando nosotros penetramos en el patio, había en él dos caballos enjaezados, uno muy ricamente al gusto de los hacendados caballeros y otro dispuesto indudablemente para un criado que debía seguir á su amo.

Digitized by Google

Un chino, que debía ser el jinete de la modesta cabalgadura, sostenía ambos animales por la jáquima, y antes que nosotros echásemos pie á tierra, salió el jefe de la casa, otro chino buen mozo, al que prestaban cierta arrogancia las botas altas, el sombrero de anchas alas y el magnífico *poncho* de vicuña.

Me saludó quitándose el finísimo *guayaquil* que cubría su redonda cabeza, y se acercó á presentarme la rodilla para que me apease; pero todo esto sin mover los labios, con un respeto mudo que contrastaba con sus maneras cultas y no exentas de distinción.

En el momento apareció una mujer de juventud dudosa, delgada y de cabello rojo, como cuentan las Escrituras que era el del mal apóstol.

El Sr. Angosto hizo la presentación, y la esposa del chino se mostró complacidísima de verme en su casa.

Al poco rato se presentaron dos pequeñuelos blancos y rojos como su madre, pero de ojos redondos y cara achatada, como la del autor de sus dias; salían en camisa huyendo de otro criado chino que inútilmente pretendía cogerles para vestirles.

Se guarecieron entre las faldas de la inglesa, y á pesar de tenerles yo tan próximos, declaro que no pude darles un beso, aun siendo como soy apasionada por las criaturas.

Miré á la madre con prevención mal reprimida. Entretanto comprendí el contubernio legal de las dos razas, no vi cosa que repugnase al sentimiento; aquel hombre amarillo podía ser amante, apasionado noble y bueno; podía sin duda hacer la felicidad de la mujer, que de grado le había admitido por consorte; pero cuando la

Digitized by Google

imaginación penetró en lo monstruoso del cruce animal, me horroricé de la hembra que no había retrocedido antes de marcar á sus hijos con el estigma de facciones tan despreciadas entre los caucásicos.

Por fin, el chino sirviente atrapó á los chinitos amos, y, quieras que no, cargó con ellos y les condujo á su habitación.

Conversamos un rato más entre tanto llegaba el criado que había de conducir al puerto mi ropa para transformarme de nuevo luego que estuviésemos en el conocido *gabinete* del napolitano.

Pero estaba de Dios que no había yo de volver á percibir la fragancia que exhalaba el *lecho* revuelto del *chinganero*, y aquí comienza la justificación del título que doy á este muy verídico *sucedido*.

Estábamos recorriendo las habitaciones de la casa, cuando llegó el criado á decirnos que el vapor había pitado ya para salir. Nos despedimos y montamos precipitadamente, encaminándonos al puerto á galope tendido.

Antes de alejarme he de hacer constar que la morada de aquel matrimonio híbrido era abigarrada, mezcla de asiática y europea, y aparte del salón adornado con las reminiscencias de buen gusto, que en otros tiempos debía haber tenido su ama, el resto de las habitaciones acusaba el estragamiento estético de la antigua institutriz británica.

Los dormitorios de los esposos estaban separados; él no había abandonado los hábitos de su raza en la vida doméstica.

Su cuerpo descansaba de las fatigas del día sobre un *petate* ó esterilla (muy fina, eso sí) extendida sobre el

Digitized by Google

pavimento, una almohada con funda de encaje y una manta de algodón completaban la cama del chino feliz, que había logrado por esposa á una mujer superior á él por todos conceptos.

Pero estamos en el puerto; el vapor hacé sonar el pito de la máquina y al decir de los negros *relículos* del día anterior, levaba anclas en aquellos momentos.

Después de la ocupación de Lima por los chilenos, se habían hecho elecciones para reunir un Congreso que decidiese el fin de la guerra, que ajustase paces y que discutiese los artículos de ellas. Al día siguiente se reuniría el Congreso en Miraflores, y los representantes del Norte iban todos en aquel vapor. Habían rogado al capitán que procurase llegar al Callao antes de las seis para desembarcar en la misma tarde, y el capitán, que nada tenía que hacer, ya se disponía á marchar.

Imposible que yo pudiese despojarme del traje; hubiérame visto obligada á quedarme cuatro ó cinco dias, y esto descomponía, trastornaba todos mis planes.

¿Qué hacer?

No había tiempo, sería un milagro llegar, según los boteros. El señor Angosto opinaba que me quedase.

—¡Imposible!—dije—mi casa no puede estar sola tantos dias, mi hijo me aguarda. ¡Vamos al bote!

Y salté sobre los hombros de un negro, vestida de amazona.

—¿Así?

—Así; lo más que pueden decir es que pertenezco al cuerpo de *Caballería de marina*.

Llegamos al costado del buque cuando éste se balanceaba ya libre de las anclas. Había sobre cubierta

Digitized by Google

multitud de pasajeros y todos se asomaron á la borda para ver quiénes eran los rezagados.

Recogí el larguísimo *ropón* (entonces no se usaban esas miserables faldítas que me parecen horribles), lo eché sobre el hombro izquierdo, empuñé el latiguillo, estiré el guante de manopla, encasqueté con aire hípico el sombrero y comencé á subir la escala precedida del señor Angosto, que me aguardó en lo alto para ofrecerme el brazo.

Así cruzamos por entre la fila de pasajeros que se apiñaban para contemplar á la estrafalaria viajera.

Me señalaron el camarote y me despedí del señor Angosto, no ya con el medio abrazo del dia anterior, sino con uno muy apretado y muy cariñoso, expresión fiel de mi gratitud y simpatía.

Mi pobre compañero derramó algunas lágrimas.

—Usted volverá á España—me dijo—yo no veré jamás el cielo de la patria ni las fértiles vegas de Murcia, en donde se deslizaron los primeros años de mi existencia.—¡Adiós, y para siempre!—continuó.

¡Qué horrible frío!

¿Habéis experimentado alguna vez la sensación que produce un adiós ¡eterno! entre personas que no están cercanas al sepulcro?

* * *

Me olvidaba decir que las corrientes del Pacífico se encargaron de que no fondeásemos en el Callao antes de las seis de la tarde. Las prisas resultaron inútiles; pero yo había corrido el ridículo.

1889.

Digitized by Google

Digitized by Google

DE LA ARAUCANIA

EL PARLAMENTO DE HIPINCO

En la región meridional de la República chilena, entre las altas cimas de los Andes y las estribaciones de la llamada cordillera Marítima, que sirve para dejar libre, por la costa, la comunicación entre las provincias de Sur y Norte, habitan, mejor dicho, acampan tribus de guerreros indómitos, como los cóndores que remontan las eternas nieves de las montañas andinas. Son los aborígenes de Chile, los araucanos fieros y jamas domeñados por humanos esfuerzos.

En una superficie de sesenta á setenta mil kilómetros cuadrados, viven de la ganadería, de las minas y de la

Digitized by Google

agricultura principalmente, unos ochenta mil individuos, diez y ocho mil de los cuales son hábiles y temerarios guerreros.

Bien se comprenderá cuán difícil ha de ser fijar de un modo exacto las cifras. Allí no hay padrones domiciliarios y la estadística es ciencia elástica acomodada á diversas combinaciones, según el criterio del que las hace, con el objeto, las más veces, de mermar importancia á los independientes araucanos.

Dejando esto á un lado, pues que no me importa rectificar á los que creen que la Araucania, propiamente dicha, sólo cuenta hoy cincuenta mil habitantes, consignaré algunos datos históricos que cumplen al objeto de este artículo.

El verdadero y primitivo nombre del araucano es *moluche*, que quiere decir «guerrero.» Araucano no pasa de ser apelativo español, poco diferente de *hancae*, que en la antigüedad le dieron sus enemigos los *quichuas* del Perú, como acepción de salvajes y rebeldes, pues que siempre lo fueron para rechazar la dominación de los Incas. El de hancaes, á pesar de su intención despreciativa, fué aceptado por los moluches, como un honroso título que tradujeron por indicación de «hombres libres,» y en tal sentido ha llegado á nosotros, significando independencia y valor la frase que formada fuera con caractéres quichuas para indicar enemistad y desprecio.

Conceptuamos nosotros tiempos prehistóricos respecto á este pueblo, los anteriores á su descubrimiento por los españoles, y data del año 1550 la época en que éstos, dueños ya del Perú, hicieron los primeros intentos

Digitized by Google

para someter la Araucania. De su vida anterior nada se sabe.

La lucha fué larga, encarnizada, sangrienta y llena de feroces peripecias. Apenas en 1565 pudo creerse, ilusoriamente, que los indios estaban dominados.

Tras breve tregua, la guerra se renovó en 1568, para costar á los españoles más víctimas y más dinero que la conquista de territorios tan vastos y poblados como lo eran Méjico y el Perú.

El año 1598 tuvo lugar una sublevación general de fatales consecuencias para el poderío de las armas españolas; todos los establecimientos fundados al Sur del Bio-Bio y en Valdivia, fueron destruídos por el fuego y sus moradores lanceados cruelmente.

La lucha tomó, por parte de unos y otros contendientes, espantoso caracter de ferocidad, y aquel puñado de legendarios héroes que á tres mil leguas de su patria peleaban, como las fábulas cuentan que guerreaban los dioses de la Mitología, sucumbian sin abatir la indomable fiereza con que los indígenas defendían sus chozas,

«Cual el cerdoso jabalí herido,
al cenagoso estrecho retirado,
de animosos sabuesos combatido
y de diestros monteros rodeado,
ronca, bufa y rebufa embravecido,
vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
y los espesos tiros desbarata.»

En la historia sangrienta de los pueblos se registran

Digitized by Google

pocas guerras que, como la sostenida por araucanos y españoles, formen un siglo de horrores eslabonados año tras año por la temeridad, la ira y la venganza. Y es que la lucha por la independencia de los pueblos, engendra ardores incesantes, prodigios admirables y hazañas feroces.

Así, la defensa que de su tierra hicieron los moluches, tiene cierta semejanza con la de sus propios enemigos en la sin rival epopeya de la reconquista comenzada al primer *ixuxú* del guerrero astur, que repercutió en las breñosas sinuosidades de Covadonga, para terminar con un ¡viva! estentóreo en las rientes vegas de Granada.

Los españoles tenían en más que la vida el honor militar; los araucanos ansiaban la venganza de sus padres, y en defensa de sus huesos, que sembraban los campos, y en aras de la libertad, que con salvaje amor anidaba en sus pechos, arrojaban al combate á niños y mujeres, que cual varones esforzados peleaban.

Así se explica, aunque no sobrado se admire, que no teniendo los araucanos más de ciento cuarenta leguas cuadradas de territorio, sin fuertes, ni muros de defensa, y levantándose en el centro dos plazas fuertes, y habiendo en los límites tres pueblos castellanos, hubiesen de retirarse éstos, después de titánicas luchas, para conformarse con poseer algunos puntos fortificados de la costa.

Las primeras guerras del siglo XVI, inspiraron al caballero santiaguino don Alonso de Ercilla el tema de su poema épico. De éste dice Cervantes ser uno de los

Digitized by Google

mejores hasta entonces escrito, y del autor añade Espinel:

Que en el heróico verso fué el primero
que honró su patria, y aun quizá el postrero.

Sea esto así, ó ya se considere su obra más interesante por los datos que aporta á la Historia que como monumento poético, es lo cierto que á Ercilla se debe la verídica relación de aquellos acontecimientos. Actor valeroso en las campañas que movieron su pluma, pudo, cual César, historiar sus propios hechos. Los timbres de gloria que conquistaron dos pueblos vertiendo sin duelo su sangre, á no existir don Alonso, hubiéranse perdido en las riscosas estribaciones de los Andes meridionales.

Otro poema, aunque menos célebre, *El Purén indómito*, de Fernando Alvarez de Toledo, ha sido publicado en nuestros dias por vez primera (París, 1862), y es asimismo útil documento que confirma los preciosos datos allegados por Ercilla para la historia de la Araucania.

Son los *moluches* ó araucanos de estatura regular, más bien baja que alta; pero gruesos y fornidos. El color de su tez es moreno aceitunado ó cobrizo, con tinte más pálido que el de los indios del Perú. Sus cabellos eternamente negros, crespos y fuertes cuando la raza es pura, sin cruce europeo, pueblan una cabeza abultada; tienen la frente estrecha, los pómulos salientes, la nariz larga y un tanto aplastada, la boca grande aunque de

Digitized by Google

labios bastante delgados, los ojos marcados en línea horizontal y la barbilla ancha y corta.

El conjunto se diferencia muchísimo de los indios que habitan desde el Perú hasta la bahia de Hudson.

Su idioma, compuesto con profusión de vocales muy abiertas, sin sonidos guturales, y con una sencilla conjugación del verbo, resulta de acento variado y dulce.

El araucano no es feroz por instinto; por el contrario, es en la paz afable, hospitalario y fiel á sus compromisos.

Sabe distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, la probidad de la trapacería y la generosidad de la bajeza. Grave, formal y pensador, cuando obedece á sus jefes, es también, por singular contraste, holgazán, glotón, borracho y jugador cuando se abandona á sus propios impulsos. Aquella raza lo lleva todo al extremo y á la exageración, y de un sentimiento cualquiera pasa á antípoda con rapidez increíble.

Así, no es cosa rara que después de acatar largo tiempo las cristianas exhortaciones de los misioneros y rendir adoración al Dios verdadero, le manden á paseo por no haberles salido á medida de su antojo algo confiado únicamente á su omnímodo poder.

En la guerra se transforma el araucano, se desencadenan sus pasiones más perversas y le dominan los instintos feroces.

Antiguamente mandaban sobre los jefes de tributos *toquis* y los *ulmenes*, especie de soberanos político-religiosos, á semejanza de czares salvajes, pero que se diferenciaban de éstos, sin embargo, en un esencialísimo

Digitized by Google

punto; en que su autoridad no provenía de derecho divino, ni tampoco hereditarios, pues que eran elegidos por asambleas de nobles.

Los toquis y los ulmenes velaban por los intereses generales y dirigían en caso de necesidad los ejércitos.

Ahora no existen tamañas dignidades; la federación se ha entrado de rondón en el territorio araucano sin necesidad de apóstoles que la prediquen.

El país se divide en tribus pequeñas, y cada cual ejercita su santísima voluntad.

Considerando estas tribus agrupadas según el territorio que ocupan, puede denominárseles aproximadamente:

Picuches, á los del Norte.

Puelches, á los del Este.

Y *Huilliches*, á los del Sur.

La sílaba final *che*, quiere decir pueblo.

Unos y otros, según las máximas de los pueblos bárbaros, entienden que la mujer es la esclava del hombre, y aunque consideran como esposa legítima á la primera que conocen maritalmente, pueden tener tantas y cuantas su fortuna les permita.

La ceremonia nupcial no puede ser más sencilla: el *galán* roba á la *dama* de sus pensamientos y huye con ella á un sitio oculto; las mujeres, parientes de la secuestrada, son las encargadas de perseguir al raptor y de no encontrarle; los hombres permanecen indiferentes.

Transcurridos unos dias, preséntanse los recien casa-

Digitized by Google

dos, sin otra obligación por parte de él que la de indemnizar á la familia de la novia.

Cada esposa tiene su hogar aparte y la obligación de ofrecer á su cónyuge diariamente un plato condimentado por ella y de regalarle cada año un traje completo con su correspondiente *poncho*.

La independencia chilena, la abolición de la esclavitud y las reformas introducidas en Chile por las nuevas leyes, tenían que modificar el organismo de los araucanos y, al propio tiempo que en los civilizados, influir beneficiosamente en los salvajes indomables.

No impidieron dichas leyes, sin embargo, que los gobiernos libres intentasen, como los del coloniaje, las anexiones de territorio, aunque infructuosamente, si por las armas hubieran de anexionarlo.

Los moluches no pueden olvidar sus salvajes y guerreras costumbres.

Todavía se recuerda con horror un asalto dado á «Concepción,» capital de la provincia del mismo nombre.

En 1823, y confiados en las revueltas que agitaban á Chile, llegaron á dicha ciudad y destruyeron sus principales barrios.

El *malón*, acto de pillaje, equivalente á la *razzia* de los árabes, ha sido posteriormente organizado muchas veces y rechazado valerosamente por el ejército chileno.

Aún se ven entre los veteranos rostros surcados por largas y profundas cicatrices que denuncian terribles lanzazos de los indios, en las infinitas escaramuzas que

Digitized by Google

han sostenido con sus vecinos, los guardadores de la frontera civilizada.

Ya es hoy felizmente desusado algún pequeño choque de esta naturaleza, gracias al efecto y al exquisito tacto con que Chile los ha tratado.

Se han celebrado con los araucanos varias conferencias.

La más importante desde que la nación chilena ostenta el nombre de tal, es la que se conoce con el nombre de Parlamento de Hipinco, se celebró en 24 de Noviembre de 1869. El coronel entonces y hoy teniente general don Cornelio Saavedra, á quien sus compatriotas llaman con razón el restaurador de la Araucania, por haber sido el que más contribuyó á su pacificación, congregó en Hipinco á más de sesenta tribus que se apresuraron á enviar sus representantes en número de más de 1.500. Las sesiones se celebraron en pleno campo y á la sombra de un arbol secular, y los resultados del Congreso fueron en alto grado beneficiosos para la paz relativa que desde entonces se viene disfrutando.

El coronel argentino don José María de Olascoaga, ha pintado un lienzo que representa la curiosa y pintoresca Asamblea; figuran en el cuadro el propio autor.

Un coronel Saavedra; el sargento mayor don Gregorio Urrutia; el de igual graduación don Mauricio Muñoz; el capitán don P. O. Nolasco; el comisario don Luis Barra; el misionero fray Palavicino; que le acompañaba.

Entre los caciques que concurrieron á la Asamblea y

Digitized by Google

se ven en el cuadro están los celebres Melín y Norín.

Se presentaron los diputados de las tribus araucanas vestidos todos con exagerada elegancia; sus trajes chillones, las pinturas de sus rostros y lo variado de la indumentaria dan al cuadro de Olascoaga vida y animación extrañas.

Visten unos chaqueta, otros vieja casaca adornada con botones amarillos; pero todo ello cubierto con el indispensable poncho, y á su cabeza atan un pañuelo de yerbas ó se encasquetan un gorro de forma imposible por lo fea y antigua.

Van descalzos por regla general ó llevan una piel de carnero adobada, á guisa de bota caballeresca.

Chile ha enseñado prácticamente á los moluches cuánto les conviene la paz, comprendiendo á su vez que por la ley de la fuerza no llegaría á ser tranquilo poseedor de tan bella región; y sus gobiernos, que tanto han fomentado, para gloria de aquel Estado, la instrucción popular y la riqueza pública, van ensanchando su pacífico dominio en territorios araucanos con dulce parsimonia, ayudada por los arreglos diplomáticos que trae entre manos con su vecina, la gran República Argentina.

Los ferrocarriles, los misioneros franciscanos y capuchinos (*paquiros*, que dicen los indios), han logrado mucho. El cruzamiento de razas y la civilización, imponiéndose al hombre desde que se agita en el claustro materno, hasta que respira en la juventud el ambiente de las evoluciones que nutren el ser moderno, acabarán la obra redentora de la humanidad.

Quizás á la terminación de este siglo omnipotente estén próximos á formar parte de un pueblo culto y en-

Digitized by Google

grandecer á la nación chilena, los que no hace mucho tiempo que inmolaban bárbaramente á los infelices prisioneros en aras de sus divinidades la *muerte* y la *venganza*.

¡Así sea!

1891.

Digitized by Google

Digitized by Google

ELISA BRAVO

LEYENDA CHILENA

Refiere la tradición esta leyenda con detalles de verosimilitud espeluznante: yo no haré sino dar forma á lo que impresionadísima escuché á persona que se decía muy enterada.

Cualquiera á quien preguntéis en Chile quién fué Elisa Bravo, os responderá que una mujer tan hermosa como desgraciada, tan infeliz como mártir del destino.

Era Elisa una joven perteneciente á linajuda familia. Casó de veinte años con hombre que la edad le doblaba, y salió inmediatamente para Europa en uno de aquellos buques de vela que tardaban cinco meses en llegar á España, cuando por suerte no perecían al doblar el Cabo de Hornos.

Digitized by Google

El barco que á Elisa Bravo y á su marido transportaba á la Península, fué juguete de un temporal que lo hizo pedazos en las costas araucanas.

Los salvajes recogieron á los náufragos que la playa pudieron ganar después de mil fatigas, y los presentaron al cacique Lucayán, para que en su alta sabiduría dispusiese lo que se le antojase conveniente.

Elisa Bravo era de los milagrosamente salvados; verla Lucayán y prendarse de ella, cosa fué de un instante. La declaró su amor sin más preámbulos, y al ver que la hermosa blanca daba señales de aborrecerle, ordenó que todos los extranjeros fuesen sacrificados á los dioses, implorando su protección para lograr el amor de la mujer divina.

Ejecutada que fué la sentencia, llevaron á Elisa adonde yacían los cadáveres de sus compañeros; su dolor no tuvo límites; creyó morir y cayó sin sentido presa de un síncope gravísimo. No pudo Elisa saber cuánto tiempo durara el estado anormal de su organismo; sólo vió, al volver á la vida que sentado al pie de su lecho de pieles había un hombre contemplándola con ansiedad y ternura infinita: era Lucayán que la idolatraba, Lucayán, que había creído perderla y que la había hecho transportar al interior de Araucania, algunas leguas de las fronteras chilenas, creyendo que la proximidad del mar y el paraje de tan tristes recuerdos pudieran serle fatales al volver á la vida.

Así lo habían aconsejado á Lucayán los *doctores* que fueran consultados, y dicho se está que se habían buscado cuantos eran estimados por su sabiduría y su ciencia.

Digitized by Google

Cuando la fiebre cedió en la infeliz prisionera y pudo su razón volver atrás para reconstituir los angustiosos momentos del pasado, no tuvo límites la desesperación de Elisa; ora llorába implorando de Lucayán su libertad, ora se tornaba furiosa y pedía una muerte súbita que de tales tormentos la librase.

El cacique lloraba con ella, imploraba también algo que á Elisa repugnaba, pues harto comprendía la poetica y amorosa mímica del indio, y los dos pasaban horas enteras, amando el uno, odiando la otra; pero suplicando ambos.

Hacía Lucayán que los mejores poetas araucanos cantasen alabanzas rimadas á la joven, y que los más diestros músicos la entonasen cánticos, arrancando lágrimas á los instrumentos para ablandar el corazón de la virgen, sorda á sus lamentos.

Lucayán amaba de tal suerte á la mujer hermosa, que por crimen hubiera tenido forzar aquella voluntad, que era sagrada para el valiente araucano, fiero en la guerra, dulce en la paz, cruel con los enemigos, enamorado con sus mujeres y fanático con los diosés de sus mayores.

Pasaban los dias y los meses; Elisa, que había sentido la imperiosa necesidad de alimentarse, accedió á vivir, después de grandes luchas, para morir sin atentar á su vida, pues que la era imposible moverse, sin que las esclavas puestas á su servicio avisasen de sus movimientos al señor y dueño de todos.

Con una saña horrible, con odio profundísimo miraban las mujeres de Lucayán á la rival extranjera que de modo tal había absorbido el corazón y la mente del ca-

Digitized by Google

cique; ¡y cuánto no gozaban aquellas naturalezas salvajes, contemplando la desesperación del *señor* y los desprecios de la blanca!

Entre las esclavas de Elisa había una, Julca, india que podía contar dieciséis años, de peregrina hermosura y que había sido antes de aparecer la diosa blanca manjar el más codiciado de Lucayán y su bocado más exquisito.

Las mujeres del cacique procuraban, exasperando su alma infernales venganzas; pero Julca mostrábase extremadamente cariñosa con Elisa, y ella era la que con más esmeró y solicitud la servía. ¡Con cuánto placer lavaba Julca las turgentes carnes de la hermosa, con qué suavidad la peinaba, cómo envolvía su cuerpo con las más ricas telas y con qué afanosa solicitud atendía á todo aquello que pudiera serle grato!

Y era que Julca resultaba otra víctima de la barbarie. Julca era india; sangre real corría por sus venas y fuera necesario entregarla á la brutalidad de un hombre de su clase, arrancándola del amor de un guerrero, á quien con pasión ardiente recordaba.

Elisa fué poco á poco sobrellevando aquella situación desesperada, gracias á los consuelos de Julca; ambas jóvenes llegaron á quererse fraternalmente, y con grandes esfuerzos de la voluntad iban asimismo venciendo las dificultades del idioma. A los seis meses de vivir en tal situación entendía Julca el castellano y Elisa podía suplicar la libertad á Lucayán en su salvaje, pero dulcísima lengua.

Las mujeres completamente relegadas al olvido del cacique repartieron su odio entre Elisa y Julca.

Digitized by Google

Lucayán tuvo que salir precipitadamente para sofocar una insurrección que amenazaba destrozarle, y dispuso que la corte se trasladase al interior de un bosque, llevando á Elisa con los cuidados y mimos que debía tener la idolatrada favorita de señor tan poderoso.

—¡Adiós! la dijo al partir, si muéro en la batalla. dejo dispuesto que te lleven á la frontera y que te dejen entre los tuyos; no quiero que mis vasallos te torturen y tomen por fuerza lo que yo estimo en más que la vida; tu amor. Si muero, ¿te acordarás de mí, ingrata de los ojos azules? Y si no muero, ¿pagarás con una sonrisa el valor con que pensando en ti me haya batido?

Elisa no contestó; pero dirigió á Lucayán una mirada de agradecimiento. De la muerte de aquel hombre dependía su libertad y su dicha; casi encontraba criminal la hermosa chilena, desear que los enemigos venciesen á Lucayán.

Sin el temor que las mujeres tenían al cacique, Elisa no hubiera vivido muchos dias después de la marcha de éste; pero sabían que la venganza del enamorado indio hubiera sido terrible. Por otra parte Julca velaba siempre por el bien estar y la tranquilidad de la diosa rubia.

Habían transcurrido dos años: Elisa vivía en la molicie de favorita mimada. Lucayán la contemplaba arrobado, Lucayán moría de amores sin atreverse á tocar el ídolo para no mancharlo.

Si pretendía embriagarse con distracciones que antes le habían parecido sublimes, volvía loco y desesperado, implorando el perdón de la mujer que con su recuerdo se interponía entre el cacique y los placeres.

Digitized by Google

Elisa hablaba bastante bien el araucano: lo encontraba poético, dulcísimo y cadencioso; Lucayán en cambio sabía prodigarle caricias en castellano, gracias á la previsión de Julca que á toda costa pretendía unir aquellos corazones.

Un dia en que la ex-favorita hablaba á su señor de las bellezas de la blanca, y le decantaba sus formas celestiales, sus hechizos á ella sola revelados, sintió Lucayán una especie de fiebre, de arrebato que le obligó á postrarse delante de Julca.

—¡Oh, tú, criatura celestial!, le dijo. Tu la que yo he olvidado por una mujer ingrata que no me quiere y me hace sufrir mil torturas, tu eres la buena, tu eres la diosa, tu eres la que yo debo amar eternamente.

—No, Lucayán, Elisa te amará; ya no le eres repulsivo, ya no te odia; desea volver entre los suyos; y, sin embargo, no pedía tu muerte cuando fuiste á la guerra.

—No; no te sacrifiques Julca: tú que me amas, pretendes darme la dicha con esperanzas: vano empeño; ya no la quiero; á ti, mujer adorable, á ti ama mi corazón, á ti desean estrechar mis brazos.

Y Lucayán corrió á buscar á Julca, que temblando se había replegado hacia la pared.

—¡Qué! ¿Acaso me rechazas? ¿Tienes celos? No los tengas, paloma: aquello ha pasado; sólo tú vives aquí, tú...

Julca sintió sobre sí la mano de Lucayán, y lanzó un grito.

—¡Cómo! ¿Te asusto? Te causo también horror como á la blanca, que gime y suspira acaso por otro hombre que la espera... ¡Ah, Julca! ¿Amarás tú á otro? ¿Tiem-

Digitized by Google

blas? ¡Desgraciada de tí si me has mentido un amor que no sentias!

—Lucayán, tu pasión por Elisa te trastorna.

—No, ahora no es á ella, es á tí á quien amo.

—Te equivocas; ¡es á ella!

—Te digo que es á tí. ¡Infame! Vas á morir porque quieres á otro y me has engañado.

—¡Elisa! ¡Elisa! gritó Julca pudiendo desasirse de las férreas manos del indio y corriendo á refugiarse en la estancia de la bella chilena. ¡Sálvame! ¡Quiere matarme! dijo arrojándose á los pies de Elisa, que tendida en magníficas pieles se incorporó para proteger á Julca.

—¡Matarte! ¿Por qué?

—Porque quiere que le ame y no puedo: ya sabes que adoro á otro; le he visto ayer, ha corrido mil peligros para llegar aquí, y le he prometido morir antes que volver á ser de Lucayán.

No había terminado Julca, cuando el cacique entró un tanto repuesto; pero dando señales de la terrible lucha que agitaba su organismo.

Elisa le dirigió indefinible mirada. ¡Oh, humano corazón! ¡Cuántos repliegues ocultas que no penetra el fisiólogo más entendido!

Lucayán aparecía á los ojos de Elisa Bravo, no como el indio inculto y salvaje que todo lo atropella por saciar sus deseos bestiales, sino como el hombre civilizado, esclavo de una pasión avasalladora, luchando con sentimientos elevados, adorando sin esperanzas y respetando al ídolo como á los dioses sagrados de su culto.

Pero en aquellos momentos críticos y especialísimos,

Digitized by Google

oyendo á Julcá decir que el amo y señor reclamaba las caricias que le debía su esclava favorita, sintió Elisa un dolor agudo en el corazón, y jamás hombre alguno le pareciera tan bello como Lucayán, exaltado y luchando con los impulsos de su fiereza.

—Lucayán, dijo Elisa con acento que jamás había encontrado en su voz al hablar con el indio, perdónala, ¿qué te ha hecho?

—¡Que ama á otro!

—Y á tí que te importa: ¿no dices que me amas á mí sola?

—¡A tí! ¡Oh! ¡Sí, á tí!; pero tú eres el espíritu malo de mi vida; tú no me querrás nunca.

—Te engañas; te querré con una condición.

—¿Cuál? ¡Habla! ¡Pero habla pronto, pronto!; ¿no ves que me muero, mujer hechicera? habla!

—Que seas mi esposo; pero sólo mío, ¿entiendes? Que dejes á tus mujeres en libertad y consientas á Julca, casarse con el que ama.

—¿Y nada más? ¿Con tan poco te conformas? ¡Sí, mujer adorada! ¡Eso, más, mucho más: conquistar á los blancos para que tú seas reina!.., ¡Oh! ¡No, no me pidas eso; tendría miedo de perderte; los mataría á todos por celos!

Pasaron veinte años, nadie recordaba ya en Chile el desgraciado fin que podía haber cabido al buque, que con rumbo á España zarpó sin que fuese posible adquirir sobre su suerte la menor noticia.

Los padres de Elisa habían muerto creyendo firmemente que habían perecido sus hijos en un naufragio;

Digitized by Google

pero ¿dónde?, ¿cómo? Esto fué lo que no pudieron averiguar jamás.

Chile era ya independiente y vióse obligado, como el coloniaje se había visto, á mantener un ejército en pie de guerra en el territorio de Arauco.

Las fronteras araucanas han costado á Chile muchos hombres, y no pocos veteranos tienen el cuerpo cosido con cicatrices que recuerdan otras tantas heridas de lanza ó flecha; lanza sobre todo.

Algunos prisioneros suelen hacer los chilenos á los araucanos: cuando esto sucede, condúcenlos á Santiago, les obsequian, les hacen tocar los resultados de la civilización, les acarician, les miman, y luego los envían de nuevo entre los suyos para que puedan hablarles de lo que han visto: todo esto se pierde en aquel mundo, ignoto para el hombre civilizado.

El araucano no quiere ni admite ninguna clase de cultura; es enemigo del blanco, y se acabó; batallarán siempre y batallarán unas y otras generaciones.

Si los blancos tratan bien á los prisioneros indios y los restituyen á sus dominios, no hacen otro tanto los indios con los blancos; prisionero que cae en sus garras, ya puede contarse con los muertos, á no ser que necesiten intérprete y sostengan uno para dedicarlo á los trabajos de protocolos diplomáticos, cosa curiosísima en alto grado.

Recuerdo un mensaje escrito por un lenguaraz ó intérprete de los indios patagones al presidente de la República Argentina don Nicolás Avellaneda, en el cual después de hacer mil mentidas protestas de cariño, amistad y obediencia, le pedían una porción de zurrones de

Digitized by Google

yerba mate, muchísimas botellas de rom y coñac, telas, aguardiente, tabaco y un sin fin de baratijas,

Igualmente hacen de vez en cuando los araucanos con los gobiernos de Chile, aunque á decir verdad, ni son los araucanos tan falsos ni tan pedigüeños como los patagones.

He dicho que habían transcurrido veinte años y que ya Chile era país independiente. En uno de los frecuentes encuentros de tropas chilenas con salvajes araucanos, tomaron éstos algunos prisioneros que fueron llevados á presencia del cacique.

Era éste el esposo de Elisa Bravo, y júzguese de la sorpresa agradable que los prisioneros recibirían oyendo al cacique chapurrar no muy mal el castellano.

Los prisioneros, que ya se contaban fuera del mundo de los vivos, vieron un rayo de sol iluminando su existencia; pero su sorpresa llegó al colmo cuando el cacique les presentó á su esposa, mujer de belleza bastante ajada; pero revelando todavía las hermosuras de su juventud. Ella fué la que contó á los prisioneros su desgracia y los detalles de su triste destino. Les dijo quién era, les refirió cuanto le había ocurrido, y preguntó con vivo interés por su querida patria. ¡Cuál no sería su sorpresa al saber que Chile era una nación independiente!

—Vendremos á rescatar á usted, dijeron los prisioneros. Usted nos salva la vida, por usted obtenemos la libertad, pues todo Chile se levantará en armas para sacarla á usted de su cautiverio.

—¡Oh, no, por Dios! Suplico á ustedes que no intenten nada; sería inútil; tengo cinco hijos de Lucayán y... ya amo á mi marido.

Digitized by Google

—¿Pero esos niños?

—Son indios; son araucanos como su padre y como él serán salvajes. Poco he podido hacer para evitarlo y menos podré mas adelante; como no han de salir jamás de la Araucania, estoy bien segura, les dejo seguir sus impulsos.

—¡Pero señora!...

—Es inútil; cuenten ustedes mi desgracia; pero digan que la maternidad me ha dado resignación. Lucayán es también el mejor de los maridos.

Los prisioneros fueron restituídos y todo Chile se impresionó con la historia de Elisa Bravo.

El tiempo hará legendario este nombre; pero ha pocos años se contaba la historia con pelos y señales.

Si yo he, á pesar mío, equivocado algún detalle, del hecho, estoy bien segura de haber conservado la verdad histórica tal y conforme allá me la contaron.

1892.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CANDOMBERA

RECUERDOS DE MONTEVIDEO

Cuando andaba, parecía que en la tierra no tocaba dijo un poeta describiendo con gentileza á una mujer, y esto podía decirse de Raquelita Guerra, la muchacha más salada y hechicera de cuantas en Montevideo lucían su indolencia por el paso de Molino, muellemente reclinadas en soberbio *landeau*, y su garbo callejero rebosando coquetísima distinción en la calle del Dieciocho de Julio ó á la salida de la novèna de Ánimas.

Era Raquelita una oriental hecha y derecha, sin mezcolanzas *gringas*, ni trocatintas de sangre de horchata, cabellos desteñidos y ojos blancuzcos en fuerza de ser azulados.

Digitized by Google

Americano-andaluza pura, purita, con candelillas encendidas en los ojos, lava en las venas, ascuas en el cerebro y un intrincado laberinto de hilillos eléctricos en los nervios, semejaba una serpiente hermosa, fascinadora, de escamas relucientes y tornasoladas; pero traidora, con las abiertas fauces dispuestas á tragar al primer incauto pajarillo que por su mal tuviese la desgracia de acercársele.

Teniasela por muy dada á la política; ninguna como ella para ridiculizar á los contrarios ni para cortar trajes á las muchachas del otro bando. Era hija de un coronel muy significado en la fracción más avanzada de la democracia, en la *colorada neta*, que por mote había recibido de los *blancos* ó conservadores el nombre de partido del *candombe*, por lo mucho que bullía y rebullía sin hacer nada.

El candombe es un baile de negros, soso, requebrado y calmoso, que debe tener su orígen en el Africa. Reúnense los negros en un salón; un músico, dicho sea con perdón del arte, *cajea* en un bombo descomunal dando acompasadamente con las palmas de las manos en aquella especie de cajón, mesa ó tambor de montenegrino, domador de osos callejeros.

Un caballero retinto, se levanta ceremoniosamente á buscar á una señorita del color de las moras maduras, que suele estar púdicamente vestida de blanco y tan correctamente sentada como cualquier colegiala recién presentada en el gran mundo; hace el caballero una ceremoniosa cortesía invitando á bailar á la elegida, y ella se pone de pié; vuelve la cabeza echando una mirada á la cola para ver si está larga y estiradita, y se cuelga

Digitized by Google

del brazo que su pareja le presenta. Cuádranse ambos en medio del salón uno enfrente del otro, y como la estancia suele estar muy despejada porque no se permiten otros asientos que los humildes bancos que la rodean, quedan las dos figuras tiesas, erguidas y muy visibles para los espectadores.

Dan él y ella unos pasos adelante puestos en jarras y contoneándose con movimientos de negro *cimarrón*. Cuando se han acercado hasta la distancia de un metro poco más ó menos, hacen con la mano derecha (la izquierda continúa en la cadera) un signo como si dijeran: «Calla, que ya me las pagarás,» y girando con media vuelta hacia la izquierda, vuelven á su sitio con la misma parsimonia para repetir tres ó cuatro veces la propia tontería y retirarse después, dejando el sitio á otra pareja. Este es el cuento de no acabar nunca, y así se suelen estar los negros orientales, mejor dicho africanos, horas y horas moliendo y remoliendo, entretanto el *cajeador* sigue impertérrito su *bombeo* con intérvalos muy cortos de descanso.

Esta danza ni tiene accidentes ni me parece á mí que puede despertar entusiasmos, por más que algunas negritas sacan bastante partido de la sosera del baile moviendo las caderas con desmadejamientos rítmicos y dejadeces lánguidas.

Así se bailaba el candombe allá por los años de 1874, y creo que seguirá bailándose mientras haya *negritos* apegados á sus tradiciones.

Algún periodista endiablado, hizo una frase á costa de los demócratas rojos, y vean ustedes por donde quedaron señalados con el mote de *candomberos* los que nos-

Digitized by Google

otros llamaríamos demagogos por cobijar bajo su banderín de partido á toda la *gauchada* de armas tomar que sabía escupir por el colmillo.

A esta comunión política pertenecía Raquelita por parte de su padre. Era colorada, sí, señor; colorada y candombera, ya que con este nombre la designaban las blancas con quienes se trataba, porque las ideas de su papá no estaban reñidas con las ínfulas aristocráticas de su mamá, ni menos con el derecho que por el rango de familia tenía á pisar los más elegantes salones de la ciudad platense.

Pero Raquel era muy exaltada, exaltadísima; si los naturales miramientos de la joven distinguida no hubiesen contenido sus ímpetus políticos, más de una vez la hubiésemos visto arengando á las masas por plazas y por calles, excitando á la rebelión al populacho.

Transigía en sociedad con los otros colores políticos y transigía á duras penas; pero fuera de un salón de baile, eran enemigos suyos, así los *principistas* (colorados templados), como los blancos más ó menos netos.

Contábase que debía su mote á un drama ideado por ella, cuyo final hubo de ser trágico para un joven del partido contrario. Se enamoró de ella; era guapo, rico, elegante y sensible, y amó á Raquel Guerra con toda la intensidad que puede amar un hombre honrado á la mujer que le seduce prometiéndole correspondencia. Raquel no le quería sin embargo; había jurado vengarse de él porque su acerada pluma se había ensañado más de una vez contra los colorados. Tenía treinta y dos años; estaba en la plenitud de su vida y en la plenitud de su amor. Raquel le sedujo, le mareó, le volvió loco, y cuan-

Digitized by Google

do comprendiendo que su amante había llegado al delirio creyó oportuno el momento de la venganza, buscó un pretexto para romper los lazos que había prometido serían eternos.

Ni las lágrimas, ni las súplicas, ni las amenazas de un suicidio hicieron mella en el alma de Raquel, y al día siguiente de perder el desgraciado amante la última esperanza, puso fin éste á su existencia, encargando tan ingrata tarea á la cápsula de un revólver.

«Muero por el amor de una candombera,» decía el blanco en una carta que dejó escrita, y todo el mundo señaló á Raquel como autora de semejante crimen.

* * *

Era tan seductora la candombera, que á nadie sirvió de escarmiento lo ocurrido; los hombres se mueren siempre por la mujer que ha sido causa de un suicidio, si esa mujer es joven, hermosa, elegante y traviesa.

Aquel cuerpecillo breve que apenas pisaba el suelo; aquellas facciones menudas y correctísimas animadas por una luz satánica, deslumbrante y enloquecedora, podían conducir al infierno de las pasiones; pero no al paraíso de los amores.

Transcurría el mes de Noviembre, mes que á los difuntos dedican piadosamente las orientales. La novena de Ánimas, en la iglesia Matriz, veíase concurridísima todas las tardes; ninguna señorita dejaba de asistir, ningún hombre dejaba su puesto en tal ó cual rinconcito,

Digitized by Google

desde donde, con reserva podía observar á la hermosa de sus pensamientos.

¡Y cuidado que hay hermosas en Montevideo! La mujer oriental es flexible como el junco, elegante como pocas, suave y sonriente como los ángeles de Murillo.

Su andar tiene algo de la bayadera y mucho de la sultana encerrada en moriscos jardines; hay en su cabeza orgullo innato, en su busto majestad y en su todo el abandono de las palmeras cimbreadas por el viento.

Suelen ser las montevideanas altas y de formas correctamente modeladas; pero la candombera, aunque hecha á torno, como suele decirse, era lo que llamamos nosotros una pimienta; chiquitita, picante, y más bien redonda que angulosa.

Como todas las niñas aristocráticas, asistía diariamente á la novena de Ánimas, y cuando Raquel penetraba en el templo, se conocía por el murmullo y los cuchicheos que de todos lados partían sin respetos á la santidad de la casa.

Arrodillábase con estrépito, arreglaba el traje, estiraba los guantes, miraba á todas partes, saludaba graciosamente á unos con la cabeza y á otros con la mano, y acababa por santiguarse precipitadamente recordando no haber cumplido con la primera obligación.

Cuando quería dar mucho que hablar, apoyaba los codos en el reclinatorio y el rostro en las manos, ensimismándose ó haciendo que se ensimismaba orando, sin mirar á parte alguna, irguiendo de vez en cuando la cabeza para levantar los ojos al cielo y cerrarlos en seguida llena de unción evangélica.

Digitized by Google

Entonces las mujeres preguntábanse: «¿Qué tendrá?» Y los hombres se decían: «¿Si pensará en mí?»

Una de esas tardes la vió Andrés da Costa, un brasilero buen mozo y muy rico, que había hecho los cuatro dias de navegación desde Rio Janeiro á Montevideo sólo por conocer á las mujeres orientales, de las cuales había oido maravillas.

Le señalaron á Raquel, le hablaron de ella, se la presentaron como el ejemplar más perfecto de la coquetería, y no hizo en su alma impresión alguna: encontró una muñequita muy linda con la expresión seráfica que le daba su falso misticismo, y dijo que debía haber sido tonto de remate el que por semejante virgencita se hubiese pegado un tiro.

Le provocaron á tratarla sin volverse loco por ella, y Andrés aceptó el reto; convinieron, pues, sus amigos en presentarle aquella noche en casa de los Guerra.

A la salida de la novena formábanse las dos filas apiñadas que en todos los países y á la puerta de todos los templos forman los hombres más descreídos para ver salir á las devotas. Andrés era de los primeros y escudriñaba todos los rostros y reparaba en todos los andares sin recordar á la santita *candombera*.

Sintió de pronto un codazo y volvió la vista; un amigo le avisaba de la presencia de Raquel; y cuando creyó encontrarse con aquella carita dulce y tímida que antes había visto, oyó una carcajada sonora, armoniosa y plateada que le hizo estremecer como si aquella voz argentina hubiera sonado dentro de sí propio.

Vió entonces de lleno el rostro de la devotita y clavó en ella sus ojos negros y penetrantes. La candombera

Digitized by Google

le miró con curiosidad; aquel mozo elegante, y casi pudiéramos decir hermoso, era desconocido para ella. Saludó á los que con él estaban y siguió hablando fuerte y riendo locamente con sus amigas.

Aquella noche pisó Andrés da Costa el primer salón oriental, pues hacía sólo cuatro dias que llegara, y fué presentado en casa del coronel Guerra.

Hallábase Raquel en su elemento; un hombre interesante, rico y por ende vizconde da Costa... era cosa de emplear todas las originales seducciones de su vastísimo repertorio.

Estaba monísima; vestía traje de color de rosa, adornado con una guirnalda de yedra, que la envolvía desde pies á cabeza; era una fraganciosa trepadora, encaramandose para juguetear con los negros cabellos de la diosa.

Recibió al vizconde da Costa medio tendida en un sofá; Raquel tenía graciosísimas posturas de gata chiquita que ninguna de sus amigas se permitía imitar.

Andrés da Costa salió enamoradísimo de casa del coronel Guerra: la candombera le había hechizado, no era un demonio, ni un ángel, ni una mujer, era una tentación; pero una tentación irresistible que se apoderaba del alma, de los sentidos, del cerebro, de la existencia toda.

Raquel tenía veintidós años, aunque sólo representaba dieciséis; pensaba y sentía, como una mujer, y creyó llegada la oportunidad de elegir ya marido.

Cuando se hubo quedado sola dijo:

—Bueno: si éste se empeña, me casaré con él; es buen partido y su tipo no me disgusta.

Digitized by Google

Dicho se está que Andrés da Costa hizo su proposición en regla, y después de los trámites de familia que son de rigor en tales casos, acordóse celebrar el matrimonio en los primeros dias del mes de Febrero.

No dejaba de disgustar al vizconde que su futura esposa fuese tan exaltada en cuestiones políticas; pero creía que eso tendría término cuando se trasladasen al Brasil, en donde por aquel entonces no pensaba nadie en derrocar al caballeroso emperador don Pedro.

Alguien quiso disuadir de aquel matrimonio al joven brasilero: ¡inútil empeño! Su fortuna, su amor y su vida eran de Raquel: aquella criatura, ángel ó demonio, habíase apoderado de su albedrío, de su corazón y lo mismo podía impulsarle al suicidio, como al otro, que remontarle al cielo en alas de una caricia seductora.

Andrés no podía dudar que Raquel le amaba: aceptaba su mano, elegíale entre cien pretendientes tan ricos como él, luego era producto del cariño la elección. Cuando con envidia y celos veía que Raquel prescindía de sus palabras para engolfarse en discusiones políticas y en arranques impropios de su sexo y menos de su edad, hubiera querido que los dias volasen para sacarla de aquella atmósfera que la tornaba irascible á veces, y á veces inhumana,

Las pasiones políticas comenzaron á enconarse en el Uruguay en los primeros dias del año 1885. El partido *colorado principista*, vale decir liberal de guantes y frac, ocupaba el poder, presidido por un hombre honrado y de temperamento conciliador; pero aquel presidente (Ellauri) no podía oponer dique á la ola imponente del candombe, que amenazaba arrastrar la situación

Digitized by Google

con ímpetus demagógicos, y pactó tácitamente con los *blancos* ó conservadores para hacer frente al enemigo común en unas elecciones municipales si mal no recuerdo.

El dia señalado para la elección, hubo de suspenderse por un disgusto que llegó á vías de hecho en el colegio electoral (que lo era el atrio de la iglesia Matriz) entre un periodista de la *High-life* del partido blanco y un coronel de los colorados netos.

Al domingo siguiente, dia 10 de Enero, fecha funesta para Montevideo, que vió correr la sangre generosa y ardiente de sus exaltados hijos, debía verificarse la elección suspendida. El comandante de un buque de guerra extranjero anclado en el puerto, había hecho circular invitaciones para dar un *lunch* con objeto de obsequiar á la brillante sociedad oriental en recompensa de los muchos agasajos que de ella recibía.

Si unos daban importancia á las elecciones, otros creían que no pasaría la cosa de lo ocurrido el anterior domingo, por lo cual ni se suspendió á bordo la fiesta, ni dejaron de asistir las invitadas.

Contábase entre ellas Raquel Guerra, que acompañada de sus padres y de su futuro esposo, hizo su entrada triunfal á bordo, recibiendo una salva de aplausos por la gentileza con que había subido la escala á pesar del vaivén y del oleaje demasiado vivo que hacia balancearse á la empavesada nave.

Algunas señoras se marearon pronto, y ya se disponían á dejar el buque antes que arreciase el temporal, cuando alguien advirtió que sonaban tiros.

El padre de Raquel, á fuer de militar y de valiente,

Digitized by Google

quiso bajar á tierra; sus amigos estarían batiéndose, y no encontraba decoroso continuar alejado del punto de peligro cuando con las armas se ventilaba la causa de su partido; pero también creyó oportuno que su esposa y su hija continuasen á bordo mientras la sangrienta cuestión no quedase resuelta.

La señora de Guerra quiso retener á su esposo; pero Raquel animaba á su padre diciéndole:

—No te detengas; acaso tu presencia decida la victoria.

El comandante dió las órdenes para que la falúa condujese al coronel Guerra, y le acompañaron todos hasta la borda de donde pendía la escala. Se despidió precipitadamente, besó á su esposa y á su hija, y cuando se disponía á dar un abrazo al que muy pronto había de ser su hijo político, se adelantó Raquel interponiéndose entre ambos con orgullosa energía.

—¡Cómo, Andrés! ¿No acompaña usted á mi padre?, dijo clavando en su prometido una mirada fiera.

La pregunta cogió desprevenido al vizconde da Costa, que titubeó un poco antes de contestar.

—Como se trata de cuestiones políticas... y yo soy extranjero...

—¡Está bien!, replicó despreciativamente Raquel. Debía usted haber buscado esposa en su país; las orientales no podemos amar á ningún cobarde.

Andrés da Costa rugió como un león hostigado cruelmente dentro de su jaula, y exponiéndose á caer al agua, se lanzó por la escala en seguimiento del coronel, que acababa de saltar en la falúa.

Digitized by Google

Los presentes quedaron atónitos; la sangre fría de la candombera les aterraba mucho más cuando después de haber desatracado la falúa se volvió con aire de triunfo diciendo:

—Mi *macaco* (mono) es un valiente.

En Montevideo llaman macacos á los brasileros, como llaman á los italianos *gringos* y á los españoles gallegos.

—Me parece que la cosa no es para que pongamos la cara *feroce*, dijo Raquel. Debemos continuar tan alegres y contentos; ¿verdad, comandante?

El comandante, que era europeo, joven todavía y hermoso como un Apolo, sonrió á Raquel ofreciendola el brazo.

—Ciertamente, dijo, aquí nadie más que usted tiene motivos para retraerse del bullicio. Si no lo hace, debemos agradecerle infinito esa prueba de bondadosa condescendencia.

Continuó, pues, la fiesta más intimamente. Algunas señoras, temiendo al *pampero* (viento de las Pampas), que amenazaba con arreciar más tarde impidiendo el desembarco, no quisieron prolongar por más tiempo la estancia á bordo.

Raquel y su madre debían aguardar un aviso ó la vuelta del coronel.

La mar seguía alborotándose cada vez más y el buque pasaba de los movimientos pausados á los cabeceos que marean irremisiblemente á las personas poco avezadas á semejantes bailes.

La señora de Guerra se retiró al camarote del comandante, en cuya litera se recostó, y Raquel, que no quiso

Digitized by Google

abandonar la cámara, se tendió en un diván, apoyando su linda cabecita en dos almohadones galantemente colocados por el jefe del barco.

La candombera se revolvía inquieta, quejándose del malestar que sentía; pero á decir verdad un poco más mareado pudiera creerse al arrogante marino, que embobado la contemplaba, bella y picaresca, con sus cabellos destrenzados, sus posturas lánguidas y sus miradas entre dulces y maliciosas.

El pobre comandante sí que estaba mareado.

Era ya de noche cuando después de grandes apuros logró la falúa de la capitanía del puerto atracar al costado del buque extranjero; en la falúa iba el coronel Guerra radiante de gozo.

Cuando penetró en la cámara se levantó Raquel de un salto, y abalanzándose al cuello de su padre le dijo:

—¿Hemos vencido, verdad?

—Sí; el gobierno ha caído, el poder es nuestro.

—¿Ha muerto mucha gente? preguntó una señora extranjera con ansias y con pena.

—Desgraciadamente, contestó el coronel, se ha derramado sangre generosa de algunos jóvenes de nuestra dorada sociedad. También ha muerto...

El señor Guerra se detuvo y miró á su hija.

Raquel leyó en aquella mirada.

—¿Andrés? preguntó.

—Sí, el pobre Andrés.

—¿Batiéndose?

—No.

La candombera hizo un gesto de disgusto.

—Cuando llegábamos á la plaza Matriz, una bala que

Digitized by Google

sin duda venía dirigida á mi cabeza, hizo pedazos la suya.

Los circunstantes se miraron asombrados de la tranquilidad con que Raquel escuchaba á su padre.

—¡Pobre macaco! dijo por fin. Me quedo compuesta y sin novio... Pero hemos triunfado. ¡Viva el candombe! Adiós, comandante; supongo que irá usted á vernos, le esperamos mañana á tomar el té. Tiene usted que felicitarme; ha triunfado mi mote, el mote que me han regalado los blancos.

Y subió pricipitadamente sobre cubierta, recogiéndose el cabello y poniéndose el sombrero sin detenerse ni mirarse al espejo.

Cuando el comandante del buque extranjero se hubo quedado solo, apoyó los codos en la borda y la cara en las manos.

Pensaba tal vez en las seducciones de aquella muñeca traviesa que por algunas horas le había trastornado el juicio; pero formaba también la firme resolución de no acudir á la invitación de la señorita Guerra.

Felizmente, ni en Montevideo ni en parte alguna se cuentan muchas candomberas.

1890.

Digitized by Google

SANTIAGO DE CHILE

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan también
Y tu campo de flores sembrado
Es la copia feliz del Edén.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
Y ese mar que tranquilo te baña
Te promete tranquilo esplendor.

(Estrofa de la canción nacional chilena.

Yo no digo que los versos copiados sean modelo de correcta poesía; allá un señor don Bernardo Vera y Pintado que los escribió, se las componga con las Musas; pero lo que sí aseguro es que son muy verdad, y que cantados con entusiasmo, siguiendo las dulces cadencias del himno chileno, se olvida uno fácilmente de sus defectos de estructura. Luego, que bien

Digitized by Google

mirado, no se necesita más para enardecer la sangre de un pueblo fanático por sus libertades, fanatismo que si alguien echa á los chilenos en rostro, pueden responder vanagloriándose por la calidad y cantidad de hombres que se las otorgaron.

Como dice la estrofa, tiene Chile cielo purísimo, brisas saludables, campos de flores, mar tranquila y montaña majestuosa, cuya alba diadema pone digno remate á bellezas tan esplendentes.

Y como no puedo estenderme por hoy más allá de las riberas del Mapocho, hablemos un poco, si quiera no sea tanto como Santiago merece, de la hermosa capital recostada muellemente á los pies del famosísimo cerro de Santa Lucía.

Por los años 1541 llegó Pedro de Valdivia á las orillas del *Mapuche*, que quiere decir *País de la gente*, de *mapu* comarca, y *puche* gente, convertido hoy en Mapocho por evoluciones prosódicas, más comunes en Chile que en parte alguna, á causa del pintoresco lenguaje de la plebe, que suele hacer saladísimos *lapsus linguæ*.

Llevaba el gran capitán, como la mayoría de los conquistadores llevaban, el rosario en la mano y el diablo en el cuerpo, que decir solemos los españoles. Era el rosario en esta ocasión una imágen de la Virgencita del Socorro, que pendía del arzón de su montura, y el diablo tentador, una doña Inés de Suárez, hermosa jinete que á la grupa del español cabalgaba, como si el señor don Pedro no dejase por el mundo á su legítima esposa gimoteando infidelidades conyugales.

Fueron, pues, doña Inés de Suárez y la Virgen del Socorro las primeras ímágenes, divina y humana, que

Digitized by Google

sus reales sentaron en aquel paraje, y como á la Virgen se la consagró incontinenti una ermita y doña Inés entró al poco tiempo en legítima vereda casando con hombre no muy aprensivo, acaso porque á las alturas en que estaban no se podían permitir los españoles lujos de reparos ni selecciones, tanto la Socorrito como la de Suárez fueron los troncos religiosos y sociales de los que, andando el tiempo, llegó á ser frondoso bosque de religión y cortesanías.

Nada más dió que hablar doña Inés, á Dios gracias; no así la Virgen, á la cual trajeron y llevaron curas y frailes franciscanos, hasta el punto de sacudirse los mayores garrotazos y las más fieras puñadas que cristianos presenciaron entre hábitos y sotanas.

Quedó el campo por los sayales, gracias á la robustez de muñecas de tan bélicos varones, y edificaron los buenos frailes un convento en donde la ermita estaba enclavada, convento que al decir del sabio jesuita santiaguino Ovalle, parece una ciudad por lo grande y lo cómodo.

No fué esta la escandalera única que monjas, frailes, curas y obispos del coloniaje dieron en la ciudad del apóstol patrón de España; tienen algunos un sabor de época y regodean por modo tal las aficiones á lo añejo, que solamente dejo de mencionarlas por no venir á cuento en un sencillísimo trabajo como este.

Alguien quiso trasladar la ciudad á San Francisco del Monte, por ser clima más suave y delicioso; pero agarráronse los cogolludos con uñas y dientes, pues no era cosa de perder terrenos conquistados á puñetazo limpio y agrandados después por donación de un don Juan

Digitized by Google

Fernández de Alderete, santurrón y soldado, todo en una pieza.

Este mismo prójimo mandó edificar en el grandioso cerro *Huelen* una ermita á Santa Lucía, nombre con que quedó bautizado el santiaguino promontorio, haciéndole perder hasta la denominación indígena y gentílica, pues sonábase que había sido lugar de sacrificios paganos.

El dios de la sociedad y del buen gusto, no le haya tomado en cuenta la herejía bautismal al señor de Alderete, pues en mi ánima juro que nombre por nombre prefiero el de Huelen al de la santa abogada de la vista, dicho sea con el respeto que merecen sus virtudes y el dogma que ha canonizado á la mártir de Siracusa.

Carlos V, dió á Santiago el título de muy noble y muy leal, concediéndole como armas las veneras del Apóstol en una orla que circunda á un fiero león con espada desnuda.

Años andando había de ser Santiago cuna de guerreros y estadistas que habían de cambiar estas armas por el Cóndor y el Huemul, enseña y símbolo de la patria nueva.

Carlos V debió revolverse airado en su tumba y sacudir furioso la mano con que firmó en Valladolid la real cédula el 10 de Mayo de 1554.

Pasó la capital de Chile por mil fases mientras perteneció á la corona de Castilla, dependiendo del virreinato del Perú; por un lado los horrorosos traumatismos terrestres que la derrumbaron algunas veces, y por otro los dimes y diretes de manos y garrotes que se traían

Digitized by Google

clérigos y reverendos, disputándose las riberas del entonces anémico *Mapuche*.

Era teatro de sus hazañas la *Cañada*, lecho robado al rio para cimiento de conventos, iglesias y lugares de penitencia; hoy es aquel paraje, con el nombre de Alameda, uno de los más hermosos del mundo, adornado con multitud de estatuas que recordarán á los hombres de mañana hechos y nombres.

Hemos revoloteado apenas sobre el Santiago que fué; posémonos unos minutos sobre la capital de la República chilena, con su fastuosidad moderna y su hermosísimo Huelen convertido en vergel encantador por la imaginación chispeante del más genial de los escritores americanos: del célebre Benjamín Vicuña Mackenna.

El Huelen, de ancha base y bella forma, ha sido transformado en paseo ancho y cómodo que lo circunvala ascendiendo suavemente, sombreado por árboles llenos de savia y lozanía, plantas olorosas y flores de colores vivísimos. La verja que de festoneada muralla sirve al paseo en toda su extensión, es el balcón inmenso adonde el visitante se asoma atraído por la grandiosidad de la cordillera cercana, cuyo blanco lomo semeja un manto, digno solamente del que con su *fiat lux* creó grandeza tanta.

Desde el antepecho circunvalador, contémplase la moderna Santiago, con sus casas que parecen palacios, en donde el pórfido y el mármol se disputan el derecho de la fastuosidad; nidos suntuosos de mujeres vascongadas con sus abundantes cabelleras y sus rosadas carnes; sajonas con su continente grave; catalanas con su misticismo y parisienses con su elegancia irreprochable.

Digitized by Google

La mirada, alejándose de aquellas moradas que tienen algo de Florencia y mucho de los Médicis, recorre la antigua Cañada, la moderna Alameda, y se pierde serpenteando con el Mapocho por vegas feracísimas y bien cultivadas; pues que, la verdad ante todo, es el bracero chileno el mejor y más entendido agricultor del Mundo Nuevo.

Tiene Santiago, como grandiosa metrópoli de un Estado floreciente, arzobispado, universidad, instituto, museo, lujo desmedido en templos católicos, y biblioteca, que debe ser asombrosa, pues sobre ser buena la que había y estar enriquecida con las magníficas de Egaña y del inmortal Bello, ha sido agrandada y engrandecida con la famosa biblioteca peruana que el inexorable derecho de conquista trasladó de la tierra de Atahualpa á la de Lautaro.

Las calles de la sultana de los Andes son anchas, limpias y bien empedradas; su comercio es riquísimo, y por las principales arterias pululan infinitos carruajes particulares, tantos, que puedo asegurar no hay en el mundo capital (haciendo comparativo estudio del número de habitantes) que cuente igual cantidad de vehículos de lujo.

Lástima que ciudad tan rica sea con frecuencia castigada por los temblores de tierra.

Ingratitud y descortesía grandísima fuese hablar de las bellezas de Santiago y de su incomparable cerro, sin decir algo de Vicuña Mackenna.

Siendo Vicuña intendente de la capital de Chile, llevó á cabo los ímprobos trabajos de embellecimiento: del Huelen hizo un paraíso con jardines, hoteles, iglesia,

Digitized by Google

museo de curiosidades arqueológicas, tales como puertas de afiligranada labor, canterías labradas, una carroza que puede dar idea de la fastuosidad desplegada por los magnates del coloniaje; pero que hará reir seguramente á las santiaguinas que se pasean en doble suspensión; objetos, trajes, armas, todo, en fin, cuanto don Benjamín creyó digno de la conservación. En la cúspide del Santa Lucía se levanta airoso un bien montado observatorio, cuyo meridiano anuncia por medio de un cañonazo la hora á que los santiaguinos deben ajustar sus relojes.

Vicuña fué á Santiago lo que Haussmann á París, lo que Ríus y Taulet á Barcelona, lo que á la Habana Tacón, lo que Guzmán Blanco á Caracas, y fué al propio tiempo el Mesonero Romanos del Mapocho.

Cuando su espíritu innovador se arriesgó á romper con incomprensibles escrúpulos tradicionales, luchó como luchan las almas grandes, y júzguese de la oposición, sabiendo que los carmelitas de Santiago, cuyo convento recibe las puras emanaciones del Huelen, han asegurado algunos años después, que no habían vuelto á levantar los ojos hacia el Santa Lucía desde que había sido transformado en un vergel mundano.

Era Vicuña un escritor cáustico y retozón, *sui generis* en la literatura americana, dada de suyo á la poesía y al gongorismo; no tan correcto como otros escritores chilenos, que hay muchos y buenos, á Dios gracias; pero como periodista, historiador y viajero... el más leído seguramente.

Anduvo á la greña en sus mocedades con beatos y *pechoñas*; pero el año 1876, que fué candidato á la pre-

Digitized by Google

sidencia de la República, apoyaba el clero su candidatura. Como se hizo el amasijo, no lo sé; pero testigo presencial de aquellas elecciones, recuerdo de ellas accidentes graciosos; fué derrotado, por don Aníbal Pinto.

Era popular Vicuña cual ninguno, y la primera figura literaria del Chile contemporáneo, por su temperamento inquieto y su volcánica imaginación. Fustigó como nadie los vicios de su patria, en lo cual, á pesar de su segundo apellido, no podía negar que tenía sangre española.

Los Vicuñas y los Mackennas son en Chile dos dinastías gloriosas; la primera de poetas y mujeres hermosas, la segunda de guerreros insignes.

Murió el eminente chileno hace tiempo, joven á pesar del cabello blanco como las eternas nieves de los Andes, que coronaba una frente espaciosa y resultaba complemento bellísimo de su testa bien modelada y de sus facciones tan correctas como expresivas.

Un escritor español le llamó el Victor Hugo de la América latina y no iba descaminado aunque en mi sentir era la de Vicuña una personalidad propia.

Para teminar esto, que apenas si me atrevo á calificar de algo por lo sucinto y revuelto, haré constar que en Santiago de Chile afiló sus armas editoriales el inquieto y célebre editor Rivadeneira, el que con su componedor recorrió medio mundo y con sus cajas fué á parar al pueblo de Argamasilla para componer el Quijote donde se había escrito.

Rivadeneira era muy querido en Santiago; bullanguero, gracioso, entretenido y franco, solía convidar á sus amigos á comer un guiso que con sus manos adereza-

Digitized by Google

ba. Cuando se trataba del guiso especial, invitaba á comer á un individuo sin decir á qué casta pertenecía; los comensales se chupaban las yemas de los dedos.

Algún tiempo después de abandonar Santiago el que más tarde llegó á ser editor famoso, supieron sus amigos que los tales individuos eran producto de batidas por los tejados.

Así lo cuenta Vicuña Mackenna, que como antes he dicho fué el Mesonero Romano de la capital chilena.

1890

Digitized by Google

Digitized by Google

ZAMACUECA Y VOTOS

RECUERDOS DE CHILE

Nada más gracioso y entretenido que unas elecciones en la República Chilena. Un periodista criollo hasta la medula, y *salao*, valgan verdades, tanto como el que más, José Román Vial, escribió una piececilla titulada «Una votación popular,» y era cosa de perecer de risa contemplando aquellos tipos admirablemente descritos y aquellas escenas tomadas del natural, con toda la *chicha* y el *aji* (guindilla) que destilaban las producciones del escritor cáustico.

Los rotos (plebe) chileno son los más socarrón y taimado que Dios crió, y nadie llega jamás á comprenderlos, por lo cual vuelven tarumba y acaban por marear de veras al que pretende conquistarlos.

Digitized by Google

Es perfectamente explicable que en América se haga política de personalidad y no de ideas. Las leyes del Estado escritas están en la Constitución, y á no ser que un golpe de sable paralice los efectos del código político, como éste no puede alterarse, quédase la designación de jefe para los hombres ilustrados que llevan y traen á las masas según tienen maña ó dinero para conquistarlas. A fuer de narradora veraz, diré que el pueblo en Chile no ha tenido grandes motivos de hacer alardes políticos. Vivió largos años en paz, con mandatarios probos, que procuraron el adelanto de la nación, y no ha sido su erario expoliado por vividores de oficio. A un pueblo que logra tal dicha, puede dársele un bledo que mande Juan ó mande Pedro.

Es indudablemente por ésto por lo que el *roto* se erige en soberano cuando las elecciones se aproximan, y procura maliciosamente sacar el mayor provecho de su calificación ó cédula, que decimos en España.

Cuéntanse casos curiosos de *rotos sabios* que engañan á las mesas votando varias veces con *calificación* y hasta con traje distinto: algunos salen apaleados y maltrechos de los colegios, porque los *cañones*, como ellos dicen, los tienen tan conocidos que andan con cien ojos y no son bastantes.

Cuéntase de un *roto* que se presentó á votar con papeleta falsa; le habían dicho que se llamaba Juan Fernández, pongo, por caso, pero se habían olvidado de advertirle que era presbítero de *profesión*.

Tomaron los de la mesa la calificación y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

Digitized by Google

—Juan Fernandez, *eñor*.

—¡Pero *roto* sin vergüenza, si aquí dice Presbítero.

Cualquie ra supondrá que el hombre quedó anonadado ante el descubrimiento de la farsa.

Pues no, señor: deglutió saliva, cerró y abrió los ojos arqueando las cejas, engalló el busto y dijo con admirable desparpajo:

—Es que, *eñor*, soy Fernández por mi *paire* y Presbítero por mi *maire*.

¡Y no, fué jolgorio el que se armó en el colegio electoral!

Yo hasta le hubiera hecho diputado por la gracia.

Faltaban tres ó cuatro dias para unas elecciones, y un amigo que tenía muchísimo gancho para conquistar *rotos* y muchas *chauchas* (pesetas) para pagar los votos, me invitó á un paseo campestre. Se trataba de sumar papeletas en favor de un amigo y se las prometía felices del paseo. Iríamos á un baile de *Enramado*, en donde se reunía la gente del campo, y allí verían los contrincantes cómo se cautivaban voluntades.

Era domingo, y al trote duro de magníficos caballos del país, hermosos y de gran estampa, pero más propios para tiro que para silla, nos encaminamos al merendero de Silva, «el amigo de los amigos,» como rezaba el rótulo con que el chichero famoso daba el alto á sus parroquianos.

Cuando llegamos había una remolienda de mil diablos y una de *gofetás* que á cualquiera le podía arder el pelo; el motivo era el siguiente, y lo consigno por-

Digitized by Google

que ciertos episodios dan á conocer el carácter de los pueblos más que todas las descripciones.

Un *roto* se había llegado humildemente al mostrador pidiendo *medio* de pan y dos onzas de *quieso*.

Una vez que le fué servido lo que pedía, quedóse mirando el queso y el pan, y después de darle algunas vueltas dijo, reflexionando con aire fingidamente estúpido:

—Me quisiera hacer el favor, amigo, de cambiarme por chicha el pan y el *quieso*?

—Vaya el cambio, respondió el «amigo de los amigos,» poniéndole delante los vasos de chicha correspondientes al importe de lo pedido, y no pagado anteriormente.

Bebióla el *roto* saboreándola, y limpiándose los labios con la punta del poncho dijo, disponiéndose á salir:

—Vaya, pues amigo, quede con Dios.

—Atienda, *compairito*, ¿y no me paga la chicha?

—¡Amigo, bueno, hombre! ¿Y ya no le he *pagao* con el quieso y el pan?

Ni las protestas, ni las razones del chichero pudieron convencer al *roto* ladino, que seguía haciéndose el *leso* (cándido), hasta que se armó la de apaga y vámonos de cachetes y pezcozones.

Llegamos nosotros en tan críticos instantes, y se apaciguó la refriega, gracias á la generosidad de mi amigo, que abrió la bolsa para convidar á todos los presentes.

El lugar de la fiesta era una especie de plazoleta delante de una casa de adobes, cubierta con tejas y paja.

Debajo de una enramada artificial, sujeta con pos-

Digitized by Google

tes, de los cuales también pendían cortinas para resguardar del sol el salón de baile, alzábase como una tercia del suelo un tablado sólido, en donde los bailadores pudieran libremente requebrar sus cuerpos, al compás de arpas y vihuelas, emparejadas con el tablón del *cajeo*, acompañamiento indispensable en el baile nacional chileno.

Sentábanse á un lado del tablado músicos y *cantaoras*, y hacia ese lado apiñábase la *jiente* mirona, acaso porque allí había algunas *huasitas* (aldeanitas) picarescas y *diablas* que trastornaban á los *huasos* (campesinos) con sus miradas incendiarias.

No todos eran *rotos* los parroquianos de Silva, pues que entre éstos se veía algún *huaso* de categoría, con su gran sombrero, su poncho de vicuña, sus polainas de cuero y sus grandes espuelas de rodaja de plata.

Unos cuantos perros y algunas aves de corral hacían consorcio amigable con un *roto* borracho que tendido en el suelo se resistía á levantarse: otro *roto* viejo, encargado de recoger cáscaras de sandía y otras inmundicias, porque el «amigo de los amigos» era hombre muy limpio, pretendía convencer al borracho encaminándole á su casa; pues el ver así una *presona tomada* (borracha), decía, no había de ser muy del gusto de las *eñoritas* y de los *caballeros* que habían *yegao*.

En desierto predicaba el barrendero, porque el *roto*, harto de *bebía*, continuaba mascullando disculpas llenas de salero y de lógica beoda, que no deja de ser á veces incontrovertible.

Respaldado en la pared, arrimado á un palo y arañándose á las pencas de una *tusia* (higuera chumba)

Digitized by Google

contemplaba otro viejo la escena, sonriendo y apurando el *pucho* de un puro (colilla) que acababa de tirar un *huaso* rumboso que sentado en un banco rodeaba con su brazo el cuerpo de una *huasita* trigueña de apretadas y largas trenzas; y para que nada faltase al cuadro, sobraban unos cuantos chiquillos sentados unos y danzando otros entre perros y gallinas.

Echamos pie á tierra invitados por mi amigo el muñidor de votos, que deseaba darse el gustazo de que le viésemos despegar sus habilidades catequizadoras.

Después de hablar con unos y con otros brindándoles amistad además de veinte pesos por cabeza el dia de la elección, todo esto remojado con sendos vasos de *chicha* que la concurrencia trasegaba en un abrir y cerrar de ojos, sacóse entusiasmado el fino poncho, quedándose arrogante y gracioso con su chaquetilla blanca, su sombrero de anchas alas arremangado de atrás y un poco caido sobre la nuca.

El elegante habíase convertido aquel dia en *huaso* rico, para mejor impresionar á la gente de campo, vistiendose como ella viste.

—¡Buenos *pinganillas* estos!, dijo el viejo que chupaba el *pucho* de puro; cuando quieren algo, *toos* se vuelven *rotos*.

Llama la plebe en Chile *futres* (de futre) á los elegantes; pero también les llama pinganillas porque el año cuarenta y uno llegó á Chile un hombre que exhibia varios animales, entre ellos una mona, *Dulcinea*, y un mono, *Pinganilla*; ¡y vayan ustedes á saber qué relación encontrarían los *rotos* entre los monos y los lechu-

Digitized by Google

guinos! Lo cierto es que desde entonces son los elegantes *jutres* y *pinganillas* indistintamente.

Mi amigo, metido ya en harina, no se paró en barras, y una vez libre del poncho para mejor echar *guaras* (hacer requiebros) á la pareja, fuese á buscar una mocita que con el rabillo del ojo miraba al *jutre*, quién sabe si muerta porque la eligiese para bailar la cueca.

Comenzaron los compases de introducción alegres y retozones de suyo, capaces de poner en ebullición la sangre más pastosa, y se cuadraron los jóvenes uno frente á otro, seriecita ella y animado él, como á las circunstancias convenía.

En la concurrencia notóse un movimiento de algazara, y cada cual soltó su dicho picante y preparó palmas, para jalear con entusiasmo á los bailadores si se portaban como quienes parecían, es decir, como *jiente* de *grasia*.

Comenzó la copla chillada por dos *cantaoras*, roncas ya de tanto jipear y cantar, y por cierto que no puedo menos de copiarla; es digna de reproducción por lo disparatada:

De las aves que vuelan
me gusta el *chancho* (cerdo);
de la fruta del campo
las empanadas.
Porque las esperanzas
nunca se pierden.

Todo esto con ¡ayes! quejumbrosos, intercalados según las exigencias de la música, y con gritos y jaleaduras equivalentes á nuestros *ole y tu mare* de la flamenquería.

Digitized by Google

A la mitad de la letrilla aparecieron dos apuestos jinetes, caballeros también de la ciudad, que acercándose á la valla que cercaba el sitio de la remolienda gritaron:

«¡Aro! ¡aro! Tomen un trago y empiecen de nuevo.»

Los bailarines hicieron alto, como es de rigor, para tomar dos vasos de chicha que les presentó un jutre de nuestra comitiva, en nombre de los recién llegados, que continuaban á caballo.

Terminado que hubo la zamacueca, acercóse mi amigo á los caballeros, y saludándoles alegremente les dijo:

—Llegaron tarde, amigos; todos son míos.

Los caballeros volvieron grupas; pero no aseguro yo que no se quedasen á medio camino, aguardando que nos marhásemos, con la sana y electoral intención de jugar una mala pasada al que les había tomado la delantera.

Si los *rotos* fueron fieles ó no á los veinte pesos y á la chicha de mi amigo, no puedo asegurarlo; pero éste ganó la votación, y la ganó bailando, como él decía, y echando guaras á la mocita remoledora del Enramado de Silva.

Digitized by Google

EL BEATERIO DE HUANUCO

RECUERDOS DEL PERÚ

Doscientos cincuenta kilómetros NE. de Lima fundó por el año 1539 el capitán Gómez Alvarado un pueblo al cual bautizó con el nombre de *León de los Caballeros*.

Yacían en el sitio escogido por el español aventurero los restos de una ciudad incásica, y no se anduvo por las ramas el conquistador: contemplando la belleza de aquel suelo de vegetación lujuriosa, trasunto fiel de un paraíso no descrito en las Sagradas Escrituras, pensó que muy difícil había de serle tropezar con terreno más á propósito para aclimatar todo lo aclimatable.

Pocos son los viajeros europeos que llegan á dicho pueblo, á no ser que los negocios les obliguen á reco-

Digitized by Google

rrer á caballo los doscientos cincuenta kilómetros que lo separan de la capital de la República, y declaro que tampoco yo hubiera ido á no haberme decidido á ello un deber y una promesa.

León de los Caballeros se llamó andando el tiempo *León de Huanuco*, y hoy sólo por este último nombre se le conoce.

Es capital del departamento de Junín, uno de los más bellos y ricos de la República, y confina con países habitados por salvajes; países que resultan sin nombre ni dueño por estar apenas explorados.

Estas tierras incultas y feracísimas, conducen á orillas del Amazonas, en donde los misioneros tienen residencia.

Es, pues, Huanuco un pueblo especial en América. Para llegar á él desde la costa, donde el clima es delicioso, se hace necesario recorrer los doscientos kilómetros pasando por todas las fases climatológicas. Fríos intensísimos en la cima de la cordillera; nieves ó hielos en las *punas* ó mesetas; ambiente tibio en las quebradas, y en algunas, á causa de sus angosturas, falta de aire para nutrir los pulmones; ríos caudalosos, cuyo vadeo es peligrosísimo, y en fin toda suerte de molestias relacionadas con el vértigo de las alturas, con el *sarroche* (ahogo) á causa de la rarefacción del aire; con el *sorumpe*, horrible dolor que produce en los ojos el reflejo del sol sobre la nieve y con el *ítem* de tormentas que unas veces estallan sobre la cabeza del viajero, cruzando los rayos que es un contento, y otras se las siente abajo, muy abajo.

Mientras el sol alumbra esplendente las cimas de las

Digitized by Google

montañas, por donde trepan más que suben las bestias con sus humanas cargas, los habitantes de la llanura rezan á santa Bárbara bendita, sobrecogidos de terror á causa del tableteo celeste.

¡Qué imponente, pero qué bello y grandioso es el espectáculo que allí ofrece la naturaleza!

* * *

Salimos del Cerro de Pasco á las nueve de la mañana, y permítaseme recordar á los galantes amigos que, sólo por acompañarme á ver á mi esposo, iban á sufrir las molestias de un camino en el cual solían emplearse tres días de cabalgadura.

Eran dos españoles: don José y don Miguel Gallo, comerciante rico el primero y muy rico minero el segundo. El primero ha muerto, el segundo vive y es feliz, casado con una hermosa limeña.

Emprendimos la marcha y desde la salida del pueblo comenzamos á bajar, á bajar siempre.

Treinta veces en el transcurso del día tuvimos que ponernos los ponchos de agua; en aquellos parajes es prenda de reglamento el impermeable. ¿Quién monta sin él? Nadie.

Un indio arreaba la mula que conducía nuestras vituallas y el menguado equipaje que pensábamos necesitar. La jornada fué larguísima; donde pensábamos hacer noche no la hicimos. ¿Cómo se entendía? ¿Desmontar á las tres de la tarde? De ninguna manera. El jefe de

Digitized by Google

la expedición, que por su edad lo era don José Gallo, echó sus cuentas.

—¿Seguimos, señora? preguntó.

—Por mí, en marcha.

—¡Adelante! y salimos escapados.

A las siete llegábamos á la posada en donde Gallo había pensado que hiciésemos noche.

¡Qué sitio más hermoso! Era una casa aislada entre dos montañas á la orilla de un río pedregoso que batía furiosamente el agua contra los infinitos peñascos de su cauce, y tan grande ruido hacía, que de no haberlo visto hubiéramos jurado estar cerca de una catarata.

Nos apeamos; los caballeros desensillaron por su propia mano, como todo buen jinete viajero, y colocaron los arreos en la pieza que había de servirnos de dormitorio, sala, comedor y *salón* de *baile*.

Los caballos, cubiertos de sudor, fueron baldeados inmediatamente por un *cholo* de la posada y retirados á la cuadra.

Aquellos hermosos brutos, que lo mismo sirven para caracolear y lucirse en un paseo que para tragar leguas y leguas subiendo y bajando cordilleras, están ya hechos á estos cuidados que seguramente pondrían los pelos de punta á cualquier *sportman* europeo.

Apenas don José Gallo echó pie á tierra se tendió cuan largo era, que no era mucho, y comenzó á revolcarse.

—¿Pero qué hace usted? le pregunté.

—Descansar.

—¿Descansar así?

—Ya lo creo: después de una larga jornada á caballo

Digitized by Google

no hay cosa que quite el cansancio como imitar á los borricos.

Nos revolcamos todos. La escena era curiosa; pero la verdad es que cuando me puse de pie me encontraba más ágil.

Mandamos preparar cena y camas. Cena muy bien; pero camas... ¿de qué modo?

Después de mucho discurrir acordaron arreglar la mía en una lona que pendía del techo á modo de *coy* marino; armar la de don José en unas tablas sobre banquillos y la de don Miguel sobre la mesa.

¡Magnífico! ¡Íbamos á estar como príncipes!

Cenamos y salimos al corral; nos sorprendimos de ver mucha gente reunida.

—¿Qué hacen estos aquí?

—Vienen á jaranear.

—Pues alza, ya están empezando.

—Es que no ha llegado el músico.

Este no se hizo esperar, y al poco rato vimos entrar un indio medio *gienti di persona*, como ellos dicen para dar á entender que no son indios vulgares, con un arpa á la espalda y un violín metido en funda de badana, cogido debajo del brazo.

Le obligamos á tocar incontinenti y el hombre dió principio á su tarea.

Comenzó por un vals. ¡Dios mío! Yo estaba ya muy acostumbrada á semejantes degüellos musicales; pero aquél me pareció cruel.

Nadie bailaba; las *cholas* y los *cholos* nos guardaban el mayor respeto; por más que les incitábamos, no querían moverse.

Digitized by Google

—Toca una *cachua*, dijo Miguel Gallo.

Y el *arpero* soltó su violín para coger el arpa.

Comenzó la música juguetona de la *cachua*, que Miguelito Gallo bailaba muy rebién, y allí veríamos á un español convertido en criollo de pura raza, sacando á una *cholita* muy guapa, que se puso encarnada hasta el blanco de los ojos.

Jaleábamos de lo lindo nosotros, y la *cholería* iba también animándose viéndonos animados.

—¡Qué niña más buena!, decían (la niña era yo). ¡Vaya que era cariñosa con los cholos!

El *arpero* cantó haciendo picarones visajes:

«Si *mi* quieres no *mi* quieres,
Avísame *con trimpano;*
Alza, dale, torcacita (paloma torcaz).
Alza, dale, torcacita,
Pa *mi boscar* otro dueño,
Do *to laya* más *mijor*.
Alza, dale, torcacita».

Miguel bailaba requebrando á la *chola*, que le miraba con ojos lánguidos, avergonzada de verse emparejada con un caballero, y él, hombre al fin, hacía cuanto en su mano estaba para entontecer á su pareja, siquiera fuese con intenciones sencillas.

Acabada la *cachua* soltó el músico el arpa y cogió el violín; imitó el asno, el perro, el gato y una porción de animales, haciéndonos reir con sus extravagancias; luego obligó al *estradivarius* á llamarnos á los tres por nuestros nombres, y en verdad que no resultaban ininteligibles.

Pedí que me cantasen un *triste serrano* y todos se

Digitized by Google

fijaron en la cholita, que había bailado con mi compañero; éste se levantó á buscarla, porque la muchacha no quería; por fin accedió á los ruegos de don *Meguel*, como le llamaban los indios, y se preparó á entonar con música deliciosa la siguiente copla, mezcla de castellano y de quichua:

«En la copa de aquel árbol,
Japarispa,
Mi paloma con ternura,
Nigway cancha,
Dónde está el bien de mi vida,
Que lo busco.
Dónde está que no lo encuentro.
Chacajpampa».

De la traducción saqué en consecuencia que una paloma, desolada por haber hallado su nido desierto, subió á la copa de un arbol á llamar á gritos á su amado, pidiendo la muerte si había de vivir sin el bien de su vida.

La poesía india es todo ternura, todo amor, todo lágrimas, y tan impregnada de ella se encuentra el alma de los indios, que no pueden cantar sin amar, ni amar sin desgarrar el corazón con tristes lamentaciones.

La cholita cantaba para Miguel; bien lo veíamos don José y yo.

Después de otra *cachua* y de algunas *chilenas* (zamacuecas) pedimos la despedida con un *Huayñu*.

Volvió á sentarse la chola á la vera del músico, y cantó con voz doliente y en un castellano parecido al de los vizcainos del pueblo bajo:

Digitized by Google

Ya empieza el pecho á sutrir,
¡Ay dulce prenda querida!
¡Adiós! ¡Adiós!
Ya se acerca tu partida
Y me quiero despedir.
¡Adiós, me voy!
¡Adiós, corazón! ¡Adiós, consuelo!
¡Adiós, pichoncito!
¿No respondes á mis quejas?

Estos versos, que no parecen tener tajo ni revés estampados así, resultan en boca de una *chola* bonita y enamorada un trozo de poesía paradisiaca, y el violín del *arpero* indio, superior mil veces al del gran Sarasate.

Aquello era un salmo de amor entonado por un ángel con acompañamiento del rey David.

Habíamos hecho entrar á la *cholería* en nuestra estancia, y se retiraron para continuar en el corral ó en la cocina; en cualquier parte; la cuestión era seguir jaraneando y bebiendo chagta (alcohol)

Me encaramé como pude mejor en mi elevado lecho, después de quitarme el traje de montar, y á los pocos momentos entraron mis compañeros, que también se acostaron vestidos.

Miguel se durmió seguidamente, y yo me disponía á imitarle cuando sentí un grito que lanzaba don José, á tiempo que saltaba del lecho.

—¿Qué es eso? dije revolviéndome asustada y casi volcando á mi cama

—Que aquí hay algo.

Como me habían dicho que los bichos andaban por allí á la orden del dia, me figuré que alguna serpiente

Digitized by Google

ó algún oso..., qué sé yo lo que se me ocurrió. Pero ¡quiá!

Don José encendió un fósforo y vimos correr por acá y por acullá una manada de *cuyes* (conejitos de Indias) chillando como diablejos y ocultándose de la luz.

Los cholos seguían cantando y bailando, que se las pelaban; puse cuidado si cantaba la chola; pero hasta mi oido no llegó su voz, si es que volvió á cantar.

La luna entraba por un montante de cristales iluminando la pieza en donde estábamos; era esta grande, más bien larga que cuadrada, y tenía todo el corte de un comedor de mesón español.

Sería la una de la madrugada cuando se abrió la puerta que daba al corral, y entraron tres ó cuatro personas que con mucho sigilo pasaron por delante de mi cama, metiéndose en un cuarto cuya entrada quedaba á mi cabecera.

Al poco rato entraron otros, luego otros; conté hasta veintisiete entre hombres y mujeres. Todos debían dormir revueltos aquella noche; la principal habitación la teníamos nosotros y no podían extenderse más.

La última que entró fué la cholita cantadora; Miguel dormía y la luna daba de lleno en su rostro, que la muchacha había de ver forzosamente al pasar por su lado. Tenía el joven Gallo el vicio de quejarse dormido, y precisamente en el instante que la chola se acercaba lanzó un ¡Ay! lastimero, Ella se paró sorprendida. Dormía yo como las liebres; pero no dije una palabra; quise observar sin espantar á la muchacha.

Escuchó; pronunció unas palabras en *quichua*, bajito, muy bajito, y se inclinó para darle un beso, al mismo

Digitized by Google

tiempo que decía más alto y con acento triste: ¡*aygualá*!

Aygualá quiere decir adiós al amado, afán de volver á verle, pena por dejarle, mil y mil cosas que nosotros decimos con muchísimas palabras y los quichuas expresan con esas siete letras.

¿Besó la chola á Miguel? No lo sé; ella se inclinó sobre su rostro y él dió media vuelta para el otro lado.

Desapareció la cholita tras aquella puerta que tanta gente tragaba y no he vuelto á verla más; quizás en los brazos de un cholo, amante ó marido, soñó con los del caballero rubio que había bailado con élla la *cachua*.

* * *

Nos levantamos al rayar el alba, y después de hacer nuestras abluciones en el río (no había mejor jofaina) y de peinarnos convenientemente, montamos de nuevo, y á las cuatro de la tarde hacíamos nuestra entrada en Huanuco, sorprendiendo á los que no nos aguardaban hasta el dia siguiente.

De las preciosas quintas del camino habían ido saliendo apuestos jinetes que nos acompañaron hasta la ciudad, y desde aquel momento hasta catorce dias después que regresábamos al Cerro de Pasco, ya no pudimos descansar ni dos horas seguidas.

Huanuco es una población encantadora; y el plano bellísimo y muy extendido á causa de las huertas de limoneros y naranjales que rodean las casas.

Digitized by Google

Su clima es cálido y sus frutas exquisitas, desde las más sabrosas, europeas, hasta las perfumadas de los trópicos. Las haciendas de caña y café encuéntranse diseminadas por las afueras, y en ellas viven sus dueños, ocupando palacios los más de ellos con todas las comodidades que pudiera tener un sibarita.

¡Qué dias más agradables!

¿Quién ha dicho que no se vive con los recuerdos?

¡Teníamos que multiplicarnos; imposible dar gusto á todo el mundo; nos disputaban, nos volvían locos en fuerza de agasajarnos y querernos!

¡Y qué hermosas mujeres había en Huanuco! Mis compañeros de viaje me hicieron algunas confidencias que probaban lo que digo.

A pesar del mareo que yo traía con fiestas, banquetes, correteos á caballo y demás, quise ver el Beaterio; la superiora había hecho que me invitasen y no podía yo dejar de sin cumplimiento la invitación.

Fuí una mañana con otras dos amigas, prometiendo salir al poco rato; los caballeros que nos acompañaba no podían entrar, nos aguardarían fuera; pero eran las cinco de la tarde cuando salimos de aquella mansión de reposo, en donde pasé horas deliciosas.

Sesenta y dos años hacía que allí estaba encerrada la superiora y contaba sesenta y cuatro de edad; era una mujer pequeña, gruesa, de fisonomía franca y expresiva: en el mundo hubiera pasado por señora de carácter alegre; allí me pareció el mejor anzuelo para la clausurla: ¿quién, tratándola, había de tener miedo á la celda?

Digitized by Google

Vivía en el Beaterio, como pensionista, una señora de las que nosotros llamamos de piso; era rica, se trataba con lujo, sostenía pleitos en el mundo, contaba en su historia algunas amorosas, salía á la calle cuando se le antojaba y tenía un perrito de lanas, Aromito, al que enseñaba mil monerías para matar los ratos de ocio que debían ser muchos.

Esta señora gastaba miriñaque el año 1881; me parece que ya está hecho con esto su retrato.

Ni la señora pensionista ni las monjas nos dejaron salir á la hora de comer, fué necesario acompañarlas todo el dia, oir cantar á las niñas, probar los dulces especiales que cada una hacia, para que comprásemos muchos, muchisimos (contribución indirecta); pasear por la huerta, refrescar á la sombra de los naranjos; comer del sabroso fruto... en fin, que me seducía el programa. ¡Pasar un dia dentro de un convento! Aquel era mi sueño dorado.

No me parecía suficiente, sin embargo: yo hubiera querido que cada monja me contase su historia, que me refiriese hasta el último secreto de su pecho... y nada, allí todo el mundo revelaba una felicidad insultante, una alegría franca, una expansión envidiable; nadie se enojaba, las unas mandaban y las otras obedecían sin replicar, reían; subían á los árboles para coger la fruta, se sentaban como yo sobre la yerba y no se acordaron de rezar mientras nosotras estubimos con ellas.

Reían á carcajadas con los recados que enviaban los caballeros para que saliésemos, y contestaban con agudezas á las súplicas de que les dejasen entrar.

Digitized by Google

¡Y qué café tan exquisito nos hizo saborear la señora del miriñaque!

Era de sus huertas, y el café de las huertas de Huanuco tiene merecida fama entre los aficionados peruanos.

Cuando más alegres, contentas y gritonas saltábamos por el huerto de los naranjos, divisé en una reja alta una joven religiosa, pálida, demacrada; parecía un espectro.

—Madre, ¿qué tiene aquella hermanita?, pregunté con mucho interés.

La superiora levantó la cabeza y dirigió una mirada durísima á la ventana...

—Nada, me dijo; está enferma... y como no debía asomarse á la ventana...

—Mentir es pecado, madre, y usted me está engañando.

—No, no, respondió sonriendo dulcemente.

—Sí, sí. Vamos á ver; ¿por qué está castigada aquella monja?

—¿Pues quién le ha dicho á usted que está castigada?

—¡Hola! ¿Conque he adivinado?

—Sí, está castigada.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Un año... Está demente.

—¡Jesús! ¡Un año! ¿Pues qué ha hecho?

—¡Niña! ¡niña! la curiosidad también es pecado.

—Madre, yo quiero saberlo, necesito saberlo, no podría descansar si no lo supiese.

—Pues está castigada por haberse escapado

—¿Con quién?

Digitized by Google

—Sola.

—¿Y dónde la encontraron?

—En el camino del Cerro de Pasco, á pie...

—¡Pobre mujer! ¿Y para dónde iba?

—No quiso decirlo ni ha podido sacársele una palabra.

—Madre, yo necesito hablarle á solas.

—¡Imposible! Está prohibido.

—Para mí no.

—Para todo el mundo.

La madre negando y yo insistiendo me salí con la mía, después de haber prometido cincuenta duros para la fiesta de San José, que aquel año se hizo por mi cuenta.

Subí á la celda en donde estaba encerrada la monja, y como el trato era que yo le había de hablar á solas, la superiora, que me acompañaba, salió después de haberle dicho algunas frases en quichua.

El cuadro que se presentó á mi vista fué tristísimo. Era una celda casi cuadrada, de paredes sucias, en las cuales apenas se conocía la tosca brocha del albañil, y la única cosa agradable que tenía era la ventana de fuertes barrotes, por la cual entraban la luz y el sol á torrentes mezclados con el penetrante aroma de los azahares.

Al quedarse sola conmigo elevó al cielo los ojos y cayó de rodillas, balbuceando frases en idioma indio.

Procuré levantarla y vi con espanto que tenía grillos.

—¿Para qué? ¡Dios mío! me pregunté. ¡Si esta infeliz ni tiene fuerzas ni puede escapar por ningún sitio!

La obligué á sentarse en la paja que se veía extendi-

Digitized by Google

da sobre un tablado de pino, y también yo me senté á su lado.

—Cuénteme usted, hermanita, cuénteme usted sus penas, le dije. ¿Por qué huyó usted de esta casa? ¿Adónde iba usted?

La desgraciada dudaba de mí: era la primera persona que la visitaba, y creyó que me habían enviado para arrancarle una confesión que se negaba á hacer. Cuando se convenció de mis intenciones, cuando le dije quién era y por qué estaba en Huanuco, me echó los brazos al cuello diciendo:

—¡Ah! ¡Usted viene de Lima! Usted le conocerá.

—¿A quién?

—A él; luego diré su nombre; ahora no, luego, luego; primero sepa usted mis desgracias. Me llamo Domitila, aquí soy sor Angelina, pero yo no voy á referir nada de aquí; estoy en el mundo, en el mundo, sí, señora porque usted me trae los ecos del mundo... el mundo... ¡el mundo! decía como si desvariase... Pues yo me eduqué en esta casa, mi madre me puso aquí para que recibiese educación religiosa; tenía miedo á la sociedad, tenía miedo á los hombres; mi madre era una chola rica con ribetes de señora y quería que yo saliese una señorita, para que no me casase con ninguno de su clase. Tenía diez y ocho años cuandó salí del convento; en mi casa se celebró con una gran fiesta el acontecimiento; hubo muchos convidados, muchos caballeros que hicieron á mi madre la honra de asistir: muchos... no... no había más que uno, yo no ví más... ¡Qué hermoso era!... Usted debe conocerle. Después de la comida el baile, el canto; yo sabía algunos *Tristes* que me habían enseña-

Digitized by Google

do aquí, y tocaba un poco el piano; él me dijo que mi voz y mi dulzura le habían vuelto loco. Bailamos juntos toda la noche. Yo no había visto hombres jamás... á mis hermanitos, á mis tios, á mis primos; pero ninguno era como aquél. Me sentía mareada; olía á rosas, á jazmines, á piña, á naranjas, á todo; no pude saber á qué me olía, pero me mareaba, me mareaba, y dos ó tres veces estuve á punto de caer; él me sostenía, me sostenía en sus brazos y yo sentía un placer tan grande que me apoyaba como si me apoyase en mi madre ó en la Virgen. Yo no sabía bailar; aquí bailábamos solamente cachuas por broma, pero tenía buen oído para la música y le seguía sin perder el compás; él decía que yo lo hacía muy bien. Era forastero, limeño, estaba aquí de paso; le pregunté como se llamaba, no me habían dicho sino el apellido cuando me lo habían presentado... el Doctor... ¡casi lo digo! y no quiero, es pronto. Sus amigos le obligaron á cantar, y cantó; cantó, señora. Jamás había oido yo voz semejante ni canciones como aquellas: todo era de amores, de amores. ¡Qué feas me parecían las plegarias que había yo cantado en el convento! También cantó en otro idioma: *Stella de nostro amor*, decía; no se me ha olvidado, no se me olvidará. Tengo aquí la voz (señalando á los oídos) y aquí la música, aquí su retrato, golpeándose la frente.

—Cálmese usted.

—¡Si no me hace daño! Me parece que revivo; poder hablar de esto, poder contarlo, creer que usted se lo dirá, porque se lo dirá usted en cuanto llegue á Lima, ¿verdad?

—Sí, se lo diré todo.

Digitized by Google

—Bueno; pues acabaré. Habíamos bebido mucho y hablado sin cesar y bailado y... yo estaba sofocadísima y me saltaba el corazón. Después que hubo cantado quedé mirándolo extasiada, no sabía lo que pasaba por mí; pero pasaba algo muy grave, me habían dicho que habia que temer á los hombres, y yo nole temía; lo miraba con ganas de besarle, de abrazarle, de acariciarle mucho... y no me daba miedo. ¡Si me parecia cosa propia! ¡Si creía que había vivido siempre á su lado! Me sacó al patio y me hizo sentar en la hamaca; se sentó á mi lado, rodeó mi cintura con su brazo y me estrechó muy fuerte; yo también lo estreché; era lo que deseaba; él había adivinado sin duda mis deseos. Me dió muchos besos, que yo le devolvía como si besase á un niño Jesús... ¡Qué palabras tan bonitas me decía!; como se las decíamos nosotros á la Virgen. Me rogó que le dejase entrar en mi cuarto; precisamente comunicaba con un huerto de limoneros; era una celda preciosa adornada por mi madre con tanto gusto... Me dijo que en el patio entraba y salía la gente, que no podía decirme todo lo que deseaba, que le dejase verme cuando se marchasen todos, que me retirase pronto para que se deshiciese el baile, que él saltaría la tapia... Accedí á todo y lo hice como me había rogado; pero se lo comuniqué á una criada destinada por mi madre para servicio mío.

—Eso es pecado, niña, me dijo.

—¿Pecado? no lo creas.

—Sí, un pecado, un pecado muy grande.

—Bien; pues mañana iré á confesar y ya está listo. Se hizo todo como él deseaba: la criada nos ayudó sin es-

Digitized by Google

crúpulo en vista de que al día siguiente pensaba confesarlo, y él pasó la noche conmigo. Cuando por la mañana me levanté, se me acababa la vida; quería volver é verle, no podía vivir sin él, ni pensaba en la confesión; pensaba ¡en mi amor! en mi amor... él me había dicho que aquello era amor. La criada me recordó que debía ir á lavar el pecado cometido, y fuí con ella misma. Cuando me levanté de los piés del confesor estaba medio loca; me había negado la absolución; me dijo que estaba condenada, que mi alma ardía ya en los infiernos y que necesitaba profesar en el Beaterio para que Dios me perdonase, si no quería perder la gloria y abrasarme en las llamas del fuego eterno. Horrorizada me encaminé al convento sin volver á casa y no quise recibir á mi madre cuando pretendió verme; el confesor por un lado, y la criada, á quien yo veía, por otro, mantenían constante mi terror al infierno: la sirvienta lloraba creyéndose condenada conmigo por haber sido cómplice. Mis sufrimientos eran horribles, en mis oraciones mezclaba las frases que yo había oido aquella noche y me exaltaba hasta volverme loca. Profesé, sin saber nada de él; no sé si me buscó, nadie más que la criada me hablaba de aquel hermoso demonio, y ésta me dijo que se había marchado. Al poco tiempo de pronunciar los votos eran mayores mis torturas, cuanto más imploraba á la Virgen que apartase su imagen de mi pensamiento, más me la presentaba... Todos me abandonaban, hasta la Virgencita. Mi pecado, tenía razón el confesor, era monstruoso. ¡Dios estaba enojado!... ¡Su madre no quería escucharme! Cuando me convencí de que no había salvación para mi alma, ya

Digitized by Google

no pensé sino en huir, en llegar á Lima como fuese, pidiendo limosna; y acechando la ocasión llegó por fin. Escapé; me persiguieron y me encontraron á los dos dias, muerta de cansancio, de hambre y de fatiga, me volvieron aquí... Aquí estoy... condenada todavía, ¿verdad? condenada, ¡eternamente condenada!

—No. Dios perdona á los inocentes, á los desgraciados. ¿Qué culpa tiene el niño á quien dejan dormido al pie de una fogata, si dando la vuelta cae en las llamas y se abrasa? Usted es inocente y Dios lo ve todo, lo oye todo y todo lo perdona á las criaturas desgraciadas como lo es usted. Vamos, dígame ese nombre que no quería pronunciar, yo le hablaré de él si le conozco: ¿quién es?

La monja, con las pupilas dilatadas, la cabeza temblona y las manos perláticas, pronunció un nombre y un apellido que me eran conocidos.

Una idea rápida como el rayo hirió mi pensamiento.

—¡Pobrecito!, dije.

—Pobrecito, dice usted, ¿por qué?

—Porque ha muerto en la defensa de Arica.

Sor Angelina sonrió con placidez, me estrechó las manos, levantó los ojos al cielo, y al bajar los párpados rodaron dos lágrimas por sus mejillas.

—¿Verdad que vale más morir heróicamente en defensa de la patria, que vivir sufriendo como usted sufre?

—Sí, pero ya no sufro; él está en el cielo, él ha rogado á Dios por mí y Dios me perdona; usted me ha traído el indulto. Ya estoy tranquila. ¡Ha muerto! Allá nos veremos. ¿Cuándo será? Pronto. Ahora sí que tengo esperanzas de verle.

Digitized by Google

—Me despedí. Adiós, Domitila!, le dije.

—Sor Angelina, señora, Sor Angelina.

Salí del Beaterio muy impresionada y diciéndole á la superiora:

—Ya pueden ustedes soltarla, está curada y será mientras viva, poco tiempo acaso, una religiosa ejemplarísima.

Yo había mentido á la enamorada monja. ¡Si le hubiese dicho la verdad!... Su amante de una noche no había muerto ni se había batido en parte alguna: era un libertino sin conciencia, casado, algunos años antes de estar en Huanuco con una millonaria de edad más que madura.

Un mes después le ví; le conté el caso, y no conservaba más que un vago recuerdo de la infeliz mujer, loca y recluída por su causa.

1891

Digitized by Google

EL MANTÓN DE LA CONDESA

Vaya que puede ser cierto, y mucho que lo creo, porque hay en América hembras capaces de hacerlo, y tocándoles el amor propio, digo, y me atengo á varios ejemplos, que son capaces de inventar con el diablo lo que á un hombre jamás se le hubiese ocurrido.

Pinchen á una mujer americana en la negra honrilla y verán lo que salta; un ramalazo lleno de sal y pimienta que deja más pasado á quien lo recibe que si le fuesen taladrando el cuerpo con una aguja de enjalmar.

Antes de hablar de la condesa á quien el título de este cuento se refiere, contaré un caso que por haber ocurrido en pais distinto y entre mujeres de diferente carácter, prueba que para ciertas cosas todas las americanas tienen el propio temple y calzan los mismos puntos.

Digitized by Google

Cuando en el Perú no había aquellas hermosas líneas de ferrocarriles, aunque sí muchísimo más dinero del que hay ahora, iban las señoras desde la capital á los cercanos puntos de recreo y aun á los grandes viajes, caballeras en sus magníficos caballos.

Chorrillos, que para Lima el Baden, el Biarritz, el San Sebastián y la Granja, recibía en su seno á las hermosísimas mujeres que habían hecho de un pobre puertecito de pescadores la más elegante y fastuosa residencia veraniega que hubo en el mundo de Colón y que podía competir con las más famosas del continente viejo.

Entre las beldades que paseaban su lujo por Chorrillos había una que no gozaba fama de sobrado pulcra para su honra, y aunque de buena familia y mujer derrochadora, motivo más que suficiente para ser admirada, mostrábanse rehacias las señoras en tratarla, siquiera fuese porque en casa de la tal pasaban alegremente el rato sus maridos y los que no lo eran. Salió de Lima la hermosa, á quien llamaremos Isabel per llamarle algo; y jinete en un corcel que valía mil pesos, con más oro y más plata en estribo, freno y montura que la que hace falta para comer un año en casa de cualquier pobre, encaminóse á su *rancho* del aristocrático Chorrillos, seguida de un *cholo*, buen mozo, sirviente montado, á guisa de dama castellana de las que llevan criado de confianza á retaguardia.

Llegó Isabel al Barranco y echó pie á tierra en un sitio que parecía obligado apeadero de mujeres hermosas, á tiempo que una señora muy principal y de las que más volvían la cara cuando la tropezaba de frente,

Digitized by Google

ajustaba una cesta de magníficas uvas. Eran las primeras del año y la india vendedora pedía dos pesos por la cesta.

—Te doy uno, dijo la dama.

—No, puede ser *mamai*, respondió la vendedora.

—Pues son muy caras y no las quiero, repuso la señora disponiéndose á volver á montar ayudada por su criado.

Isabel, que había oído el regateo, adelantóse con gran empaque, y dirigiendo una desdeñosa mirada á la regatona, dijo con orgulloso tono:

—Trae, *chola*, yo te daré tres pesos, porque á mi caballo le gustan mucho las uvas y quiero que las pruebe antes que nadie.

Y conforme lo dijo lo hizo; mandó quitar el freno al animal y ordenó que se le pusiese la cesta delante para que comiese ó destrozase los dorados racimos.

Júzguese del *pisto* que llevaría la desairada, que una vez sentada en la silla salió de estampía, sin aguardar á que su criado diese la última mano al traje.

Saltemos, una vez dicho esto, á la tierra chilena, en donde las mujeres no gozan la fama que á las limeñas sobra de saladas y retegraciosas; más aunque así sea, tienen su pedazo de cielo metido en el cuerpo, y en cuanto á soberbia, váyales usted con desplantes y saldrá con razón y justicia más trasquiladito que aquel *pelambrera* que se fué por lana.

Dejó la colonia allá por Chile un tantico de apego á las vejeces españolas, y aunque, como otras veces he dicho, van los hombres delante de muchos pueblos en punto á leyes sabias y redentoras, quédanse las damas

Digitized by Google

un poco rezagadas, ya por innato orgullo de la sangre altiva, ya por severidad de indómito carácter.

Es el caso que allí y también en el Perú, valgan verdades, hay familias que á pesar de todo estiman en muchísimo los rancios pergaminos de sus antepasados los viejos *chapetones*.

Entre las aristocráticas familias de Santiago de Chile, descollaba la condesa... del Parral, por el sostén de su empingorotada alcurnia, por la servidumbre de peluca empolvada y calzón corto y por los estiramientos con que solía pasar por delante de las otras damas santiaguinas.

Era el conde un señor llano y conforme con el nuevo orden de cosas, tanto que de buena fe se había metido en la patria nueva, sin que por esto dejase de rendir culto á los recuerdos de la época feliz en que á su ilustre padre le llamaban excelencia.

De puertas afuera tampoco dejaba la del Parral de cantar alabanzas á la independencia; pero no se avenía de grado con que la república no le respetase el tratamiento ni las gentes le llamasen señora condesa.

Desquitábase con la servidumbre, y allí sí que andaba todo el mundo derecho como los husos.

El señor del Parral era senador respetable por su hombría de bien, y aunque no gozaba fama salomónica en la cámara alta, no dejaban de tenerle en mucho porque votaba siempre con arreglo á conciencia y rompía su inveterado mutismo solamente para bien del prójimo ó en provecho de la patria.

Llevábase lo mejor del mundo con otro senador bonachón como él y como él casado con mujer que había

Digitized by Google

sabido amarrarse bien amarradita una prenda masculina que denotaba carácter y viril energía, cosa más que rara allí en donde el hombre tiene la malísima costumbre del español, de gallear por su cuenta y erigirse en dueño sin consentir en ser esclavo de femeniles tiranías.

¡Pícaros, más que pícaros!

Grandes fatigas pasaba el del Parral para que su señora consintiese en hacer amistades con la esposa de su amigo, y éste á su vez interponía cuanta influencia casera poseía para que su conjunta persona estrechase distancias con la condesa.

La *senadora* era hija de un prócer de la independencia, y tenía bien sabido que la del Parral había llamado hambrientos y gentuza á los hombres que acometieran la empresa de cambiar el régimen colonial por la república.

—Que venga ella, decía.

—Pero hijita, si sabes que es así; al fin y al cabo desciende de...

—¿De quién? gritaba furiosa la patriota, Yo sí que desciendo de personas; ella de tontos. Pues qué, ¿no saben hasta los chicos de la calle las necedades que hacía su padre? Déjeme de tonterías, amigo, y bien está cada cual con su orgullo.

Pero es el caso que cuando mucho se machaca no puede menos de modelarse el hierro, y convinieron los maridos respectivos que el dia del santo de la condesa le enviarían un presente el senador y su señora, á cuya fineza contestaría la del Parral con una galantísima invitación para el baile de la noche.

Admitieron el tratado las beligerantes, haciendo cada

Digitized by Google

marido la entusiasta apología de la mujer del compañero; pero la verdad era que aunque á la del senador no la disgustaba recibir invitación especial de la condesa, no le hacia á ésta maldita la gracia que hollase los tapices de sus regios salones aquella advenediza que tan altaneramente pasaba por su lado.

Llegó la mañana del día señalado, y ya en casa del senador había dispuestos una docena de *azafates* de plata llenos de mixtura de flores, encajes, cristales de Bohemia, joyas y sabe Dios cuántos objetos de valor extraordinario. El senador veia lleno de gozo aquel despilfarro de su mujer, y esta gastaba sin tasa con tal de sorprender á la condesa con un presente que no podía menos de asombrarla. Estaba ella muy segura que con semejante introducción todos los agasajos de la noche habían de ser para su expléndida persona.

Había señalado la senadora la una de la tarde para enviar sus regalos, y á las diez de la mañana salió á misa como deco stumbre, entrando á la vuelta en la tienda de más lujo que por entonces había en Santiago.

Apenas estaba dentro, apareció también la condesa tan empingorotada y erguida como siempre; bien observó la del senador que con el rabillo del ojo la mirara la del Parral y también se le ocurrió que podía haberla saludado con una inclinación de cabeza, ya que faltaban pocas horas para que según deseo de los respectivos maridos se convirtieran en amigas.

Había encargado la condesa un mantón de Manila al comerciante, y éste, creyendo hacer con tales prendas un buen negocio, pidiera una docena, suponiendo que

Digitized by Google

cosa llevada en Santiago por la del Parral no podía menos de ser imitada con furor.

Escogió la condesa el que le gustó más; pero mostróse asombrada de su precio; costaba doce onzas de oro, cantidad que le pareció excesiva. Ni con razones ni sin ellas fué fácil de convencer, y salió de la tienda diciendo que podían vender el mantón; pero salió tan tiesa como había entrado sin inclinar la cabeza para saludar á la del senador, que de propio intento no había querido marcharse y descaradamente la miró cuando salía.

—Esta necia no quiere saludarme hasta no recibir el regalo, para no ser la primera, pensó la senadora: pues yo te daré saludo.

Levantóse de donde estaba y se acercó al dueño de la tienda, que lamentaba el percance; miró los pañolones y ordenó que se los enviasen todos, pues era una colección que le gustaba, y no se ocupó de rebajar ni un peso de las ciento cuarenta y cuatro onzas que los pañuelos importaban.

A la una en punto salían de la casa del senador doce criadas ricamente vestidas y envueltas cada una en su respectivo mantón de Manila, y serias, graves, como convenía á los espléndidos regalos que cada cual en su azafate llevaba, se pusieron en fila obedeciendo órdenes recibidas, y así llegaron al palacio de la condesa, á quien poco le faltó para caerse muerta de coraje al comprender la muchísima altivez con que era tratada.

No se le ocultó á la del Parral que picada la del senador por su tiesura de la mañana, había querido avergon-

Digitized by Google

zarla; pero comprendió también que si tomaba la cosa por el lado que abrasaba, acabaría por perder la partida: ella tenía muchos pergaminos y más orgullo que papelotes todavía; pero la otra... la otra pesaba las onzas de oro para no entretenerse en contarlas.

La condesa del Parral tuvo que bajarse de la parra y deshacerse en finezas con su enemiga.

1890.

Digitized by Google

LA CHAMICADORA

Me pides, hermana mía, que te refiera la historia de esa planta que en algunas regiones de la bella tierra peruana es mirada como el peor de los enemigos del hombre.

Allá va; y si no respondo en absoluto de la verdad de lo que te cuente con respecto á los resultados que produce, te aseguro ser cierto el terror que inspira á algunas personas excesivamente aprensivas.

—¿Sabes lo que es *piri-piri*?—me preguntaba una noche Matilde Buendía, angelical criatura, peruana, hija del general que entonces presidía en aquella República el Consejo de ministros.

—No, querida: te ruego que me lo digas.

—Piri-piri es una planta que venden los indios bolivianos que se dedican al comercio de yerbas, tales como

Digitized by Google

flor de malva, manzanilla, tila, etc., Hallábame en el pueblo de Matucana, prosiguió Matilde; paseaba con una prima de mi padre, á tiempo que pasó uno de estos vendedores. Me hizo una profunda reverencia diciéndome: *Tutúi te guarde, niñacu* (Dios te guarde niña querida); y viendo mi tía la respetuosa adoración con que me trataba, le preguntó si vendía piri-piri; el indio la miró un momento con sonrisa burlona; por fin con aire malicioso contestó:

—Para tí, no; para esa, sí.

La esa era yo: por cierto que me sorprendió la contestación.

Pregunté á mi tia qué era el piri-piri que el indio podía darme á mí y no á ella, y supe entonces que aquellas pobres gentes tenían gran fe en la virtud de esa yerba, y creían conseguir el amor de cualquier persona haciéndola tomar el jugo.

La tia contaba cincuenta años y mi amiga dieciocho, y he ahí porqué no quería gastar el piri-piri en la primera.

Desde aquel momento supe que se atribuía á una yerba poder sobrenatural, pero esa yerba me era desconocida.

Un dia mandé cortar algunos cientos de plantas que descaradamente ocupaban el jardín de la quinta en que yo vivía. El chino jardinero me dijo:

—Tú no las necesitas; por eso las mandas quitar; pero será inútil trabajo: antes de un mes habrá muchas más.

—Pero ¿qué diablo de planta es esa?—le pregunté ¿y para qué sirve?

Digitized by Google

—Es *chamico* y sirve para hacer querer. Creéme niña no la arranques, no sea que te haga falta.

Solté incrédula carcajada y ordené que se limpiara el jardín.

Transcurrió un año, tuve que hacer un viaje al Cerro de Pasco, población minera del interior del Perú, y, por consiguiente, habia de vivir en contacto con los indios. A éstos solamente puedo atribuir las preocupaciones que dominan en aquellos pueblos, sobre todo á los extranjeros que residen allí algún tiempo. Un amigo mío que desconfiaba aun de las mejores y más inteligentes señoritas, y siempre suponía en todas intención de *chamicarlo*, me advirtió que yo no debía ser tan confiada, pues aquella gente propinaba una yerba que producía fatales resultados, no porque creyesen hacer daño, sino porque se figuraban conseguir el amor de la persona que la tomaba.

Me acordé de lo que me había contado Matilde Buendía, y supuse que la famosa yerba sería el *piri-piri* de los indios bolivianos.

—¿Cómo se llama esa planta, amigo mío?

—Chamico.

—La conozco—dije—mi jardín estaba lleno, y ahora me explico el porque mi jardinero no quería arrancarla, suponiendo que pudiera serme necesaria. Pero esa preocupación es indigna de un hombre inteligente—dije al aprensivo caballero—y me asombra que usted dé pábulo á semejantes supercherías de los indios.

—Está usted en un error, señora; no son supercherías, y la experiencia nos ha demostrado que si esa planta, que abunda, como todo lo malo, no ejerce sobre

Digitized by Google

la persona que la toma la influencia que dicen, tiene, y esto es peor, la fatalidad de idiotizar á los hombres.

Pregunté á una criada india cómo se administraba el chamico, y me dijo que se secaban las hojas, y una vez reducidas á polvo, se echaban en el café con preferencia á cualquier otro líquido, por asimilarse mejor á éste y no producir en él sabor desagradable.

Contrastaba la broma é incredulidad con que yo escuchaba cuantas cosas me decían con respecto al chamico y la formalidad que usaban para referir casos á cual más espeluzmantes.

Fué á visitarme una señora que gozaba fama de ejercer absoluto dominio sobre su esposo.

Cierto debía ser, porque el pobre hombre oía á su mujer como á un oráculo y obedecía sin chistar los más extravagantes caprichos de su costilla.

—Está *chamicado*—me dijeron.

—Pero, ¡por Dios! no profieran ustedes semejantes palabras. ¿No han visto ustedes en otros países en donde no se conoce el chamico, hombres que viven supeditados á los caprichos mujeriles? Supersticiones y nada más

—No son supersticiones—replicó Virginia Ortiz de Villate, señorita inteligente, espiritual y decidora, que amenizaba con su graciosa conversación las tertulias del Cerro de Pasco;—y para que no suponga usted que la falta de cultura nos domina hasta el punto de creer en absurdos, voy á referirle la historia de una mujer, comprometiéndome á llevar á usted mañana á casa de ella, si es que desea conocerla. La llaman la *Chamicadora*.

Digitized by Google

—Sí, si—dijeron los caballeros;—que cuente Virginia ese sucedido, y se convencerá usted.

—Si no se convence, le quedará la duda—dijo mi bella amiga, y comenzó asi:

—Todos ustedes conocen al general T.... que reside en Lima y está de reemplazo hace muchos años.

Pues bien; veinticinco hará que siendo coronel, vino á este departamento con su batallón. Era entonces joven, buen mozo, elegante y de maneras distinguidas. A la fama de bravo, que había conquistado en algunas revoluciones políticas, unía las cualidades que dejo apuntadas, y con semejantes atractivos, no extrañarán ustedes que llevase algunos corazones pendientes del puño de su espada.

Las mujeres que en algo se estiman, huyen del hombre que alardea de conquistador; y como el coronel T... estaba revestido de seriedad, real ó aparente, y por otra parte, era en extremo prudente y respetuoso con las damas, de ahí que sin escándalos ni alharacas tuviera muchas y más poéticas aventuras que esos necios infatuados que se forjan la ilusión de ser correspondidos por todas, cuando sólo son juguetes de alguna destornillada cabeza.

Un abogadito muy mono, que prestaba gran atención, se revolvió en su asiento como si le hubieran pinchado. Virginia le dirigió una mirada picaresca, y continuó:

—Llevaba algún tiempo en este pueblo el coronel, y sólo por imprudencias que los enamorados cometen sin darse cuenta de ellas, se llegó á presumir que su libro de recuerdos amorosos había crecido en volumen.

Digitized by Google

Un domingo, que, como de costumbre, aguardaba con sus amigos á la puerta de la iglesia para pasar revista á las devotas (revista que le agradaba casi tanto como la que pasaba á sus soldados), vió una joven que, acompañada de una criada india, salía de misa y muy recatadamente cruzaba la plaza, no sin dirigirle antes una mirada, que le hizo temblar. Después de esta mirada los ojos de la joven se dirigieron al suelo, ruborizados ó heridos.

Instintivamente, y á pesar de su natural reservado, preguntó el coronel:

—¿Quién es esa?

Un amigo contestó:

—Una *cholita* bastante rica y huértana.

La chola es la hija de india y europeo, y no vacilo en calificar de divinos algunos ejemplares que han producido tan opuestas razas.

Laura era hermosa, dulce, educada, sensible; el coronel lo adivinó en aquella mirada: averiguó donde vivía; supo también que había sido muy pretendida por hombres de envidiable posición y que á todos rechazara, negándose siempre que se le había invitado á tomar parte en las orgías á que son tan aficionadas las mujeres de su raza y clase.

El coronel se distraía frecuentemente, y se retraía de las antiguas tertulias pretextando mil excusas para retirarse temprano por la noche.

La sociedad femenina se preocupaba demasiado de tan repentino cambio, y al poco tiempo, para nadie fué un secreto que había sido rota la clausura voluntaria en que Laura vivía.

Digitized by Google

Espiaron la casa de ésta, y jamás vieron entrar ni salir al coronel; pero no cabía duda: éste pasaba las noches al lado de la chola, y aquellos àmores, aquel idilio, tenían el doble atractivo de la calma nocturna y la reserva más escrupulosamente guardada.

Cinco meses duró la felicidad de Laura, pues una orden del ministro de la Guerra llamó á Lima al batallón que mandaba el coronel T... Ambos creyeron morir de dolor. Ella quería seguirle, él llevarla; pero todo esto era imposible.

La promesa solemne de pedir licencia y regresar para hacerla su esposa, fué el bálsamo que mitigó el dolor de aquellas almas, unidas por la pasión más ardiente.

El partió; ella quedó con la esperanza por único consuelo.

Cuentan que el coronel no mentía. Dijeron más tarde los oficiales de su batallón que había hecho un viaje triste, muy triste, y, sin embargo, ya supondrá usted, amiga mía, que el bueno del coronel no cumplió su palabra.

—Me lo figuro: ¡ingrato como hombre!

—Realmente, querida—prosiguió Virginia,—fué un ingrato. Laura le aguardó inútilmente; y cuando perdió la esperanza, cuando supo que su amante se había casado con una linda y rica limeña, se abandonó hasta el punto de perder la dignidad: fué una de tantas mujeres galantes. Admitía las caricias de cuantos hombres le agradaban; se aturdía en la embriaguez de los placeres, y jamás una frase ni una queja hizo comprender que el despecho y el amor más exaltado fueran causa de sus locuras.

Digitized by Google

Suspendo la narración, señores: sirven el ponche, y no quiero molestarles más con el relato de esta triste historia. Mañana á las tres—continuó Virginia—me tendrá usted aquí; que estén dispuestos los caballos, y llegaremos paseando hasta la hacienda donde vive Laura.

Ella contará á usted lo que sigue; yo se lo rogaré, diciendo que es usted amiga mía.

A la hora fijada del siguiente dia estábamos á caballo, y partimos sin otra compañía que la de un *cholo* entre dependiente y criado de mucha confianza que solía acompañarnos varias veces.

Sólo dos leguas distaba de la población la hacienda en donde residía la antigua amante del coronel, y á las cuatro echabamos pie á tierra á la puerta de su casa.

Cincuenta años contaría entonces la que en otro tiempo llamara la atención por su hermosura. Nos recibió con la distinción y cariño propios del carácter americano en general y del peruano particularmente.

—Le presento una amiga muy querida—dijo la señorita Ortiz de Villate saludando á Laura;—hacía buena tarde y quisimos correr solas á caballo por esos cerros, filosofando á la manera que pueden filosofar dos mujeres que tienen la cabeza llena de ilusiones.

—¡Las ilusiones! Benditas sean cuando llegan á la realidad, para quien, como usted, merece ser feliz.

—Gracias, Laura. Pero ¿qué hacía? ¿Somos obstáculo para que prosiga en alguna tarea comenzada?

—De ningún modo; y aun cuando así fuera, daría gustosa toda la plata que beneficio en un mes, por una hora de plática con ustedes.

Digitized by Google

Yo escudriñaba á aquella mujer; y si sus frases galantes no me sorprendían, porque estaba acostumbrada á las gentes de aquellos países, que son generalmente educadas é inteligentes, me producía admiración, curiosidad y simpatía. Era de color moreno pálido, con ojos grandes y todavía muy expresivos cuando se animaban: aire distinguido, estatura regular y altivo continente. Vestía al estilo de las *cholas* ricas; pero como el mismo traje usan las señoras de la sierra en su desaliño, no se podría adivinar si era una señora ó una chola la que teníamos delante. Consistía su traje en bata de lana á cuadros encarnados y negros, adornada con terciopelo; pañolón gris y negro colocado en forma de chal y cruzado sobre el hombro izquierdo; dos trenzas colgando por la espalda, y cubierta la cabeza con magnífico sombrero de Guayaquil, cuyo valor no bajaría de ciento cincuenta *soles* (duros).

La primera ocupación de la sirviente de Laura, fué prepararnos café; y apenas habíamos entrado en la sala, ya nos presentaron el exquisito líquido, aromático, claro, cargado y caliente; condiciones todas indispensables para que el café sea bueno.

—Y bien—dijo mi amiga, pasando el brazo por el cuello de la chola,—¿tiene usted inconveniente en contar á esta señora la historia que tantas veces la he rogado que me cuente? No cree en el poder del *chamico*; pero desea convencerse de que el jugo de esa planta es un veneno que produce efectos de sumisión y atontamiento. Conoce al general T..., y duda que esté *chamicado*.

Al oir el nombre de su primer amante, el rostro de Laura se contrajo perceptiblemente; hizo un esfuerzo

Digitized by Google

sobre sus recuerdos, y con acento que no he podido definir jamás, me preguntó si necesitaba *chamicar* á alguno.

—¡Dios me libre!—la contesté.

Desqués de un cambio de preguntas y respuestas, Laura reanudó la conversación interrumpida por Virginia la noche anterior.

—Mil y mil cosas á cual más novelescas—dijo—se han inventado para contar lo sucedido al general T...; pero la verdad ha salido de mis labios sólo para revelársela á esta señorita. Hoy evocaré de nuevo aquellas escenas cuyo recuerdo me es tan penoso, y usted será la segunda persona á quien las cuente.

Adoré al coronel T... creyendo que aquella pasión acabaría con mi vida; no fué así. Cuando mi amor se trocó en odio, me avergoncé de haber estado ciega. Mi alma, al perder su pureza, se había acostumbrado á tener otra alma que respondiera á sus impresiones; mi corazón necesitaba otro corazón que palpitase al lado suyo, y entre el sin número de mis pretendientes, me fué fácil elegir el que yo creía más digno de recoger la herencia amorosa del coronel.

Las relaciones de éste conmigo no habían sido públicas; por tanto, conservé algún tiempo parte del aprecio que antes mereciera. No amaba á ningún hombre, no podía amarlos, porque todos me parecían iguales.

No necesitaba el dinero de ellos, y los arrojaba lejos de mi cuando me arrepentía de haberlos admitido. Diez años transcurrieron desde que el coronel T... se había olvidado de la pobre mujer que le sacrificara su honor y su dicha. Una noche convidé á algunos amigos á ce-

Digitized by Google

nar. En la mañana había llegado al Cerro de Pasco una columna mandada por un general; ni me habían dicho su nombre, ni tuve curiosidad por conocerle; pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando uno de los convidados me presentó al general, que deseaba ser de los comensales, y reconocí en él á mi antiguo amante! No fué menor la que experimentó el ingrato.

Debo asegurar, en apoyo de la imparcialidad con que e juzgo y me juzgo, que brotó de sus ojos una llamarada por la cual me dejó comprender que le atormentaba el remordimiento, que nacían los celos y que su amor revivía en mi presencia. Fuí más dichosa en aquel momento que cuando le había tenido á mis piés llorando de amor y rogándome que le correspondiese. Como siempre, se mostró muy prudente y hasta se hizo el desconocido; me colmó de respetuosas atenciones, y con su actitud contuvo á los convidados en el límite de la etiqueta expansiva. Me obligaron á cantar *tristes*, *yaravíes* y *cuecas*, cuya música voluptuosa conmueve y electriza el alma. El general hacía esfuerzos por aplaudirme. Yo me sentía rejuvenecer; gozaba infinitamente viendo pendiente de mis labios y esclavo de mis menores movimientos al hombre que me hiciera conocer la dicha para arrojarme después en el infierno de todas las amarguras.

La india que me había servido de compañera en la orfandad y que había llorado la pérdida de mis ilusiones, como yo misma, reconoció al infiel amante y observaba detrás de una cortina cuanto pasaba cerca de mí. En un momento que me acerqué á la puerta, me dijo en su idioma: ¡Niña, véngate!—¿Cómo?, la pregunté.—Ha-

Digitized by Google

ciendo que te ame de nuevo.—Sí, pero dime cómo.—Quédate sola con él y dale una taza de café; yo le pondré *chamico*.

—Está bien—repliqué.

Llegó la hora de despedir á los convidados, y con acento firme, sin alteración ni rubor, dije:

—General, quédese usted un momento, tengo que pedirle un favor.

El general tomó asiento de nuevo; pero mis amigos dejaron oír algunas toses maliciosas, y le dirijieron bromas que hubieran sido del caso en otras circunstancias.

Una vez solos, la escena se hizo interesante; me dejé caer en una mecedora al lado de la chimenea, sin pronunciar una palabra.

Después de un momento de vacilación, se arrojó á mis pies diciéndome:

—Laura, te adoro más que nunca.

Una carcajada que debió paralizar la sangre en sus venas, fué la única contestación que recibió tan amoroso arranque.

—Laura, tienes razón—prosiguió;—mátame si quieres, pero concédeme una de tus caricias. Te olvidé; no; miento, no te olvidé; pero el mundo, la sociedad, los honores y la riqueza me embriagaron, y entre tanto, tú, sola y pobre mujer abandonada, concedías á otros el amor que tan feliz me ha hecho y que hoy me sirve de recuerdo candente. Yo perdono tus extravíos, hijos del despecho, porque es imposible que tu alma, toda mía en otro tiempo, haya sido de nadie; perdóname, cerremos el paréntesis de nuestro amor, y reanudemos aquellas

Digitized by Google

horas de misterio y delicia en que, olvidados del mundo, vivíamos sólo para nosotros mismos.

Me sentía vencida; su acento me conmovía más que cuando luchaba con mi virtud y mis temores. Si le amaba, ¿por qué no cedía? Y si no le amaba, ¿por qué aquella emoción? ¿Entre las cenizas de mi amor quedaba una viva chispa que al primer soplo debía convertirse en hoguera imponente? Sentía dentro de mi ser algo desconocido. Quise hablar, quise rechazarle ó atraerle, no sé... Cuando la india entró con las tazas del café y me presentó la bandeja, me estremecí; una de ellas debía contener el chamico.

—Esta, niña—dijo la sirviente;—la otra está más fuerte; recuerdo que al *taita* (padre) le gustaba el café muy cargado.

—Cierto—dijo el general;—¿luego me recuerdas? ¿no me has olvidado como tu ama?

—Las indias no olvidamos—contestó la criada con acento tan terrible, que de haber comprendido el *quichua*, seguramente se hubiera estremecido el general.

Este apuraba su café saboreándole, entre tanto yo apenas lo gustaba. Estuve movida á separar la taza de sus labios; pero yo también era supersticiosa, y deseaba que fuese todo mío para hacerle sufrir parte de mis tormentos.

Acabamos; el general se levantó, dejó ambas tazas sobre un velador chino, y quedó un momento indeciso contemplándome.

—Laura mia—dijo después de un rato,—devuélveme tu amor y castígame á sufrir las torturas que te sugiera el recuerdo del ultraje recibido: pídeme todo,

Digitized by Google

que olvide mi carrera, mi familia, mi esposa, mis hijos, hasta mi patria, y verás de cuánto soy capaz por conquistar una sola de aquellas caricias que fueron mi felicidad y hoy serían mi vida. Marcharemos del Perú, nos iremos á Europa, haré lo que quieras.

Mis fuerzas decaían, comprendí que amaba todavía á aquel hombre, que tantas lágrimas me había costado, y el odio se trocaba en amor con la misma facilidad que el amor se había trocado en odio.

¡Qué gran verdad la de que del uno al otro sólo hay un paso!...

Laura nos refirió algunos detalles que suprimo.

—A los dos dias—prosiguió—los amigos del general retrocedían espantados al verle; su aspecto era el de un anciano decrépito. El no se daba cuenta de su estado, y contestaba á las preguntas que le dirigían que se sentía, no sólo bien, sino feliz y contento. Se puso en tal estado, que llegaron á repugnarme sus visitas, y entonces me horrorizaba la idea de que el *chamico* hubiera producido en él tan terrible cambio.

¿Para qué insistir? El general fué borrado del libro de los hombres útiles á la sociedad, como más tarde fué dado de baja en el ejército peruano.

Enterada su familia del estado en que se encontraba, vino á buscarle y marchó tranquilamente como el idiota que ni siente ni padece.

Frio glacial recorrió mi cuerpo oyendo á aquella mujer que con envidiable tranquilidad, nos refirió detalles, tanto más horrorosos cuanto que había sido la víctima un hombre joven todavía, noble, generoso y padre de familia. Agréguese á esto lo dispuestas que estamos

Digitized by Google

siempre las mujeres á conceder el perdón que se pide á tiempo y que sabe pedirse, y se comprenderá la impresión que me causó el relato de aquellas escenas.

La pregunté si había sentido la desgracia de su amante y si le amaba todavía.

—Sentirlo, sí; amarle, no. Yo no he podido ni puedo amar más que al coronel T..., al hombre de hace veinticico años; el general de hace quince y el hombre de hoy me son indiferentes.

—Y la yerba llamada *piri-piri*, ¿tiene las mismas condiciones que el *chamico*?—la pregunté.

—Dicen que no; el *piri-piri* es planta desconocida aquí, la venden los indios bolivianos, y aseguran que no influye sobre el cerebro y la médula como el *chamico*, pero que atrae al que la toma hacia el que la suministra.

—¿Luego son dos clases de plantas?

—Si, señora; pero la mujer que hace uso de ellas queda bajo el peso abrumador de un monte infamante como el que yo tengo; nos llaman *chamicadoras*.

1885.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA HIJA DEL PONGO

Era Juanacha una indiecilla boliviana, viva, inteligente y traviesa como un diablillo.

Hija de una cocinera y de un *pongo*, sirvientes ambos de señores acaudalados, había nacido en casa de éstos, y se había criado al calor del afectuoso trato que tanto distingue á las damas de Bolivia.

Juanacha era muda; la naturaleza le había negado el don sublime de la palabra, prodigándole en cambio las gracias y bellezas que le hacían sobresalir entre las demás indiecillas de la Paz.

El padre, por su calidad de *pongo*, veia á la muchacha pocas veces; pero la amaba entrañablemente y procuraba siempre que le destinasen á prestar servicio en donde estaba su hija:

Digitized by Google

Es el *pongo* algo así como un esclavo voluntario que se contrata en las haciendas á condición de que el amo le dé terreno para sembrar patatas y verdura. Trabaja tres semanas para el patrón y una para sí con lo cual mantiene á la familia.

El dueño de la hacienda cede á los particulares, por medio de escritura, los indios que le sobran, cobrando por cada uno ochenta pesos anuales.

Hace el *pongo* todos los bajos oficios de una casa; es el criado de los demás criados, y los mira con cierta superioridad como si no fuesen tan indios y tan desventurados como él.

Sirve de pinche de cocina y á veces de cocinero; barre los patios y las habitaciones interiores, y responde con su dura piel de los ricos servicios de plata que siempre están á su cuidado; y amén de esto, obedece cuanto le ordenan sin rechistar ni demostrar la contrariedad más pequeña. Si llueve, transporta los niños sobre sus espaldas desde casa al colegio y desde el colegio á casa; y como las calles de la Paz son muy empinadas, no pudiendo por esta causa circular carruajes, ya se ha dado el caso de andar los *pongos* acarreando señoras para que asistiesen á un baile de etiqueta sin detrimento del zapatito blanco y de la media de seda.

Grupo admirable el que presentaban una mujer hermosa, ataviada con rica elegancia, y un indio desgreñado que le servía de caballo, volando más que corriendo con su preciosa carga.

El pongo es honrado por naturaleza, sobrio hasta lo inconcebible y humilde como la mayoría de los de su raza.

Digitized by Google

Duerme por regla general sobre las duras baldosas de la puerta de la calle, haciendo las veces de fiel mastín. A cualquier hora, en cualquier momento, se pone de pie para servir á sus amos; jamás se desnuda, y su cama se reduce á unos cuantos pedazos de manta que le sirven de colchón, almohada y abrigo.

Todos los domingos se releva este servidor especialísimo y *sui generis*, desconocido en los demás países americanos.

Cuando llega el sustituto, al cual hace entrega de la vajilla y de la plata, envuelve su mal llamada cama, se la echa á la espalda formando con ella lo que denominan *quipe*, y guarda en una pequeña bolsa el puñadito de coca con que se le obsequia para que vaya mascando en su regreso á la hacienda.

Antes de marchar, entra en las habitaciones de *mamay* (la señora de la casa), y se despide de ella hincando en tierra una rodilla, pronunciando algunas frases cariñosas y besándole la mano. La señora le contesta en aymará y le entrega un real como *plus* establecido por la costumbre.

Cada ocho dias repítese la propia escena.

Uno de estos ilotas era el padre de Juanacha.

Vivo, inteligente y no exento de atractivos personales, había conquistado ó creído conquistar el corazón de la india *Manuca* (Manuela), cocinera en casa de los señores de Gálvez, una de las que él servía con frecuencia.

Pero Manuca, que desde muy niña estaba en la casa y que era voluntariosa por hábito y altanera por carácter, rechazó al *pongo* Francisco cuando más seguro te-

Digitized by Google

nía él su amor por haber venido al mundo la indiecilla Juana.

Inútiles fueron las reflexiones de sus amos y las lágrimas del indio para que Manuca consintiese en ser la esposa de éste; negábase diciendo que ya no le quería y que no se sentía capaz de vivir mucho tiempo á su lado.

Lloraba Francisco, suplicaba, invocaba el amor de su hijita, pero la india continuaba impertérrita y llegó á huir de casa para evitar la enojosa presencia del hombre que con tal pasión la idolatraba.

Apenas tendría un año Juanacha, cuando la madre desapareció sin que nadie pudiese dar razón de su paradero.

Algún tiempo después se supo que otro indio menos amante y menos cariñoso que el pongo, había vengado á éste de los desdenes de la ingrata.

Juanacha creció mimada y engreída por los señores de Gálvez, y viendo á su padre siempre amantísimo y siempre cariñoso con ella.

No tuvo límites la desesperación de Francisco cuando supo que su hija era muda.

Dos veces al año visitaba el santuario de Copacabana para postrarse á los piés de la Virgen idolatrada por los bolivianos y pedirla con oraciones y donativos que concediese á su hija lo que tanto necesitaba para su consuelo; que hablase aquella criatura en quien había cifrado todo el amor de padre y de amante desde el cruel abandono de Manuquita.

Todos sus ahorros dedicábalos el sencillo indio á la Virgencita hermosa que tantas esperanzas le hacía concebir con sus miradas tiernas, llenas de mística dulzu-

Digitized by Google

ra, y con aquella tranquilizadora esperanza que sentía al penetrar en el camarín de la bondadosa confidente de su raza.

Cuando Juanacha cumplió catorce años, se convenció Francisco de que su hija no hablaría nunca, y se resignó con su desgracia.

Terminó sus contratos con el amo que lo realquilaba y se trasladó en clase de pongo perpétuo al lado de los amos de su hija.

Gozaba fama la mudita de ser la *imilia* (criadita) más mona, graciosa, limpia y vivaracha, de cuantas correteaban por las calles de La Paz. Era de cutis finísimo y suave como el terciopelo, de color tostado, y de ojos negros, muy negros y brillantes, velados por largas pestañas. Su boca diminuta, de labios gruesecillos y de color de fuego, estaba siempre dibujando una maliciosa sonrisa, diríase que con refinamiento de traidora coquetería; y por los entreabiertos labios, asomaban unas perlitas de brillantísimo esmalte alineadas en formación correcta, capaces de trastornar al que soñase libar en tan hermosa copa el néctar delicioso y puro, jamás profanado por el pestilente hálito de bebedor ansioso.

Mamay vestía á Juanacha con extremado lujo, al estilo de su clase.

Los refajos [1] y los rebozos que á guisa de chal usan las indias, eran de la más fina bayeta, adornados con

(1) Las cholas bolivianas visten el mismo traje que las mujeres del pueblo en Castilla la Vieja, excepción hecha de que éstas no usan sombrero como las indias y cholas.

Digitized by Google

franjas de oro ó de terciopelo. Los blancos encajes de sus enaguas, aparecían por debajo de los chillones colorines, cubriendo apenas el nacimiento de sus torneadas pantorrillas, enfundadas en fina media de hilo, tejidas por la propia Juanacha; y sus piececillos, de alto empeine y aguzada punta, parecía que no tocaban el suelo cuando calzaba el zapato escotado, sin tacón y de muy delgada suela.

Las crenchas de pelo áspero, cerdoso y negro como sus ojos, estaban siempre alisadas con esmero, contrastando en esto con las mujeres de su raza, que son enemigas juradas de los peines. El complemento del traje de fiesta, era un sombrerito redondo, de vicuña, que daba á su semblante expresión más picaresca de la que naturalmente denunciaban las inquietas niñas de sus ojos y las covachuelitas de sus mejillas.

Despedía Juanacha tal perfume de aristocrático mimo, que á la legua se advertía en ella el desprecio que le inspiraban los hombres de su raza; y si alguno la miraba con insistencia, tornábase altiva como pudiera serlo la hija de sus amos, volviendo la espalda al insolente que había osado insultarla con un pensamiento siquiera fuese reconcentrado.

Amaba no obstante á su padre: en el alma de la orgullosa indiecilla había ternura para el pobre pongo, que, llorando siempre la deserción de Manuca, adoraba al fruto de su amor con pasión rayana en idolatría.

Dieciocho años contaba Juanacha y diecisiete la hija mayor de los señores de Gálvez.

Era Luisa, que así se llamaba ésta, una criatura angelical y bondadosa á la par que inteligente y bella.

Digitized by Google

Sentía por la muda, cariño fraternal y débil, que le hacía llorar á la menor reprensión que su abuelita ó su madre dirigían á Juanacha. Pensar que ésta pudiera ser castigada, era exponer á la *niña* Luisa á una crisis nerviosa, y exponerla también á un acceso de mal humor, que siempre terminaba por un conflicto doméstico.

Luisita era dulce, mansa y obediente; pero defendía y amparaba las frecuentes rebeldías de su *imilla* favorita, que no le pagaba con tan extremoso cariño sus bondades casi maternales.

Pero Francisco, ¡oh! ¡Cuánto amaba Francisco á la *niñita* Luisa! Cuando comprendía que su hija había merecido castigo y su amita se interponía entre Juanacha y el látigo de la abuela, el desgraciado *pongo* caía de rodillas besando los vestidos del ángel salvador.

—¡Hija de la Virgen y de Dios!—decía el indio en el expresivo y elevado idioma de los aymaraes.—¡Paloma blanca sin hiel y sin manchas, astro resplandeciente que brillas en donde habita el *Wiracocha* (caballero blanco) más grande [1], ojalá venga del paraíso un arcángel hermoso que te haga reina tan poderosa como *Mamahollo*! [2].

Francisco lloraba de gratitud y Luisa enjugaba sus lágrimas con algunas frases cariñosas.

Una tarde en que Juanacha había desobedecido con altanería al propio señor Gálvez, decidióse éste á castigar á la insolente sin admitir disculpas ni atender las

(1) Dios.
(2) La consorte del Inca.

Digitized by Google

demandas de perdón que su hija le hacía. Inútiles fueron los ruegos y las lágrimas de la joven. La india intentó escapar, creyendo que el enojo de su amo cedería si pasaban algunas horas; pero era el enfado tan grande y tan justo, que Francisco mismo cogió á su hija y la condujo al pie de su señor, tanto más furioso en aquel momento, cuanto su carácter bondadoso y siempre inclinado al perdón había llegado al período imponente á que llegan los caracteres dulces exasperados por faltas menudeadas y por abusos repetidos.

Luisa lloraba con sin igual desconsuelo. Su abuelita y su madre, temiendo en la impresionable criatura un acceso que pusiese su vida en peligro, suplicaron también; pero todo fué en vano. El señor Gálvez estaba desconocido.

Francisco apenas respiraba; sus ojos no derramaban una lágrima; de sus labios no salía una queja; pero el dolor atenaceaba su corazón, y parecía que en mil pedazos iba á saltar dentro del pecho.

—Ponguito, estírala—dijo con violento imperio el señor Gálvez blandiendo en la mano derecha unas disciplinas de cuero con muchísimos ramales.

En aquel instante, la venda del furor no dejaba ver al padre de Luisa el horrendo sacrificio que imponía al padre de la muda; ni por las mientes se le pasaba que eran carne de la misma carne y sangre del propio cuerpo.

El desgraciado no replicó y se volvió de espaldas para cargar sobre ellas á la que hacía desesperados esfuerzos para que no la sujetasen.

Tras una breve lucha cogió Francisco á su hija por

Digitized by Google

las muñecas, se rodeó el cuello con los brazos que ella retorcía fuertemente y la suspendió, sirviendo de potro para que aplicasen el tormento al ser de su ser, vida de su vida y consuelo único de su miserable existencia.

La muchacha echó la cabeza con rabia sobre el hombro izquierdo de su padre y prorrumpió en gritos inarticulados y penetrantes, mordiéndole hasta que la sangre chorreaba de su oreja y un pedazo de cartílago quedaba suspendido de una fibra solamente.

Ni un ¡ay! ni un lamento salió de la garganta del pongo; y es que cuando el corazón estalla de dolor, embota la sensibilidad de la materia.

La escena ocurría en el patio principal de la casa señorial de los Gálvez. Luisa y su madre se arrodillaban delante del jefe de la familia; la anciana señora de Lagos no podía contener el brazo de su yerno, y la sentenciada luchaba por dejar caer su pesada vestimenta que otra india había levantado para descubrir las mórbidas carnes que debía profanar el despiadado látigo.

El chasquido de las correas sonó una vez, y Luisa cayó sin sentido después de lanzar un grito simultáneo con el que arrancó á la muda el primer azote.

En aquel momento penetró en el patio un jinete caballero en magnífica mula; tres ó cuatro bestias cargadas le seguian, arreadas por dos cholos, montados también; y desde luego se comprendía que era el viajero persona muy principal y que llegaba de largo camino.

Al ruido que hicieron las caballerías en la solitaria calle, nadie prestó atención; pero cuando entraron en el

Digitized by Google

patio, volvióse todo el mundo para ver quién era el providencial recién llegado.

La confusión fué grande; el jinete echó pie á tierra, se había dado cuenta de la situación, y corría en auxilio de la desmayada.

Desenvolvió la bufanda de vicuña que arrollaba su cuello y corrió á sostener la cabecita de la joven.

La señora mayor, que había reconocido al viajero, se lanzó sobre él llenándolo de besos.

Esta escena fué rápida y casi muda, sin que los personajes pudiesen volver de su asombro hasta que Luisa fué trasladada á la cama por los fuertes brazos de Francisco, que la levantó del suelo como si hubiera sido una niña de cuatro años.

El pongo salió corriendo y llorando á buscar el médico, y Juanacha se refugió en un rincón del dormitorio de su ama, mirando con atónitos ojos desde su escondite al hombre que había llegado á tiempo para librarla del castigo que por vez primera debía ser para ella una dolorosa realidad.

Federico Lagos se llamaba el viajero que tan oportunamente llegó á casa de los señores de Gálvez.

No tenía padres: habían muerto siendo él muy niño, quedando encomendado, por lo tanto, al maternal cariño de su abuela paterna, que le era la doble madre de Luisa.

Cuando Federico acababa de cumplir doce años, su abuela y sus tíos acordaron mandarle á Europa; en el momento que nosotros lo encontramos tiene veintiocho, y regresa después de haber cursado con aprovechamiento las carreras de medicina y ciencias, y sin haber des-

Digitized by Google

cuidado la literatura y las artes, de las cuales era fervientísimo devoto.

Había hecho en Alemania la vida del hombre estudioso; en Italia, la del artista lleno de poético entusiasmo; y en París, la del americano rico.

Su alma estaba, pues, formada de incomprensible amalgama, mezcla de generosidad y dureza; de creencias y escepticismo, de licencioso atrevimiento y de veneración pudibunda por las inmaculadas vírgenes carnales.

La máquina de potente generador que había creado la vida psicológica de Federico Lagos, tenía el émbolo en la imaginación y la válvula de seguridad en las ideas filosófico-morales que profesaba, aplicándolas á ciertos preceptos del Decálogo.

Su fuerza psiquica era absorbente y avasalladora cuando la reflexión no atenuaba el irresistible dominio que sobre las mujeres ejercía.

Enérgico y dulce á la vez, serio y reposado, ó jocoso y espiritual, según las circunstancias, sesudo como prior franciscano, ó nimio y consentido cual engreída heredera de inmensa fortuna, reunía en su ser moral cien heterogéneas voluntades, que, puestas en juego con entera independencia y absoluto dominio de las unas sobre las otras, daban por resultado una idiosincrasia llena de atractivos encantadores y de tiránicos dominios.

La envoltura de aquel espíritu, rebelde en su propia ductibilidad, era de belleza funesta á la par que angélica.

De cutis blanco y sonrosado, de un rubio bastante respetuoso con su raza genuinamente española, de mus-

Digitized by Google

culatura helénica, dulcificada y corregida por el tímido pincel de Praxíteles, era Federico lo que nosotros llamaríamos arrogante y hermosa figura.

Los indios, al verle pasar, doblaban la rodilla, como pudieran doblarla ante un dios que creyesen superior al *Inca*, al monarca reverenciado, cuyo recuerdo y culto se transmiten las generaciones, manteniendo viva la creencia de que algún dia descenderá del trono de su padre (el sol) para libertarles de la tiranía de los blancos, de la opresión de los usurpadores de su tierra y espoliadores de su raza.

Lagos había llegado á La Paz con el objeto de contraer matrimonio con Luisa; así lo había dispuesto la cariñosa abuelita, y por cierto que la obedecía con gusto.

Su prima era una criatura angelical y bella, y sería todo lo ángel y todo lo mujer que él quisiese; no le cabía duda.

Luisa le amó con abstracción completa de su existencia. Un mes haría que Federico alegraba el tranquilo y feliz hogar de su ejemplarísima familia, y ya la joven era esclava de sus deseos, de sus aficiones, de sus gustos y de sus caprichos.

Jamás mujer alguna pudo haberse consagrado á un hombre con la ternura, con el abandono, con el idealismo que Luisa.

Federico estaba satisfecho de su futura esposa: le seducía como mujer, y le encantaba como creación de un artificio supremo.

La palabra boda habíase pronunciado ya en la casa, y el eco repercutió en la ciudad, propagando la fausta nueva. El cielo derramaba innumerables dones sobre la

Digitized by Google

feliz pareja, y nada, ni un pero, ni un defecto, ni un obstáculo aparecía que dificultase la fusión de la materia, como nada había interpuesto la Divinidad que dificultase la unión de los espíritus.

Se habían encargado á Chile muebles, trajes, joyas y otras mil chucherías que debían constituir el aristocrático nido de los enamorados, y sin apresuramientos, sin desasosiegos, aguardaban ambos que los preparativos se ultimasen.

Lagos visitaba enfermos gratuitamente, paseaba á pie y á caballo con su prima, dedicaba indefectiblemente á los libros científicos tres horas, y muchos ratos á dar tormento á los lienzos sobre el caballete.

¿Qué hacía en tanto Juanacha?

Habíase vuelto más humilde, más complaciente, más cariñosa con todo el mundo, especialmente con su padre. Los señores y los criados hablaban de cambio tan visible y favorable, atribuyéndolo á la actitud del amo, y á que la muda temía verse de nuevo sentenciada, sin esperanza de que otro viajero providencial llegase para evitarle los azotes.

La india fué la primera que sintió la influencia magnética de Federico y la superioridad del inconsciente dominio con que subyugaba.

Comenzó por mirarle asombrada, siguió contemplándole atónita, y acabó por verlo en todos los instantes, despierta y dormida, de día y de noche, con luz ó sin ella; porque Juanacha sentía dentro de sí la imagen hermosa del *wiracocha*; una imagen de bulto y de movimiento que recorría todas las sinuosidades fisiológicas de su organismo, haciéndola estremecer, y sacudiendo

Digitized by Google

la naturaleza embrionaria con estremecientos nunca explicados ni jamás sentidos.

Luisa había dispuesto que la *imilla* únicamente sirviese á su primo, pues Juanacha, educada con esmero por la joven, estaba iniciada en los refinamientos del buen gusto, aprendidos á la niña y duplicados por el instinto de lo bello, que tanto distinguía á la mudita, y por la imaginación vivísima y fantástica de su raza.

Era ella, pues, la encargada de las habitaciones y del servicio particular del nuevo amo. Cuatro piezas situadas en el piso alto de la casa, constituían el alojamiento de Federico: dormitorio, cuarto de vestir, biblioteca y estudio de pintura, que servía á la vez de galería y exposición de los muchos y buenos cuadros que en Europa había adquirido.

¡Con qué cuidadoso esmero arreglaba Juanacha todo lo que Federico dejaba desordenado!

—¡Sabe Dios cuánto echarás de menos los criados europeos!—decía á su primo Luisa Gálvez.

—No lo creas; tu indiecilla es una especialidad, y ningún criado podría tener, como ella tiene, cierto gusto exquisito y artístico que tú le has revelado ciertamente; es una joyita que te honra descubriendo lo que tú, por modestia, ocultas.

—Y ¿sabes que, como á ti, me comprende cuanto la digo? Esta mañana—prosiguió—le ordené cuatro ó seis cosas que, sin vacilar, hizo con presteza; y después de haberme servido el te, que diariamente me sube, muy bien hecho por cierto, cogió un cigarrillo, desenvolvió el papel, desmenuzó el tabaco apelmazado y lo envolvió de nuevo en una hojita de las que yo gasto, con la per-

Digitized by Google

fección que pudiera haberlo hecho una inteligente cigarrera de oficio.

—Es natural; como que desde niña es ella la que hace los cigarros de abuelita y de mamá.

Como Lagos había dicho, era Juanacha la encargada de preparar el té y de servírselo antes de levantarse.

La mañana que la india se le apareció como pitillera consumada, paró mientes Federico en el rostro de la muda; le pareció correcto y admirable. Fijó luego los ojos en su busto, descubriendo una garganta denunciadora de turgente seno, y vió después unas manos pequeñas, redondas y salpicadas de graciosos hoyuelos, de donde partían los deditos afilados que para envolver el cigarro tomaban posiciones de natural coquetería.

Cogió el pitillo que la india le ofrecía tocándolo apenas; encendió ésta un fósforo, que presentó al amo, y entre tanto él aplicaba la llama al cigarro, movía los labios para prenderle fuego y arrojaba con distracción la primera bocanada de humo, la hija del pongo tenía fija la mirada en aquel dios, á quien adoraba con más veneración que al *Dios grande* que su amita le enseñaba cuando iba á la iglesia.

Federico levantó los ojos y tropezó con los de la india, que le contemplaban de un modo indefinible.

En la mirada de Juanacha había un no sé qué raro y extraño para Lagos, que no vió el fuego voraz que despedía, ni menos pudo creer que él y sólo él hubiera podido amortiguar la hoguera.

En la imposibilidad de darle las gracias, quiso demostrarle su reconocimiento por tan delicadas solicitudes, y

Digitized by Google

le tomó la mano, oprimiéndosela y acariciando el dorso con una palmadita.

El amo no volvió á mirar á la criada; por eso no pudo ver la mortal palidez de la muda, ni observar que tuvo necesidad de apoyarse en la mesa de noche para no caer desfallecida.

Entre los preciosos cuadros que Lagos había coleccionado en Italia, contábase una odalisca, modelo acabado de la belleza plástica. El artista había pintado su perfecta creación, desnuda y envuelta en gasas, que más realzaban, cuanto más ténues el pincel los había fingido, los atrevimientos de la carne y las mórbidas formas de la diabólica tentación, exuberante de vida, riquísima de color, infernal en sus promesas y desesperante en aquella inmovilidad, maldecida por cuantos la contemplaban.

Este cuadro ocultábale Federico á los profanos, enseñándole únicamente á las personas capaces de comprender y de admirar las desnudeces del Tiziano, en cuyos modelos se había inspirado el autor de la preciada joya pictórica.

Después de algunas horas, pasadas en amigable consorcio con el hombre prehistórico, con el *transformismo* de las especies, con la selección natural, con las selecciones sexuales y con todo, en fin, lo que constituía su escuela darwiniana pura, dejaba de ser el sectario de la ciencia para convertirse en el aprovechado discípulo de las bellas artes, y entonces era cuando Federico descubría la odalisca, extasiándose en la contemplación de su belleza.

¡Oh! Si aquella mujer fuese real; si aquel seno palpi-

Digitized by Google

tase; si aquellas sonrosadas carnes se agitasen con los estremecimientos de la pasión; si de aquellos rojos labios saliesen frases enloquecedoras; si aquellos ojos despidiesen rayos y aquellas manos supiesen acariciar...

Pero ¡qué locura! ¿desde cuándo las pasiones del hombre ahogaban en él los idealismos del arte?

Juanacha le sorprendió una mañana que, sentado y abstraído frente al famoso lienzo, recorría y enumeraba mentalmente sus bellezas y perfecciones.

La india llevaba cartas á Federico; y como siempre, introdújose de puntillas, que así lo tenía por costumbre. La muda, que no percibía sonido alguno, que no sabía que el ruído pudiese molestar ó distraer la imaginación, ponía especialísimo cuidado cuando el *wiracocha* dormía ó pintaba ó estaba encerrado en la biblioteca.

No pudo, por lo tanto, advertir Federico la presencia de Juanacha hasta que oyó detrás de sí un grito ahogado. Se puso de pie instantáneamente, volvió la cabeza y dió un paso para sostener el cuerpo de la sirvienta, que se tambaleaba.

Lagos no se explicaba el desmayo que la sobrevino más que por el rubor que la joven inocente habría experimentado. Recostó á la *imilla* en un diván, y sin pedir auxilio, por no alarmar á la familia, y especialmente por no asustar á Luisa, corrió á su tocador, puso unas gotas de líquido rojizo en un poco de agua y procuró introducirla en la boca de la india.

Separó sus labios, y vió entonces las dos hileras de dientecillos de finísimo esmalte que sin esfuerzo se abrieron para dejar paso al líquido; á los pocos instantes Juanacha entreabrió los ojos, vió al *wiracocha* her-

Digitized by Google

moso arrodillado, sintió que su brazo le rodeaba el cuello, y sus párpados se levantaron completamente para envolverle en una mirada, que le hizo estremecer y ponerse pálido.

Creyó Federico que los ojos de la odalisca se habian animado; era su propio rostro, la misma expresión de su cara, tostada por el fuego de la sangre ardorosa que circulaba debajo de la suavísima epidermis; su garganta era también aquella, y aquel era el nacimiento de un pecho que delataba lo que un filósofo cristiano llamó «blancos y retozones cabritillos.»

Quiso apartar la vista de la tentación real, y tropezó con la hermosa ficción que por vez primera le pareció fría, sin humedad en los labios, sin carmin en las mejillas y sin expresión diabólica en los ojos. Incorporó á la india, cubrió el cuadro, y después de pasar el pañuelo por su frente para secar la transpiración que la humedecía, dijo con tono airado:

—¡Vete, desgraciada, vete, y no entres aquí jamás!

Pero la muda seguía mirándole sin comprender lo que pasaba; inmóvil, con el rebozo caído y la chaqueta á medio desabrochar, contemplaba al ceñudo amo; clavó en él sus ojos con dulzura conmovedora y cayó de rodillas, las manos en actitud suplicante y la expresión reveladora de pesar intenso.

Federico, arrebatado por el dolor que le producían los internos garfios que desgarraban su cuerpo, cogió á la india por un brazo, se lo apretó con fuerza convulsiva y la empujó arrojándola de su lado. Cerró la puerta con violencia y dejóse caer en el diván pesadamente.

¡Cuántas luchas trastornaban su cerebro! ¡Cómo se

Digitized by Google

agitaban sus nervios, heridos por el terrible golpeteo de la rebelde naturaleza!

¡En mal hora le había sorprendido la muda, y en peor momento había caído desmayada en sus brazos la virgen india de incitante pureza! ¡Maldita criatura! ¿Por qué habría despertado las pasiones dormidas durante su largo viaje y su tranquila permanencia en casa de su abuela?

—Y, sin embergo, soy injusto—decía Lagos.—Juanacha entró como entra siempre; la culpa fué mía; la inculta muchacha habrá supuesto que la mujer desnuda tiene vida, y se sobrecogió de terror y se ruborizó avergonzada. La vergüenza le produjo el sincope (¡y qué hermosa estaba recostada sobre el diván!), y el terror la hizo hincarse de rodillas, suplicándome que le perdonase la involuntaria indiscreción. Magnífico modelo ofrecía para una *madonna*; su mirada tenía destellos celestes, por entre los cuales asomaba un alma diáfana, sin sombras ni manchas impuras; pero la mujer había perdido sus encantos, no era ella, no era la india, no era mi tentadora odalisca. Aquella actitud hubiera cuadrado á Luisa—proseguía Federico.—¡Oh, sí! Luisa conmovida, Luisa de rodillas, con las manos cruzadas elevándolas á la altura de sus dulces ojos, implorando perdón... para una falta que no hubiese cometido, podría ser el ideal, la inspiración del artista; pero Juanacha...

Dos golpes dados con precipitación en la puerta le hicieron volver en sí.

—¿Quién?—preguntó con voz casi natural.

—¡Federico, ven, ven, por Dios!

Digitized by Google

—Luisa, ¿qué ocurre?—dijo abriendo la puerta con alteración.

—Que la *imilla* se muere; está con un accidente horrible y no pueden sujetarla. ¡Federico de mi vida, sálvala! No se morirá, ¿verdad? Tú sabes mucho, y evitarás que se muera; pero corre, por Dios, ¿qué te detiene?

—La sorpresa..., nada..., vamos.

Dos horas duró el terrible acceso, durante las cuales no cesaron de llorar Luisa y Francisco. El desgraciado pongo interrogaba al médico; pero éste, en el ejercicio de su profesión y en pleno dominio de las pasiones, supeditadas á la férrea voluntad de la ciencia, respondía malhumorado al padre infeliz, que creía llegado el último instante de vida para aquel pedazo de su corazón, y no encontraba consuelo más que enlas propias lágrimas de la niña Luisa.

Después de la tensión nerviosa, sobrevino la tranquilizadora laxitud; pero Juanacha se quejaba lastimosamente de fuertes dolores en el cerebro.

El pongo no dormía; pasaba las noches al lado de su cama velando los insomnios de la enferma querida y procurando adormecerla: ¡inútil empeño! Los medicamentos prescritos por el doctor, eran insuficientes para dominar los nervios.

Francisco había notado en su hija el cambio de la naturaleza, y quiso cerciorarse de que no se había equivocado.

El había visto á Juanacha escondida por los rincones con la cara vuelta hacia la pared, una mano pesadamente caída á lo largo de la falda y la otra sobre el muro que arañaba, rascando el yeso con las uñas; y

Digitized by Google

aquella postura, aquella imbécil distracción, es entre las indias el grito carnal de la raza inculta, no modificado por la educación ni por las conveniencias sociales, ni por la perfecta elevación moral con que el hombre civilizado rige y gobierna á la materia.

Francisco sabía que su hija amaba á un hombre; pero ¿quién era? ¿dónde se ocultaba?

Decidió preguntárselo.

Entre alegrías y desesperantes esfuerzos por averiguar algo; alegrías cuando comprendía la expresiva mímica de Juanacha y desesperaciones cuando no penetraba el misterio que la hacía padecer, entendió que el amo joven tenía encerrada en su cuarto una mujer desnuda, una mujer á quien miraba con infinita pasión, y que á ella, á la pobre india, le había pegado para echarla de su presencia.

—Si me ayudas á matarla, me pondré buena—decía la celosa muda, terrible en su odio contra la que suponía embeleso del *wiracocha*.

—Sí—contestó su atribulado padre—te lo prometo; aprovecharemos el primer momento oportuno, subiremos los dos y vengaré tus golpes ahogándola sin piedad entre mis manos.

Juanacha se quedó tranquila y aquella noche se quejó menos, porque la esperanza de vengarse pronto le hizo conciliar el sueño.

La india tenía fiebre á la mañana siguiente: había dormido algo, pero había soñado mucho, y su excitación nerviosa era visible: los dolores de cabeza no acusaban la intensidad que los días anteriores, ni la postración la dominaba; pero la calentura daba á su semblante una

Digitized by Google

expresión exaltada que se asemejaba mucho al reflejo de la demencia.

Cuando Federico y Luisa le hicieron la primera visita, la encontraron vestida. Francisco les dijo que no había podido contenerla; que se había empeñado en levantarse pretestando que estaba buena; ambos la reconvinieron; pero se negó á meterse en cama nuevamente.

Aquel día no salieron los amos, y Juanacha, que los expiaba, sufría una terrible contrariedad, porque se retardaba su venganza y se resistía tenazmente á recogerse antes de haber satisfecho el deseo feroz de destruir á la mujer á quien adoraba el *wiracocha*.

Los señores de Gálvez todas las noches recibían, en los salones de la planta baja, á sus íntimos amigos; ésta era la hora que aguardaba la india con febril ansiedad.

Llegó por fin, y Juanacha le dijo á su padre:

—¡Vamos á matarla! cúmpleme tu promesa.

El pongo temblaba; quiso disuadirla; quiso aplazar la requisa indigna que iban á practicar en las habitaciones del amo, porque para el fiel criado era un delito muy grande el que su hija le proponía, pero las súplicas, los enojos y la desesperación de la muda, insinuante en sus demandas y terrible en sus arrebatos, pudieron más que los deberes y el cariño á los señores.

Subieron; las habitaciones estaban á obscuras.

Juanacha entró á tientas, tiró de su padre, que titubeaba, y cerró la puerta sin hacer ruído; buscó la palmatoria, fué á la mesa de escribir, en donde sabía que estaba la fosforera, y encendió una luz, que al dar de lleno en su rostro, delató las pasiones que agitaban el espíritu.

Digitized by Google

Agarró á su padre de la mano y le arrastró hasta el estudio de pintura. Una vez allí, dejó la vela sobre una mesita y cerró la puerta corriendo el pestillo; después, con la cara expresivamente feroz, señaló aquel cuadro cubierto con un paño negro.

Francisco le preguntó dónde estaba la mujer.

—Allí, allí—indicaba la muda extendiendo el brazo y alargando cuanto podía el índice de la mano izquierda.—¡Allí está! ¡Mátala!

El pongo dudaba; no veía el bulto, pero muy bien podía aquella tela cubrir una puerta secreta. Después de un momento de vacilación, en que Juanacha no había dejado de hostigarle; se adelantó y arrancó el paño, dejando la odalisca al descubierto. Retrocedió asombrado; la hermosura de aquella mujer, que parecía de su misma raza, había paralizado su acción. Juanacha, ciega de furor, se lanzó con los puños cerrados contra el cuadro; pero Francisco la contuvo, diciendo, cual si su hija pudiera oirle y con los ojos llenos de lágrimas:

—Se parece á tu madre: no la toques.

La india forcejeaba con su padre; pero al fin pudo éste contenerla.

—Mira—le decía;—esa mujer no vive, está muerta como estos—y señalaba los otros cuadros;—no alienta no se mueve. ¿Ves aquél santo? Pues igualmente es inofensiva esta á quien odias. ¿Por qué nos vengaremos, si no puede ser ella la que te ha pegado?

—No—respondía la muda con demostraciones descompuestas;—no me ha pegado ella, pero él me ha maltratado arrojándome de aquí, porque la ama y yo no quiero que la ame, yo no lo quiero.

Digitized by Google

—Ya te he dicho que esta mujer está muerta: tal vez la haya querido cuando vivía, pero hoy quiere á la *niña* Luisa: ¿no sabes que se casarán muy pronto?

Un rayo que hubiera caído á los pies de Juanacha no la hubiera producido mayor asombro.

—¿Que se casará con mi amita, dices? ¿Y vivirán unidos? ¿Y tendrán hijos? ¿Y serán lo que son *mamai* y *tatuí*?

—Sí.

La india cerró los ojos y se tiró de bruces sobre la alfombra.

Francisco lo comprendió todo: la mudita amaba al *niño* Federico, y sería desgraciada toda su vida.

Levantó á su hija para trasladarla en brazos á su cuarto; pero no estaba desmayada: lloraba por vez primera desde el dia que tan cerca habia tenido el castigo de sus rebeldías, y sus ojos habían perdido la expresión dura y arrebatada para entornarse con el peso insufrible de un dolor inmenso.

—Vámonos—le dijo su padre.

—¡Vámonos! — respondió ella,—pero antes cubre á esa mujer.

Apoyada en el pongo bajó la escalera: cruzaron los patios unidos como una sola sombra, y se metieron en el cuarto de Juanacha. Esta seguía llorando, sin que para ella hubiera consuelo: no veía las señas que su pobre padre le hacia para tranquilizarla, y solamente sentía los besos y las caricias que la prodigaba; pero los extremos cariñosos del padre eran insuficientes para llenar el vacío que sentía en su alma.

Ni un momento cesó de llorar en toda la noche. Antes de retirarse Federico, fué con Luisa á ver á la enferma;

Digitized by Google

ésta se tapó la cara y no quiso mirarles. El médico la encontró con menos fiebre; pero muy débil. Francisco no lloraba, aunque tenía el alma desgarrada viendo sufrir á su hija; sabiendo que aquel mal del corazón era peor mil veces que la fiebre y los arrebatos pasados, sentía que el suyo estallaba de pena; recordaba sus dolores íntimos cuando la huida de Manuca. Pensaba en aquel duelo inmenso que á ninguno se parecía, porque el que producen los desengaños, rompe una por una las fibras del corazón y alma no encuentra consuelo sobre la tierra.

Pasaron algunos dias. Juanacha se levantaba, dedicábase apenas á sus habituales tareas; pero no dejaba de arreglar las habitaciones del amito. Ya no temía á la odiada mujer: descubríala tímidamente algunas veces, y la contemplaba con afán; diríase que la tenía envidia. Su padre habia dicho que aquella mujer no existía, y debía ser cierto, pues si viviese, el *viracocha* no se casaría con la niña Luisa, no; porque ella había visto en sus ojos mucho amor, y aquel amor lo inspiraba la muerta: con la muerta se encerraba y á ella sola miraba con pasión.

¡Pobre Juanacha!

Sería capaz de matarse, y lo haría de buena gana si le asegurasen que así había de mirarla enamorado el hombre á quien adoraba.

La india no dormía; pasaba las noches llorando, y su padre, que desde el primer ataque extendía en el cuarto de su hija las pieles y los pedazos de manta que siempre le servían de cama, la sentía llorar sin atreverse á decirla nada, porque sabía que sus esfuerzos resultarían estériles.

Digitized by Google

—¿Quisieras dormir para olvidar?—le preguntó un dia.

—Sí.

—Pues dormirás bien esta noche y soñarás cosas muy lindas.

El pongo fué al campo, buscó una yerba de la cua arrancó gran cantidad, mondó las raíces, que eran encarnadas y filamentosas, y las envolvió cuidadosamente en la punta del poncho, atándolas con las venas secas de las hojas que producían las mismas plantas que había cogido.

Hizo por la noche una infusión, ocultando las raíces á la inspección de los demás criados para que no viesen qué clase de medicamento daba á su hija, y haciéndoles creer que se trataba de una taza de tila, preparó lo que Juanacha debía tomar.

Durmió, con efecto, la india; de vez en cuando reía plácidamente, y en su tranquilo rostro se adivinaba la felicidad ficticia que le proporcionaba el narcótico.

Cuando por la mañana abrió los ojos, encontró los de su padre, que anhelantes aguardaban á que despertase; le abrazó muy contenta y le dijo que el *viracocha* la quería, que se lo había dicho, que había pasado la noche á su lado, y que le había prometido no amar á otra.

El pongo respiró tranquilo; su hija podría encontrar en el sueño artificial un lenitivo á sus males de amor. Pero ¿cuánto tiempo duraría el engaño?

Los preparativos de boda estaban casi terminados.

Los nuevos esposos debían ocupar una casa próxima á la de sus padres, y solamente faltaba darle los últimos toques.

Juanacha vió llegar los muebles y los trajes, vió que

Digitized by Google

se arreglaba la nueva vivienda, y volvió á la triste realidad.

El *wiracocha* no la amaba. De noche solamente, bajo el influjo de aquel secreto que solo su padre poseía, era cuando ella se creía dichosa y se forjaba tan bellas mentiras.

Pero la india le adoraba más cuanto más próxima presentía aquella unión que le abrasaba las entrañas con el fuego devastador de los celos.

Llegó por fin el día señalado. Luisa madrugó mucho y, acompañada de la *imilla*, se fué á la iglesia, confesó y comulgó fervorosamente, y regresó á casa dispuesta á ser tan buena, tan excelente esposa como había sido hija sumisa y amante. Una vez de regreso en su cuarto abrazó á Juanacha.

—Soy muy feliz—le decía: ¡le amo tanto, tanto! ¡si supieras!

La india comprendia el por qué de aquellos alegres extremos, y retrocedió al primitivo estado de exaltación terrible; diríase que las lágrimas y la pena habían desaparecido, dejando el paso á la fiebre, al delirio y á la locura que durante algunos dias la habían tenido trastornada.

—¿Por qué te pones así? ¿Crees que no te llevo conmigo?—continuaba Luisa.—Sí, pobre Juanacha, sí; tú serás siempre mi compañera, mi querida *imilla*, tú cuidarás mis pequeños cuando los tenga...

Al comprender esto, la india exhaló un grito y se apretó el corazón.

Luisa le hizo unos cuantos mimos, creyendo que la pena y el temor de perder su cariño producían la deses-

Digitized by Google

peración en Juanacha, y la ordenó que hiciese trasladar su cama y sus ropas á la nueva casa.

Juanacha se trasladó inmediatamente, con el pretexto de arreglar el dormitorio y el tocador de su ama; no quiso ir á comer, ni consintió en ayudarla á vestirse, ni quiso verla, ni atendió los recados que la enviaba; nunca había puesto más cuidado en el arreglo de las ropas y de los objetos de la niña.

Francisco fué á buscarla de parte de *mamaí*; tampoco obedeció.

—Tráeme la yerba que he de tomar esta noche—le dijo á su padre.

Terminada la ceremonia nupcial, celebrada en el magnífico salón de los señores de Gálvez, comenzaron los abrazos, las felicitaciones y las lágrimas.

Después de haber estrechado á Luisa, y cuando los parabienes dirigidos al novio distraían á los invitados, la recién casada y su madre desaparecieron sin que nadie aparentase haberlas visto.

La señora de Gálvez trasladó á su hija al domicilio que desde aquel momento debía ser fiel reflejo del que tan alto había colocado ella con sus bondadosas virtudes, y la dejó en su tocador acompañada de Juanacha, que, asombrada, contemplando el riquísimo traje de desposada, apenas se atrevía á tocarla para ayudarla á desnudarse.

La despedida de Luisa y de su madre fué conmovedora.

Por vez primera iba á pasar la noche Luisa Gálvez sin la vigilancia y sin las solicitudes maternales.

—¡Queda sola¡—pensaba la cariñosa madre: y sin dis-

Digitized by Google

currir sobre esa ley brutal que rompe los lazos de una familia para formar otros con distinta sangre, con nervios distintos, con gustos opuestos y con educaciones diferentes, olvidábase que su hija, más feliz que la mayoría de las mujeres de su clase, alcanzaba la dicha suprema uniéndose al hombre que amaba y por el cual sería, cuando menos, cariñosamente respetada: por algo era una misma la querida *mama-mama* (1) de ambos.

—La niña no ha tomado nada—dijo la señora de Gálvez á Juanacha:—dale té cuando se haya acostado, y después acuéstate tú,

Y regresó á su casa para hacer los honores á los invitados.

Luisa fué despojándose de sus joyas. La india le presentó un cofrecillo que le había entregado la abuelita, y cuál no sería la sorpresa de la joven al abrirlo y encontrar dentro los magníficos hilos de perlas de su abuela. Era fama que valían una fortuna las que poseía la señora de Lagos, y desde su viudez nadie se las había visto lucir, porque la muerte del buen esposo deja en el corazón de la compañera fiel y agradecida un vacío que no pueden llenar las ricas preseas.

En un momento de infantil alegría, cogió Luisa un collar de cuatro vueltas, de gruesas cuentas, tan iguales y perfectas que parecían repetidas por falso molde; aprisionó con él su cuello, ya desnudo, y una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios.

(1) Abuela.

Digitized by Google

¡Estaba muy hermosa!

Desprendió de sus cabellos la simbólica diadema; enlazó en ellos otras sartas de perlas más menudas y tomó unos pendientes formados con dos perlas grandes, de valor extraordinario, que afectaban la figura de peras y los engarzó en sus diminutas orejas.

Contemplóse un instante y preguntó á Juanacha cómo la encontraba.

Pero la india, que atónita miraba á su ama adornada de aquella fantástica y deslumbrante manera, pensaba que la *mujer muerta*, la que fuera su rival odiosa, tenía también gargantillas y adornos como aquéllos en la cabeza, en el cuello, en los brazos y en los tobillos.

Precipitadamente rebuscó entre las perlas que á granel había en el cofrecillo, y encontró dos pulseras formadas también por cuatro hilos cerrados por bròche de brillantes, se las presentó á su ama; ésta se las puso; la muda lanzó un grito, y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Luisa reía, creyendo que la excitación de Juanacha era producida por el asombro de verla tan bella.

La muda, con señas descompuestas, le preguntaba si se acostaría así adornada.

—¡Tonta!—dijo con sencillez la joven, y comenzó á despojarse de las perlas para guardarlas en el joyero de la abuela.

Hizo su tocado de noche como siempre. La india le alcanzaba las ropas nupciales que *mamaí* había elegido, y Luisa pasó al dormitorio, sepultándose en el riquísimo lecho, medio oculto por colgaduras de raso azul pálido.

Digitized by Google

Imposible describir la belleza y poesía de aquel aposento, adornado, en todos sus detalles, según el gusto artístico de Federico. Las paredes y el techo tapizadas de raso azul pálido también; los divanes forrados de la propia tela, y la preciosa lámpara de noche, que pendía del techo para esparcir la mortecina luz que debía presidir los inefables goces de un amor espiritual, daban á la estancia toda la idealidad y toda la pureza que necesita el alma para sin choque descender á las regiones del sensualismo.

Un zahumador de plata despedía suave y delicado perfume, que al ser aspirado por aquellas dos mujeres jóvenes y puras, pero de naturaleza distinta, producía en sus nervios el propio efecto con diferentes manifestaciones.

La imaginación de Luisa, exaltada por las emociones de aquel día memorable; influida por las frases más amanies, más apasionadas que Federico había deslizado en sus oídos; por la expresión de sus miradas, miradas que ella no recordaba que antes la hubiera dirigido, y con mucho desasosiego que le hacía temer y desear verle en su presencia, sentía desvanecimientos y entornaba los párpados para reconcentrar todas las ideas, todas las impresiones, en estas solas frases:

—¡Estoy casada! ¡Soy suya!

Juanacha la miraba ciega de furor; sus ojos despedían chispas, su cuerpo se agitaba con temblor convulsivo, y cuanto más hermosa le parecía su ama, entre las cascadas de encaje que transparentaban el color de las cintas que cerraban su virginal escote, más latía su

Digitized by Google

corazón, produciéndola en el pecho un ruído sordo que subía hasta la caja del timpano, haciéndola crujir como si en aquel instante fuese á saltar hecho pedazos el obstáculo invisible por el cual la naturaleza habíala condenado á perpetuo silencio.

El *wiracocha* hermoso, llegaría pronto; se quedaría solo con la niña; la encontraría divina, la estrecharía entre sus brazos, y ella podría tocar aquellos labios y aquellos ojos que debían ser suyos, porque los adoraba, porque la volvían loca.

¡Oh! su amita podría tener al hombre amado en toda la realidad, como ella le había tenido en sueños, solamente en sueños. ¡Oh, no! imposible.

Los instintos de la pasión carnal llegaron al último límite del arrebato, y Juanacha salió precipitadamente.

Algunos minutos después entró con un servicio de té.

Luisa sorbió la infusión sin darse cuenta.

—Adiós, y puedes acostarte—dijo la desposada cuando hubo dejado la taza.

Apretó la mano de la *imilla*, y dejó caer la cabeza sobre las almohadas.

Haría una hora que la señora de Gálvez discurría por los salones, después de haber acompañado á su hija, cuando algunos envidiosos que espiaban á Lagos le vieron salir sin despedirse de nadie.

Pocos pasos tenía que andar Federico para llegar á la feliz morada, edén celestial en donde un angel le aguardaba para transportarle á regiones paradisiacas.

Un nuevo pongo esperaba detrás de la puerta, que cerró después de haber entrado el amo, preparándose á extender los pellejitos y los pedazos de manta, sin con-

Digitized by Google

ciencia de lo que á su alrededor pasaba, ni más penetración de la que pudiera tener un perro amaestrado.

Federico cruzó el patio; atravesó el antesalón, y después de vacilar un instante, se dirigió al cuarto destinado para tocador suyo.

No se percibía el menor ruido. Luisa estaría acostada y Juanacha dormiría á pierna suelta. ¡Juanacha! ¡Pícara india, tan desobediente durante el día! ¿Por qué no había querido tomar parte en las alegrías de los otros sirvientes? ¡Bah! porque era muy voluntariosa y Luisa la tenía muy consentida.

Cambió Lagos el traje de ceremonia por otro elegante de casa, y se encaminó al nido formado por él con los colores de la Aurora.

Apagó las luces que Juanacha había dejado encendidas, y penetró en el dormitorio. que creyó hallar alumbrado solo por la débil luz del globo azul; pero vivísima claridad hirió sus pupilas, y asombrado paseó la mirada por los ámbitos del espacioso recinto.

Una exclamación exaltada, producida por algo que vieron sus ojos, salió de la garganta de Federico.

—Mi odalisca—dijo lanzándose hacia el diván; pero reponiéndose instantáneamente, se precipitó sobre el tálamo nupcial, separó las cortinas y encontró á la casta doncella entregada al más plácido sueño.

—¡Luisa, Luisa!—gritó.

Pero Luisa dormía con la tranquilidad del justo; tocó sus sienes, que latían sin alteración, y se volvió hacia la venus lúbrica que le tendía sus brazos.

En admirable desorden caía el pelo áspero de Juanacha, enredado entre los hilos de perlas con que la seño-

Digitized by Google

ra de Lagos había sorprendido a su nieta; el collar magnífico pendía de su torneada garganta, y las pulseras adornaban los brazos que suplicantes se adelantaban á recibir á Federico.

¿Pero aquélla era Juanacha?

Sí, era la india como él la había forjado en su mente ardorosa la mañana que le sorprendió mirando su odalisca: la india, que le adoraba, claro lo veía, con toda la vehemencia, con toda la candente pasión de su raza; la india, más hermosa mil veces que su cuadro, más correcta, más embriagadora.

Federico enloquecía: aquellas formas destacándose sobre el raso azul pálido, eran las de la Venus florentina, obra tentadora del Tiziano, admirada tantas veces por él en la *Galería degli Uffizi*.

Pero no; su realidad era superior á todo.

Juanacha no hablaba, no podía decirle que le ofrecía tesoros de amor, ricos de sensualidad y de pureza; pero le miraba, y aquella mirada centelleante, encerraba la promesa de todos los deleites.

Ciego, loco, frenético, arrebatado, y no pudiendo creer que no era víctima de alucinaciones mortales, se acercó más, tocó el cutis aterciopelado de la india, y al contacto suavísimo de la piel ardorosa, cayó á su lado, olvidándose del cielo y de la tierra.

. . . . . .

Las tres de la mañana serían cuando del lecho nupcial salió un grito estridente, horrible, cual si fuese precursor de muerte súbita y violenta...

Luisa había despertado antes de tiempo.

1887.

Digitized by Google

LA GARZA PORTEÑA

EPISODIO BONAERENSE

Pero qué hermosa era Lelia! Teníanla en Buenos Aires por la criatura más hechicera del Plata, y á fe que no les faltaba razón para ello. Su altivo continente, su cuello rígidamente erguido sosteniendo una cabecita bien peinada; su cintura cimbreadora, sus cadenciosos movimientos que imprimían á su andar pausado un ritmo cuyo compás marcaban las caderas, y aquella su altanera majestad de reina absoluta que revelaba un carácter poco dúctil y por demás voluntarioso, formaban conjunto absorbente, y pocos hombres pudieron tratarla sin caer de bruces enredados entre las endiabladas mallas de sus seducciones.

Su padre, un buen hombre que del Oriente de Asturias había salido para embarcarse en Santander, con el

Digitized by Google

palo al hombro y en la punta del palo pendiente el atillo con dos camisas de estopa y unos borceguíes unidos aún por el gordo cáñamo del remendón de la villa, era el año 1875 un señor muy rico, muy gordo, muy orondo y casi tan orgulloso como altiva su heredera única.

Habíase casado con señora que de linajuda presumía allí donde no es el linaje el que marca los destinos del hombre, y en donde valen más unas miajas de talento y un título académico que todos los pergaminos, no siempre limpios de impurezas.

Pero si los hombres (discurriendo piadosamente sobre sus democráticas ideas) sienten en realidad lo que dicen, no así las mujeres, á quienes marean los títulos nobiliarios, sean ó no sean postizos, por aquello de que en la tierra de los ciegos es rey el tuerto.

En Europa estamos ya tan familiarizados con marqueses, condes y duques, que no nos causa mella una tarjeta con corona; pero en América es del mejor efecto esa introducción, y ¡por Cristo! que no me explico el porqué no han escarmentado.

Yo no rechazo los títulos. ¿Quién lo ha dicho? Cuando el que lo lleva lo lleva con honra, merece llevarlo, así en América como en Europa, y si el título es una donación civil como otra cualquiera ó una herencia legítimamente adquirida, lo mismo me cuesta llamar á un hombre conde, que general, que Fulano á secas, siempre que le llame con propiedad y no haga el tonto poniéndole un mote que no tiene.

La manía de encasquetarse un título ó plantificarse un *de*, preposición que maldito cuanto quiere decir ya, precediendo á los patronímicos, es moneda corriente en-

Digitized by Google

tre aventureros y aventureras y cuéntese que yo no pretendo fustigar demasías aristocráticas cuando éstas son puras; lo que se me ocurre es dar el grito de alarma para que los americanos exijan, antes de llamar marqués ó conde al primero qne se presente, la legitimidad del título revisada por la cancillería respectiva.

Me dirán que con semejante necedad no hacen daño á nadie; pero como todavía hay espíritus apocados que se alucinan con el talco y las lentejuelas, resultan algunos chascos de tristísimas consecuencias.

Si en América supieran que todos los años se publican en Europa por sus respectivos Gobiernos las listas de títulos, grandes cruces, encomiendas y demás honores, y si supieran además que las legaciones y consulados reciben el ejemplar que les corresponde, á buen seguro que no se reirían de su credulidad los vividores de mala ley; pero esto, después de todo y por el respectivo decoro patrio, debía ser incumbencia de los representantes de las naciones europeas.

Que se presenta un conde del *Macaroni*, un marqués del Garbanzo ó un *Mr. Decoré*, pues á declarar *urbi et orbi* que el título no es legítimo porque no consta en la Guía oficial y á tomar las consiguientes medidas que para tales casos prescriben las leyes.

Los ministros de Relaciones exteriores debían comunicar á este respecto órdenes muy severas, y se evitarían compromisos, estafas, prevenciones de los engañados contra la nacionalidad de los engañadores, y se descubrirían á veces, criminales ocultos, que, cuando menos, deshonran la clase á que dicen pertenecer.

Pero volvamos á los padres de Lelia después de este

Digitized by Google

pequeño desahogo, que no deja de tener más importancia de la que parece.

Hemos dicho que había embarcado en Santander el padre de la *Garza*; mas como de esto hacía treinta y cinco años largos de talle, apenas se acordaba el señor Alonso de aquel viaje en un buque de vela, tirado poco menos que de lastre en la bodega, comiendo bacalao húmedo y judías renegridas, ni de aquellos veinte mortales dias de calma chicha, bajo el astro abrasador de la linea ecuatorial, sin que las velas del viejo bergantín diesen señales de recoger la más tenue ráfaga de viento.

Llegó Juan Alonso á Buenos Aires cuando todavía se *vareaban* las onzas; comenzó de *changador* (mozo de cuerda) en cuyo oficio fué muy pronto una especialidad, gracias á sus robustos lomos y á sus anchas espaldas, que cargaban sin depresión del tórax ni detrimento de los pulmones, tres quintales corriditos, como si pesados fueran en romana del diablo.

Decir que Juan Alonso era ahorrador, huelga, sabiendo que sólo buscando pan había salido de Asturias y dejado por todo capital á su madre un trozo de huerto que apenas producia berzas para ennegrecer cuatro meses del año el poco substancioso caldo que de alimento les servía.

Antes de dos años, contaba el buen astur los primeros mil duros, cantidad la más difícil de lograr para el trabajador, y su primera empresa después de verse dueño de las cinco mil pesetas, consistió en contratar el desembarco de buques con una fuerte casa importadora.

Compró una lancha primero, dos más tarde, adicionó por fin botes y lanchones y acabó por tener balanceán-

Digitized by Google

dose sobre las aguas del Plata una flotilla que le produ-cía quince ó veinte mil pesos anuales, libres de jornales, de carenas y de todo gasto.

El viento de la fortuna soplaba más fuerte á Juan Alonso que los de la línea le habían soplado para trasladarle del uno al otro hemisferio, y á los diez años de República Argentina era el señor Juan Alonso un millonario al que no faltaba sino una mujer que supiese arraire á sus *patacones*.

Doña Cástula de la Riva era la más empingorotada pollancona de Buenos Aires, con más fachenda que dinero y más orgullos fundados en el pasado de sus bisabuelos, oidores, magistrados y coroneles ilustres de la patria vieja, que en los relevantes servicios prestados por su padre, bizarro general de la patria nueva.

Ya era patriota Castulita, sí que lo era; pero aquella amalgama de clases y aquel desconocimiento de las grandezas pasadas, no se avenían, que digamos, con sus ribetes de paño feudal y con los tufillos inquisitoriales de su intransigencia católica.

Hizo el demonio que Cástula llegase á los treinta sin casaca, cosa extraña por demás tratándose de mujer guapa hasta quitar el sentido; y como detrás se venían muchachas ricas que amenazaban eclipsar su mediana fortuna, con lujos y vistosos entontecimientos que no podía sostener un general no siempre en activo servicio, resolvió aceptar la mano que junto con sus millones el señor don Juan Alonso le ofrecía.

Fué la boda un acontecimiento; y la suntuosa morada del nuevo matrimonio, el punto de reunión de aquella

Digitized by Google

sociedad que no veía al antiguo *changador* en el esposo de la interesante Cástula.

—Gasta, hija, gasta, que más me queda, decía el señor Alonso á su compañera, y ésta obedecía el dulcísimo mandato, dando al marido más vanidad y lustre con el boato que desplegaba que todo el brillo que pudieran darle sus pingües negocios y su caja repleta de antiguas peluconas.

Hija única de este matrimonio era la hermosa Lelia, nacida en el fausto, criada en la opulencia y educada con arreglo á las prescripciones de la más etiquetera grandeza; era la hija del astur un acabado modelo de pedantería social y de hinchazón escolar.

Desde la edad de dos años había sido su educación encomendada á dos inteligentes señoritas, inglesa la una y francesa la otra, y ambas cumplieron su cometido con exceso, enseñando á Lelia sus respectivos idiomas, que hablaba á la perfección y bastante mejor que el suyo propio.

Tocaba el piano y le tocaba bien, dibujaba y no dibujaba mal, pintaba flores y pajaritos bajo los cuales no era necesario poner el consabido letrero, y los bordados que salían de sus redondas manitas no hubieran hecho mal papel expuestos en un escaparate de ricas confecciones y primorosas labores.

No se diga si bailaba, porque era la misma Terpsícore en persona. y había llegado á refinar el gusto hasta tal punto en el arduo problema de valses y mazurcas, que no transigía con el que no fuese maestro. Si la madre había sido tiesa y entonada, entonada y tiesa era la hija, y aquel cuello, un tantico largo, que pocas veces

Digitized by Google

giraba sin permiso del tronco, habíale dado el sobrenombre de *Garza Porteña*, mote que ni la molestaba ni le hacía arrugar el entrecejo pronunciadito y á veces inconveniente que debía al autor de sus dias.

Más de una vez habían pensado los señores de Alonso en que su hija debía casarse; pero ¿cómo? ¿con quién ¿Era posible que se casase así tan *sonsamente* como ellos se habían casado, gastando muchos miles de pesos, cierto, pero sin el brillo, sin la ostentación regía que doña Cástula soñaba para su hija, ya que ella no había sabido tenerla?

No, imposible, Lelia merecía un príncipe, un hombre de sangre real, un título cuando menos; ella tan majestuosa, tan cortesana en sus maneras... Decididamente harían un viaje á Europa.

El señor Alonso sabía que por el viejo mundo sobraban coronas de condes y marqueses, á las que no vendrían mal los doce millones de pesos que preventivamente guardaba para dotar á su hija. Luego, era tan hermosa que no tendría más que presentarse para vencer y triunfar sobre cualquier nombre del almanaque de Gotta; cosas más extrañas se habían visto. Príncipes que se casaban con artistas, reyes con bailarinas, condes con vendedoras de flores, marqueses con gitanillas de feria... ¡Bah! Serían suegros de un duque, no podían dudarlo.

No estaban los señores de Alonso muy fuertes en categorías tituladas; por lo tanto, de príncipe para abajo igual les sonaba conde que barón y vizconde lo mismo que marqués ó duque; cuestión de nombre; el caso era no ser la señora de Tal á secas.

Digitized by Google

Algo se susurraba en Buenos Aires de las aristocráticas aspiraciones de los Alonso, en vista de los desdenes con que la *Garza* respondía á pretensiones honrosas de hombres llenos de merecimientos y buenas prendas, y más de uno le tenía predicho un porvenir poco lisonjero si tanto ella como sus padres persistían en sus pujos de sangre azul y corona en tarjeta.

Contábase, entre los pretendientes de Lelia, uno que había tenido la desgracia de enamorarse con toda la vehemencia de un corazón de treinta años en el albor de las pasiones y en el amanecer de la vida del alma.

Pepe Flores no sabía lo que era amar cuando se dió cuenta de que amaba á la *Garza*.

Su cariño había sido compartido entre su madre y los libros; era también hijo unico y rico, de arrogante figura, de fisonomía franca y expresiva como la del niño más inocente y de un espíritu superior que sin dejar de rozarse con las humanas miserias no había recibido la más pequeña mancha de impureza.

La viuda de Flores era amiga de la señora de Alonso y cuando su hijo le confesó que amaba á Lelia, no pudo presumir que fuese rechazado un joven que otras mujeres codiciaban con envidia.

—¿Sabes si Lelia te quiere, hijo mio? preguntó á Pepe su madre.

—No podré asegurarlo, pero me trata mejor que á los demás; y si no me llamases presuntuoso, te diría que huye de los otros para refugiarse en mí cuando en los bailes se ve asediada con peticiones.

—Eso es mucho; pero no es bastante. Háblale, declárale tu amor.

Digitized by Google

—La tengo miedo, madre mía

—¡Miedo! ¿De qué?

—De que me desprecie, de que no me corresponda, de que me quite la esperanza.

—¿Tanto la amas?

—Con delirio, mamá.

La señora de Flores se estremeció; no confiaba en que el carácter superficial de Lelia supiese apreciar la dicha de ser amada por un hombre como su hijo, y sin hacer á éste partícipe de sus temores, decidió explorar el terreno hablando con su amiga Cástula.

Cuando la viuda de Flores se convenció de las aspiraciones de los Alonso, hizo un esfuerzo sobre su orgullo de señora que no ignoraba cuanto á sí propia se debía y cuanto debía á las cualidades de su hijo, y habló la madre alarmada por la decepción que amenazaba destruir el porvenir del ser idolatrado.

—¡Cástula!, dijo emocionada y con las lágrimas titilando en sus pestañas, eres madre, y madre que ansía la felicidad de su hija; yo, que daría mi vida por obtener la de mi Pepe, no vacilo en suplicarte, en arrodillarme á tus plantas si es preciso. Mi hijo adora á Lelia, y será el más desgraciado de los hombres si le rechazas.

—Amiga mía, es esta una cosa muy grave y formal... No puedo imponer esposo á mi hija... Además, su padre tiene ciertos proyectos... Yo no sé, más creo que piensa casarla con un sobrino suyo, en quien debió recaer un título de marqués, pero que por usurpaciones y trampas á causa de la decadencia de la familia de Alonso, pasó indebidamente á otra rama. Yo le digo que se deje de onterías; pero él, que no puede olvidar que circula sangre

Digitized by Google

noble por sus venas y recuerda las humillaciones por que ha pasado y las pérdidas de fortuna que sufrieron sus abuelos (todo este pasado eran mentiras puritas), está erre que erre en pleitear para devolver á su sobrino el título que de derecho le correspode. Y como debes suponer, la idea de que Lelia sea marquesa, es la causa principal de su terquedad. Sin embargo, le participaré tus pretensiones, se las daré á conocer también á mi hija, y por mi parte, querida, preferiría para yerno á tu hijo, que al fin es argentino y le conozco, á un *gallego* que sabe Dios los resabios que se nos traerá de por allá.

La viuda de Flores comprendió sin esfuerzo que Cástula mentía para dorarle la negativa, y su corazón de madre se oprimió hasta quedar reducido al tamaño de un huevo no muy grande; le ahogaban los sollozos, y antes que rebajar su dignidad á mendigar con llanto la mano de Lelia, por más que de la dicha de su hijo se tratase, salió de casa de Alonso dispuesta á desengañar á Pepe, sin dejar que aquel amor se fomentase con la esperanza.

La pobre madre no veía claro, suponiendo que pudiese ser pasajera la impresión que la *Garza* había hecho en el corazón de su hijo y le habló, con franqueza, sin sospechar que por el afán de aliviarle un amor que podía ser funesto, desgarraba su noble pecho con los envenenados garfios del imposible dejado entrever por la señora de Alonso.

Pepe Flores no podía admitir de grado que un desconocido, un nadie, un nieto, un primo que acaso no era sino burdo pretexto, fuese dueño de la mujer

Digitized by Google

que le tenía loco y sin la cual parecíale la existencia un suplicio peor mil veces que el suplicio de Tántalo.

Llegó el carnaval y con él las diversiones y locuras que en Buenos Aires como en ninguna parte convierten la ciudad en regocijado manicomio.

En el *Club de los Negros*, el más *blanco* que por aquel tiempo había en la capital argentina, celebrábase uno de aquellos bailes de trajes en que la mente, derrochando oleadas de fantasía para combinar la gasa, el raso, las flores y las piedras preciosas, contribuye al esplendor de la belleza en mujeres que unen la desdeñosa arrogancia de la inglesa á la picante hermosura de la española. Los europeos, que de los países americanos hacen un *totum revolutum* sin orden ni concierto, juzgan á todas las americanas criollitas de Cuba, de tipo poco menos que amulatado, andar indolente, movimientos perezosos, pie chiquito de forma de empanada y modulaciones de negrito guarachero.

Nada más erróneo que semejante concepto; cada república americana tiene fisonomía propia, como su acento, sus costumbres, sus modismos y sus distintas razas, mezcla de la española y de las varias que allí encontraron los conquistadores; pero en el Plata ya no hay sellos característicos ni términos medios, las razas europeas, purísimas y sin mezcla, ó la raza africana, con mezcolanzas y trocatintas *naturales* para que se les vaya destiñendo el color primitivo.

Hay en las repúblicas argentina y uruguaya un término medio entre el blanco y el negro; el *gaucho*, que no es otro que nuestro aldeano del Noroeste, de cuero

Digitized by Google

curtido por el sol y los vientos, por lo que sube de punto su moreno tostado.

Puede el *gaucho* tener en el indio su origen, aunque no lo creo, pues para más afianzarme en mis opiniones he reparado que los vascos, así franceses como españoles, no bien llegan á las pampas visten el *chiripá* (especie de zaragüelles), se dejan crecer la melena y la barba, se encasquetan el poncho y amarran al cuello el pañolito de seda *punzó* (encarnado), símbolo indispensable del *gaucho* neto; y que venga el diablo á distinguirlos de los auténticos. Si no se dejasen la boina, *gauchos* puritos.

No es, pues, el *gaucho* un indio ni un mulato; es un campesino solamente, con sus vicios, sus virtudes y sus aficiones peculiares; y así como nosotros distinguimos al manchego, al castellano y al galaico por su traje, por su fisonomía, por su acento y por sus costumbres, así se diferencian allí los hombres del campo de los hombres de las ciudades, y el labrador es en todo desemejante del caballero.

El *gaucho* es poético por temperamento y rimador por naturaleza, y suele acontecer que un *payador* (improvisador que acompaña sus coplas con la vihuela) pase horas y más horas echando pullitas á éste y al otro cuando el otro y éste le pagan para que las eche.

Cuéntase de un caballero á quien una señora había movido injusto pleito, y como con injusticia ó no llevaba trazas la tal de salirse con la suya, no encontró venganza mejor el contrincante que pagar un *payador* para que á la vera de su puerta le cantase la historia del pleito con pelos y señales, su vida y milagros y el por

Digitized by Google

qué la justicia había inclinado la balanza hacia las faldas en detrimento de los pantalones. La señora acabó por perder la paciencia y pedir misericordia.

Es aficionadísimo el *gaucho* á las carreras de caballos y ama á su *pingo* más que á la propia vida, lo cual no impide que algún domingo regrese de un improvisado hipódromo sin caballo, sin montura y hasta sin poncho.

También se dan casos en que aparece mustio y cariacontecido, con la montura al hombro y el freno en la mano, ó derramando lagrimones por haber perdido el caballo que su ingénito vicio le llevó á jugar.

Nada más pintoresco ni gráfico para expresar el amor del *gaucho* por su cabalgadura que los siguientes versos cantados con música dulce y quejumbrosa, que partiría los corazones si no se tratase acaso de un matalón al cual se pudieran contar uno por uno los huesos de los costillares.

«Mi caballo era mi vida,
mi bien, mi único tesoro,
al que me vuelva mi *moro*
yo le daré mi querida,
que es más hermosa que el oro.»

Y después de nuestra pequeña escursión por la campaña, (según allí se dice), volvamos al *Club de los Negros*, en donde nos aguardan rubias que al sol darían enojos, y blancas que obscurecer podrían la nieve con la proximidad de su cutis.

Era el *Club de los Negros*, allá por los años 1874 y 1875, la más aristocrática sociedad de Buenos Aires.

Digitized by Google

Componíase de jóvenes elegantes, ricos y espléndidos, y cuando el Club abría sus dorados salones para recibir á las hermosas porteñas, derrochaban aquellos galantes *lions* de la moda un caudal de buen gusto y de distinción, con algunos miles de *patacones* (pesos fuertes).

Los bailes de trajes, especialmente, hacían época por su brillantez y por el lujo de los disfraces; en España, sólo podemos compararlos con los que en su palacio de Cervellón han dado en Madrid los fastuosos duques de Fernán Núñez.

Los salones del *Club de los Negros* estaban radiantes de luz, de bellezas, de animación, de alegría y de inusitadas magnificencias. Las piedras preciosas despedían fulgores deslumbrantes y la retina, herida por el centelleo vivísimo de tantas joyas, acababa por velarse y aturdirse.

Mujeres había que sin empacho llevaban sobre sí el cargamento de quinientos mil pesos empleados en pedrería; y de cien mil, podían contarse más de una docena que tal carga llevasen.

Estaban llenos ya los salones cuando la *Garza* hizo su regia entrada; un aplauso cerrado, espontáneo, unánime, regocijado, coronó la presencia de la señorita de Alonso. Vestía de Isabel la Católica, con manto real, corona, cetro y riquísimo traje de castillos y leones bordados, que era un primor como trabajo y que valía una fortuna por su coste.

Todos le dejaron franco el paso; recorrió los salones seguida de sus padres, y mientras pausadamente lucía su majestuosa figura, dispensando sonrisas acompaña-

Digitized by Google

das de inclinaciones de cabeza, los socios encargados de hacer los honores, improvisaron un trono para que la gran reina se dignase ocuparlo.

Muchos eran los disfraces masculinos que llamaban la atencion por su riqueza; pero ninguno estaba en consonancia con el de la *Garza*: nadie se atrevía á postrarse á sus plantas para suplicar un rigodón ni menos un vals, pues no hubiera sido pretensión correcta tratándose de la sin par mujer que á España y á la humanidad diera un mundo nuevo y grandioso.

Los señores de Alonso gozaban íntimamente con el efecto causado por su hija; la *Garza* estaba contenta y orgullosa de sí misma; pero hacía una hora que ocupaba el trono y la concurrencia no se apiñaba ya para contemplarla; su reinado había sido fugaz, y cada cual dedicábase libre de curiosidades y admiraciones, á otras cosas y á otros objetos, dignos también de admiración de atenciones.

Misia (señora) Cástula comenzaba á impacientarse; algunos amigos la visitaban de vez en cuando; hacían á Isabel I de Castilla reverencias y cortesías; pero se alejaban buscando acaso, más flexibilidad y menos tiesura.

De pronto llegaron hasta Lelia y su madre oleadas de murmullos; sintióse movimiento que indicaba algo extraordinario y sonó otra salva de aplausos con aclamaciones de entusiasmo.

¿Qué pasaría? ¿Alguna nueva estrella vendría á eclipsar la suya? La *Garza* se puso en ascuas y su madre lo estaba también.

Los murmullos y los aplausos tardaron en acercarse;

Digitized by Google

pero fueron al fin aproximándose para sacar á Lelia del envidioso suplicio en que la habían puesto; aquel trono le parecía un potro; el áureo sillón tapizado de rojo terciopelo tenía menos atractivos para la *Garza* que el último taburete de madera en bruto. ¡Cuánto hubiera dado por no *ser reina* en aquellos momentos, y porque cualquiera de sus vasallos se hubiese apresurado á ofrecerla el brazo para correr á saciar su mortal curiosidad! No le quedaba tampoco el recurso de atropellar su majestad de ocasión para reclamar el apoyo de cualquiera de sus amigos; estaba sola con su madre; el señor Alonso también se aburría con ellas, y pasados los primeros momentos, abandonó la proximidad del trono para buscar amigos y camaradas con quienes pasar la noche hablando de pingües negocios. La concurrencia se agolpaba hacia los primeros salones, y aquel en donde Isabel la Católica se encontraba estaba desierto.

Ni Lelia ni su madre podían tranquilizarse; ¿sería una rival de sus grandezas, de su poderío, ó de su ideal hermosura...?

Esto era imposible. *Misia* Cástula no podía ofender á su *soberana* presumiendo tal cosa.

El ruido sonaba más próximo y á Lelia le latía el corazón con fuerza, con muchísima fuerza, jamás se le había desmandado la víscera con tal insolencia.

Ahogó una exclamación de alegría; era un hombre su rival, acababa de verle, ya no tenía que temer; por el contrario, sería suyo; el joven más ricamente disfrazado le correspondía por derecho inconcuso; se le acercaba rodeado de mucha gente, luego iba buscándola. ¡Oh! Su triunfo era completo.

Digitized by Google

¡Cuál no sería su asombro al reconocer á Pepe Flores vestido de Gonzalo de Córdoba; pero á Pepe hermoso, como jamás soñó ver á ningún hombre!

El corazón de Lelia cesó rápidamente en sus acelerados latidos. Cualquiera diría que se habia trasladado al estómago; tal era la debilidad y angustia que se le habían apoderado del diafragma. Flores se arrodilló á los piés de su reina y le besó la mano. Isabel la Católica se puso de pie, arrogante y soberbia; paseó una mirada por el salón, y tendiendo de nuevo la mano al Gran Capitán, «alza, le dijo, tu soberana se digna pedirte elbrazo.»

Otro aplauso estruendoso acogió estas oportunísimas frases, y Pepe Flores ofreció lleno de amoroso orgullo el apoyo tan regiamente solicitado con gallardía y acento que le llenó de dicha y de esperanza.

A los pocos minutos discurría sola la gentil pareja escitando frases de admiración; cada cual había vuelto á engolfarse en aquello que más grato era á sus ilusiones.

Por supuesto, que así los maliciosos como los inocentes, se decían bien seguros que Isabel y Gonzalo estaban de acuerdo.

No era cierto, sin embargo; sabia Pepe Flores el disfraz elegido por la dama de sus pensamientos, pero no presumía ésta que el galán enamorado idease cosa tan de gusto y tan rica.

—Pero ¿qué feliz ocurrencia ha tenido usted? dijo Lelia á su acompañante.

—¿La cree usted feliz?

—¡Cómo no!

—¿Luego he logrado complacerla?

—Muchísimo.

Digitized by Google

—¿Y á cambio de esa complacencia quería usted, Lelia, contestar á una pregunta?

—¿Por qué no?

—¿Es cierto que se marchan ustedes á Europa?

—Sí, antes de un mes.

—¿Y es cierto que va usted á casarse?

—Esa ya es, amigo mío, otra pregunta y van dos; el trato fué solo una.

—Se lo suplico, Lelia, contésteme.

—Pues no lo sé; mis padres piensan algo, pero no hay nada decidido.

—¿Y se casará usted de grado?

—Van tres, amiguito, y á esta si que no puedo contestar porque todavía no sé quién es el novio que me destinan.

—Un primo de usted, según se cuenta.

—Un primo... si... creo que sí... un marqués... Ahora no me conviene descender tanto; de reina á marquesa...

—Lelia, ¡no se vaya usted!

—Mis padres lo han dispuesto.

—Pero sus padres harán lo que usted quiera.

—No quiero ni debo imponerme.

Flores quedó pensativo y con la cabeza baja; Lelia le contemplaba furtivamente, y nunca le había parecido tan buen mozo; la seducía, sí, la seducía, y ella que jamás había sentido desasosiego al lado de ningún hombre, sentíalo muy grande sentada en aquel sofá retirado del bullicio y adonde, sin darse de ello cuenta, habíala conducido el galante don Gonzalo.

—Lelia, dijo de repente Flores levantando resueltamente la cabeza, no se vaya usted; yo la amo con toda

Digitized by Google

mi alma, y seré el más desgraciado de los hombres si usted se marcha. Si no me corresponde, Lelia, no quiero vivir. ¿Para qué? La vida me sería insoportable.

—¿Y su madre?

—¿Mi madre? ¡Pobre madre mía! Ya toca las consecuencias de mi amor; sabe que ha sido ella la pasión única de mi vida hasta el día que me gritó el corazón que tenía en usted una rival temible; temible, sí, Lelia, porque ni el amor de mi madre ni consideración alguna pueden desvanecer de mi alma este que me avasalla y que me tortura. Dígame usted, Lelia, que me ama, dígame siquiera que podrá amarme, dígame que soy el primero en llegar al corazón de usted...

—El primero, sí, respondió la *G uza* inclinando, cosa rara; el rígido cuello.

—¿Pero me amará usted?

—No iré á Europa por ahora; ¿tiene usted bastante?

—¡Lelia, Lelia de mi alma!...

—¡Cuidado; don Gonzalo!

—¡Oh, mi reina, necesito algo más!

—¿Algo más? ¡Basta, caballero, basta!

—No, no basta; es una cosa muy pequeña en apariencia; pero grandísima para mí; un *tú*, uno, uno solo que me autorice para hablar el lenguaje del amor, para descargar mi corazón de las frases amantísimas que le oprimen. ¡Lelia! ¡Lelia! por Dios, un *tú* compasivo, un *tú* que me transporte al cielo!

—Vaya; pues que *tú estáis* muy *sonso* esta noche, y vamos á pasear, porque pronto si no, acabarán por picotearnos los trajes.

—¡Lelia mía! ¡mujer divina! me haces el hombre más

Digitized by Google

dichoso de la tierra; ¡te debo la vida y la felicidad de mi pobre madre!

* * *

El viaje de los señores de Alonso ha sido aplazado por voluntad de Lelia; saborea por vez primera el néctar de los amores sublimes, se deja amar, y vive en una atmósfera deleitable que la embriaga, divinizándola á los ojos de aquel hombre que en sumiso esclavo suyo se ha convertido.

No está *Misia* Cástula muy contenta con que su hija haya torcido el rumbo de sus aspiracione; tampoco don Juan ve con buenos ojos el cambio, pues ambos creían á piés juntillos tener un duque en la faltriquera; pero la *tirana*, la *Isabel de Inglaterra*, como Flores le llama cuando impone su voluntad y sus caprichos, había dicho que no quería embarcarse entonces; precisaba obedecer y obedecer sonriendo; de lo contrario, los enojos de la niña mimada podían hacer explosión.

Los señores de Alonso poseían en Belgrano una preciosa quinta, una *vera Villa* italiana, rodeada de precioso parque y alta verja enredada con trepadoras fraganciosas. La calle que á la quinta conducía estaba saturada del ambiente emanado de las acacias que la sombreaba; era aquel un delicioso nido que convidaba á gozar los caprichos dulces de una mujer neurótica.

Decidió la *Garza porteña* pasar en Belgrano una temporada; quería gustar el amor bajo los árboles, en-

Digitized by Google

tre las flores, al aire libre, balanceándose en elegantes hamacas; embriagarse, en fin, con algo distinto, extraordinario, que alguna vez la sacase de aquella monotonía de los salones asfixiantes.

El amor de Pepe era muy grande; por eso dentro de la ciudad estaba á punto de aburrirla; ya le pesaba haberle dicho que sí; había sido una alucinación de su triunfo carnavalesco. Como Gran capitán, encontrárale seductor; pero con su chaquet y su levita, era una desesperante vulgaridad. Si en Belgrano no se enamoraba más formalmente, estaba decidida á marchar á Europa; la *sonsera* de aquella sociedad, siempre igual, acababa con su paciencia.

¡Con cuánto placer recibió Pepe Flores la noticia de la ida al campo! Allí sería Lelia más suya; se vería menos asediada de pretendientes y de moscones, y él respiraría libre de aquellos celos que le mordían el alma cuando algún moscardón zumbaba galanterías en los oídos de su amada; iría diariamente á verla, pasaría á su lado la tarde y parte de la noche... Flores era feliz, por vez primera, desde que se consideraba novio oficial de la G*irza porteñ*i. «Quiero que nos dejen en paz por algunos dias», le había dicho su bella amada, y aquella delicada manera de complacerle, fué para Pepe la compensación de sus pasadas inquietudes.

Pero á los dos dias de haberse establecido los señores de Alonso en la quinta *Lelia*, ya se reunieron once personas á la mesa; al siguiente dia tampoco estuvieron solos, y acabaron por estar más acompañados que en su casa de Buenos Aires. Pepe volvió á ser desgraciado; no podía gozar de las delicias que había soñado, discu-

Digitized by Google

rriendo sólo con su amada bajo la fronda, ni hablarle de su amor á la luz de la luna, de aquella luna cuyos rayos pálidos son la poesía y el amor mismo, porque no hay mejor compañera de los que se aman.

Lelia parecía contenta de la nueva vida. Una tarde que llegó su novio antes que nadie, demostró su contento diciéndole:

—¡Jesús, qué alegría! Hoy eres el primero; ven á moverme la hamaca, y de paso cuéntame muchas cosas que debes tener guardadas... ¿Verdad?

—¿Te alegras que haya llegado más temprano que otras veces?

—Sí, hombre sí; estaba aburridísima y deseando que vinieses.

—¡Oh, Lelia mía! ¡Cuánto bien me hacen tus palabras! ¿Me amas, verdad? ¿Me amas como yo te amo?

—¡Y qué sé yo cómo me amas tú!... ¿Estoy acaso dentro de tu corazón?

—Sí lo estás, toda entera, en cuerpo y alma; te tengo aquí, aquí; te veo sin mirarte, y cuando no estás á mi lado siento tu imagen dentro de mi pecho como si fueses una estatuita que estuvieras oprimiéndome los pulmones y fatigándome la respiración. Sufro mucho, Lelia, sufro mucho, porque creo que no me amas.

—¿Te hago yo sufrir acaso?

—¿Tú? No, soy yo mismo; yo, que tengo celos hasta de la brisa que te acaricia el rostro; ¿ves? ¿ves esa mariposita que revolotea y se posa sobre tus cabellos?; pues es un enemigo al que no me atrevo á exterminar porque me parece indigna de un hombre tamaña cobardía.

—¡Ja, ja! No seas *sonso*.

Digitized by Google

—Lelia, es necesario que esto concluya; fija la fecha de nuestro matrimonio.

—¿Pero qué prisa corre?... ¿No me dijiste que querían enviarte á Europa con una misión diplomática?

—Sí; pero no hay distinción por honrosa que sea que pueda yo aceptarla si ha de separarme de ti.

—Pues acéptala, y de este modo nuestro viaje de novios será algo más que el viaje de un don Juan particular.

—¿Es ese tu deseo? Yo hubiera preferido ir libre, y esclavo solamente de tu voluntad para viajar por donde quisieses y detenerme allí donde más te agradase.

—No, no; me gustará más la vida diplomática que la vida del *touriste* á secas. ¿Acaso no me crees digna de pisar regios salones?

—¡Mi reina, mi soberana. Si no habrá mujer más hermosa que tú en el viejo mundo! ¡Si tendré celos, vida mia, porque te adorarán cuantos te conozcan!

—¿Y qué? Perderán el tiempo.

—¡Lelia de mi alma!

—¡*Sonso*! ¿Quién viene allí?... ¡Gracias á Dios! dijo para sí la señorita de Alonso, ya comenzaba á fastidiarme de estar sola.

Una familia compuesta de mamá, dos hijas y un hijo acababan de llegar.

Dspués de los saludos de ordenanza, anunciaron las niñas que su papá pensaba presentarles aquel dia á un conde francés recién llegado, un buen mozo, soltero y que á la legua se le conocia el *condado*, como que entre mil se distinguiria por un no sé qué aristocrático...

Había perdido todo su equipaje; estuviera á punto de

Digitized by Google

naufragar, y gracias que en los momentos de angustia había pensado en salvar los papeles que acreditaban su persona.

Lelia se puso pálida primero y encarnada después, oyendo la relación hecha atropelladamente por las señoritas recién llegadas, quitándose la palabra de la boca como si la una lo supiera contar mejor que la otra.

Pepe Flores frunció la frente; parecía que entre ceja y ceja le habían metido un clavo ardiendo.

—¡Vaya, estará de Dios que yo sea condesa! pensó Lelia, y se retiró rogando que la perdonasen un momento porque no era cosa de recibir á un conde como se recibía á los amigos de confianza.

El conde y el amigo que le presentaba, llegaron una hora después.

Alguien encontrará fuera de la etiqueta eso de colarse de rondón en una casa, comer en ella la primera vez que se la pisa y traspasar límites que han trazado gentes de pocos alcances. En América, aun en las casas más *etiqueteras*, y cuenta que hay muchas, tiene el amigo derecho para sentarse á la mesa sin que le inviten (dado que no se hacen invitaciones especiales sino para banquetes de carácter oficial), y lo tiene también para presentar un amigo nuevo que *ipso facto* queda asimismo convidado para siempre que lo desee.

No es fácil saber jamás en América el número de personas que tomarán asiento en la mesa, por lo cual el mozo de comedor coloca cuantos cubiertos caben en ella, que siempre son diez ó doce más de los ordinarios. Si al sentarse no hay tantos comensales como cubiertos, se quitan los que sobran, y santas pascuas.

Digitized by Google

¡Benditas costumbres, y benditas gentes las que practican la hospitalidad! Eso de encerrarse en el comedor apiñaditos en familia á las horas de comer, podrá ser muy tranquilo y muy *estomacal*; pero no será jamás elegante ni sociable por mucho que de elegantes presuman los que tales vicios tienen; y no se me diga que precisa ser rico para sostener ciertos hábitos; no, señor; lo que precisa es ser menos murmuradores, más tolerantes y aprender á regimentar el interior del hogar según los posibles de cada uno; pero siempre con sello revelador de naturalidad cómoda y de buen gusto.

Volvamos al conde Du Boi, que con tal título presentó el papá de las niñas habladoras á un francés que rayaría en los treinta y cinco, alto, bastante fornido, de artística cabeza (ya que hemos dado en llamar así á las que tienen el cabello ensortijado) de pelo castaño obscuro y barba de un rubio claro; ojos garzos de mirada dormida, á causa sin duda del uso de los lentes; pero penetrante, escudriñadora, hipnotizante y temible si se posaba sobre la de una mujer que estuviese predispuesta en favor suyo.

Se presentó con la natural desenvoltura del hombre acostumbrado al trato social, y desde luego al ver su continente, á nadie se le ocurrió dudar que tenían delante un miembro de la nobleza realista francesa, porque el conde Du Boi era legitimista.

Respetaba las jóvenes democracias, las admiraba, hubiera querido ser hijo de una república, pero los compromisos de familia, las tradiciones y las ideas de su buen padre, que al morir le había hecho jurar por su honor y por sus blasones no aceptar jamás las nuevas

Digitized by Google

leyes de la Francia, eran otras tantas ligaduras que al pasado, rancio ó no rancio, le tenían sujeto. Así lo decía.

El señor Alonso miraba embobado á su huésped; pues ¿y *Misia* Castulita? *Misia* Castulita estaba en sus glorias. ¡Cómo se lucían, ante un hombre emparentado con reyes, sus sirvientes severos y tiesos, empaquetados en el frac y con las manos enfundadas en los guantes de algodón! El extranjero no decía nada; hubiera sido de mal gusto prodigar alabanzas; pero seguramente quedaría admirado del servicio ordinario de su casa: porque claro, bien sabía el conde que nada extraordinario se había preparado.

El pobre Pepe sufría horriblemente. Lelia no estaba á su lado en la mesa, estaba entre el conde y el papá de las niñas, y lo que era peor, en toda la comida no se había dignado mirarle. ¡Qué de buena gana hubiera pretextado una enfermedad para marcharse! Pero esto hubiera sido dejarles en libertad, y prefería morir allí de rabia y de angustia, antes que llevar la duda de lo que haría Lelia en su ausencia. Hablaba el conde muy poco en castellano; pero se servía de él para que el señor Alonso lo entendiese, pues era de los presentes el único que no conocía el francés.

Contó sus percances del viaje sin dar importancia á la pérdida de su equipaje, ya que había salvado los pasaportes y algunas cartas de familia.

¡Pero la poca precaución!... En los momentos de apuro no había recordado cartas órdenes que traía para algunos banqueros, y le era forzoso girar sobre el suyo de Bruselas ó aguardar que le repitiesen las órdenes.

—No soy rico, añadió modestamente; no crean uste-

Digitized by Google

des que puedo derrochar, ni siquiera satisfacer todos mis caprichos: en mi casa sobran papeles apolillados: pero faltan billetes de banco. La santa causa, como decía mi buen padre, ha sido para mi herencia una causa endiablada; en fin, si me había de gastar en Europa mi pequeña renta del año, prefiero gastar la de dos en el mismo tiempo, recorriendo el Nuevo Mundo por el cual tengo vivísimas simpatías.

El señor Alonso se ofreció para todo; ¡pues no fataba más! Tenía él un corresponsal en Bruselas, y le descontaría cuanto le diese la gana: ¡oh! y le prohibía molestarse buscando otro banquero que hiciese la operación: era un deber de hospitalidad.

El conde habló largamente de su parentela, de sus antepasados, asegurando siempre que, aunque les rendía culto por lo que suponían en la historia de Francia, no estaba orgulloso de sus pergaminos, y de tal manera llevó la conversación que todos menos Flores, al cual fué repulsivo desde el primer instante, quedaron convencidos de que era un noble de abolengo, hastiado de la etiqueta palaciega, que ansiaba respirar por algún tiempo las auras refrigerantes de la democracia.

La velada se pasó en un soplo para Lelia y sus padres; la *Garza* había charlado mucho en francés con el conde, y éste le había dicho que lo hablaba como la más aristocrática señorita del *faubourg* Saint Germain.

Cuando los señores de Alonso se quedaron solos, convinieron en que el conde era todo un conde; pero ninguno, aunque los tres pensaban lo mismo, aventuró la presunción de que Lelia fuese condesa.

Pepe Flores llegó á su casa y no fué como de costum-

Digitized by Google

bre á dar un beso á su madre; se encerró en su despacho y se arrojó desesperado sobre un sillón. Aquel espíritu fuerte, aquel joven de valor probado, aquel padre de la patria, pues que era diputado con gran contentamiento de sus electores, lloró como un niño enfermo sin avergonzarse de su debilidad.

Un hombre que estaba en camino de alcanzar por merecimientos propios los más altos puestos de la República; el que había apostrofado en el Parlamento á ministros inmorales, y que con la espada mantuviera sus apóstrofes; el honrado, el probo, el generoso Pepe Flores, orgullo de la patria argentina y ornato de una generación que tan ópimos frutos prometía, lloraba en silencio exprimiendo la hiel que en algunas horas de martirio se había extravasado por sus entrañas.

Amanecía cuando Pepe Flores se levantó del sillón; necesitaba reposo; aquel dia era el señalado para una interpelación al ministro de Hacienda; tendría que pronunciar un discurso de tonos subidos; debía informar también ante la *Corte Suprema* en un pleito que suponía algunos millones para uno de sus clientes, y no se pertenecía; hablaría después al presidente de la República; le diría que aceptaba la misión diplomática en Europa, y el presidente se alegraría infinito para quitarsele de encima; ¡cómo que era en el Parlamento la pesadilla de los malos ministros!

Flores hizo, pues, un esfuerzo sobre sí; pasó á su cuarto, y se acostó.

A las nueve de la mañana, acababa de bañarse cuando entró á saludar á su madre.

Algo había borrado el baño las huellas del insomnio,

Digitized by Google

pero una madre adivina con la primera mirada los trastornos físicos ó morales de sus hijos.

Pepe no pudo negar lo que había pasado en Belgrano.

—Hijo mio, dijo la viuda de Flores, cúrate de esa pasión; Lelia no te quiere, y te sacrificará al primer hombre que ella crea que la puede elevar sobre las demás.

—La veré esta tarde; tendré con ella una explicación, y la obligaré á cumplirme su palabra; por mandato suyo aceptaré hoy mismo la misión diplomática que el gobierno deseaba confiarme, y si después de aceptada me pone Lelia en ridículo... ¡No, no, madre mía, no lo crea usted; Lelia me quiere!

Cuando Pepe Flores llegó aquella tarde á Belgrano estaban ya en la mesa los señores de Alonso. Antes de entrar en el comedor oyó carcajadas frescas y sonoras que repercutieron en su corazón como pudiera repercutir el ¡ay! de dolor lanzado por idolatrada criatura. ¿Estaría allí el odiado conde?

Pronto se convenció de que no había pensado mal. Al penetrar en la iluminada estancia, su primera mirada fué para Lelia, y no se le ocultó la contrariedad que al verle experimentaba. Aquellas cejas casi unidas y poco arqueadas, que formaban una línea recta y hoscosa cuando un desabrimiento las plegaba, eran barómetro infalible que anunciaba interiores tempestades en aquel pecho provocador y altanero con sus turgencias incitantes.

Flores saludó á todos en general, sin particularizarse con nadie mas que con *Misia* Cástula, á la cual preguntó por su salud sin acercarse.

Digitized by Google

—Venga para acá, venga para acá, dijo el señor Alonso con su bonachonería; he sabido esta tarde en Buenos Aires que se ha lucido usted en la *Corte Suprema*; todo el mundo da por ganados los millones de Calvo, y á última hora, cuando ya me venía, dijéronme que acaba de armar usted una mayúscula escandalera en la Cámara. ¡Muchachos diablos, hombre, muchachos diablos! Bien hecho, *mi hijito*, bien hecho; ese empréstito que proyecta el ministro de Hacienda será ruinoso para el *país*, y si los hombres de buena fe, si los diputados de corazón y de empuje no se oponen á su realización, acabará este gobierno por *fregarnos* (fastidiarnos). Conque hoy hemos tenido buen dia, ¿*no*? Estábamos de vena, como dicen en mi tierra.

—Sí, señor, de vena, respondió Pepe Flores sonriendo con amargura.

Misia Castulita preguntó á Pepe por qué no comía, y éste contestó que lo había hecho en Buenos Aires presumiendo llegar tarde á Belgrano.

No era esto cierto; sabía Pepe que siempre hubiera llegado á tiempo; pero al ver en la mesa al conde sentado entre Lelia y su madre, y después de oir que aquélla reía satisfecha á pesar de su ausencia, sintió un nudo en la garganta y otro nudo en el corazón y un vacío inmenso en el cerebro como si de él hubiese huído la sangre por un instante y le faltase la vida.

Merced á esfuerzos valerosos, equilibróse de nuevo aquel organismo tan sensible como expuesto á graves accidentes y pudo contestar á don Juan y hasta revelar una tranquilidad que no podía tener.

Mientras el señor Alonso felicitaba al orador por sus

Digitized by Google

triunfos parlamentarios y forenses de aquel dia, la *Garza* hablaba con el conde majestuosamente y como si la carcajada que á oidos de Pepe había llegado hubiera sido lanzada exprofeso por la joven, séria y grave de ordinario, para mayor mortificación del pobre celoso.

—Lelia no quiere enterarse de que he sido el héroe de la jornada bonaerense, dijo Flores con acento resentido.

—¡Qué! ¿Qué hace Lelia?, preguntó ésta casi con indiferencia.

—Que no quieres enterarte de que Flores ha sido hoy el héroe de Buenos Aires, contestó el señor Alonso.

—¡Si lo he oido!

—¿Cómo no he recibido su felicitación!

—Si le hubiera de felicitar por triunfos de esa clase, ya me habían caido felicitaciones. Como que habla siempre y habla bien.

—Gracias.

Acabó la comida sin cosa de particular mención; Lelia y el conde hablando en inglés y no muy alto (Pepe creyó adivinar que habían arrinconado el frances por demasiado comprensible), los demás comensales tratando cosas indiferentes, y Flores acariciando su barba rizada y lustrosa, con los ojos clavados en su amada y el pensamiento batallando por penetrar el sentido de aquella conversación que al conde y á Lelia parecía interesar tanto.

Le hubiera sido fácil abandonar el comedor pasando al jardín ó al salón de fumar; pero el aplaudido tribuno era despiadado consigo mismo cuando se trataba de algo que tomarse pudiera por pobreza de espíritu.

Digitized by Google

Pasaron á la sala de juego á tomar el café. Lelia era la encargada de servirlo cuando estaban en el campo.

—¿Y á mi? le preguntó Pepe viéndola sentarse al lado del conde después de haber alcanzado á cada uno su taza.

—Supongo que lo habrá tomado usted en Buenos Aires.

—Pues supone usted mal; no lo he tomado.

—Como el café se toma en seguida de comer...

—Es que no he comido, replicó Flores bajando más la voz; ni he comido ni deseo comer; pero quisiera una taza de café servida por tí y quisiera que tomases el tuyo á mi lado.

—Me parece que no es cosa de faltar al conde.

—¿En qué le faltarías?

—Es nuestro huésped.

—Y asiduo; ha sido ayer presentado, y parece que le es gratísima la estancia en esta casa.

—Debemos agradecérselo.

—Os dispensa mucha honra, ¿verdad?

—Al fin es un hombre perteneciente á la más alta nobleza de Francia...

—¡Oh, sí!... Lelia, es necesario que hablemos.

—Ya estamos hablando.

—No, precisa que nos expliquemos; tú no querrás que yo me muera de celos y de rabia.

—¿Quién te manda morirte? Toma tu café y déjame tomar el mío; el conde nos mira y seguramente presume algo; estamos faltando á la etiqueta y á la educación.

—Yo no falto á nada ni á nadie; pero pido que no se agravie y se me torture...

Digitized by Google

—Bueno; pues hasta luego.

Y la *Garza* dió algunos pasos para acercarse al conde.

Flores se puso de pie violentamente.

—O me das palabra de bajar al jardín conmigo después de tomar el café, ó no respondo de mi, dijo con ronco acento.

—No admito imposiciones, contestó la *Garza* irguiendo la cabeza.

—No te impongo nada; digo que no respondo de mi.

—¿Qué harías?

—¡Matarme!

—Bajaré, dijo secamente dejando á Pepe tembloroso y pálido con la taza del café en la mano.

Sentóse éste de nuevo y comenzó á revolver maquinalmente el líquido con la cucharilla sin quitar la vista del conde, que deshaciéndose en cumplidos recibía á Lelia, pareciéndole que la interrogaba sobre lo que pasado hubiera en la rápida escena que acabamos de narrar.

Dos ó tres veces se acercó Pepe á Lelia para tomar la taza, si hubiese acabado; pero Lelia nó tenía prisa y distraída con la conversación que resultábale muy amena, paladeaba el moka á pequeños sorbos.

Hubiera querido Flores que el conde le dijese: «No se moleste usted, yo estoy aquí;» pero el conde se limitaba á mirarle sin dirigirle la palabra; diríase que había adivinado las intenciones del que como á odiado rival le miraba.

—¡Y este hombre pertenece á una clase elevada! pensó Flores; mentira; es un cobarde y los cobardes no pueden ser nobles en ningún concepto.

Ya no le fué á Lelia posible aumentar el líquido para

Digitized by Google

prolongar los sorbos y se levantó cuando Pepe y el conde á porfía pretendieron arrebatarle el platillo, habíalo ella dejado en la bandeja de que era portador un criado que por delante pasaba en aquel momento.

Dirigióse la *Garza* á las habitaciones interiores y dijo rápidamente al pasar junto á Flores: «Dentro de dos minutos estaré en el jardín.»

Poco más de uno habría transcurridos cuando Pepe abandonó el salón; no se le ocultó el juego al conde, que sonrió acercándose á *Misia* Cástula.

—Presumo, señora, que el padre de la patria no está muy satisfecho de mi presencia en esta casa; yo disculpo sus prevenciones porque en su caso hubiera sido celoso hasta de la luz; por lo tanto, escaseará cuanto pueda mis visitas y...

—¡Qué disparate! Si no hay nada formal, conde; no crea usted que la niña... Chiquilladas, Lelia no se ha comprometido porque tengo para mí que todavía no le ha llegado la hora de enamorarse... Pero; no faltaba más que por delicadezas que honran á usted, aunque son extremadas, nos privásemos del placer de verle diariamente!... De ninguna manera. Harto corto será el tiempo que nos favorezca usted con su presencia... ¡Quién sabe si llegaremos algún día pidiendo hospitalidad al castillo de los condes Du Boi!

—¡Oh, señora! ¡Qué dicha para los viejos salones, tristes y desmantelados desde que murieron mis padres! Allí no había alegrías desde la caída del segundo imperio, con el cual mi padre transigía, nada más que transigir, y el pobre murió á los tres meses de república; no pudo sufrir este nuevo golpe después de las derrotas de la pa-

Digitized by Google

tria. Yo abandoné seguidamente aquellas soledades que me hablaban tan solo de muertos y de grandezas pasadas: mandé cubrir con negros crespones los doscientos retratos que cuenta la galería del castillo, y había hecho propósito de no pisarle hasta que no encontrase una mujer amada que quisiese animar aquel cadáver de granito. Entonces lo hubiese restaurado dándole aspecto moderno y adecuado á las exigencias del amor y de la juventud. ¡Pero si ustedes fueran algún dia! ¡Oh, si fueran ustedes! aquello reviviría volviendo á ser morada de dichas.

La señora de Alonso no cabía en sí; ya se estaba viendo en el castillo Du Boi compartiendo con la condesa su hija la tarea de dar hospitalidad á toda la nobleza blanca de Francia.

Entretanto Pepe Flores y Lelia se habían reunido en el jardín y sentádose en un banco de hierro bajo frondoso níspero del Japón.

—Y bien, dijo ella malhumorada. ¿Qué quieres? ¿Qué tienes que decirme?

—¡No debías preguntarmelo!

—Pues te lo pregunto.

—Voy á contestarte; pero antes dime: ¿qué motivos he podido dar para merecer ese tono desabrido?

—¿Motivos? ?Te parece pequeño el de mostrarte celoso del conde y obligarme á salir del salón dando lugar á interpretaciones que no me sean favorables?

—Bien, Lelia; hay un medio de aplacar mis celos y de que la tranquilidad, que desde ayer he perdido, vuelva á renacer en mi espíritu; señala la fecha de nuestro matrimonio.

Digitized by Google

—Ya sabes que nunca he demostrado impaciencias; yo no tengo prisa para casarme.

—Será preciso que la tengas; ayer me dijiste que aceptase desde luego la misión diplomática que el gobierno quería confiarme, y esta tarde he visto al presidente para...

—¡Cuánta diligencia!

—No creo que haya nada que esperar.

—Ya he dicho que no tengo prisa.

—¡Lelia, por Dios!, deja ese tono que tanto daño me causa. Jamás se me ha ocultado que tu cariño no estaba á la altura del mío; pretenderlo sería necedad; yo te amo con idolátrica pasión, y un amor tan grande no puede albergarse más que en mi pecho, ni puede inspirarlo nadie más que tú, tú que eres muerte y vida, luz y tinieblas, huracán y brisa, infierno aterrador y gloria codiciada.

—¡Qué lindo mosaico!

—Pues eso eres tu para mí, Lelia; no me quejo; la dicha de poseer tu amor debe pagarse muy cara.

—Acabemos, Pepe; estamos haciendo falta en otra parte.

—La haces tú; yo maldita la que hago; pero acabemos. Quiero que decidas la fecha de nuestro matrimonio para fijar yo la de nuestra salida.

—Eso es imposible; una boda no se improvisa, y si he de decirte toda la verdad, todavía no estoy bastante decidida á casarme.

—¡Lelia!, gritó con desesperación Flores.

—No alborotes; van á creer que pasa algo.

—¡Lelia mia! ¡Lelia de mi alma! ¡Ten compasión de mí, ten compasión de mi madre!

Digitized by Google

—Pues no parece sino que yo le hago algo á tu madre.

—Si le haces, Lelia; ¿acaso no se le hace nada á la madre cuyo hijo se asesina?

—No puedo consentir que profieras semejantes palabras; ni yo trato de asesinarte, ni debo continuar esta conversación por más tiempo.

—¡Lelia, por Dios!, ne te vayas; no me abandones; dime una palabra, una sola, dime que me quieres, ¡poco, ya lo sé! pero siquiera como me querias ayer antes de conocer á ese maldito extranjero.

—Ya salió la *sonsera*; deja en paz al conde, que no tiene la culpa de nada.

—Pues dime que no has soñado con ser condesa; dime que persistes en ser mi esposa.

—Ya te he dicho antes que no estoy completamente decidida á casarme.

—Ayer lo estabas.

—Ayer no eras tan ridículo como eres hoy.

—Porque ayer, Lelia, era el más feliz de los hombres; me dejabas amarte, hablabas con placer de nuestro viaje de novios, entreveía el cielo y no presumía que tan despiadadamente me hundieses en el peor infierno.

—¡Concluyamos, Pepe!, dijo la *Garza* levantándose altanera.

—No, Lelia, no te marches así; déjame una palabra de consuelo; señala la fecha de nuestro casamiento, ¡vuelvo á suplicártelo! y verás cómo no tengo celos de ese hombre, y verás cómo le trato con afecto...

—Es inútil que me pidas eso; hoy no podría contestarte.

Digitized by Google

—Pues necesito ahora mismo la contestación.

—Pues como no puedo darla, ¡adiós!

—¡No!, dijo Flores con la voz ronca por el coraje, no te irás sin darme una respuesta categórica; antes que pasar otra noche como la de ayer, prefiero morir, añadió apretando las manos de su amada.

—¿Me desafías?, preguntó Lelia irguiendo su altanera cabeza.

—No te desafío; desafío á mi corazón. ¡Contéstame!

—Puedes hacer lo que gustes; hoy no quiero decidirme!

—Es decir que si te digo firmemente: hoy ó nunca, me contestarás...

—¡Nunca!

La *Garza* se encaminó serena hacia el salón sin volver una mirada compasiva al hombre infeliz que, abrumado por el más horrible de los dolores, se dejó caer en el banco, ocultó el rostro entre sus manos y lloró, lloró como en su despacho había llorado la noche antes.

Lelia entró en el salón sonriendo al conde, que al verla se puso de pie.

—¿Y Flores? la preguntó su madre.

—Se fué; acabo de quitarle toda esperanza.

—¡Hija linda! Ya sabía yo que no era bastante para ti.

Entretanto Pepe Flores sollozaba en silencio bajo aquel níspero que tantas veces le había visto sonreir llamando hermosa á la mujer amada. El corazón, libre ya del peso de las lágrimas, latió con más regularidad, y las sensaciones, remontando las alturas, tomaron aposento en el cerebro.

Era aquel su momento de crisis; secó precipitada-

Digitized by Google

mente los párpados, ensanchó los pulmones con un suspiro hondo, muy hondo, y se puso de pie como si eléctricamente le hubieran sacado de la postración en que se había quedado.

Era el orador fogoso del Parlamento, era el letrado argumentando con fuerza de lógica, y relatando los contundentes artículos del código para convencer al tribunal cuyos miembros sin pestañear le escuchaban; pero no era el amante desdeñado por mujer venal, que torna los febriles ojos á la desesperación cuando pierde la esperanza de que vuelvan con amor á mirarle los de su amada.

Pepe Flores estiró correctamente su abrochada levita como si se dispusiese á comenzar un apóstrofe de los que le habían conquistado fama de polemista, y sin sombrero, como había salido de la quinta, se dirigió hacia la parte más obscura del jardín.

Vagaba errante, sin dirección fija; pero con la mente allí dentro, en aquel salón donde estaba ella, ella que hablaría con el conde, que le contaría tal vez lo que había pasado, y se reirían de él, de quien nadie se había reído; pero que en adelante serviría de mofa á la Sociedad porteña...

¡Despreciado! Despreciado por causa de un desconocido, de un aventurero acaso... ¿Y por qué? Por un título que él no hubiera trocado por el suyo de abogado ilustre... Pero ¿qué haría sin el amor de Lélia? Nada; no quería vivir ni para su madre. Su pena no cabía en el mundo; su talento para nada serviría; se volvería idiota; idiota, sí.

¡Pobre Pepe!

Digitized by Google

Cuando más negras eran las reflexiones que sus pesimismos hacían, hirió sus pupilas una luz; levantó los párpados y vió delante de sí, abierta la puerta del pabellón destinado al jardinero; nadie aparecía por allí, ni rumor alguno llegaba á sus oidos.

Su mirada vagó por la reducida estancia y sintió un escalofrío mortal; acababa de ver una pistola pendiente de un cinto colgado á su vez de una escarpia.

Sin titubear, sin pararse á medir aquel exceso de cobardía impropia de su alma templada al fuego de las grandes ideas, y sin recordar á la madre amantísima cuyo desconsuelo debia ser mayor que la muerte misma, se lanzó dentro del pabellón, desenfundó el arma, levántó el gatillo, y loco, furioso, poseído de un vértigo cerebral que le presentaba la tierra confundida con el firmamento y los árboles del jardín bailando una espantosa danza macabra en rededor suyo, encaminose á la escalinata que conducía al salón.

Subió los escalones y se disponía á entrar; pero quedó inmóvil en el dintel de la puerta. El conde se despedía y besaba cortesanamente la mano de la señorita de Alonso, que cual si á semejante costumbre estuviera habituada, se la abandonó como la soberana que con tal distinción honra á sus vasallos.

Pepe Flores vió la acción, y el recuerdo de la noche del baile, abriéndose paso luminoso en el obscuro recinto donde sus recuerdos bullían sin orden ni concierto, vió á Isabel la Católica sentada en su improvisado trono y á Gonzalo de Córdoba arrodillado á sus plantas extasiado de amor. Pero el Gran Capitán no era él, era el conde Du Boi, era su rival odiado á quien envidiaba

Digitized by Google

todo Buenos Aires, mientras de él se reían, se reían sin piedad.

Con la cabeza echada atrás, el brazo izquierdo caído á lo largo del cuerpo, y la pistola empuñada con la mano derecha levantada á la altura de la sien, adelantó dos pasos; y antes que pudieran advertir su presencia: «¡Viva la reina de las dos Castillas!» gritó á tiempo que una detonación sembraba el espanto en los atónitos moradores de la villa Lelia.

* * *

Han pasado tres meses.

Los señores de Alonso aguardan con impaciencia la primera carta que su hija, la condesa Du Boi, debe escribirles dando detalles de su presentación á la más alta nobleza de Francia.

La carta llega.

—¡Qué tonta es Lelia!, dice *Misia* Cástula á su esposo. ¿A quién se le ocurre escribir en papel corriente? Lo más natural era que pusiese sobre coronado. ¡Hasta que no se vaya acostumbrando!.:.

El señor Alonso no pudo leer en voz alta los cuatro renglones que su hija les escribía; lanzó un grito indefinible y quedó paralizado por el espanto.

Su esposa, espantada también, se abalanzó sobre él para arrebatarle la carta, que leyó precipitadamente.

«Me embarco sola, decía, en el vapor próximo; estoy enferma, procurad que nadie sepa mi regreso. *Aquel*

Digitized by Google

hombre era un villano impostor, hizo efectivos los doce millones y ha desaparecido dejándome lo necesario para volver á Buenos Aires. Os recomienda el silencio, vuestra hija».

A los quince dias una mujer vestida con un traje gris muy obscuro, y cubierto el rostro con el tupido velo de su sombrero de viaje, desembarcaba sola en el muelle de Buenos Aires. Nadie habia salido á recibirla porque nadie sabia cuándo llegaba. Era Lelia; pero Lelia encorvada por el peso de la vergüenza, abatida por sufrimientos bochornosos, no era ya ni sombra de la *Garza porteña*.

Digitized by Google

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

TRADICIÓN PERUANA.

Nuestro querido amigo el rico minero catalán don Andrés Lloveras, nos había invitado á pasar ocho dias recorriendo la quebrada de Chaupi-Huaranga y á las diez de una mañana saltábamos ligeras como plumas tres intrépidas amazonas sobre nuestros hermosos caballos, sin temor al suelo ni al cielo. Los caminos con un metro de barro y las nubes amenazando chubascos, de aquellos que no se parecen á los chubascos de otras regiones, no nos infundían temor alguno. Ibamos pertrechadas; los ponchos de vicuña y las bufandas nos preservarían del frío; los *ponchos de jebe*, ó imper-

Digitized by Google

meables de montaña, impedirían que nos llegase el agua á lo vivo.

A las doce estábamos almorzando en Paria, hacienda minera de nuestro simpático acompañante y de su socio, otro buen compatriota, don Miguel Gallo y Díez. Después de almorzar opipara y alegremente y de pasear entre los circos de amalgamación y los *ingenios*, cuyas ruedas girando sin cesar alrededor del cárcavo trituran el metal, y de enterarnos como buenas curiosas de todas las faenas del *beneficio* argentífero, proseguimos nuestro viaje tan alegres y revoltosas, que á nuestro galante anfitrión y compañero de paseo le sacamos en aquel viaje canas verdes.

Siete leguas largas de talle nos faltaban para llegar al término de nuestra primera excursión, y una hora escasa debían tardar las nubes en levantar las compuertas de los grandes acequiones que riegan la tierra.

Ibamos á *tomar temperamento*, como allí se dice; á buscar clima templado, y con este pretexto nos trasladábamos del Cerro de Pasco á Visco, en donde poseía un verdadero nido, oculto entre montañas nuestro cariñoso *taita* Lloveras, como le llamábamos con afecto profundísimo.

Cuidaba éste de nosotras con paternal solicitud, impidiéndonos *diablear* y separarnos del camino que nos trazaba á causa de las ocultas y muy hondas charcas extendidas por la *pampa* (llanura).

Trotábamos largo sobre mullida alfombra, traidora y encharcada, pues con apariencias de un verde seductor ocultaba pantanos en donde los caballos se hundían hasta los ijares.

Digitized by Google

La *alfombra* que con agrado nuestro pisaban los brutos, chapoteando el agua y mojándonos los *ropones* hasta empaparlos, veíase levantada á grandes trechos; y cuál no sería mi asombro al saber que aquellas que á mí me parecían casitas diseminadas por acá y por acullá, eran montones de la capa verde levantada por los indios, para una vez seca utilizarla como combustible.

El indio no aprovecha lo que le sobra; pero tampoco carece de lo que le hace falta.

Así, con la *champa*, como llama á la corteza de la tierra, suple la leña que no tiene; pero ni usa ni utiliza para sí la muchísima hulla que sobra en aquella región peruana, y que por falta de vías de comunicación, no puede transportarse á la costa ni á los grandes centros.

Se acabó por fin el piso alfombrado, que más parecía extenderse cuanto más adelantábamos, y salimos de la *puna* (altura llana y fría), llegando á lo alto de la quebrada de Chaupi-Huaranga, á la bajada de San Antonio.

Las elevadas peñas que habíamos divisado dos leguas antes, se nos presentaron admirables, bellas y parecidas á un centinela que guardase el paso de la quebrada y al cual había que rendir tributo de admiración antes de comenzar el descenso.

—Veamos, nos dijo el *taita* Lloveras. ¿Qué distinguen ustedes en el picacho más elevado de esas rocas

Hicimos alto y nos volvimos todas ojos.

Virginia Ortiz de Villate y Corina Ariza, que así se llamaban mis lindas compañeras, respondieron que veían peñas de punto inglés. Y verdaderamente que parecía de encaje aquel grupito, vástago orográfico de los

Digitized by Google

Andes, afiligranado por la crudeza de la intemperie y hermoseado por el transcurso de los siglos, que de modo tal habían calado y festoneado las imponentes rocas.

—Fíjense ustedes bien, insistió nuestro caballero.

Nos dimos por vencidas después de mirar y remirar en aquella dirección.

—¿No ven ustedes un San Antonio con su niñito en brazos?

¡Oh poder de la imaginación!

Las peñas cambiaron de aspecto á nuestros ojos; ¡ya lo creo que lo veíamos! Pero ¡qué tontas! ¡No haber caído antes!... Pues si estaba tan claro..., tan patentísimo... Un San Antonio, sí, señor; con el niñito en el brazo izquierdo. ¡Y qué bien hecho! ¡Qué redondita la cabeza del rorro! ¡Qué admirablemente dibujada la del santo!...; hasta los dedos se le distinguían... ¡A poco más hubiéramos podido apreciar el color de los ojos!

Acordamos llamarnos ciegas y bobas, y sabe Dios cuántas cosas más.

—¿Qué quiere decir esto, *taita*?, preguntamos al señor Lloveras. ¿Se debe esa imagen á casualidad ó á humorada de un escultor anónimo?

—Es un milagro, según la tradición cuenta.

—¿Y sabe usted la tradición?

—¡Ya lo creo!

—¡Cuéntenosla usted!

—¡Vaya, vaya, *niñitas*, *niñitas!*, debemos apretar el paso; nos restan más de tres leguas de bajada y la tormenta ya ruge cercana; pongámonos los *ponchos* de agua para no hacer otra parada, y á picar duro, ¿eh?

Digitized by Google

—Bueno; ¿pero nos contará usted el milagro cuando lleguemos á Visco?

—Esta noche, sí, de sobremesa.

—¡Adelante, pues!

Y *salimos escapadas* comenzando á bajar la quebrada, que á primera vista ya nos infundía admiración y asombro.

Ibamos en fila, pues apenas dos caballos podían emparejarse; á la derecha teniamos el precipicio, á la izquierda la montaña poblada de chozas, sembrada de maíz y *papas* (patatas) y semejante á un tablero de damas por sus cuadros simétricamente dibujados.

Aquellos terrenos no tienen dueño, son comunes, y todos los años reparten las autoridades la porción que á cada indio corresponde, según sus necesidades y número de *familias* (hijos). El cura se llama también á la parte; y como el juez que mide y adjudica suele ser un indio, dicho se está que los mejores terrenos son para los padres de almas, que por cierto suelen ser éstos para los feligreses peores que malos padrastros.

El cultivo tampoco cuesta nada al *taita cura* (padre cura); pues cuando quiere reunir los gratuitos jornaleros, manda tocar de cierta manera la campana de la iglesia, y los indios que oyen al obscurecer el aviso, ya saben que han de presentarse voluntariamente en la mañanita del siguiente dia.

¡Y pobre del que reacio se mostrase!

Al infierno iría de cabeza cuando se muriese, ó tendría que dar al cura una cantidad no despreciable para la remisión de tan atroces penas, sin perjuicio de purar preventivamente el desacato en la cárcel del pueblo

Digitized by Google

ó soltar algunos pesos, aunque para reunirlos fuese preciso vender á su amigo más fiel: el borriquito.

Sorprendentes son los ejercicios de equilibrio que el indio se ve obligado á hacer para sembrar aquellas tierras. Excuso decir que ni bestias ni arado pueden ocuparse en las faenas agrícolas de la quebrada; más como el indio es ingenioso para cuanto le conviene, aunque sea indolente y flojo para el blanco, ha ideado una manera de hacer surcos, pesadísima, interminable y fatigosa; pero de buen resultado y única, dadas las condiciones del terreno.

Calza la reja del arado en un palo largo y fuerte, dejando las orejas de la primera bastante salientes para poder enterrarla apretando con el pie izquierdo ó derecho, según la dirección; clava la reja, la hunde cuanto sus fuerzas le permiten y baja el mango echándose de pechos sobre él cuando el suelo está fuerte, y sale la reja levantando la porción de tierra que inclina al lado conveniente, quedando así formado el surco tan hondo como sea menester.

Si un indio sólo tuviese que cultivar mucho terreno de quebrada, seguramente pasaría el año arando y podría recoger el fruto primero sembrado, cuando terminase el último surco; pero como no tocan á grandes porciones de tierra, aprovechan el trabajo empleado.

No pudo soñar Virgilio para sus Geórgicas herramientas de labranza más primitivas ni raras que las usadas por el indio; y si bien es verdad que el padre didáctico de la agricultura se asombraría hoy, viendo arados de vapor, segadoras, trilladoras y demás instrumentos de utilidad y precisión, no es menos cierto

Digitized by Google

que desecharía por rudimentarios los aperos que usan los descendientes de los Incas.

¡Y que les vayan con otros!

Mientras el *tuita* Lloveras nos refería mil y una cosas respecto á usos y costumbres de aquellas gentes, caminaban nuestros caballos quebrada abajo y de veras que la tormenta nos alcanzaba.

En la opuesta ladera retumbaban los truenos, cuyo ruido venía de rechazo á estrellarse en nuestros oídos, descendiendo pausadamente por las ondulaciones y el cauce del río, cuya impetuosa corriente serpenteaba entre rocas y guijos con inusitada violencia.

Como los truenos tableteaban chocando encajonados en las estrechísimas gargantas de la aneróidea quebrada, empalmábase el morir de uno y el apuntar de otro, infundiéndonos verdadero espanto.

Los relámpagos despedían vivísimo centelleo, y de vez en cuando hería nuestra retina el culebreo de una chispa que nos obligaba á cerrar los párpados apretándolos mucho.

Los caballos sacudían la cabeza moviendo nerviosamente las orejas, y resoplaban tascando el freno, que á duras penas contenía los ímpetus que la electricidad les comunicaba.

Fueron las nubes de plomizas tornándose negras, y la obscuridad nos impedía ya divisar la opuesta ladera, de vez en cuando iluminada por una centella que nos hacía lanzar gritos ahogados y miedosos.

Por fin las nubes se rasgaron comenzando á soltar cubas de agua sobre la tierra; aquello no era llover, era vaciar nieve líquida, y arrojar granizo con fuerza con-

Digitized by Google

tra nuestras fisonomías, que no por muy embozadas dejaban de recibir alguna peladilla helada que nos hacía ver las estrellas.

—¡Corramos para guarecernos en aquel *chalet*!, dijo nuestro cariñoso compañero, queriendo poner su caballo al galope.

—¡No corramos, por Dios! grité yo: los rayos persiguen á los cobardes, acortemos el paso.

Llegamos sin apresurarnos á lo que el *taita*, con muy ¡buena sombra, llamara *chalet*, y que no era otra cosa sino una cabaña hecha de adobes, á la cual daba acceso un hueco tan menguadito que nos fué preciso entrar casi á gatas.

La primera operación fué cubrir las monturas con nuestros impermeables, pues que lo peor del caso hubiera sido que se mojasen, y cuando cada cual se hubo cuidado de lo más importante, que era su respectiva cabalgadura, nos dimos cuenta de los infinitos seres que se hacinaban en aquella choza.

Había frente á ésta unas peñas llenas de agujeros apenas perceptibles, en donde era fama que anidaban *vizcachas* en abundancia, especie de liebres pequeñas, de carne sabrosa; pero que repugna á muchos europeos, sin que se me alcance el por qué de la repugnancia.

Uno de los *cholos* sirvientes que nos acompañaban calzó al *taita* unas grandes polainas, y cogiendo ambos sus respectivas escopetas encamináronse á pie hacia la *vizcachera*, desafiando la lluvia torrencial, que convertía la montaña en furiosa catarata.

Quedamos nosotros dentro del *chalet*, y una india, lista y avispada como una ardilla, sacó del horno tres

Digitized by Google

pieles de carnero curadas, extendiéndolas en el suelo para que nos sentásemos.

Tendría la india veinte años y ya era madre de cuatro indiecillos que se arrastraban revueltos con cinco ó seis perros, otros tantos gatos, algunas docenas de *cuyes* (conejitos de indias) y dos *cuchis* (cerdos), no muy pequeñitos por ciertos.

Todos aquellos animales, racionales ó no, vivían juntos y en la mejor armonía, como si la misma madre los hubiese parido y á los mismos pechos los hubiese criado.

Otra india vieja, hilaba sin hablar palabra, mirándonos de vez en cuando con expresión seráfica, como si nos creyese imágenes de su divino culto, y otra jovencilla que lijeramente pasaba los puntos de una media de lana, apenas se atrevía á levantar los ojos, ruborizándose cuando la dirigimos la palabra.

Ninguna de las tres indias entendía el castellano; pero Virginia Ortiz de Villate hablaba perfectamente el quichua y podíamos comunicarnos con los moradores de la choza.

La vieja era madre de las jóvenes; todas estaban casadas, y los tres maridos, en compañía de otro personaje importantísimo para el indio, el asno, habían ido á las montañas á sembrar patatas.

Faltaban, pues, tres hombres y un burro para completar aquella dilatada familia que apenas tenía una choza de seis metros de largo por cuatro de ancho para guarecerse de la intemperie.

Confieso que de esto me asombré sin motivo, pues en Asturias viven muchas familias en idénticas condiciones; lo que tienes que yo había salido de mi país siendo

Digitized by Google

niña y no recordaba haber visto en mi vida semejantes revoltijos.

Hacía ocho días que se casara la india jovencita, y por más preguntas que Virginia la hizo, no pudimos conseguir que nos hablase de sus amores ni de su marido, ni menos que nos dijese si le quería ó no le quería; y es que cuando una india se emperra en no hablar no despliega los labios aunque la maten, pero expresa tan admirablemente y sin darse cuenta sus sensaciones que no es difícil adivinar la respuesta.

Así, cuando la preguntamos si quería á su hombre, leímos en su semblante un poema de amor con destellos de pasión ardientísima.

—¿Y si quisiese á otra? le preguntó Virginia, instigada por mí.

La india continuó en su mutismo; pero nos miró con feroz expresión, convertida rápidamente en maliciosa sonrisa, como si quisiera decirnos:

—Ya os entiendo, queréis enojarme para que hable, os fastidiáis, no hablaré.

Y se salió con la suya, porque no habló.

Volvió el *taita* después de cazar algunas *rizcachas*, y á pesar de su ascendiente sobre los indígenas, tampoco pudo conseguir que la muchacha le contestase.

Cesó la lluvia y salimos para ver la industria á que se dedicaban los habitantes del *chalet*.

Eran alfareros y tenían su *hornada* de cazuelas y pucheros metida en un montón de rescoldo, tan amazacotado y compacto que á pesar de la fuerte lluvia apenas había penetrado el agua en aquel *horno* de nueva invención.

Digitized by Google

Cuando volvimos para montar de nuevo, sorprendimos á la indiecilla charlando como una descosida con uno de nuestros sirvientes.

Era éste un *cho'o*, buen mozo, con mucha malicia y cierto airecillo de inocencia que no le sentaba mal, según atestiguaban algunas *cholitas* que se morían por sus pedazos.

No pudo entender Virginia una palabra de lo que él decía bajito á la india; pero oyó claramente que ésta le contestaba: «Tú eres más guapo y más *gente* que mi marido.»

Al advertir nuestra presencia, corrió la muchacha á meterse y acurrucarse dentro de la choza, y continuamos el viaje sin volver á verla; pero con la seguridad de que aquella noche soñaría la india, á pesar de su hombre; con lo que al oído le contara nuestro sirviente.

Seguimos bajando la quebrada con agradable temperatura y viendo casi despejada la estrecha faja de firmamento que divisábamos; ya podíamos distinguir los pueblos enclavados en ambas laderas.

Al contemplarlos con sus grandes extensiones de casas sombreadas por frondosos árboles, daban envidia á quien como nosotros bajaba del Cerro de Pasco, en donde no se ve un tiesto ni crece una mala yerbecita; pero una vez cerca, el desencanto era grande, los árboles que nosotros suponíamos frutales no eran otra cosa que saúcos robustos y copudos; pero en fin, siquiera veíamos árboles, y algo era algo.

Declaro que aquellos pueblos habitados únicamente por indios, me parecían trasunto fiel del paraiso.

Para quien había nacido y vivido entre flores y árbo-

Digitized by Google

les tenía que ser monótona la vida, contemplando cómo de las entrañas de la tierra se extraían pedruscos que después de pasar por muchas fases venían á convertirse en el codiciado metal que perturba conciencias y atropella aun lo más santo y lo más respetable.

Llegamos á *Cuchis*, nombre que fielmente traducido del quichua, quiere decir *cerdos*; y la verdad, había tantos de estos sabrosos animalitos en el tal pueblo, que tuvimos por admirablemente puesto su nombre oficial.

Corrieron los indios de casa en casa anunciando la llegada del *taita* Lloveras con tres *niñas* y larga comitiva, y se apresuraron las autoridades á saludarnos respetuosamente.

Se nos presentó el *joiz* (juez) con sus *ministros*, indios armados de larga vara, por lo cual pude colegir que aquéllos eran remedo de los antiguos ministriles españoles.

Era el *joiz* un personaje *aristocrático* entre los de su raza, pues ya tres veces había sido investido con autoridad; favor tan señalado entre ellos, que imponía superioridad inusitada. Era, pues, *hijo del hombre* y no *hijo del perro*, expresión gráfica con la cual hacen ver que no son cualquier cosa.

No podíamos detenernos mucho tiempo, y el *taita* dijo que al dia siguiente *recibiría en corte*; es decir, que oiría cuantas demandas y reclamaciones tuvieran que hacerle en su quinta de Visco.

Y como la recepción habría de acabar seguramente con algunas copas de *chacta* (alcohol), dicho se está que todos prometían no faltar.

El *joiz* se apresuró á limpiar las polainas del *taita*,

Digitized by Google

teniéndole el estribo para que montase de nuevo, y después de hacernos profundas reverencias, así como los *ministros* y todos los presentes, partimos á galope.

Estábamos á más de dos leguas de Visco y deseábamos llegar de dia porque los caminos desde allí eran mucho peores y más estrechos.

Sin más incidente que un solemne zarpazo que por atrevida sufrió mi pobre humanidad, llegamos contentísimas á la quinta de Santa Rosa, escondida entre flores y peñas, al pie de una montaña arrullada por una catarata que desde lo alto se precipita amenazando el edificio, y cuyas aguas van por estrecho cauce á perderse en el rio de la quebrada, que bastante caudaloso en aquel término y sombreado por álamos gigantescos, lame las plantas de la quinta y arrulla á sus moradores con el incesante batir de la corriente espumosa contra los infinitos peñascos de su lecho.

Está, pues, el pueblecito situado en el fondo de la quebrada, y por uno de los accidentes del terreno no se le ve hasta que á él se llega.

Unas cuantas casitas de indios, semejantes al *chalet* de la bajada de San Antonio, y una iglesia derruída constituían entonces el pueblo, que sólo de gala se vestía cuando el galante dueño de Santa Rosa llegaba con huéspedes, y esto ocurría muy á menudo.

Todo el año sostenía allí el *taita* una cocinera y un criado que nos esperaban, y dicho se está que después de apearnos y saltar dando gritos, recorriendo la casa, el jardín, el rio y hasta parte de la montaña, nos sentamos á la mesa bien provista y mejor servida que la de un monarca en activo servicio.

Digitized by Google

Así nos parecía á nosotros, y la verdad era que ninguna hubiese trocado su presente por cuanto de más codiciado ofreciese la tierra.

Durante la comida se hizo el programa. Descansaríamos cazando á pie por los alrededores dos dias, emplearíamos otros dos en visitar algunos pueblos y una famosa quinta en dondo abundaba la fruta exquisita, dormiríamos en un pueblo de relativa importancia, Yanahuanca, y regresaríamos al tercer dia á Visco, dedicando cuarenta y ocho horas á recibir las visitas de despedida y devolver banquetes, para regresar al octavo dia al Cerro de Pasco, en donde, para dicha fecha se nos esperaba sin falta.

¡Qué seductor programa! ¡Cuántas cosas veríamos y cuánto aprenderíamos de usos y costumbres!

Nada más tentador que el empleo que nuestro querido *ciceroni* daba al tiempo. ¡Qué bien repartido!

Sirvieron el café y no mostraba el *tuta* señales de referirnos la tradición milagrosa; pero yo no estaba dispuesta á pasar la noche sin satisfacer la curiosidad.

—*Taitito*, ¿y el cuento? le dije.

—Mañana.

—¡No, no! gritamos las tres, ¡ahora; ahora!

—Vaya, caprichosas, pues ahora.

Antes de comenzar la conseja del santo grabado en la peña, he de hacer una observación pertinente, cuyo desentrañamiento dejo á la consideración de los sabios que se dedican á estudios antropológicos.

En mis largos viajes y en mi constante afán de estudiar usos y costumbres incásicas, cuya civilización sorprendió á los propios conquistadores, hanme saltado

Digitized by Google

á la vista puntos de contacto y semejanzas extraordinarias con algunas regiones españolas, especialmente con la asturiana, en su confín con la provincia de Lugo.

Dejo á un lado, por tener sencillísima explicación, lo que á la indumentaria se refiere; encuentro también natural que vistan unas indias como las castellanas viejas, otras como las sayaguesas, otras como las mujeres del Valle de Ansó y todas semejantes á las campesinas de varias provincias de España, y no me sorprende que la música del indio peruano tenga las cadencias *montañosas* de Asturias y los gemidos apasionados de las sultanas granadinas.

La *quena*, una especie de flauta de caña cuya tradición romancesca atribuye su invento al enamorado que de un fémur de la mujer amada hizo el instrumento que tan tristes notas produce, no es otra cosa que la flauta ó silbato de los pastores occidentales de Asturias. En las montañas que unen el partido de Castropol con el de Fonsagrada, puede oirse una especie de *quena* peruana cuando el pastorcillo recoge sus ovejas y sus cabras en las melancólicas tardes de primavera y estío.

Los desfiladeros de los *cordales* asturianos semejanse entonces á los majestuosos Andes; algún viajero caminando al paso tardo de su caballejo gallego ó de su mula mañosa, y el zafio *Batilo* saltando breñas y matorrales, persiguiendo su menudo ganado, ó sentado en una peña lanzando al aire lamentos inconscientes por los toscos agujeros de su flauta de caña.

¿Qué pudo ser este instrumento importación ó exportación de la conquista? Bueno. Pero no lo ha sido segu-

Digitized by Google

ramente la predilección que así los indios como los asturianos de Occidente tienen por el pelo rubio. Para los primeros, un hombre ó una mujer de pelo blondo son descendientes de la Virgen ó de los santos; para los segundos, todos los rubios son hermosos por horribles que sean. Las morenas y los morenos, según los aldeanos de Asturias son feos porque sí, y no miran facciones, ni espresión, ni ojos, ni talle, ni cosa alguna; el blanco y rubio es el *summum*, la perfección, el tipo acabado de la belleza.

Un niño blanco y rubio es para las indias un angel; así, recuerdo siempre con infinita ternura que las indias se arrodillaban delante de mi pequeño de dos años, tocaban sus rizadas guedejitas con la punta de los dedos y, como si hubieran tocado una reliquia, los llevaban á los labios con unción seráfica.

—Niñito *lau* (expresión sublime), hijito de la Virgen... con tu pelito de oro... ruega por nosotros.

Cuando me tradujeron estas frases sentí una emoción profundísima. ¿Era pena por la ignorancia de aquellos parias ó satisfacción por ver así adorado al pedazo de mis entrañas? No lo sé; pero lo que puedo asegurar es que mi hijo sintió infinito placer cuando vió los aldeanos de mi pueblo.

—Son *cholos*, mamá, me decía, y sólo el tiempo y la costumbre pudieron convencerle de que los aldeanos de Asturias no eran *cholos* peruanos.

Cuando la india llega á la pubertad y siente los primeros gritos del sexo que la incita á mirar en el hombre á su compañero, suele volverse de cara á la pared y escarbar con la uña, prueba evidentísima de que anda

Digitized by Google

lacia y tristona por falta de requiebros ó que su corazón ha sentido el primer golpetazo amoroso.

Y en Asturias cuando una mocita empieza á mirar de reojo á los mozos y á ponerse colorada si de alguno le hablan, dicen las gentes que ya comienzan á *escarbar*.

¿Puede tener relación lo uno con lo otro. La tiene indudablemente, y tal vez la naturaleza en sus espontaneidades animales ajenas á la racionalidad, nos daría la explicación de hechos que no tienen ni la muy socorrida del atavismo.

Si me propusiese señalar en un trabajillo como e presente, ajeno por completo á la seriedad que requieren ciertos estudios, los puntos de contacto que los hijos del Sol tienen con los aldeanos del Occidente de Asturias, encontraría muchas, muchísimas cosas dignas de parar mientes en ellas.

Tomó el *taita* Lloveras la palabra, y con su marcadísimo acento catalán, que á tan larga distancia de España me parecía delicioso, comenzó á referirnos lo que á su vez había escuchado de un viejo indio, cronicón parlante de su raza.

Las tradiciones y la historia, pasan en los indios como herencia de padres á hijos más ó menos adulteradas, según la inteligencia ó la fantasía del narrador.

Había hace muchos, muchísimos años, dos siglos acaso, una pobre vivienda de indios situada en lo alto de la quebrada de Chaupi-Huaranga, frente por frente al grupo de peñas llamadas hoy de San Antonio. Ocupaban la choza, un matrimonio joven y una vieja sirviente, que con respeto impropio de seres igualmente desgraciados obedecía y respetaba á sus amos

Digitized by Google

Respetábanlos asimismo cuantos indios llegaban á la choza, y ninguno pasaba por delante de ella sin hincar la rodilla en señal de acatamiento, prueba más que fehaciente de que el joven matrimonio descendía en línea recta de los venerados emperadores Incas.

María se llamaba la mujer y Antonio el marido; amábanse con ternura, eran los dos creyentes fervorosos, como son todos los de su raza.

Idólatra por el culto católico el indio, va adonde la religión por boca de sus ministros le lleva, y nada más venerando para los hijos del Sol que las imágenes, tuertas ó derechas, feas ó bonitas, que adoran en sus churrigueresco templos.

Como quiera que visten á sus santos como mejor les parece, y lo mejor es aquello que más reluce, he visto an San Miguel con traje de bailarina, un San José con casaca á la Federica y un San Juan con trusa y sombrero chambergo dalmática. Si fuese á describir los atavíos de algunas santas, necesitaría imprimir un volumen de doscientas páginas y me quedsría corta.

Antonio había comprado la imagen de su santo patrón para sorprender á María un dia de Pascua. Era su *guabamano*, aquivalente á nuestro aguinaldo.

¡Qué figura tan hermosa la del santo! María no se cansaba de mirárlo ni de dar gracias á su marido por tan rico presente.

¡Un San Antonio rubio, blanco y encarnado, gracias á los chafarrinones de almazarrón con que le habían embadurnado las mejillas! ¡Con qué pulcritud abrieron una hornacina en los adobes de la renegrida pared! ¡Qué adorno más bello para la pobre choza!

Digitized by Google

Era muy hermosa la india, tenía los ojos grandes, grandísimos y expresivos, el cutis suave, como todas las mujeres incásicas, y de un trigueño claro, por lo cual corrían rumores de revoltijo entre una de sus bisabuelas y un apuesto jefe de los invasores.

Antonio era indio puro, sin mezcla ni cruce ni promiscuación; de facciones correctas, delicadas y suaves, como la mayoría de los hombres quichuas; de ojos vivos, mirada penetrante y apasionada, revelando no común inteligencia y un no sé qué de distinción que acusaba superioridad y hábitos de mando.

Hacía frecuentes y largos viajes para vender pepitas de oro buscadas por él en apartados riachuelos, según decía; pero la verdad solamente la vieja sirvienta y Antonio la sabían.

Lo más probable era que las tales pepitas fuesen herencia escondida en sitio seguro, y poco á poco extraída según las necesidades que tenían.

El miedo á ser descubierto si se presentaba dos veces en el mismo sitio, hacíale emprender largos viajes para vender su tesoro, que trocaba luego por objetos de necesidad, víveres y adornos para la mujer adorada.

Tardaba algunas veces dos meses en volver á casa, y sucedía esto cuando se dirigía á poblaciones tan apartadas como Quito, el Cuzco, Arequipa y otras para llegar á las cuales necesitaba veinte ó veinticinco días.

Sabía el indio que los conquistadores rastreaban el oro y la plata mejor que la caza el sabueso más fino, y sabía también si olfateaban su tesoro, le pondrían que en el tormento hasta que dijese dónde estaba.

Digitized by Google

Mientras Antonio hacía sus frecuentes viajes, quedábanse solas María y su vieja compañera, rezando ambas al querido santo para que con bien volviese á la choza el que era alegría y contento de sus almas.

Jamás había apilado Antonio piedras, como hacían y hacen los indios para probar la fidelidad de sus mujeres durante su ausencia; tenía tal fe en su María, que por ofensa hubiera tenido mancillarla con una duda.

Cuando el indio sale de su casa por algunos dias, coloca en el camino varios montoncitos de piedras, que si al regreso encuentra intactos, es señal de que le ha sido fiel su compañera, así como si se desmorona alguno, levanta el palo antes de transponer los umbrales del hogar para medir las costillas á la perjura como primer saludo.

Cualquiera supondrá que semejantes manifestaciones de cariño son duras para la esposa inocente; pues no, señor. La india á quien su marido pega por celos fundados ó infundados, recibe una honra y unan estimación grandísimas, y esposas hay que desmorona por sí propia los montoncitos que hace su hombre, para pregonar muy alto que su marido la quiere porque tiene celos.

Si dos indias riñen, el mayor insulto que se dirigen es este: «Anda, mala mujer, que tu marido no te cela; á mi me pega por celos, tu eres un trapo.»

Antonio llevaba dos años casado y jamás había querido ofender á su María con semejante prueba, en la cual, por otra parte, no creía, pues que su inteligencia estaba sobre el nivel ordinario del indio inculto.

Acompañábale en una larga expedición otro indio, vendedor de yerbas medicinales, que de cuando en cuando

Digitized by Google

hacía una parada para formar el montoncito consabido.

—¿No quieres á tu mujer? preguntó.

—La idolatro.

—¿Por qué no pruebas su fidelidad entonces?

—¿Para qué? Ya sé que me adora.

—No seas tonto; las mujeres que más aman de cerca suelen ser las primeras en olvidar.

—Mi María no es de esas.

—¿Acaso no crees en lo que nosotros creemos?

Antonio vaciló; no se atrevía á decir que no; podían suponerle desapegado de los suyos, y esto no era cierto.

—Voy á darte gusto, dijo. Cuando estemos á dos leguas de mi casa haré un montón bien grande; pero no haré más; para probar basta con uno.

—Si lo haces muy grande no podrá caerse.

Antonio se sonrió.—Si María me fuese infiel, se derrumbaría un castillo que levantase para hacer la prueba, dijo con firmeza.

* * *

María y Quica, la vieja india, habían quedado solas como siempre.

Hilaban, vivían en santa paz, rezaban sus largas y cuotidianas oraciones y dormían con la tranquilidad del justo, soñando la joven con el regreso del amante esposo y Quica con el brillante pasado de aquella tierra que veía hollada por extranjeros que no eran hijos del Sol y que á tan triste condición habían reducido á los Incas.

Descansaban una noche tormentosa, arrulladas por los truenos, la lluvia y el granizo, como quien está ha-

Digitized by Google

bituado á semejantes estruendos; pero despertaron de pronto sobresaltadas, oyendo golpes repetidos en la poco segura puerta que daba entrada á la choza.

Levantóse Quica seguida de María y abrieron sin preguntar quién á tales horas llamaba, como el que no teme ser asaltado.

—Algún pobre indio que pide refugio, pensaron.

Un relámpago muy vivo iluminó la figura del que tan recio llamaba; era éste un español joven, hermoso como el San Antonio, blanco, rubio, de ojos azules cual turquesas limpísimas y varonil continente, que delataba á un militar apuesto y arrogante.

—Vengo calado hasta los huesos, dijo en muy mal hablado quichua, y además mi caballo se ha caído y estoy herido en una pierna: sufro bastante y quisiera que me diéseis hospitalidad por esta noche.

—Por esta noche y por las que quieras, señor, contestó María hablando bastante bien el castellano. Mi marido está de viaje; pero eso no importa: tienes rostro de ángel y tu alma debe corresponder al rostro. Pasa.

La india habló á Quica en su lengua, pues que no entendía otra, dándole órdenes.

A pesar de su herida, que no era grave, desensilló el recién llegado su caballo, guardáronse los arreos, y después de maniatar suavemente al animal, dejólo suelto para que buscase su madre de Dios, rumiando *champa* llena de tierra, única cosa que podían darle por entonces para entretener el hambre.

Quica encendió fuego.

—¿Tendrás apetito, señor? dijo María.

—No, contestó el caballero. Quisiera que me pusie-

Digitized by Google

seis algo en la herida, porque me molesta bastante; vosotras conocéis muchas yerbas medicinales, y después procuraré dormirme si me proporcionáis en donde.

—Aquí, dijo María, en mi cama: no puedo dar otra.

—¿En tu cama?

Y el español miró á la india en cuya hermosura no había reparado hasta entonces.

—En mi cama, sí, replicó María bajando los ojos, dominada por la expresión de aquella mirada; ya te he dicho que no tengo otra.

—¿Y tú?

—Yo he dormido bastante; rezaré mientras duermes.

—¿Eres casada, verdad?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—María.

—Como mi madre.

—¡Ah! me alegro.

—¿Por qué?

—Porque antes me has mirado de una manera que me dió miedo, ahora nada temo; mirándome te acordarás de tu madre.

—Eres una india muy lista y muy hermosa.

María se ruborizó.

—Acuéstate, dijo, entretanto Quica prepara lo que ha de ponerte en la pierna.

El capitán, pues que lo era, se quitó la ropa, que como había dicho estaba calada, y con las precauciones debidas al pudor, se acostó en el duro lecho, todavia caliente, de la india.

Jamás sensación igual de placer habían sentido sus

Digitized by Google

miembros yertos y doloridos; aquel calorcillo de las mantas de lana, le produjo sueño inmediatamente; y cuando Quica fué á curarle la pierna, dormía tranquilo como si estuviese sobre colchones de pluma.

La india quiso despertarle, pero María se opuso.

—Déjale dormir, dijo. ¡Pobre! Está cansado; mírale con cuidado las piernas y no te será difícil encontrar la herida.

Obedeció Quica; su ama le alumbraba; pero mirando fijamente el rostro del hermoso español. ¡Era más lindo que San Antonio! Sí; jamás había visto María un hombre como aquel. Viera otros españoles, ¡ya lo creo, muchos! pero tan guapos, tan guapos, no; ninguno.

¡Así debía ser Dios! No era posible idearlo más bello.

¡Dios! ¡El *taita* grande! El que adoraba sin conocerle; que estaba sentado allá, encima del sol y encima de la luna y encima del cielo; el que mandaba los truenos, los rayos, el agua y el granizo; sí, aquel Dios, con ser tan hermoso, no podía parecerse al que tenía delante. Era éste más joven y menos adusto; aquél castigaba por todo y castigaba con horribles penas; ¡éste parecía tan bueno! ¿Si sería su hijo? aquel hijo á quien crucificaran y que reviviera luego, para no morir jamás. ¿Por dónde habría bajado de allá de lo alto? ¡Qué tonta! Sí que podía bajar. ¿No tocaban en el cielo los picos de las montañas? Por allí, por allí habría bajado. Se lo preguntaría cuando se despertase; no le cabía duda; era más hermoso que San Antonio, y para ser más hermoso que un santo, tenía que ser hijo de Dios ó el mismo Dios.

El capitán hizo un movimiento de dolor, lanzó un

Digitized by Google

débil gemido y abrió los ojos; María, que seguía mirándole fijamente, no desvió los suyos.

—¿Te duele? preguntó amorosamente.

—Poco, no es nada.

—Duérmete de nuevo, ya está lista: es poca cosa; mañana te encontrarás mejor y antes de ocho dias curado.

—Mañana tengo que proseguir mi camino, descansaré bien esta noche; tu cama es deliciosa, María. ¡Qué bien se está en ella!

La india sintió una pena inmensa. ¿Se marcharía tan pronto?

Pasó la noche espiando los menores movimientos de su huésped y rezando por él, por su dicha, por su felicidad. ¿Sería casado? Quizás una mujer tan hermosa como él velaba rezando también por el ausente compañero.

¡Cómo le adorarían las blancas! ¡Qué dicha ser amada por aquel extranjero!

En cuanto amaneció, dedicóse María á tapar las muchas rendijas que daban claridad á la choza, y apenas el sol dejó su lecho de rubíes, sacó la india la ropa del capitán para secarla.

La mañana era espléndida, el sol abrasaba y continuaría de igual manera hasta el mediodía, que comenzase el aguacero; pero las ropas del capitán eran gruesas, y solamente consiguió la india que enjugasen las prendas interiores.

Tampoco se olvidó del caballo y mandó á Quica á buscar alimento para el noble animal, que continuaba rumiando *champa* y con las manos trabadas.

Era bien entradala mañana cuando el viajero abrió los párpados.

Digitized by Google

—¿Estás á mi lado todavía? preguntó á la india que sentada junto á la cama se extasiaba contemplándolo.

—Sí; velaba tu sueño, temía que te despertases, señor.

—¿Por qué?

—Porque te marcharás.

—Sí, voy á vestirme; dame mi ropa, dijo el capitán sin parar mientes en la seráfica expresión de la india.

—¿Cómo está tu pierna?, preguntó desentendiéndose de la petición.

—¡Caramba, mal!, contestó el herido procurando moverse; me duele más que ayer.

—No te marches hoy, descansa; tu ropa no se ha secado todavía, y si la vistes mojada puede hacerte daño.

—Tengo prisa, María, me aguardan con impaciencia.

—¿Acaso tu esposa?

—Todavía no lo es; pero lo será pronto.

La india sintió ganas de llorar.

—Bien, dijo después de un rato, es necesario que te cures primero; entretanto la pierna te duela, no puedes montar. No tengas cuidado por tu caballo; he mandado á Quica para que traigan algunas cargas de pienso; tampoco á tí te faltará nada de lo que yo pueda darte.

—Gracias, María; pero me es imposible aceptar, creerían que me lie muerto.

El capitán hizo un movimiento para incorporarse y se acostó de nuevo; la pierna le pesaba un quintal y le dolía mucho, debía estar inflamada.

—Pues me habré de quedar á la fuerza, dijo; hoy no podría tenerme en pie.

Un rayo de felicidad inundó el rostro de la india, tenerle unas horas más; gozar un día, acaso dos de la

Digitized by Google

presencia del hombre hermoso, era una dicha demasiado grande para que una mujer tan inocente como María dejase de mostrarla.

El capitán la vió sonreir y la encontró divina con la boca entreabierta; cerró los ojos. Cualquiera diría que luchaba con un mal pensamiento.

Tres días estuvo el español en la choza de la india, al cabo de los cuales si su pierna no se había curado permitíale al menos montar á caballo, gracias á los remedios y cuidados de Quica.

La noche del segundo dia estaba María sentada en el borde de la cama del capitán contemplándole dulcemente, como la madre al niño enfermo cuando después de muchas vigilias logra conciliar el sueño. Los labios de la india no cesaban de moverse, rezaba ó pronunciaba frases tiernas, la expresión de sus ojos la delataba.

Es indudable que cuando se mira fijamente á una persona dormida, levanta ésta los párpados asustada, aunque después de reconocer á quien le contempla, vuelva á cerrarlos rebujándose en una atmósfera mimosa, si se trata de persona que nos inspira ó á quien inspiramos cariño.

Esto sucedió al capitán; dominado por la mirada de su enfermera, abrió los ojos; pero volvió á cerrarlos echándola los brazos al cuello y atrayéndola sobre su pecho. María creyó morir de placer; sin embargo, se alzó rápida como gacela tímida y corrió á postrarse delante de San Antonio en actitud suplicante. El español se incorporó, despertando completamente y dándose cuenta de la verdadera situación.

—María, dijo con voz dulce, ven, no temas nada, es

Digitized by Google

taba dormido; te lo juro que ni un mal pensamiento he tenido hacia ti, te lo juro por mi madre.

La india se levantó, acercándose de nuevo con timidez y muy impresionada.

—¿Te has asustado, María?, dijo el capitán acariciándole una mano. Perdóname; abrí los ojos y tropecé con los tuyos, que me miraban con amor, con el mismo amor con que me has cuidado desde que he llamado á tu puerta; en este momento me olvidé de todo, de quien soy, de tu fe de esposa, de mis juramentos de caballero y de amante; veía en ti la expresión de todos los afectos, te creí mi madre, mi amada, mi hermana;... todo me parecía reconcentrado en tu persona; por eso falté, sí, falté á tus bondades, á tu honra de fiel casada, á todo; perdóname, María, ¿me perdonas?

Y el capitán posó sus labios en la mano suavísima de la india.

Esta vaciló un momento y cayó desplomada sin pronunciar palabra.

El capitán se levantó, llamó á Quica, y entre los dos acostaron á la india en la cama que él acababa de dejar. María no recobraba el sentido y la vieja sirvienta lloraba con amargura.

—Vete, señor, dijo Quica; vete antes que vuelva en sí; pronto amanecerá; voy á buscar tu caballo. Si quieres pagar á esta desgraciada la hospitalidad que le debes, márchate antes que pueda volver á verte.

—¿Pero sin despedirme?

—Sin despedirte; la matarías.

—Está bien Quica. Tráeme mi caballo cuando quie-

Digitized by Google

ras; pero cuídala mucho; que no se muera, ¿oyes?, ¡que no se muera!

Rayaba el alba cuando el capitán partía á galope, después de haber estampado un beso fraternal en la casta frente de la india.

Poco más de dos leguas habría caminado, y la pierna comenzó á molestarle.

—Descansaré un poco, se dijo, apeándose; todo se reducirá á que haga jornadas cortas.

Sentóse el capitán y dió larga rienda á su caballo.

—¡Pobre María! pensaba abstraído. Me amaba, ya lo creo que me amaba. Estas indias con su imaginación fantástica y ardorosa, son encantadoras, cuando se trata de una tan bella y tan aseada como ésta; y la verdad es que me hubiera seducido si continúo á su lado muchos dias... Pero hubiera sido una infamia; es una joven honrada, es un angel de inocencia; me ha cuidado como si fuera mi madre. Quica tuvo razón aconsejándome partir antes que María volviese en sí.

Y el capitán, distraído, cogía piedras de un montón que tenía á su derecha y las fué esparciendo sin darse cuenta, mientras la mente vagaba por la pobre choza en donde había dejado sin sentido á una mujer que jamás podría olvidarle.

¡Oh! El tampoco olvidaría á la india, la recordaría siempre con gratitud, casi con amor.

Cerca de una hora pasaría descansando y tirando piedras sin cesar como si lo hiciese de intento.

—Vamos, dijo, ya he descansado un buen rato; si continúo de este modo soy capaz de pasar aquí el dia y luego tendré que volver á pedir hospitalidad á la india...

Digitized by Google

¡Volver á la choza! De buena gana hubiera vuelto por saber si había pasado el accidente... Pero no; aquello era una locura, y él hacía muy mal olvidándose de su prometida, que le esperaba... ¡Su prometida!... No sabía por qué; pero se le antojaba que no podría olvidar jamás á María, y que su recuerdo aun entre las sábanas del lecho nupcial, persistiría en torturarle.

Montó el viajero y continuó á buen paso el camino; las piedras quedaron diseminadas, y del montoncito junto al cual se había sentado, apenas quedaban unas cuantas reunidas.

* * *

Quince dias tardó Antonio en volver á su casa; ni su llegada produjo como otras veces explosiones de alegría, ni el semblante del indio era el mismo, por más que hacía esfuerzos aparentando tranquilidad.

María estaba enferma, y por cierto que su aspecto delataba los sufrimientos; se abrazaron como siempre, con cariño, con amor; pero sin alegría, ninguno de los dos sabía á qué atribuir el cambio.

Los dias eran tristes para ambos, la duda amargaba cada vez más el alma de Antonio, su esposa estaba encinta, y esto, que en otro tiempo le hubiera llenado de alegría, servíale entonces de horrible tortura.

Ni María ni Quica le habían hablado de la estancia del español en la choza; pero descubriólo por casualidad, y entonces no tuvo límites su furor; acusó á María de haberle engañado, lo comprendía todo; las piedras no habían mentido, las tradiciones de sus mayores eran sagradas.

Digitized by Google

Ni lágrimas, ni ruegos, ni juramentos, pudieron convencer al celoso marido. María le había sido perjura, y el ser que en sus entrañas vivía, era fruto de criminales amores. Así pensaba Antonio.

—Si me confiesas la verdad, te perdono, le dijo un dia después de maltratarla furiosamente.

—Mátame, Antonio; pero mi hijo es tuyo, te lo juro por esta imagen que nos mira.

—Está bien, contestó, puedes vivir tranquila, hasta que nazca no volveré á decirte una palabra. Si es mío, será de nuestra raza, si me has engañado, tu hijo te delatará como tú delatas una traición de la princesa Chuilca. Si es indio, es hijo mío; si no... le mataré en cuanto me convenza de tu infamia.

La india lanzó un grito de horror.

—Bien, dijo reponiéndose, acepto; pero prométeme que no dudarás de mí hasta que lo veas, será indio porque es tu hijo; entonces te arrepentirás de haberme martirizado, tengo bastante.

María rezaba diariamente á la imagen querida de San Antonio. Eran aquellos los momentos en que podía entregarse con alma y vida al recuerdo del hermoso extranjero que le había dejado el corazón lacerado. Ya no veía en el rostro del santo sus primitivas facciones; veía las del capitán, sentía el beso en el dorso de su mano y el influjo de su mirada desvanecía su pensamiento haciéndola caer en sopores dolorosos ó en éxtasis sublimes.

Llegó el dia ansiado por el matrimonio. María esperaba aquel consuelo que vivía en su seno, como se espera la felicidad única; él borraría de su imaginación enferma, aquellos extravismos, él haría que Antonio

Digitized by Google

tornase á ser el esposo amante haciéndola olvidar á un hombre que á pesar de su voluntad vivía enseñoreado de sus pensamientos. Antonio sentía el afán incesante de perdonar, de acariciar á María; y aquella criatura debía decidir la felicidad ó la desgracia eterna.

Después de muchas horas de augustia, sintió Antonio el primer vagido del ángel, y ciego, frenético, se lanzó sobre él para leer en sus facciones, en su color, en sus ojos, la inocencia ó la infamia de su esposa.

Quica se interpuso enérgicamente.

—Aguarda, le dijo, no mates á tu hijo antes de mirarle; le verás cuando yo te lo entregue.

Antonio se contuvo á pesar suyo, intentando arrebatarlo de manos de Quica.

—Te mando que salgas, Antonio; obedéceme; soy anciana y tengo los derechos que nuestra raza me concede; tus padres te maldecirán desde *allí* si noquieres escucharme.

—Te obedezco; pero no tardes en llamarme; no pruebes mi paciencia porque no respondo...

Y el indio salió de la choza con la cabeza baja.

—Es un niño, dijo Quica; un niño hermoso....

María sintió una ráfaga de orgullo y levantó los ojos hacia el San Antonio, testigo de sus dolores y de sus aflicciones.

Quica lanzó un grito.

—Tiene los ojos azules, dijo, es rubio... es blan...

No había terminado la frase, cuando loco, furioso, penetró Antonio en la choza rugiendo como león enjaulado, y arrebatando la criatura que la vieja india tenía en su re-

Digitized by Google

gazo, salió de nuevo lanzando alaridos dedolor y desesperación.

María, medio muerta, le siguió dando gritos y jurándole que era su hijo; pero Antonio no escuchaba, y corría, corría siempre con su ligera carga, sin que las dos infelices y desesperadas mujeres pudiesen alcanzarle.

Le vieron subir las peñas volando más que corriendo sin sombrero, con las greñas cubriéndole los ojos.

María cayó exánime, no tenía fuerzas para seguirle en su carrera; ya no podía gritar, se ahogaba; pero le veía, le veía subir como un tigre hambriento desgarrando su presa, al hijo de sus entrañas, al hijo que por milagro de aquel San Antonio había salido blanco, rubio y de ojos azules.

Cuando el indio hubo llegado al picacho más elevado de las peñas levantó el niño en alto, enseñándolo á las dos atónitas mujeres, y arrojándolo con fuerza lo despeñó con inaudita crueldad; bajóse luego sin apresuramientos y como sino volviese de cometer el más horroroso de los parricidios.

La india retorcíase desesperadamente llamando á su hijo y maldiciendo al padre inhumano, cuando éste llegó dispuesto á ahogarla entre sus manos.

—Dime ahora que era mi hijo, dijo con voz ronca.

—Sí, lo juro, era tu hijo; pero te aborrezco, te odio; ¡maldito seas!

Antonio apretó con fuerza la garganta de María, ya moribunda, sin que las escasas fuerzas de Quica pudieran contenerle.

Creyendo la fiel sirvienta que la presencia de la imagen venerada por ellos, pudiese hacer un milagro impi-

Digitized by Google

diendo que Antonio consumase un segundo crimen, corrió á buscarla, y como encontrase la hornacina vacía volvió á salir dando gritos.

—¡Antonio, detente; el santo ha hecho un milagro!

El indio, que contemplaba á su esposa muerta á sus pies, oyó con asombro lo que le decía Quica.

Buscaron inútilmente á San Antonio, y cuando el parricida quiso hacer pagar á la india lo que suponía deseo de atemorizarle, vió con asombro que el pico más alto de las peñas, aquel por donde había lanzado á su hijo, modelaba correctamente la figura del santo con el niño en brazos, y tomó por castigo de su infamia aquel milagro que atestiguaba la inocencia de su esposa.

La india Quica fué la única superviviente de aquella tragedia. Antonio se lanzó al espacio en la quebrada de Chaupi-Guaranga, y la vieja sirvienta divulgó los hechos que forman la tradición añadiendo que San Antonio estaba enamorado de María, y que no otro sino el santo era el hermoso español que había pasado tres días en la choza.

Yo no puedo asegurar sino que he visto las peñas y que aquel paraje lleva el nombre de San Antonio; pero como la tradición es la historia poética de los pueblos, creamos la tradición, siquiera sea para vivir algún tiempo en atmósfera pura y deleitable.

FIN DE LA SEGUNDA SERIE

Digitized by Google